

Francisco Umbral

Travesía de Madrid



“El sexo, origen del sentido mismo de la libertad, es vivido en mi libro como último recurso de esa libertad y, simultáneamente, como respuesta exasperada, desvalida e insolidaria a la presión de la sociedad. Pero mi protagonista, que no es un intelectual, sino un tipo instintivo y callejero, no razona nada de esto –como no lo he razonado yo hasta mucho después de escrito el libro–. Él se lanza a un cuerpo a cuerpo con la gran ciudad, sin otra ley ni otra estrategia que su libertad personal. He escrito Travesía de Madrid con una técnica de acciones simultáneas y proliferantes porque proliferante y simultáneo es el latido de toda gran ciudad; porque proliferantes y simultáneos son el corazón y la memoria de un hombre –el protagonista– con mucha vida y poca ciencia. Y, finalmente, porque esta manera de construcción le da a la novela su carácter de obra abierta, cambiante, provisional, practicable, que corresponde al arte y la conciencia relativista de nuestro tiempo.”

F. Umbral



Francisco Umbral

Travesía de Madrid

ePub r1.0
Titivillus 20.02.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Travesía de Madrid*
Francisco Umbral, 1966
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

La angustia el vértigo de la libertad.
SÖRENKIERKEGAARD

Al taxista le entregué una moneda de diez duros y me dio la vuelta de cinco. La casa tenía un aspecto polvoriento, pero no decididamente innoble. Anochecía. Crucé el portal tirando de mi maleta y echando de menos en el bolsillo una moneda de cinco duros que acababa de estafarme el tío del taxi. «¿Al segundo va usted?» Sí, iba al segundo. Y que no estaban las cosas para irse dejando así el dinero, desparramado por los taxis. Muy bajo de forma debía estar yo cuando preferí perder aquellas tan necesarias y tan más veinticinco pesetas a tener una bronca callejera con el del volante. La portera era negra, blanca y cenicienta. «¿Al segundo va usted?» No había ascensor, claro. Toda la escalera olía al pequeño guiso que estaba preparando la portera en su tabuco. Era una casa de clase media venida a menos. «Allí te vas a hacer el amo», decía Jonás. «Una vieja caprichosa y buena cocina.» Jonás, mal pintor y buen cumplidor con experiencia de viejas así y de sitios así, decía que yo me iba a hacer el amo. Pero el pasamanos de la escalera se iba para los lados con una volubilidad que daba vértigo.

«Sí, aquí es doña Agapita.» Olía a madera encerada y también, un poco, a cena. Pero no sé si era el olor de la cena de la portera o de la cena que estaban preparando en la casa. Unas láminas ovaladas de esas que me ponen triste y aburrido nada más verlas. «Tranquilo sí se debe vivir aquí», pensé. La criada tenía dientes paletos y una cofia demasiado alta y tiesa, como la tiara de un Papa. La sobrina de doña Agapita era rechoncha y sonreía como una monja. «Con éstas no hay nada que hacer. Y la sobrina querrá un amor formal para toda la vida.» Jonás me puso las cosas muy claras. «Tú llegas y te dejas querer y dices que tienes representaciones y pasas a ver a la vieja a su alcoba; estará enferma, como siempre.» «Si está enferma, dará poca guerra, digo yo.» «No creas, hay que cumplir.» Creo que rayé un poco la cera del suelo al arrastrar la maleta hasta lo que dijeron que era mi cuarto. Pero no acababa de encontrarme mal del todo en aquel raro sitio que me había proporcionado Jonás.

De modo que un nuevo barrio madrileño —el de Salamanca, esta vez, qué manera de prosperar, qué barbaridad— y una nueva historia y una nueva anciana y... «Bueno, tampoco hay que ponerse así; a lo mejor no es tan anciana.» Claro que, si no era tan anciana, peor. Más sujeción. Y ese tipo se largó con mis cinco duros. También es raro que no haya portero en esta casa. Claro que por qué no ha de haber portero. Estaría en el bar de al lado tomándose un trago antes de cenar, como hacen todos los porteros de Madrid con portería puesta. Pero si hubiese portero, doña Agapita se arreglaría con él —¿con el portero?; sí, ¿y por qué no?—, de modo que los demás no tendríamos nada que hacer aquí. «¿Madruga usted mucho, a qué hora desea que le llamemos por las mañanas?» Y cosas así. Era pronto para cenar. Me di un peinón ante el espejo y a la calle. «No todo el mundo pasea un rato por Serrano antes de cenar.» El pasamanos de la escalera se bamboleaba como la borda de un barco en día de tormenta. «Mi tía está en cama, un poco pachucha; la verá usted en seguida.»

Las chicas, las señoras, las camareras olían bien por aquel barrio. Vete tú a saber cómo saldrás de este asunto. Lo que hace falta es que la vieja responda. Había grupos de gentes paseando de arriba abajo. Aunque era febrero, los bares y las cafeterías habían extendido sus terrazas en la acera. Los escaparates de las tiendas, ya cerradas, estaban alegres, encendidos. Toda aquella gente parecía, sobre todo, muy tranquila, muy segura de lo que iba a pasar en el mundo al día siguiente, que a lo mejor no pasaba nada.

Había barquilleros que andaban con su quejido de acá para allá, entre las mesas, rozando su carne sucia y suburbial con las telas perfumadas de los de Serrano.

Pasaban coches y autobuses. Veremos cómo se portan esta noche con la cena. Claro que eso de la comida no es lo que más me preocupa. En los dos o tres bancos de madera que aún quedaban en aquella calle, unas viejas en zapatillas se contaban chismes de portería. Lo que a mí me preocupa es que la señora suelte su dinero de vez

en cuando y pueda uno comprarse cuatro cosas y entrar en los sitios sin andar mirando los precios de reojo. Que ya está bien. Había una perfumada mansedumbre en aquel paseo de bar en bar. Vivíamos todos un clima de agua de colonia que era una pura delicia. Lástima que no te encuentres más seguro en estos momentos. Vale la pena gozar de tan buena vecindad.

Anduve mirando las piernas a las chicas que paseaban. Acabé por sentarme en uno de los bancos de madera, cerca y lejos de las viejas murmujeantes. No vayas a hacer la tontería de sentarte en la terraza de un bar, que luego te clavan y no está la cosa para bromas. Ya has fundido cinco duros esta noche, a lo tonto, más lo que marcaba el taxímetro. Las mujeres de Serrano tienen unas piernas armoniosas. Lo que menos importa es que sean perfectas o no lo sean. Lo que importa es esa seguridad, ese compás, esa elegancia del empeine, ese mimo de la rodilla. Andan como las elegantes yeguas de la escuela española de equitación de Viena.

¿Y dónde has visto tú a las elegantes yeguas de la alta escuela española de equitación de Viena? En el circo, supongo. Y habrá que volver al circo, que es donde van mujeres solas con un niño de la mano. Porque esto de daña Agapita, me parece a mí que... Son piernas saludables, de colegiala que ha patinado mucho con los patines de ruedas en el patio de las monjas, y luego, un día, de pronto, al ponerse las primeras medias, se encuentra dentro de la media ya puesta y estirada una pierna larga, levemente dibujada, adulta.

Así estaban las cosas. Me puse en pie, porque me daba vergüenza —no sé por qué, si no me conocía nadie allí— de que me viese la gente sentado en el banco de las viejas. Caminé entre aquella gente. Yo podía ser uno de aquéllos. No. Pero no lo era. Anduve entre las frescas melenas, entre los colores extranjeros y los olores caros. Había que subir a cenar. Claro, tengo hambre, estoy sin merendar. En estos casos se suprime la merienda. Para meriendas están las cosas. O ligas algo o te pones a vender periódicos.

Doña Agapita podía ser una solución. Me parece a mí que no. «Te vas a hacer el amo», repetía Jonás. ¿Y por qué se le acabó a él la mina? Quién sabe. Estas cosas se acaban porque se acaban. Seguía oliendo a cena de la portera en el portal, en la escalera, en el pequeño vestíbulo de la casa, de la pensión, de lo que fuera aquello. Pero, decididamente, yo tenía hambre, de modo que me senté a la mesa, solo en mi habitación —«servimos en las habitaciones; es más tranquilo»—, dispuesto a tomarme la cena de la portera con el mismo entusiasmo que se la estaría tomando el gato en la portería, si es que había sobrado algo. A doña Agapita seguía sin verla. En la sopa había trozos de huevo. Cené bastante bien.

El teléfono estaba en el pasillo. Era un aparato muy usado. Uno de esos teléfonos de pensión que el mucho manejo ha ido suavizando. Tenía la rueda dócil y el auricular siempre caliente de la oreja y la boca y la mano de otro señor que había hablado antes, hacía un momento. Junto al teléfono había un cuartito oscuro que uno podía usar a modo de cabina para no molestar en mitad del pasillo o que no le molestasen a uno. Llamé a Jonás para decirle que todo iba bien o que todo iba mal o que todo iba de ninguna manera. Llamé a Jonás porque necesitaba llamar a alguien y porque la avanzada situación del teléfono dentro del pasillo me permitiría echar una mirada a las interioridades de la casa, a la alcoba, quizás, de doña Agapita, a quien ya estaba loco por conocer y de la que sólo me llegaba una voz convaleciente y senil, nada vivificadora para un hombre, por muy cumplidor que éste sea. Pero Jonás ni siquiera estaba en Madrid. Me acosté.

Me acosté pensando que aquel sitio era caro y que si no salían bien las cosas y, sobre todo, si no salían pronto, habría que largarse con la maleta de aquel maldito barrio de Salamanca.

«¿A qué hora ha dicho que desea que le llamemos?» Pero yo no deseaba que me

llamasen a ninguna hora. La criada de los dientes paletos y la cofia-tiara parecía muy dispuesta a despertarme a una hora fija. Durante la cena había descubierto yo que había en la casa, además, otra criadita, ésta más dulce y femenina, bajita ella, pero llena de sonrisas y timideces. Ambas fámulas dormían juntas en una habitación larga y estrecha como un pasillo que no iba a dar a ninguna parte. En aquella casa no se podía uno dormir pronto, ni por la noche ni a la hora de la siesta, porque el huésped veterano, un chico que iba para ingeniero, el niño bonito y mimado de la pensión, hacía interminables llamadas telefónicas, hablaba de coches con sus amigos a través del auricular, se citaba con chicas, removía a todas las pandillas de Serrano marcando números telefónicos y mezclaba a todo esto sus bromas en voz alta, muy alta, con las criadas que iban y venían por el pasillo.

Era como si todos los de la casa estuviésemos hablando por teléfono con aquellas alegres pandas o con un chico de la carrera a quien había que explicarle una y otra vez que no conviene quemar los coches metiendo a todas horas el acelerador. «Mira, Pancho, te aseguro que no conviene quemar los coches metiendo a todas horas el acelerador.» Y había que esperar pacientemente a que Pancho se diese por persuadido de esta profunda y hermosa verdad.

Mientras iba llegando el día en que la dueña de la pensión diese la cara —la cara y otras cosas, si es que iba a dar o a pedir algo, que aún no lo sabía yo esto con seguridad ni las tenía todas conmigo, ni mucho menos—, descubrí que por un montante del retrete —«Dese usted prisa, por favor, que hay gente sin afeitarse»— podía uno asomarse al cuarto de las criadas y mirar lo que hubiera que ver. Claro que el montante estaba muy alto y siempre había cola a la puerta, de modo que no era cosa de empezar a hacer equilibrios encima de una silla para que luego le pillasen a uno asomado al tabique y empezaran los gritos y los sustos y el escándalo y el «largo de aquí, sinvergüenza, que esta es una casa seria y honrada». Quedaba el recurso del espejo, que bien manejado puede ofrecerte del revés lo que desearías ver del derecho.

Un día, sí, probé con el espejo. Por la noche, a última hora. Por la mañana no había nada que hacer, porque las chicas madrugaban más que nadie en la casa y, por otra parte, estaba afuera la cola de huéspedes con sus toallas y sus palaganitas de afeitarse en la mano. De noche, si la casa se quedaba tranquila, podía uno acercarse al retrete en pijama y allí, tomando precauciones de ladrón, sorprender la hora íntima de las criaditas que se acostaban comentando los sucesos domésticos del día. Era una aventura fantasmal que no sé ni cómo salía bien. La criada paleta tenía espalda de hombre. La otra chica era blanca y mate. Solían apagar la luz en el mejor momento, y lo terrible, entonces, era salir de allí sin armar demasiado escándalo. Ya en mi cama, con el corazón retemblante, pensaba en prepararle al día siguiente una emboscada a la bajita, allí en mi cuarto, y abrazarla a la fuerza y por sorpresa. Pero sabía que no iba a hacerlo. Había que aguantarse las iniciativas. Estamos aquí para trabajar. El dinero se acaba y no sirves para otra cosa. Lo de la emboscada a la criadita no era sino una inocente manera de entretener la imaginación hasta que fuese llegando el sueño a sorprenderla, paso a paso, por la espalda, como pensaba yo sorprender a la doncella.

Otras noches me dormía confundiendo los ruidos de la calle —palmas al sereno, automóviles, llaves girando en cerraduras, el televisor de un bar hablando con acento sudamericano— con los de otras calles escuchados en otras camas, en otras pensiones. Por ejemplo, aquella casa de la calle de la Madera, cerca de la Gran Vía, en cuyo balcón atamos una vez un globo rojo. La pensión de la calle Madera era toda ella un pasillo quebrado con puertas a un lado y a otro.

La pensión de la calle de la Madera tenía los muebles amontonados y unos lavabos de caballeros, colectivos, donde por las mañanas compartía yo el jabón con un oficinista o un viajante. Había que arreglarse temprano y echarse a la calle. Los dueños de la pensión —dos hermanas solteras y un hermano solterón y calzonazos— no querían

gente en la casa durante el día. Eran los tiempos de Mari, la rubia y elegante Mari, que se decía hija de un notario.

Eran los tiempos de esperar a Mari en cualquier esquina de la Gran Vía, de madrugada, cuando ella había despachado con el último cliente y nos decíamos que la noche era nuestra, y lo único nuestro era la calle vacía y el último taxi y el amor con sueño y —perdóname, Mari, perdóname, qué le vamos a hacer, a veces te veo de lejos y todavía te miro sin que tú me veas— puede que, por mi parte, con cierto asco. Eran los tiempos de aquel restaurante con chinos y maestros de escuela viudos que habían pedido el traslado a Madrid porque Madrid es otra cosa. (Una larga y estrecha calle abrasada de restaurantes que entrecruzan sus olores como una invisible guirnalda gastronómica y se disparan de acera a acera la chamusquina de sus parrillas, en una guerra apetitosa y un poco repugnante.) Eran los tiempos de la cubana, a la que también había que esperar en la Gran Vía a cierta hora de la noche y del frío.

Los tiempos —ay, qué cosas, que el mundo vuelve a ser, una vez más, un pañuelo— de aquella mujer ancha y dura y bondadosa de Mansilla de las Mulas, la que tenía un apartamento en Duque de Sesto con otra chica deliciosa que sabía de abortivos y andaba por la casa encerada dándole al encerador eléctrico, vestida sólo con una fresca mañanita que era un sueño de ligera y de transparente y de femenina y delicada. «Pero a ver quién le dice a la de Mansilla que yo me cambio a la de la mañanita, que, por otra parte, se limita a apartarme a un lado para pasar el encerador eléctrico por donde estaban mis pies.» Llegar de madrugada al apartamentito de Duque de Sesto y encontrarse a la de la mañanita dormida de cualquier forma sobre su cama, con la puerta de la alcoba abierta y quizá la lamparita de la mesilla encendida, era una rara tentación que había que vencer.

Palmas al sereno, automóviles, llaves girando en cerraduras, televisores de bares despidiéndose con música. Una muchacha —la de la mañanita— dormía boca abajo en su lecho de soltera por el que habían pasado cientos, miles de hombres oscuros. Todo Madrid se retiraba, como un oleaje viril y sombrío, del lecho blanco y revuelto de la muchacha. La ciudad entera, con aliento de hombre, daba ahora la espalda a esa mujer vencida que dormía y soñaba sueños de la infancia. Madrid entero era una infinita superposición de bidés a media luz y alcobas revueltas y grifos goteantes.

Madrid olía a alcoba de meretriz como antes, a primera hora de la noche, había olido a fritanga y a cena, y antes, durante el día, a Metro, a cafetería, a neumático, a cine, a desinfectante y desinsectante mentolado.

Y yo me dormía pensando que aquellas palmas al sereno y aquellos escapes de moto eran los de la calle de la Madera y los de la calle de la Luna. Pero me entraba, un segundo antes del sueño, la angustia de estar en otro barrio, en otra cama, sin nada que hacer al día siguiente, mientras la Mari y la cubana y la de Mansilla de las Mulas debían andar por la Gran Vía o quién sabe por dónde ni si habían existido nunca en algún sitio. Quizá me dormía creyéndome yo la chica de la mañanita a quien los hombres dejaban absolutamente destrozada al cabo del día y de la noche, porque era bonita y porque gustaba. Creyéndome una débil y estafada y femenina criatura.

—¿De Madrid?
—De Madrid.
—Pues nosotras llevamos sólo un mes viviendo aquí.
—Ya te irás acostumbrando.
—¿Acostumbrando? ¿A qué?
—Digo yo. A todo.
—¿A todo?

—A los coches, y eso. Chica, pareces tonta.
—De tonta, nada, monada.

(Tonta perdida, pero alta y rubia y delgada y adolescente. Cuando se quitó las gafas negras —a quién se le ocurre andar con gafas negras por la calle de Alcalá siendo noche cerrada—, comprobé que era joven, demasiado joven, y esto, quizá, me asustó un poco, no sé por qué.)

—Si eres una niña, oye.
—Eso me dicen en casa. «La niña, la niña...» Pero estoy harta, ¿sabes?
—¿Harta de tener tan pocos años?
—De que me lo recuerden constantemente.
—A los padres les gusta quitarles años a los hijos. Así se los quitan ellos.
—Oye, qué listo eres. Qué cosas más complicadas dices.
—Ya ves.
—¿Cómo te has acordado, así, de repente?
—¿Acordarme, de qué?
—De eso que has dicho. Lo habrás leído en algún libro, ¿no?
—Sí. A lo mejor.

(Tonta perdida, pero adorable. En principio, me había llamado la atención su estatura. Y sus piernas finas y graciosas. La calle de Alcalá nos llevaba, como un río de suave curso en declive, hacia la Puerta del Sol.)

—Aquí tomo el Metro, ¿sabes? Voy a Iglesia.
—¿Me has dicho que te llamas?
—Soledad. Solé... Qué mala memoria, hombre.
—Antes me dijiste que la tenía buena.
—Sí, te aprendes los libros de carrerilla, pero luego no eres capaz de retener el nombre de una chica. Claro que tendrías que acordarte de tantos...
—No creas. No son muchas, digo, muchos...

(Entramos por una boca del Metro, pero conseguí que saliéramos en seguida por otra, en la punta opuesta de Sol, y me llevé a la niña a la plaza Mayor. Soledad tenía unas manitas de manteca, con las uñas muy cortas. Anduvimos por los soportales de la plaza Mayor, por los rincones y los sótanos de unas tascas con futbolines y máquinas tragaperras y radios y televisores en gritona competencia. Pero uno no estaba para perder el tiempo haciendo manos con una colegiala paletita. Uno no estaba para perder el tiempo en general, sino para ganarlo y, si era posible, ganar algo más que tiempo: un poco de dinero, por ejemplo. Así que no disfrutaba nada de la inocente compañía de aquella noviecita improvisada.)

—¿Y tú has vivido siempre en Madrid?
—Casi siempre, hija.
—Pero habrás viajado...
—Algo he viajado, claro. ¿Me das un beso?
—Uy, un beso. ¿Por dónde has viajado?

(Un domingo en la pensión es una cosa sórdida y aburrida. El alegre mercado que hay junto a la casa está cerrado los domingos. Huele a banasta de fruta podrida. Un domingo en la pensión es una quietud de fachadas de cemento y fachadas de hormigón y fachadas de ladrillo. Con la vieja no hay nada que hacer, parece —¿en qué

estaría pensando Jonás cuando me metió en esta maldita casa, cara y misteriosa?—, de modo que uno puede pasarse todo el día en su cuarto, si es domingo, sin que entre a molestar —¿a molestar qué?— nadie más que la criada paleta, muy vestida de calle, que viene a cambiar la toalla y se despide diciendo: «Que usted se divierta, señorito». Pero el señorito no se divierte nada.)

—Por ahí.

—Hijo, no cuentas nada.

—Lo que yo quiero es que tú me des un beso.

—¿Por qué un beso?

—¿Es lo que se da, no?

—Puede.

(Dedicado a lo que andas dedicado, hacía tiempo que no tenías cerca —ni cerca ni lejos— una cosa tan bonita como esta niña tonta y rubia que tiene manos de manteca y debe ser toda ella como un poco de manteca blanca y fresca untada apenas sobre los huesecitos jóvenes de las costillas, de las paletillas, de las clavículas.)

—Muy aprovechado me pareces tú a mí.

—A ver.

—Y encima lo dice. Qué fresco.

—Ni fresco ni nada. Es que estás muy bien.

—¿Bien yo? Qué risa. Dice mamá que estoy seca.

—Por eso.

—¿Te gustan escuchimizadas?

—Me gustas tú.

—¿Y Silvy Vartan?

—¿Por qué me hablas ahora de Silvy Vartan?

—Es que dicen que me parezco.

—Un poco sí te pareces.

—Pero poco.

—Tú eres más tú.

—Uy, qué bonito. Pero no se entiende. ¿Es del mismo libro?

—¿De qué libro?

—Claro, será del mismo. No vas a haber leído tantos libros.

(Un domingo en la pensión es una cosa sórdida y siniestra, porque si alguien va al retrete se oye el ruido de la cañería en toda la casa, en todo el silencio de la casa, en todo el silencio del domingo. El domingo entero es una grande y aburrida oquedad donde resuena el ruido fresco y triste del agua en la cisterna. El mercado de ahí abajo está cerrado y huele todo él a banasta de fruta podrida.)

—Ahora sí que me marchó.

—Acábate la pepsi.

—¿Te vienes en el Metro hasta Iglesia?

—Pues claro. Te acompaño.

—Pero no salgas. Así aprovechas el billete.

—No. No salgo.

—¿Por qué barrio vives tú?

—Por el barrio de Salamanca.

(Esto suele hacer buena impresión. Pero Soledad es de provincias y todavía no le dicen nada los barrios de Madrid.)

—¿Hasta dónde te lleva el Metro?

—Hasta Serrano.

—¿Vives cerca de Serrano?

—Sí. Muy cerca.

—Hijo, qué poco hablas.

(Uno no habla demasiado cuando está temiendo que se le acaba el dinero para la pensión y teme los domingos en la pensión, los domingos sin dinero y sin novia. Sin una novia como Soledad. Pero, a pesar de todo, uno le pide el teléfono a Soledad y, como se hace siempre, lo apunta en el billete del Metro, dificultosamente, contra los vaivenes del tren, que va lanzado.)

—Qué risa, no puedes escribir.

—Ya está.

—¿No lo perderás?

—Éste tique no lo perderé nunca. Lo voy a conservar como un recuerdo.

(Es lo que se dice.)

—¿Un recuerdo de qué?

—Un recuerdo de ti. Pareces tonta.

—Te has pasado la noche llamándome tonta.

—Perdona, es la costumbre.

—¿Acostumbras a llamar tontas a todas las chicas?

—No. Sólo a las que me gustan.

—Me parece que a ti te gustan todas.

—O casi.

—Y sin casi.

—No te digo que no.

(Un día, la vieja, doña Agapita, me hizo pasar a su habitación para almorzar con ella, porque la casa estaba llena de huéspedes y, en casos así, teníamos que «estrecharnos un poco los de confianza», según dijo. Yo me tomé la sopa temiendo y esperando que doña Agapita pusiera las cartas sobre la mesa, pero doña Agapita no puso nada. El gabinetito de doña Agapita era cálido, todo él de peluche, anticuado, modestamente confortable, con ese olor a abrótano apacho que es la coquetería de las viejas, lo que ellas se dan en el pelo para que no se les caiga demasiado. Ya sabéis cómo se les cae el pelo a las viejas, en largas hebras grises que quedan en el lavabo, el baño y la palangana como muertas anguilas, como cenicientas medusas. En el segundo plato —unos filetitos de carne picada con mucha especia— estuvo a punto de empezar nuestro raro romance. ¿Empezó realmente? Doña Agapita tenía la nariz aguileña, los ojos brillantes, pero con un brillo que no era de juventud, precisamente, y se daba el colorete un poco bajo, un poco caído. Su risa era en cierto modo simpática, y yo trataba de averiguar si llevaba dentadura postiza. Si lleva dentadura postiza me niego. Por ahí sí que no paso. Doña Agapita, realmente, estaba muy enferma.)

—Hijo, no haces más que sobarme las manos.

(Habíamos llegado a Iglesia. Yo no sabía deshacerme de las manos niñas de Soledad.)

—¿Me llamas?

—Te llamo.

—Adiós, tonto.

—Adiós, fea.

(Cuidado con las puertas. Tengan cuidado con las puertas. Dejen las puertas libres. Cuidado al entrar y salir para no introducir el pie entre coche y andén. Soledad se alejó entre la gente. Su rubia cabeza ascendía entre otras cabezas la escalera del Metro. Se prohíbe vender en los coches. Prohibido fumar o llevar el cigarro encendido. Abandonamos el andén como un relámpago. El tren corría por los túneles como una rauda catástrofe. Doña Agapita estuvo discreta. Se te está olvidando el oficio. No serías capaz de decir ahora mismo si hay ya algo entre vosotros, si efectivamente se ha roto el hielo —más vale que no— o, por el contrario, doña Agapita se ha visto realmente en la necesidad de hacerte pasar a su gabinetito para que te sirvieran aquí el almuerzo. Lo cierto es que la casa está llena de gente. Me olí las manos. Me olí el olor de las manos de Soledad en mis manos. Tened cuidado al entrar y salir para no introducir el pie entre

coche y andén. Llegamos a otra estación.)

—¿Está Soledad?

—Soy yo. ¿No me has conocido la voz?

(Nos citábamos en la boca de un Metro. Paseábamos por la Castellana, nos sentábamos en un banco al anochecer. Yo esperaba a que el estudiante de ingeniero acabase con sus interminables charlas telefónicas para llamar a Soledad. Doña Agapita esperaba de mí alguna iniciativa, supongo. Lo cierto es que yo no quería tener iniciativas y seguía preguntándome si la dentadura de mi patrona sería postiza o natural. Soledad contaba cosas de su familia y del colegio. Quería aprender taquigrafía y mecanografía. Quería aprender idiomas para ser secretaria.)

—¿Secretaria de quién?

—No sé. Secretaria.

—Sí, claro.

—Hay muchas chicas que son secretarias.

(Estás perdiendo el tiempo. Eres un imbécil. Con ésta no vas a ningún sitio. Y con la vieja tampoco. Este oficio se olvida en cuanto uno deja cuatro días de practicarlo. ¿Será que no tienes vocación? Como venganza, pienso yo, a mi estúpida conducta del día del almuerzo en el gabinetito, me cambiaron a una habitación doble. Eché mucho de menos mi habitación individual y sus armarios de luna. Porque tenía armarios de luna. La habitación doble hube de compartirla con un señorito de provincias que había venido a Madrid a correrla. Tenía bigote y solía llegar a casa, para acostarse, a las ocho o las nueve de la mañana. Abría los balcones, me llenaba la habitación de sol y empezaba a andar de acá para allá en calzoncillos, haciendo mucho ruido de llaveros.)

—Soledad.

—Qué.

—Dame un beso.

—Uy, un beso.

(El tipo acababa por tenerme completamente espabilado y entonces me preguntaba que dónde creía yo que debía él de poner una gasolinera. Porque su proyecto era poner una gasolinera a la entrada de Madrid. Pero, ¿a qué entrada? Parece que esto había de decirlo yo, y precisamente a aquellas horas de la mañana, con sueño, dolor de cabeza, hambre y frío. Si aquel sujeto y su bigotito eran una venganza de doña Agapita, la verdad es que no pudo la buena vieja encontrar nada más refinado para acabar conmigo. Mi compañero de intimidad había pensado que Madrid es un sitio donde puedes vender gasolina a los que pasan de largo, estafándoles en el género y en la cantidad. Su plan de vida para el futuro, por lo que pude entender, consistía en pasarse los días durmiendo y las noches de fornicio para, ya de mañanita, acercarse a la gasolinera, hacer la recaudación y marchar a casa a meterse en la cama para dormir, con el fajo de billetes olorosos a gasolina y a conductor en el bolsillo del pijama hasta las diez de la noche.)

—¿Y tú no piensas casarte nunca?

—Pues claro, Soledad. Claro que pienso casarme.

Y contigo.

—Qué cosas tienes.

(Los bancos de la Castellana, al anochecer, no son tan mal sitio como dice la leyenda negra para andar con la mano por debajo de la blusa de una chica. Los bancos de la Castellana, al anochecer, no son tan mal sitio como dice la leyenda negra para andar con la mano por entre las faldas de una chica, siempre que la chica colabore un poquito, porque es que Solé no colaboraba lo que se dice nada. Gustar de las menores y vivir de las viejas es una difícil forma de vida que sólo han sabido mantener con buen pulso unos cuantos —muy pocos— genios abnegados a quienes la humanidad, por supuesto, ignora.)

—Me parece que tengo que irme.

—Claro.

—Cómo. ¿Estás deseando que me vaya?

(Cuando se tiene la mano izquierda enfundada —yo aconsejo, modestamente, trabajar con la izquierda, que siempre es menos violenta y más graciosamente torpe e insegura que la mano derecha— en un guante de calor femenino, es triste y desesperanzador sacar la mano a la intemperie, al aire de la Castellana, de los coches que pasan zumbando. Pero uno se despidió de cualquier forma, ve a la muchacha desaparecer en una boca de Metro —tened cuidado al entrar o salir para no introducir el pie entre coche y andén— y se va uno a la pensión que no ha pagado, a cenar, con una mano colgante en la que ya no queda nada de ella, de su perfume, y diciéndose que hay que hacer algo, lo que sea, pero pronto.)

Pantalones escoceses. Gafas oscuras. Un perrito de lanas. No estaba mal la europea. La europea paseaba su perrito todas las noches, de nueve a diez, por los jardincillos de la plaza de la Independencia. El chucho hacía sus cosas entre los coches aparcados en los estacionamientos en batería y la europea remoloneaba por allí con una correa en la mano. A la europea me la había presentado una norteamericana pelirroja y pecosa, de fresca risa efébrica, buenas piernas y medias negras. ¿Cuándo y cómo conocí yo a aquella norteamericana?

Supongo que en la calle. La europea resultó ser inglesa y llamarse Ketty, un nombre que nos suena vulgar a todos los lectores de novelas de aventuras y a los que vamos o íbamos mucho al cine.

En mi vida no había habido nunca una Ketty. Y supongo que tampoco una inglesa. Aunque esto último ya no podría asegurarlo con tanta fijeza. (Y lo que acabo de decir no supone ninguna clase de presunción, sino, sencillamente, que uno tiene más memoria para los nombres que para las nacionalidades.)

—¿Qué fue de tu amiga la americana?

—Oh, tengo muchas amigas americanas...

Decididamente, no se acordaba de mí.

—¿Y el perro, cómo se llama el perro?

—Oh, sí, el perro...

—Que digo que cómo se llama.

Y se reía mucho de mi salida, aunque yo no recordaba haber tenido ninguna salida. Pero una inglesa que se llama Ketty y pasea su perro al anochecer ofrece, así a primera vista, unas hipotéticas confortabilidades que no van a darte ni la maldita vieja —eso es cosa acabada antes de empezar, y más vale así—, ni la pobre Solé, la tonta, a la que todavía llamo de vez en cuando.

—¿Tú ser español?

Otra vez la tortura de las conversaciones en infinitivo. Asomarse a la habitación de las criadas desde el cuarto de baño no es ya una aventura palpitante, sino que se ha convertido en una especie de rutina cotidiana. A veces se pesca algo, a veces no se pesca nada. Pero no te vas a jugar la comodidad de la casa, donde ya has empezado a hacer cuenta, donde ya eres de confianza y te fian, por eso que alguien llamó —me lo ha contado uno que ha leído cosas— «el instante de un seno desnudo entre dos camisas».

—Parece de un poeta francés.

Ketty, mi amiga inglesa, opina que eso del seno desnudo parece de un poeta francés. Puede ser. De todos modos, el tío afinaba lo suyo. Seguro que conocía bien a las mujeres. O, por lo menos, a las francesas. Que ya es bastante, y no le arriendo la ganancia, como suele decirse, al tipo. La francesa es esa mujer que al final te dice: «¿Y sólo sabes, hacer eso?»

A Ketty no le hizo mucha gracia mi frase sobre las francesas. Creo que porque la

encontraba lógica, real, nada sorprendente. Con esto pasa como con los chistes sacrílegos, que sólo nos hacen gracia a los españoles. De modo que desistí de seguir resultando chistoso con Ketty. Hablamos muy en serio de la industria hotelera española, que era un tema que parecía apasionarle. Muy en serio y muy en infinitivo. Se habían encendido unos invisibles focos que iluminaban la Puerta de Alcalá. Los faros de los automóviles se traían una zarabanda loca entre la neblina nocturna. Un río de lucecitas rojas ascendía por Alcalá y un batallón de faros amarillos y blancos descendía hacia la plaza.

—«Kin» ha terminado su paseo.

Y le puso la correa a «Kin».

Parecíamos un joven matrimonio irlandés de profesores paseando por Dublín momentos antes de recogerse a dormir en la habitación que da al jardín. Acompañé a Ketty hasta el portal de su casa, en una transversal de Serrano, con el firme propósito de subir al apartamento. Pero esta condenada charla y charla en un español que no es el mío, en un inglés que tampoco es el que yo creía conocer a medias. Sin embargo, uno se aplica a diferenciar la pronunciación de *word* de la pronunciación de *work*, porque en la calle hace un frío de antep primavera, en la pensión empiezan a mirarte con resabio y la inglesa Ketty tiene un apartamento que comparte con otra europea. *Word* es más aterciopelado. Doña Agapita redacta facturas implacables con su letra picuda y temblona y me las hace llegar por las criadas. Yo no puedo hacerle el amor a doña Agapita ni estoy seguro de que sea eso lo que ella desea. *Work* resulta un poco más seco. La inglesa se ha quitado las gafas negras. Tiene debajo de los ojos esa zona tierna y blanquecina, como un vallecito, que se les forma a las gentes de piel sajona cuando usan gafas, e incluso sin usarlas. Pero en su mirada hay malicia. Parece una mujer segura de sí. Pobre Solé, soñándome como un novio enamorado y casadero. Pero Solé huele a niñez, a escuela, a cuarto de los juguetes, y uno daría cualquier cosa por conservar cerca de sí ese olor, esa carne tonta y niña.

Sin embargo, uno ha dejado de llamar a Solé con regularidad. A uno le ha enseñado la vida a conocer, desde el principio, cuáles son los caminos que llevan a algún sitio y cuáles los que no pueden llevar —al menos, no pueden llevarme a mí— a ninguno. Es cosa de intuición, supongo. O de esa olvidada y actuante veteranía en las cosas que llamamos intuición. La inglesa Ketty me invitó a subir con ella al piso, o quizá me invité yo solo. Pero lo cierto es que los tres —el perro «Kin» me miraba con especial curiosidad a partir del momento en que crucé el portal— subíamos lentamente en un viejo y sigiloso ascensor con espejos. Ketty charlaba y charlaba, mezclando en su conversación un español sajonizado con un inglés castellanizado. Soledad pasea por Madrid su adolescencia rubia y se compra pañuelitos y postales y una revista en la Puerta del Sol. Soledad colecciona tiques del Metro y billetes del autobús y del tranvía. Doña Agapita está en su cuartito forrado de peluches, con el brasero encendido, quizá, escribiendo facturas que las criadas van a dejarme luego sobre la mesilla de noche. La inglesa olía bien y casi me dio pena dejar en el ascensor, cuando llegamos arriba, todo aquel perfume de mujer europea, desperdiciado y sin que nadie lo aspirase.

El ascensor debía descender, vacío, por el hueco oscuro de la escalera, como un cenador galante de jardín aromatizado.

—Aquí es.

Entramos en el piso. El perro ladró un poquito por el pasillo. Se trataba de un viejo piso madrileño confortablemente acondicionado por Ketty y su compañera de vivienda. Ketty me presentó a Ana, que era gorda y holandesa, tenía un brazo escayolado y jugaba al poker con un muchacho de pantalón vaquero, hortera madrileño de pocas palabras. Ana parecía mayor de lo que sin duda era. No tenía ningún encanto. Indudablemente, mi paisano la estaba explotando a través del donjuanismo ibérico y el poker internacional. Observé al tipo, que anduvo raro en las presentaciones, llegando a la

consecuencia de que mi presencia allí le violentaba. Su juego estaba demasiado claro. El mío no debía estarlo tanto. Pero lo iba a estar en seguida. «Kin» andaba subiéndose por los butacones. Había en la casa maderas claras, detalles muy femeninos, un bar con espejos, luces y botellas, debajo del *pick-up*. Ana y el tipo —no recuerdo cómo se llamaba—, reanudaron la partida de poker. Ana sostenía las cartas en alto, al extremo de su brazo izquierdo escayolado, y de vez en cuando acariciaba un brazo del muchacho con su mano derecha, o le servía más whisky en el vaso mediado. Ketty anduvo de acá para allá, poniendo cosas en orden, dando terrones de azúcar al perro y dedicándome fugaces sonrisas. Curioseé un poco y luego me dejé caer en un sofá. Una voz hablaba muy bajito en un transistor que debía haber en algún sitio. Observé, de pronto, que mis nuevas amigas no tenían televisor, y esto, sin saber por qué, me produjo una repentina sensación de intimidad bastante comfortable. Indudablemente, en aquel *living* no se reunía la gente a perder el tiempo. Ketty cayó de pronto a mi lado.

—Dame un beso, Soledad.

—Uy, un beso.

El perro estaba a mi derecha, en el sofá, y Ketty a la izquierda. Ketty jugaba con el perro pasando sus brazos por encima de mí, rozándome con su melena rojiza, con su sweter oscuro. «¿Qué le ha ocurrido a tu amiga?» Ana había tenido un accidente de automóvil. El hortera del pantalón vaquero subía todas las tardes a jugar con ella al poker, porque Ana no estaba para salir a la calle. «Voy a cambiarme», dijo Ketty de pronto. Y desapareció por el pasillo. Traté de tener a «Kin» junto a mí, porque me apetecía un poco más el trato del perro que el de la pareja de jugadores. Pero «Kin» huyó pronto detrás de Ketty. Ketty le había explicado a Ana que yo era amigo de alguien, de cierta americana cuyo nombre hizo que los ojos de Ana se llenasen de luz. «¿No te sirves un whisky?», me dijo Ana.

Yo era amigo de alguien que seguramente no era la misma persona en quien Ana estaba pensando. Pero me serví un whisky poniendo cara de ser muy amigo de media América. Estuve mirando cómo jugaban aquella pareja a las cartas. Pero Ana alargaba su mano hacia el rostro del hortera con tanta frecuencia que acabé por sentirme molesto. Además, jugaban bastante mal. Yo, de pie, les veía las cartas a los dos. Estaba en posición privilegiada, omnipresente, casi divina, del que mira jugar a otros y está viendo todo el juego simultáneamente, y conoce secretos mutuos que ellos no conocen. Estaba por encima de sus ceños fruncidos, de su gesto meditativo, de su limitación de jugadores que no ven más allá de sus naipes. Pero Ana seguía alargando su mano, ahora hacia el pelo rizado —¿a quién se le ocurre, a estas alturas en mil novecientos sesenta y tantos, haber nacido con el pelo rizado?— de su amor. Así que di media vuelta.

Y me encontré de frente, al fondo del pasillo, la puerta de la habitación de Ketty, una puerta con cristales esmerilados. Ketty tenía la luz encendida y la sombra de su silueta se proyectaba, bastante ajustada al cuerpo a que pertenecía, contra el esmerilado de los cristales. Ketty andaba cambiándose de ropa.

Avancé por el pasillo, creo que silbando un poquito, como distraídamente, «Kin» me salió al encuentro, como si viniera a buscarme, a recibirme. Y entré en la alcoba de Ketty precedido por el perro. Ketty —medio cuerpo vestido de calle, medio cuerpo vestido de cama— se dejó abrazar, besar, estrechar. Decía cosas en inglés. Una de las criadas de doña Agapita tiene una combinación azul con un hermosísimo escote. Pero suele apagar la luz antes de quitarse la combinación. Quizá está escarmentada, porque supongo que a este mismo montante se habrán asomado otros huéspedes antes que yo, y a alguno le habrán pillado en el momento justo. O, quizá, la chica ha servido en otras casas antes que en ésta y tiene ya experiencia de lo que es convivir en un sitio con desconocidos. Ketty tenía esa piel un poco áspera de toda Europa, con excepción de Italia, Francia y, naturalmente, España. Pero no me molestaba sentir algo así como

sus pecas debajo de las palmas de mis manos. Por el contrario, creo que me gustaba mucho. «Kin» jadeaba dando saltos en torno nuestro. La emoción no le dejaba ladrar. Soledad huele todavía al cuarto de los juegos, a tarde sin colegio. Doña Agapita ha vuelto a tener una recaída. Ketty y yo nos besamos con cierto ensañamiento.

Creo que había algún libro sobre el lecho de Ketty. Los extranjeros siempre se llevan libros a la cama. El volumen cayó sobre la alfombra y «Kin» debió andar olfateando en él el olor de su dueña, que ahora le había robado yo íntegramente. Ladrón de fragancias femeninas, ejercí intensamente mi poder olfativo. Cuando volví a ponerme en pie, «Kin» dormía inexplicablemente con medio cuerpo debajo de la cama. Cogí el libro del suelo y se lo puse a Ketty, abierto sobre el vientre.

El *living*, el whisky, el cuarto de baño. Ketty vino al cuarto de baño y volvimos a besarnos, y Soledad llamó varias veces a la pensión preguntando por mí mientras en el cuarto de las criadas se producía, como todas las noches, «el instante de un seno desnudo entre dos camisas» y Ana sentaba en sus rodillas al hortera del pantalón vaquero.

—«Kin», ven aquí.

Recuerdo aquella camarerita con quien anduve por la calle de Londres, cerca de la plaza de toros de las Ventas, buscando un cuarto para los dos, una noche. Ketty tenía esa manera de amar de las mujeres no demasiado ardientes, no demasiado sensibles, que ponen en el asunto más cabeza, más experiencia y voluntad que arrebato.

Quiero decir que hay mujeres que aman como hombres, pero deseo que esto se entienda rectamente, sin ninguna clase de equívocos.

Aquella camarerita tenía miedo de los serenos y de los chalets en sombra, con jardín y enredadera, de la calle de Londres. Ketty sabía amar, pero me parece que nunca había perdido, que nunca pierde, que nunca perderá la cabeza. A esto le llamo yo amar como un hombre, aunque no sé por qué, pues sin duda hay hombres —y quizá sea yo uno de ellos, que por desgracia, ay, me parece que no— que pierden la cabeza, en el amor, como mujercitas. Pero eso nunca se sabe. De modo que la camarerita y yo regresamos por calles cuesta arriba hasta la plaza de Manuel Becerra, y allí nos despedimos y tomamos el Metro en direcciones opuestas. Antes habíamos cenado en una tasca de Echegaray, por lo barato, y había yo comprobado la tersura de las rodillas de la camarerita, que se llamaba Manoli y acabó llorando un poquito. Ketty y yo volvimos al diván para jugar con el perro. Éramos otra vez como un matrimonio de Irlanda después de la cena. Ana y su jugador se fueron a los fondos de la casa. Ella andaba haciéndole la cena con su única mano libre. Luego bajé con Ketty a la calle, a pasear otra vez al perro, que parecía muy inquieto con su nuevo dueño, que era yo, aunque no decididamente hostil. Fue un paseo cortito que hicimos cogidos del brazo, sin ninguna lujuria. Aquella noche me quedé a dormir en la casa. Mientras Ketty leía en la cama y la holandesa escayolada lloraba en una habitación a oscuras no sé qué infidelidades del jugador de poker, que por cierto se había marchado, me encerré en el cuarto de baño a fumar un cigarrillo asomando a la ventana, que daba a un patio interior lleno de olores y músicas vagas. En el cuarto de baño de una casa de mujeres solas siempre hay deliciosas prendas rosas por los rincones, muchos espejos y algo así como la forma de un cuerpo femenino geológicamente desdibujada por la resaca del agua en la bañera vacía. Yo había apagado la luz y fumaba en la oscuridad.

«Soledad, dame un beso.» Pero hace buena noche y Soledad duerme y sueña con su provincia. Las estrellas se han arremolinado en el hueco de cielo que se asoma a lo alto del patio y presiento que un gato se desliza como un reptil por el fondo de las carboneras. «Uy, un beso.» Aquel tipo me llamaba ninfomaniaco. También son ganas de ponerle nombres raros a las cosas. Quizá Soledad se ha agitado brevemente en su lecho. Me sentía como casado desde hacía muchos años con la mujer que me esperaba al otro lado del pasillo, con la luz encendida, leyendo en la cama.

Yo estaba en mangas de camisa y del fondo del patio subía hasta las estrellas un hedor de restos de cena. A cada música que cesaba, el patio quedaba más en sombra, como si se hubiese apagado una luz. Doña Agapita tosía en su gabinetito y el estudiante de ingeniero hablaba y se reía al teléfono. Cuando regresaba por el pasillo para acostarme comprendí que estaba esperando, inconscientemente, encontrar a Soledad en el lecho. Y hasta me sorprendió un poco que en lugar de Soledad fuese Ketty la que cerró el libro con una sonrisa para mí. Me sorprendí cerrando por dentro la puerta de la alcoba con un movimiento casi matrimonial.

El baile y la bolera. Hay un mostrador ruidoso y un largo pasillo a cuyo final está la pista de baile. Sillas de tijera y un agrio altavoz. En la planta baja se juega a los bolos. Se repite con estruendo el fusilamiento de los cachivaches de madera. Las pesadas bolas resuenan como un trueno arrastrado. Es el subsuelo de la música de baile. Mucho twist, mucho ritmo, mucha melodía lenta y glucosa. Y, como subfondo de la música, el rodar sombrío de las bolas en la bolera. Techo bajo, sofoco de altavoces. Revueltos bailes madrileños que se abrían al atardecer como una flor de coca-cola y maquillaje. Bailábamos muy apretados. Bailaba uno teniendo entre los brazos el cuerpo dócil y vegetativo de una empleada, de una dependienta, de una estudiante de cultura general. Maia es alemana y la he conocido en un café. Maia es fuerte de piernas, clara de ojos, solitaria.

Hay, en la barra del baile-bolera, el grupo de los veteranos, de los gallitos, de los bailones. Una juventud oficinista llena estos sitios al atardecer. Los domingos ^s otra cosa. Yo creo que los domingos acudían, sobre todo, criadas. Muchas criadas en el baile-bolera. Los bailones de la sala desaparecían ese día. Pero durante el resto de la semana son los amos. Durante el resto de la semana, los bailones llegaban con sus *foulards*, con su pelo cortado a navaja, con sus chaquetas estrechas y brillantes. Bailaban de tarde en tarde con cualquier chica de su pandilla y a la que apenas prestaban atención. Pero qué rematadamente bien puede llegar a bailar un bailón. Lo hacían siempre con la cabeza alta, mirándose ser mirados, exagerando los movimientos del twist o reduciéndolos al mínimo, a una leve alusión rítmica. Había la mesa de las habituales, de la pandilla loca y desmelenada de las bailonas, siempre fumando y bebiendo. Tampoco ellas bailaban casi nunca. El tipo que cometía el error de caer en aquella mesa y sacar a bailar a una de aquellas furias, estaba perdido. Se encontraría zarandeado en plena pista por una mujer indiferente que le estaba reprochando con su silencio el no saber bailar. La bailona solía fumar mientras danzaba y, por supuesto, podía pararse a hablar con otro hombre o cortar en seco la conversación con su pareja —si es que había conversación— y volver a la mesa para sentarse con sus amigas. En todo caso, uno había quedado en ridículo.

—Pero yo creo que esas bailonas tienen que ser plan.

—Con quien a ellas les da la gana.

—Claro, no van a ligar con el primero que llega.

—Si le gusta el tipo, verás si liga o no liga.

—Lo que tienen es mucha cara.

—Y mucho de todo.

—Pues no son para tanto.

—¿Te has fijado en la de la falda de cuero?

—Es que ésa está como un tren.

—Pues te aseguro que ahí tienes corte.

—Lánzate tú, si estás tan seguro.

—De eso, nada.

Maia es convidadora y sonriente. No se la puede llevar a bailar porque se mueve como las vacas teutonas cuando van a ser poseídas por el toro. Salir con Maia es encontrarse el día resuelto en todos los sentidos. A no ser que le dé por bostezar. Maia arrastra siempre mucho sueño. Trabaja de traductora en una fábrica de Getafe, adonde tiene que ir todos los días a las ocho de la mañana. De modo que a las siete ya está en pie y dándose prisa para coger el autobús que va a Getafe. De todos modos, yo me la he llevado alguna noche a cenar por la plaza del Ángel y ha pagado hasta la última copa. Ahora que el sueño suele entrarle tacaño y entonces cierra el monedero y ya no hay nada que hacer.

—Pues un día saqué a bailar a la de la falda de cuero y se me dio fenómeno.

—¿La llevaste a dormir?

- Sí, pero a su casa.
—Que te dejó en el portal, vamos.
—Cómo te lo diría.
—¿Y a eso le llamas tú darse bien?
—«Sabor a ti.» Esto no me lo pierdo. Hay que bailar con quien sea.
—A éste le da por los discos.
—Yo, arrimándose la gachí, ya pueden tocar el tantun ergo.
—Muy bueno, macho.
—Apúntate ocho.

A Maia la metí una noche en la pensión, de madrugada, y nos pillaron en la cama, como quien dice. Allí se presentó doña Agapita con un gorrito de dormir lleno de volantes, como el que usaba mi abuela. Mientras Maia se vestía en un rincón, yo discutí en camiseta con el estudiante de ingeniero y las criadas se refugiaron en la cocina, porque ellas «eran solteras y no querían enterarse de ciertas cosas». Creo que, en el fondo y no sé por qué, agradecí la actitud neutral de las criadas. El estudiante defendía la moral de aquella casa como si fuese la suya, y doña Agapita le sujetaba una manga como si se tratase de un hijo suyo saliendo en defensa de la honra familiar.

- Ya ha ligado con la del caderamen, oye.
—Pues ésa se arrima como un torero.
—Que ande con cuidado, no vaya a tener una cogida.
—Pero siguen con el twist, y así no hay manera de tocar nada.
—Si es que los bailes, ahora, son muy morales.
—¿Nos bajamos ahí a hacer unos bolos?

Yo tenía la idea de estampanar al estudiante contra el espejo, pero al tío se le hacía tarde para ir a clase y salió de la habitación diciendo: «Este cara se va a la calle ahora mismo, doña Agapita». Y este cara se fue a la calle en compañía de Maia y tirando de la maleta, dentro de la cual iba todo revuelto. «Yo creía que ellos llamar un cura, oh, qué raro que ellos no llamar ya un cura», decía Maia por la escalera.

Abandoné la pensión de doña Agapita como si hubiera sido la pensión de una noche. Dejé sobre la cama los cuatro cuartos que llevaba encima. Doña Agapita se había quedado con mi reloj de mesilla, supongo que por quedarse con algo. Y anduvimos por las calles sin gente, como aquella otra noche que Manoli y yo buscábamos una habitación para los dos por la calle de Londres. Ahora imagino a Solé llamándome inútilmente por teléfono a la pensión y a doña Agapita diciendo que «hace mucho tiempo —dos o tres días— que ese señor se fue de aquí».

- ¿Bailas, oye?
—Bueno.

Y un cuerpo de pocos años se te viene a los brazos y un aroma de barrio lejano te va llenando. Si la chica se deja llevar hacia el fondo, donde apenas llega la luz de la pista, es que la cosa marcha bien. Las hay que se arriman a modo, pero vuelven la cara cuando tratas de darles un beso.

Otras, por el contrario, le ofrecen a uno la boca antes de haber cruzado dos palabras, pero mantienen el cuerpo envarado y distante. Cuando todo se da de una vez, lo que hay que hacer es trabajar a fondo, olvidarse de las parejas que bailan alrededor, de la música que se descompone en los altavoces como el agua en un colector, del rumor sombrío de las bolas en la bolera.

Y besar lo mejor que uno sepa.

- ¿Qué hacemos, Maia?

Nos metimos en una churrería a desayunar. Madrid se desperezaba con el primer viaje del Metro, que corría subterráneo bajo los sueños vírgenes de Soledad y los sueños carnívoros de «Kin», el perro de Ketty. Bajo el sueño en varios idiomas de la propia Ketty.

La gente de Vallecas viajaba hacia Prosperidad y la gente de los Carabancheles tomaba metros, tranvías y autobuses en dirección a Cuatro Caminos y Tetuán de las Victorias. Madrid quedaba, así, anudado por sus cuatro puntas. Entrada la mañana, Maia me llevó a una piscina de la carretera de La Coruña, y allí comprendí, de pronto, tirado al sol dentro de un bañador alquilado, que había llegado a Madrid la primavera. Era una piscina casi solitaria, con una asordada música de altavoz y un agua fría de color azul absolutamente falso. Tenía yo en la piel el pálido escalofrío de todo un invierno y mi cuerpo no acababa de reconciliarse con la estera que hacía las veces de arena cubriendo todo el contorno de la piscina. Maia se daba crema en sus muslos levemente amoratados. Había yo dejado la maleta en la cabina de baños. Madrid y sus ruidos quedaban lejos. Aquello era el silencio, la quietud, la paz. La verde orilla de un día sin fin. Un hombre moreno, con bañador de rayas, se acercó a Maia. Maia me lo presentó. Se trataba de Carvalho.

Carvalho era portugués. Maia y él hablaron en francés. Yo miraba el ombligo de una adolescente a quien el bikini del año anterior se le había quedado deliciosamente pequeño. Sin duda, la niña iba a comprarse otro bikini más grande al día siguiente. Pero, en tanto, vivía un único día de casi desnudez inocente y un poco asustada, como ese único día impúdico que pasó nuestra madre Eva al siguiente de perder la inocencia y antes de haber encontrado la forma —iba a encontrarla en seguida— de empezar a taparse con hojas, con raíces o con plumas.

Ketty ha duchado su cuerpo pecoso y sale a pasear a «Kin» por la calle de Serrano, como todas las mañanas. Quizá lleguen hasta el Retiro. El Retiro, a esta hora, es una isla de verdor y soledad por donde pasean pacíficos obsesos sexuales, niñeras sin medias y guardas aspérrimos y silenciosos. Es bueno pasear con Ketty por el Retiro, muy de mañanita, cambiando pequeños besos, mientras «Kin» corre delante de nuestras sombras y persigue invisibles animales por la hierba. Maia, ya con el bañador puesto, ha telefonado a la fábrica de Getafe diciendo que está en la consulta del médico porque tiene trastornos de matriz. Las dos criadas de doña Agapita han sacudido al patio la pesada alfombra del pasillo y tienen en sus cuerpos el hedor encebollado y animal de las axilas sudorosas por el esfuerzo. En el baile-bolera ha rodado la primera bola del día. Maia le ha explicado a Carvalho mi caso.

A Carvalho le divierte que nos hayan echado de la pensión y dice que tiene un asunto para mí. Mientras Maia entra en el agua y sale de ella y miro sus muslos que parecen impermeables y brillan al sol, Carvalho y yo fumamos desnudos y hablamos de negocios. Hay una dulce gestante que se moja los pies en el canalillo que circunda la piscina y la música de «Los niños del Pireo» que suena en el altavoz parece la más natural y espontánea música de la mañana, como si toda la vida, a lo largo de millones y millones de años, el mundo hubiera amanecido con esta música. Ketty se sienta en un banco del Retiro con las piernas muy extendidas al sol. Por las mañanas no se pone pantalones para poder tomar el sol en las piernas.

—Tú vendrás a vivir con nosotros, o.

—Creo que me interesa, Carvalho.

—Pues no hubiera de interesarte, home.

Carvalho me propone entrar a formar parte de una banda que vive en un piso de Arguelles a las órdenes de una especie de gángster argentino. Un tipo que tuvo un bochinche en Buenos Aires y se peleó con medio hemisferio. Parece que hacen buenas operaciones y la policía aún no se ha enterado. Comimos los tres juntos en la piscina. Picaba el solito a mediodía. Yo tenía un cosquilleo en el bajo vientre y me sentía por dentro la euforia de haber resuelto —o casi— de momento, mi situación, y por fuera la euforia del sol de la primavera. A veces me rozaban las piernas frescas de Maia, que comía ensalada con un entusiasmo absolutamente silvestre. He aquí —me decía yo— que vas a cambiar de oficio, que vas a volver a eso de la aventura con la

poli, que tampoco es nuevo, pero que creías abandonado para siempre. La adolescente del bikini hervía al sol cuando abandonamos la piscina. Maia tomó un taxi y Carvalho me llevó en su moto al piso de Argüelles.

«Conviene que lo sepas todo cuanto antes y fueras conociendo a la gente», decía con su castellano galleguizado. Con la zarandaja de la pensión, yo no había dormido una palabra, de modo que lo que más me apetecía era echarme la siesta. Así se lo dije a Carvalho. Efectivamente, una vez llegados, me presentó al argentino, que tenía cara de caballo y era muy alto. «Éste es el nuevo», dijo Carvalho. Por lo visto, acababan de poner en la puñetera calle a otro elemento que se negaba a trabajar a las órdenes del argentino y el portugués por considerarles a ambos razas inferiores.

—Razas inferiores, nosotros. ¿Pero tú vieras?

Mi habitación era de dos camas. El resto de la gente estaba abajo, en la calle, tomando café. Puse la maleta en un rincón y me eché en la cama del fondo, sobre la colcha de cretona acortinada, descalzo. La ventana de la habitación daba a un patio como el de la casa de Ketty, como todos los patios de todas las casas de vecindad del Madrid del centro. El argentino y el portugués andaban en el comedor con su cháchara exótica. Cuando llevaba unas dos horas durmiendo me despertó el sonido del teléfono. El argentino vino hasta mi habitación arrastrando sus zapatillas de invierno. La llamada era para mí. Salí al pasillo con la cabeza abrasándome y hablé con Maia, que quería saber si íbamos a vernos aquella noche.

Después de hablar con Maia, me encerré en el baño para ducharme largamente. Estaba ya como en mi casa.

Estaba en mi casa. El argentino se llamaba Enrique y fumaba puro por el pasillo. En la casa había una perra, «Pope», sospechosamente aficionada a saltar hasta el sexo de la gente. Fresco y dueño de mis iniciativas, salí a la calle con Carvalho. La mujer de Enrique era una cubana muy blanca y bastante gorda que se escondía siempre en los fondos de la casa, más allá de la cocina. El matrimonio tenía un hijo que era doble de actores de cine, y se paseaba absolutamente desnudo por las habitaciones, hablaba con su madre como una meretriz, se peinaba a lo Alain Delon y, según algunos, era marica. Según esos mismos, casi todos los de la banda habían tenido que ver con la cubana gorda. El resto de la gente se pasaba la tarde en los bares de Argüelles. El trabajo no empezaba hasta después de la cena. Carvalho me los presentó a todos. En una primera ojeada podían parecer un grupo de estudiantes vagos matando el tiempo. Era la hora de salir a pasear con Soledad. Argüelles estaba perfumado de acacias. Carvalho y yo nos sentamos en una terraza con el grupo. Antoñito era cordobés y estaba prematuramente calvo. Hablaba haciendo un pucherito con los labios. Me enseñó fotos de cuando él estaba más gordo. «Esta gente paga poco. Y casi todas las noches hay operación. En buen sitio te has metido. Cualquiera día viene la poli y nos vamos todos a la mierda.» Jaime era menudo, sonriente y aguileño. Había venido de Barcelona. «¿Ya está Antoñito con sus fotos? Las saca siempre que viene uno nuevo. Le gusta asustar a la gente. Guarda esas fotos, Antoñito, o te las parto.» Antoñito guardó sus fotos con un mohín de rabiosa resignación. Fernando era otro de los motoristas de la banda; fuerte, gritón y cordial. Parecía decidido a protegerme. Luego estaban Luis y Galán, dos tipos oscuros que apenas me hablaron. En ausencia del argentino, Carvalho parecía el jefe. Era la hora de encontrar a Ketty paseando su perrito por la plaza de la Independencia, la hora de cogerle las manos a Soledad, de echarse a la calle de Serrano sin una peseta en el bolsillo, huyendo de las sombras que invadían la pensión de doña Agapita. Era la hora en que Ana y su hortera iniciaban la partida de poker hasta la madrugada, en que él se iría y ella se quedaría llorando sobre su brazo escayolado.

Era la hora de sacar a una chica a bailar en el baile-bolera y besar una piel desconocida, una oreja todavía sin nombre, mientras las bolas rodaban sombríamente

por el carril, en los sótanos de la música que se descomponía en los altavoces como el agua en un colector.

En Argüelles conocí a gente fina. En Argüelles supe de África, con quien me citaba al atardecer en una cafetería. Nos íbamos paseando por la Universitaria hasta un bosquecillo que había antes de llegar a la Dehesa de la Villa, y allí esperábamos la caída de la noche.

Era una pequeña colina de pinos enanos que se poblaba de parejas al anochecer. A un lado quedaba la carretera. Al Otro lado, las amplitudes de un Madrid que se confundía ya con el campo, a la vista del cercano y distante Guadarrama. África era niña bien de Argüelles y le gustaba esta aventura de entregarse a un hombre sobre las agujas de pino, con el aliento contenido para no ser descubiertos por el guarda que no debía andar muy lejos. Maia regresaba de Getafe en el polvoriento ómnibus de todas las tardes, Ketty le ponía o le quitaba el collar a su perro, Solé se dejaba asediar y piropear por los soldados y los paletos de la Puerta del Sol, la bola de la bolera regresaba por el carril con un rodar que tenía algo de la oscura conformidad de los cuerpos demasiado pesados, resignados siempre a la ley de su excesiva gravedad, que es su destino, y África me dejaba perfumado de sus colonias íntimas y frescas.

A veces cenaba en casa de Ketty, después de haber estado con África en el pinarillo. Paseábamos al perro después de cenar y yo me demoraba en todos los escaparates de Serrano, retrasando el momento de encerrarme con la inglesa en su habitación, porque dos mujeres en un día son muchas mujeres. África se presentó un día con el coche de papá. Cogimos la carretera de La Coruña y aquello era una delicia de velocidad. Alguna noche que otra, Ketty y yo nos incorporábamos a la partida de poker de Ana y su muchacho. Yo hacía trampas por aburrimiento. No sé si ganaba o perdía, pero juro que nunca fui tramposo por ambición, sino por aburrimiento. ¿Es que puede haber algo más aburrido que encerrarse dentro de un reglamento, como dentro de una cárcel voluntaria, y seguirlo punto por punto?

África quería enseñarme el hotelito de la sierra. Era un chalet que su familia utilizaba en el verano.

—Pero todavía no estamos en verano, África.

—Por eso. Ahora lo utilizo yo.

A partir de esta frase, todo quedó más claro. Íbamos a acostarnos en el hotelito de África. Sin duda, la niña cursi se había cansado de sentir en las nalguitas el picotazo de las agujas de pino, que son como alambres. En el baile-bolera conocí un día a Teresa. La pandilla de Teresa, que era una chica rubia con los ojos negros, daba guateques los domingos. Un domingo me invitaron a un guateque, en Bravo Murillo, y abracé a Teresa en el balcón, en el cuarto de baño y en el ascensor. Luego, vino un tipo que sabía hacer acrobacias bailando y le daba al rock and roll como los artistas de circo. El saltimbanqui se llevó a Teresa y la zarandeaba que era un primor. África metió su auto por unas trochas y Teresa, con el vaso de whisky en la mano, me decía llena de tristeza: «No me dejes beber más, no me dejes beber más». Pero venía el de los saltos y se la llevaba y la niña estaba cada vez más borracha.

De pronto empecé a sentirme violento en la partida de poker. El hortera había advertido mis trampas y fumaba con cara de mala sangre. África dio un frenazo y nos quedamos los dos temblando dentro del auto, que temblaba también.

—Aquí es.

—Ana, me parece que alguien está haciendo trampas.

—¿Trampas?

—Ketty, a ver si nos traes gente de mejor clase a jugar al poker.

África había dicho que era allí. Una vieja de madera, un jardincillo y el chalet, de una rusticidad amanerada y reciente.

—Si tienes frío encenderemos la chimenea.

—¿Me vas a hacer trabajar, África?

—No le soporto a ningún hortera como tú que ponga en duda mi clase.

—Pues claro que te voy a hacer trabajar, y más de lo que te imaginas —rió África con malicia.

Hubo puñetazos porque tenía que haberlos. ¿Cómo podía aquel hortera chulillo hablarme de clase ni de historias? La zarabanda fue curiosa. Creo que en algún momento oí crujir algo que bien pudo ser la escayola de Ana, completamente destrozada. En el jardín había una casa contigua al chalet. Era la del jardinero, que nos dio las buenas tardes cuando salía a regar las flores con su manga delgada y negra como una culebra. No dejó de sorprenderme la desenvoltura de África ante aquel criado, que o bien era tonto o bien estaba suficientemente hinchado de propinas. «Kin» saltaba agresivo en torno a mí y Ketty fue la primera en azotarme con una escoba. Golpeé fuerte en la nariz y en las orejas al tipo del pantalón vaquero, y me persiguieron por el pasillo con botellas de whisky en la mano.

—¿No me abrazas?

Abracé a África en el recibidor, que olía a casa cerrada y a verano antiguo, dormido entre las cortinas de las ventanas y los cristales. África me enseñó toda la casa de prisa, como impaciente por terminar aquel trámite, innecesario, por otra parte, pero que no deja de interesarme, porque prefiero saber siempre el terreno que piso. Corrí escaleras abajo, ensangrentado y perseguido por «Kin». África me había conducido hasta una pequeña alcoba de gran sencillez, con ventanas a la parte trasera del chalet, que era gallinero y tendero. Corrí hacia la espesura del Retiro para lavarme la sangre y despejarme la cabeza en cualquier fuente. La aventura de Ketty había terminado.

—¿Aquí vamos a acostarnos?

—¿No te gusta? Es la habitación de las criadas.

A la niña tonta de Argüelles le excitaba acostarse en la habitación de las criadas, como antes le había divertido escaparse conmigo a aquel bosquecillo donde se amaban las parejas pobres.

—Pero África...

Lo comprendí todo de golpe. Después del amor, ella me lo explicó más detalladamente. Su sexualidad había despertado merced a una criada desvergonzada que, siendo ella aún muy niña, le explicaba lo que hacía con el soldado de turno en los bosquecillos de la Universitaria. También descubrió África, un verano, que aquella criada recibía por las noches a un chico del pueblo en su habitación. Parece ser que, cuando la habitación la ocupaban dos criadas, al visitante se lo repartían. Desde entonces, todas las emociones sexuales tendían a reproducir las aventuras de aquella doméstica perversa. Sentí un poco de miedo y otro poco de asco, pero África me gustaba demasiado como para andar perdiendo el tiempo. Mientras la acariciaba en el lecho de la sirvienta, nos llegaba del exterior ese leve rumor del agua sobre la fronda. El jardinero regaba sus flores y sus macizos al atardecer. La fuente del Retiro me refrescó las sienes y las ideas. Estuve largo rato sentado en un banco, casi tendido, respirando a pleno pulmón la oscuridad perfumada del parque. Pasaban guardas que debían tomarme por un vicioso solitario. Pasaban parejas de novios besándose.

Bajo las aguas del silencio nocturno, el rumor de Madrid. Salí despacio del Retiro. Yo no contaba con que África se proponía que pasásemos la noche allí. Pero así fue. ¿Qué historia habría inventado en su casa? El jardinero nos trajo una cena breve y sabrosa que tomamos después de ducharnos. También vimos la televisión y, finalmente, nos acostamos otra vez, como un matrimonio.

A la mañana siguiente, cuando me disponía a regresar a Madrid, África dijo:

—¿Te importará tomar el tren, cariño? Yo me quedo aquí.

Podía haberme ofrecido el automóvil. En todo caso, estaba jugando conmigo como juegan estas niñas caprichosas con la gente.

—No tengo dinero para el tren —dije con cierta acritud.

Pero África se levantó desnuda y buscó mil pesetas en su cazadora. Consideré que,

por mi parte, había cumplido con la niña, y la dejé desnuda en el lecho de la criada, esperando no sé qué.

(Bueno, sí que lo sé). Salí al campo primaveral y amanecido. Era una delicia respirar tan bien y llevar mil pesetas, tiasas y enteras, en el bolsillo, en un solo billete.

A Teresa, que estaba completamente borrachita, la liberé como pude de los abrazos y los zarandeos del saltimbanqui. Cantaba Françoise Hardy en el disco negro y girador. El domingo madrileño tenía así un oscuro sabor de madrugada francesa. Con Maia estuve también alguna vez en el pinarillo de la Universitaria, y luego nos íbamos al parque del Oeste, donde yo saltaba delante de los surtidores circulares que riegan la hierba dando hermosas vueltas y produciendo unos largos y acariciadores látigos de agua. Aquello era divertido y refrescante. El tren de cercanías regresaba a Madrid, donde iba yo a llegar antes de las diez de la mañana con cierto zumbido de cabeza y sin saber qué hacer en todo un día que tenía por delante. El guateque tocaba a su fin y seguían sonando voces francesas por toda la casa.

Era una música que me llenaba de un entusiasmo calavera y erótico que debía ser solamente mala literatura. Me embadurné hasta el alma del lápiz de labios de Teresita, que por lo visto había tenido desde muy pequeñita la manía de pintarse como una persona mayor. Creo que fue en la cocina de la casa donde nos dimos los más satisfactorios abrazos. La estación estaba tiritona y chirriante a aquella hora de la mañana. Desayuné en el bar ferroviario, mirándolo mucho todo, como si llegase a Madrid por primera vez y desde muy lejos y tuviera en el paladar el asombro de reconocer en mi primer café madrileño verdadero sabor a café. Las comidas en casa del argentino transcurrían entre discusiones de fútbol, chistes sin gracia sobre la calidad de la comida y su relativa abundancia y anécdotas porteñas del jefe. «Poderosa la sopa, poderosa», exaltaba nuestro Al Capone para estimularnos a tomar aquello. Antoñito me miraba desde su rincón buscando en mí una complicidad de víctima resignada.

Con el buen tiempo se acercaban las primeras verbenas madrileñas y entre el jefe y Carvalho estaban planeando un golpe. Por lo visto, éramos delincuentes de verbena. En aquellos días llegó a la pensión Jorgito, un marica que se parecía a Vittorio de Sica.

—¿Y en qué coños va a trabajar el nuevo, con esa pinta de estirado?

El nuevo era Jorgito. Venía a la casa invitado por el hijo del Jefe. Por las tardes, ambos dormían la siesta. La cubana se acostaba con la perra, el jefe y Carvalho jugaban a las cartas y se repartían una botella de whisky, el resto de la gente bajaba a Princesa a tomar café y yo, algunas tardes, recibía a Maia en mi habitación y también nos echábamos la siesta. Jorgito andaba por la casa a pecho descubierto y alguna vez trató de insinuárseme y hasta de ligar, pero le paré en seco.

—Poderosa la sopa, poderosa.

—No creo yo que se vaya a llevar otra Copa de Europa el Real Madrid.

—¿Cuándo vais ustedes a la pileta, ché?

—Éste dice que el Madrid no se lleva otra Copa.

—¿Y cómo fuera que no ganase el pentacampeón?

—Sin Di Stéfano, son una mierda de equipo.

—Éste le tiene rabia a don Santiago.

—Jorgito, que no me sobes.

—He oído que debutamos esta noche en Tetuán de las Victorias.

—En buen sitio te has metido. Aquí nos matan de hambre.

—Que no es mi santo, Antoñito; que no te quedes conmigo.

—Ya está Antoñito con el rollo del hambre.

Pero Antoñito era relojero de afición y me arreglaba el cacharrillo siempre que se paraba.

Tere y yo nos besamos por última vez en la cocina mientras un disco, allá en el salón,

giraba en estría muerta. A Tere, que como digo estaba completamente borrachita, se la llevó su hermana a casa arrancándola de mis brazos como yo la había arrancado de los brazos del bailarín. Suelo recordar con cierta ternura a aquella muñeca reventada de alcohol. Fernando engrasó su moto por la tarde y después de cenar partimos todos para Tetuán de las Victorias. Fernando y yo íbamos en la moto. Galán y su compinche, en otra máquina. Jorgito y el jefe tomaron un taxi. Los demás bajaron al Metro.

—A nosotros siempre nos toca ir en el tubo —iba rezongando Antoñito.

Lo que más me apetecía, cuando llegamos a la verbena, era sacar a bailar a una de aquellas chicas del barrio, que estaban todas preciosas. Y creo que hasta llegué a bailar con una rubia que tenía una banda cruzada sobre el pecho y debía ser miss algo. Sin que yo advirtiese que nadie se hubiera puesto de acuerdo, nos encontramos todos los de la banda reunidos en unas cuantas mesas de la verbena, cerca del baile, pero sin dar a entender que constituíamos un solo grupo. Había buena carne obrera dándole a los ritmos agrios de la orquestina. Sonaban escopetazos en la batalla alegre y de las casetas de tiro y se veía entre el público de las mesas muchas gestantes que lo miraban todo con cara de tontas. Le habían puesto al barrio unas luces raras, unos focos altos que lo tornaban todo un poco fantasmal. Anduvimos por las casetas de tiro disparando a las caras de las peponas en lugar de a las cintas y las dianas.

—Me parece que se acerca la hora de actuar.

Conozco una chica de un club de la Gran Vía que lleva abrigo de piel todo el año y con la que puede uno acostarse de cara, si le cae bien, en un piso que hay cerca de la calle del Pez. Recuerdo una casa de la calle de Larra, un cuarto o quinto piso, adonde se puede o se podía subir y esperar a que llamen a una niña por teléfono. El problema está en salir un momento al baño y largarse sin pagar. No siempre se consigue. Pero recuerdo la piel de la niña iluminada desde abajo por la luz de la lámpara de la mesita de noche. Por aquellos bares de detrás de la telefónica conocí una vez a Margarita, que parecía una menor, pero no lo era.

—¿Te vienes, Margarita?

—Bueno, tú pareces de confianza.

Había americanos rubios y madrileños renegridos en el bar con luces rojas. Los yanquis pagaban con dólares las botellas de cerveza. Margarita, tan desamparada, tan niña, resultó estar liada con el taxista que nos llevaba al otro lado del río. Todo me había parecido casual, pero estaba calculado al detalle. No había manera de abrazar a aquella niña que no era tan niña con el tipo de la gorra espiando por el retrovisor.

—Que a ver si se va usted a proparar con la cría.

—Oiga, para eso pago.

—Todavía no ha pagado usted nada.

—A su tiempo, digo yo, ¿no?

—¿Pero no ve usted que es una criatura?

—Pues retírela de esto, amigo.

—Si es que no tienen ustedes vergüenza.

Y el taxi corría alejándose de Madrid. La consigna del argentino era esperar al momento en que los tíos de los carruseles y las casetas empezasen a echar los toldos para hacer liquidación.

—Que así no hay quien trabaje, oiga.

—¿Y a esto le llama usted trabajar, tío vicioso?

El taxista era un hombre cargado de razón y de moral. Tenía puestos al punto un coche y una niña. Cuando las músicas iban languideciendo y la gente del barrio se retiraba a sus casas y a las gestantes les había dado la vomitona, empezamos a actuar. Antoñito —era su misión— armó bronca con un borracho. Acudieron guardias y serenos. El jefe y Jorgito retuvieron a la fuerza pública con buena labia mientras los otros recorríamos los tenderetes de más venta pegando el atraco con navajas y a golpe vivo con la llave

de tuercas de la moto. Cogíamos a los tipos con las manos en la masa, recontando el dinero en sus cajas de madera o de lata. Fernando le pisaba la barriga a la parienta gorda de un baratero mientras yo le registraba al tío los bolsillos.

—Y no grite, tía guarra, que le estropeo el molde de los hijos.

Fernando utilizaba una retórica un poco cruel con sus víctimas, el del taxi dijo que esperaba mientras Margarita y yo despachábamos. «No le voy a cobrar a usted la espera.» Era un chaletito en la carretera. «Pero tengo que recoger a la niña.» La niña, Margarita, tenía la tripilla un poco arrugada. «Es que tuve un hijo muy pronto, ¿sabes?» Cuando salí al baño, anduve espiando al tipo del taxi, que de pronto se entró a charlar con la dueña de la casa. Momento que aproveché para salir de arrea con la camisa anudada a la cintura. Corrí locamente a campo través, contra la noche zumbadora. Huí sin pagar el taxi, sin pagar a Margarita, sin pagar a nadie. Huí hasta desfallecer. La gorda de Fernando había soltado el grito, a pesar de todo, y saltamos a las motos a toda velocidad. Fue una loca explosión de motores en el silencio de la verbena muerta. Un coche de la policía venía persiguiéndonos.

Conozco otro sitio en la calle de Torrijos —hoy Conde Peñalver— donde también se puede hacer el amor telefónico por no demasiado dinero. La cuestión está en aguantar a la encargada, que habla de fútbol y enseña sus pechos sesentones a la clientela para que la clientela se percate de que también ella ha sido eso que se llama una buena mujer. Huía yo entre solares de hoyos, entre edificaciones que estaban aún en el almacén, llenándome los zapatos de yeso, de arena, de piedrecillas, de barro. Amor telefónico le llamo a esperar que le pesquen a uno una señorita por teléfono, como los viejos y los muy feos, para acostarse luego con lo que caiga. «Chico, no encontraba un taxi. Pero dime, ¿cómo te llamas?»

Quizá Fernando había conseguido despistar a los del cero noventa y uno, que ya me parece difícil. Quizá había yo abandonado la moto a tiempo para que él pudiera correr más y, sobre todo, para que, de pillar a alguien, no nos pillasen a los dos. Era la consigna del argentino: «Actuar por separado y entregarse sólo de uno en uno».

La noche crecía a mis espaldas. Se abrían ante mí plazas fantasmales, avenidas que sólo la oscuridad y las farolas podían hacerme desconocidas. Pero había recobrado el sosiego, la paz, la beatitud del corazón. Madrid en la noche volvía a ser mío. Un hombre regresaba hacia ningún sitio. Regresaba del otro lado del río, de engañar a una menor y a un taxista, o del atraco de Tetuán de las Victorias, o de casa de Ketty, tras haber bebido en todas las fuentes nocturnas del Retiro. Esos pasos de madrugada, con el sabor de cualquier mujer en la boca, con una sensación de compañía que las ropas y el cuerpo van perdiendo, perdiendo, hasta que uno camina solo y casi desnudo de recuerdos contra el aire del nuevo día. Olga no se llamaba Olga, sino que tenía un nombre de pueblo y había nacido en un pueblo de Extremadura. Olga era una criada de Argüelles a la que había conocido en un baile de domingo. Tenía la carne blanca y dura, el cuerpo apretado y breve, los ojos inútilmente profundos, porque nada de interés se asomaba nunca a ellos, y la boca enamoradiza.

Cuando un hombre regresa de madrugada por la ciudad sin tranvías o con fantasmas de tranvías, con almas de tranvía deslizándose por los raíles, bien puede ocurrir que se ponga a pensar en Olga, que tiene o tenía los brazos acogedores y la voz amiga. Los recuerdos vienen así, de pronto, a instalarse entre los ojos, cuando a uno no le pasa nada y son sólo los pies los que tienen que hacer su trabajo de ir uno tras otro y el otro detrás del uno, sin preguntar nunca nada ni adonde ni porqué, que los pies del caminante no preguntan, no saben preguntar. Puede ser aquella alcoba de detrás del Retiro, o el piso de la calle de Larra, con una lamparita de noche iluminando desde abajo la carne erguida, puesta en pie, el cuerpo de la mujer descabezada, con el rostro y el cabello sumergidos, como en un lago, en la penumbra de más arriba. Puede ser el amor de Olga, en la Casa de Campo, contra un tronco caído, a la hora militar del

atardecer, cuando ha empezado el viaje de los bolos por el carril de la bolera, como cabezas descabezadas que alguien ha decapitado allá adentro y ruedan hacia mí, hacia ti, en el rumor de la música agria de más arriba, que es como su cielo revuelto y vil. Cuando a Ketty la abraza otro hombre y a la alemana Maia la abraza otro alemán y a Ana no la abraza nadie y a Jorgito le abraza el hijo del argentino, que acostumbra a pasear completamente desnudo delante de su madre, a la que trata como se trata a una meretriz después del desahogo. Una sombra ante ti. Es un sereno.

—¿A pie viene usted, amigo?

—A esta hora no hay de qué darlas.

—Pues buena noche sí que tenemos para pasear.

—Y usted que lo diga.

—Viene el buen tiempo para los serenos.

—Y para la pareja que hace la ronda.

—Y para las que dan a luz a deshora.

—Y para las putas.

El sereno es un ser borroso que huele a vino a esta hora en que están cerradas absolutamente todas las tabernas de Madrid. Se ha pasado la noche en la calle, pero huele a vino. Pasa un taxi lento y fantasmal, se diría que completamente vacío, con su luz verde.

—¿Echamos un cigarro, oiga?

Echamos un cigarro sentados en el borde de la acera. Uno quisiera hacer a pie toda la travesía de su ciudad, desde los barrios nuevos que no conoce hasta los barrios viejos donde cree que ha nacido.

—Veinte años llevo en el oficio. Esto de abrir y cerrar puertas es cosa de responsabilidad.

Uno quisiera andar en la noche las calles anchas y las calles estrechas, mirando a los balcones dormidos, recordando cosas, tomando posesión de los vacíos reinos del asfalto. «Aquí fue cuando aquello, allí fue aquello otro.» Olga tiene una ternura bovina de moza lugareña. Olga reparte por mi cuerpo sus caricias ásperas. Es mujer para amarla entre el bosque de la Casa de Campo, huyendo de los guardas. O en las afueras de Madrid, vestida, contra un árbol seco, ahincadamente, mordiendo su pelo suave y duro, espeso y negro. Era una gran noche de regreso de algo, hacia una cama lejana que cada vez se encuentra en un barrio de la ciudad.

—Un trago es lo que nos hacía falta ahora.

—Ya lo creo, amigo.

—Usted vendrá de camino.

—Dando un paseílllo.

—Es la mejor hora.

—Y que no hay que esperar a que cambie el semáforo.

—Pues no crea usted, que a veces hay atropellos.

—¿Atropellos?

—La gente loca, que anda con esos descapotables como alma que lleva el diablo.

—Sí, ésos ya se sabe.

—Cosas de juventud.

De pronto, sí, un descapotable, un bólido blanco cruza las calles a gran velocidad, llevando consigo una algarabía de risas y guitarras, una entrevista chica rubia, y dejando atrás una doble estela de ruido y silencio. Olga se apretaba contra uno con cierta miedosa vehemencia de criatura que aún no ha aprendido a sentirse libre.

—Ahora juegan a la ruleta romana.

—¿Qué es eso de la ruleta romana?

—Nada. Que cogen una recta y se cruzan todas las transversales a doscientos por hora. Al que le toca chocar con uno que cruza, pues choca.

—¿Como lo de la ruleta rusa?

—Eso. Como la ruleta rusa, pero con un auto en vez de un revólver. Parece que en Roma está de moda.

—Si es que la gente ya no sabe en qué dar.

—Sobre todo los jóvenes, que se ven con dinero y con caprichos.

—Siempre se han hecho locuras.

—Ahora estamos todos locos.

Y el sereno dejaba caer la cabeza hacia adelante, fabricándose un sueño pequeñito entre la visera de la gorra y la ceniza del cigarro apagado que tenía en los labios. Le había vencido la madrugada.

—Adiós, jefe.

Uno viene huyendo de algo. Uno está a gusto en la calle, que es lo suyo. Y se siente el único superviviente en una ciudad que se ha dejado asesinar en sus alcobas. Las mujeres han matado a los hombres, los hombres han estrangulado a sus mujeres, los amantes y las amantes han muerto a manos de otros seres burlados, el dependiente ha descuartizado a su jefe con las tijeras del mostrador y la patrona ha abierto todas las llaves del gas para tener una pensión llena de cadáveres. Todas las parejas de Madrid han muerto, como algunos insectos, después de la última fornicación.

Venía el alba.

Olga, con su amor vegetativo y mudo, me ha hecho olvidar a todas las otras mujeres. Olga vive con una vieja a la que cuida, y yo deseo subir al piso de ambas para robar, o para torturar a la vieja, o para acostarme con Olga en las camas frías y solitarias, en esas camas como tumbas que cuidan y conservan inútilmente las viejas que viven solas. No sé exactamente para qué deseo subir al piso de Olga, pero esto va siendo ya como una obsesión, como la necesidad de que ocurra lo irremediable, para que el destino recobre su rumbo fresco y libre.

—Esto no es manera, Olga. Tenemos que subir a acostarnos a tu casa.

—Pues en el pueblo nos arreglábamos contra las tapias del cementerio.

—Me parece a mí que tú te has acostado con todo el pueblo.

—Qué burro eres.

—Ya me dirás, si no...

—Llega un momento en que a una le hacen la vida imposible, ¿sabes? Yo no sé qué pasa que a todos los hombres de un pueblo les da de repente por la misma mujer.

—Sí, eso suele ocurrir —respondía yo distraídamente, recogiendo en mis manos la tibia pesantez de la carne de Olga, su gravidez limpia de bestia joven. Aún no ha empezado el tráfago en las calles y uno quisiera lanzarse en uno de esos bólidos blancos y felices, en plena ruleta romana, con una rubia al lado, buscando la muerte y salvándola en cada transversal. Ninguna muerte tan hermosa como la muerte al amanecer, cuando la ciudad va a iniciar su vida, cuando despuntan las primeras actividades y la muda e inmensa máquina nocturna empieza a humanizarse. Huele la calle a una de esas vaquerías madrileñas empotradas entre casas de diez pisos. Hay un establo hundido en el asfalto. Hay una tibieza de vacas pletóricas que me llega con husmos de pesebre. Asisto con el olfato y el pensamiento al nacimiento de la leche, al advenimiento de una criatura blanca y creciente.

—¿Y con el hijo del alcalde? No me digas que no te acostaste nunca con el hijo del alcalde...

—Pero qué cosas tienes.

La ruleta romana, en un fungible bolido, con una mujer al lado, de madrugada, y todo a la mierda de una vez para siempre. La muerte es un hermoso deslumbramiento instantáneo y eterno. La vida es esa herrada llenándose de leche humeante una y otra vez, una y otra mañana, a través de todas las mañanas de la historia. En las piernas, en los brazos de Olga hay una concentración de materia, una intensidad de

existencia, una homogeneidad que es salud animal y evita todos los pensamientos. Mirar así una carne, muy de cerca, dejando que la circunferencia pensante que uno lleva dentro, en la cabeza, se reduzca al mínimo, se reduzca más y más, sea ya un diminuto punto girador que apenas si se siente. Ya está el cerebro lleno de esta plenitud sin ideas, de esta sustancialidad de la carne. Una piel limpia y blanca, una vida apretada y casi violenta, femeninamente suavizada en las curvas, en los quiebros, en las líneas del hombro o del muslo. Subimos al piso de Olga un anochecer, cuando la vieja estaba con los delirios de la agonía, el sueño y la duermevela.

—Nada, es lo de todas las noches —me tranquilizó Olga.

—Oye, ¿no se nos irá a morir ahora la vieja?

—Qué hombre más miedoso. ¿No tenías tantas ganas de subir aquí?

Habíamos burlado al portero haciendo como que yo venía con un recado para la vieja. Olga barbilleaba al tipo mientras me decía: «Suba usted conmigo; es en mi casa, precisamente». La alcoba de Olga, pequeñita y llena de olores, con una maleta de pueblo y un paquete de embutidos debajo de la cama. Madrid está lleno de estas alcobas de criadas de pueblo, de estos cuartitos que perfuman en secreto con su invisible tomillo toda la vida del vecindario.

—Voy a ver cómo está la vieja.

Y nos acercábamos de puntillas, por el pasillo, cogidos de la mano, a mirar por la rendija de la puerta a aquella momia orante y suspirante que tenía en el rostro las llamas alucinadas de unas lamparillas.

—Vamos a darle un susto.

—Chits. Qué bruto eres.

Volvíamos, descalzos, a la alcoba de Olga, a su pequeña cama con olor a pueblo. Uno mira para las fachadas, para las galerías, y se imagina habitaciones así en todas las casas, rincones últimos donde duerme una criada tierna y cerril. Vienen por Bravo Murillo los traperos con sus carritos lentos y sucios, que parece van a desarmarse en mitad de la calle. Hay grandes cubos de basura metálicos alineados al borde de la acera. Tienen ya todo su color los desgarrados carteles que anuncian cabarets y teatros por las tapias. Otra noche en la calle, con el sabor del tabaco del sereno en la garganta.

Entré en un bar recién abierto. Era en la glorieta de Cuatro Caminos. «Después del desayuno se habrán terminado todas las posibilidades de suicidio.» Con el desayuno, un hombre le da su primera aceptación a la vida. El café con leche de por la mañana es ya como un compromiso para seguir viviendo. Un «sí» a la existencia. Había un gato dormido en el serrín.

—¿En taza grande, oiga?

—Sí. En taza grande.

Adiós a la ruleta romana. Nada de muertes espectaculares. La herrada de leche ha crecido, ha crecido, y todos desayunamos ya en ella. El sol primerizo doraba los renegridos metales de una especie de fuente de cerveza que había sobre el mostrador. «Pero si estás en los huesos, criatura», era el maternal comentario de Olga ante mi desnudo. Su deseo de mujer y su mentalidad aldeana me querían más metido en carnes. Entró en el bar un tipo con mandil y una caja de botellas. Desayuné café con churros sobre un velador de mármol blanco carcomido en los bordes, en el que había, escrita a lápiz, una cuenta de la noche anterior.

—¿Vino el de las gaseosas?

—Sí. Ahora pasa antes la camioneta.

—¿Hiciste la cuenta de los cascos?

—Dice que no tiene tiempo. Anda con el reparto.

—Ten cuidado con éstos. No se puede una fiar de ellos.

El hombre del mostrador respondía a las preguntas de una agria y entredormida voz

femenina que llegaba de la trastienda. Tomé el gato suavemente. Acabó de despertarse en mi regazo. Era un gato blanco y pelirrojo, bastante joven, con la cabeza redonda y los ojos dorados. Le puse un poco de leche en un plato y desayunamos juntos en el velador, al sol débil que entraba por los desiguales cristales de la ventana. Después de aquella noche, volví alguna otra vez a casa de Olga. El argentino y el resto de los muchachos estaban satisfechos de la operación. Fernando había conseguido escapar, nunca supe cómo, al cero noventa y uno.

—Vete barriendo el serrín antes de que lleguen los de la parada.

—Esos taxistas son unos guarros y lo ponen todo perdido.

—Tu obligación es barrer y callar.

—Si es que ya está una harta.

—¿Se entiende bien con el gato, oiga?

El gato es una absoluta y evolucionada forma de existencia. El gato es perfecto en sí mismo. Una pequeña máquina de vivir que carece del resorte de la duda y se está tomando su platito de leche con una lengua roja y triangular, con una diminuta lengua de fiera menor. Tengo mi mano entre la piel del animal y la de esa otra bestia dorada y mansa que es el despierto sol de la mañana. Cuando dormía la siesta, el jefe entró a mi habitación para entregarme una navaja. «Es para la operación de esta noche», dijo. «Vete haciendo amistad con ella.» Y volví a dormirme con el sueño de toda una noche caminando. Tenía pegado a mí, en sueños, el largo y frío y firme y desazonador contacto de una enorme hoja de navaja.

La americana pobre había arruinado a varios tipos, pero seguía siendo pobre.

—Ten cuidado con ella.

Nos presentaron en un bar de homosexuales. La americana pobre se llamaba Jane y era judía. Mientras tomábamos café negro con coñac, yo advertía que la americana pobre me miraba con sus ojos tristes, dulces, borrosos, entelarañados. Era una mujer de piel blanca, de formas fáciles, propicias al derramamiento.

—Todas las hebreas tiran a gordas.

—Pues ésta no está gorda.

—Ya lo estará.

—Las judías no tienen monte de Venus.

—¿Y cómo es eso?

El tipo se entretuvo en explicarnos cosas de anatomía femenina.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Me llamo Jane.

Salimos de madrugada con las motos y las dejamos aparcadas en Progreso. Se trataba de dar el golpe en un mercado que hay en Santa Isabel. La americana pobre se ha decidido a tomarme de un brazo.

—¿Es cierto que eres judía?

La judía Jane, la americana pobre, tenía una suavidad que no llegaba a ser viscosa. Era la suavidad de su raza. El café con coñac era nuestra única complicidad en aquel bar de maricas.

—Pero a mí no vas a sacarme una perra. Yo estoy volcado.

—Quisiera tener mucho dinero para gastarlo contigo.

—Ah.

Le di las gracias por el cumplido. El espejo del mostrador recogía los rostros y las actitudes de los invertidos como un friso de Sodoma. Nos distribuíamos por calles estratégicas para llegar desde Progreso a Santa Isabel. Un olor de casquerías se enfriaba en la noche casi estival. Yo tenía sobre la nalga derecha el peso de una navaja de gran eslora. «De pequeña me ponían hierros en la dentadura para igualármela», dijo Jane. Había en el bar una máquina de discos con canciones italianas. Aquella melopea entre tarantela y jazz parecía estimular a los hermafroditas, a los bujarrones, a los pederastas, que decían muchas veces «ciao» pronunciando un «chao» castellano y cortante, apenas suavizado por la dicción casi femenina. Fernando y yo teníamos que ocuparnos del sereno y el vigilante del mercado mientras los otros iban al interior y operaban en unas cuantas casetas con caja fuerte, en las cuales quedaba dinero durante la noche.

—Lo mejor será cogerles juntos.

—No. Por separado. Son dos viejales.

Eran calles estrechas y sucias, patios con algo de gallinero, aceras con muchos motocarros aparcados contra la pared. La luna embellecía los níqueles de algunos vehículos. Se movían los homosexuales, peinados y repeinados, en el espejo con humo, como medusas entre dos aguas. En casa de Nieves, la sudamericana, se podía tomar coca-cola con ginebra a cualquier hora del día o de la noche. Nieves, la sudamericana, vivía cerca de la plaza de España, en un apartamento blanco y suntuoso, donde una noche nos reunimos con Jorgito, el hijo del jefe, otro marica que estaba liado con Nieves, un sarasa adolescente que fue el número fuerte de la noche, y varios chicos y chicas, ellas extranjeras, turistas o estudiantes, casi todas. Nieves era renegrida, tirando a india, y nos iba llevando a la cocina uno por uno, a los machos, para darnos un bocadillo y unos besos: «Toma, que no has cenado, ya sé que no has cenado, amor». El adolescente era andaluz. Se quitó los zapatos y anduvo en calcetines haciendo odalisca por los almohadones. Luego se quitó la chaqueta y, abriéndose la camisa, colocó un clavel rojo que nadie sabía de donde había sacado, en

el nacimiento de su pecho.

—Jane, ¿vamos a acostarnos tú y yo?

Jane sonreía blandamente. Era de esas mujeres que en el amor se desmadejan. Hay otras, quién lo duda, que, por el contrario, cobran nervio y fuerza llegado el momento, son casi como femeninos hombrecitos. El sarasa andaluz y adolescente tenía a todos pendientes de su arte, que era una mezcla de danza, charlatanería y procacidad. Cuando volví de la blanca y brillante cocina, de besar a Nieves y tomarme un bocadillo con un vaso de leche bien espesa, como un desayuno de niño rico, encontré que el marica había anudado su camisa a modo de blusa flamenca, por encima del ombligo, y nos mostraba la cintura culebreante, tostada de playas del sur. A mí, estas cosas acaban dándome un poco de asco, pero aguanté firme, gracias al bocadillo de Nieves, hasta bien entrada la madrugada. Las parejas acabaron por los rincones. El niño andaluz hablaba en murmullo con el hijo del jefe, y yo, entre el asedio de Jorgito y el de la sudamericana, me decidí por esta última. Pero Nieves estaba embarazada. Recuerdo su vientre deforme, como el de aquella meretriz, en alguna ciudad, cerca de una cloaca, que tenía el vello rojizo y también estaba embarazada. Bebí otro largo vaso de leche en la cocina antes de encerrarme con Nieves, la buena india madura y preñada, en su espacioso dormitorio de un gusto recargado, entre selvático y dieciochesco. Nieves parecía indefensa debajo de su gran vientre, como aquella meretriz, como Jane, la americana pobre, que efectivamente carecía —o así me lo pareció— de monte de Venus.

—Ahora se separan. ¡Vamos!

El sereno y el vigilante del mercado habían fumado juntos unos cigarrillos. Fernando esperó al sereno agazapado en el quicio de un portal. Yo eché calle adelante y me crucé con el tipo, que efectivamente era bastante viejo, y anduve de prisa hasta dar alcance al vigilante, cuya espalda huesuda era lo único que conocía de él. Cuando estuve relativamente cerca, el tipo se volvió. Yo había procurado que en mis pasos no hubiera nada sospechoso.

—¿Voy bien para salir a Atocha?

Tenía gafas redondas, de miope, y fue cosa de un momento ponerle contra la pared. Mi navaja estaba entre el muro de ladrillo y el estómago del vigilante. El tipo debía sentir un puntazo en la carne. Nieves empezó con sus dulzuras tropicales y aquel esqueletillo de anciano enjuto me temblaba entre los brazos. Le empujé hasta una rinconada. Todo era cuestión de esperar el silbido del jefe. Entonces podría soltar al viejo y salir huyendo. La operación estaría completa. «Lo que hace falta es que no se pase por aquí ningún curioso mientras tanto», me dije. Jane y yo salimos del bar de los maricas y paseamos despacio por calles frías y largas.

—¡Quieto, cabrón, que no te va a pasar nada!

El viejo olía a tabaco y a ropa sucia. Estaba deseando soltarle. «Mira que si se me muere de miedo en los brazos.» Creo que estuve con Jane en un jardín helado, y allí nos besamos repentinamente enardecidos. «Mi madre tiene dinero, ¿sabes? Mucho dinero. Está divorciada. Espero que me envíe pronto toda mi ropa. Voy a quedarme en Europa. Voy a quedarme contigo en España, ¿sabes? Tengo muy bonitos vestidos.» Y Jane, la americana pobre, que tenía en América, al otro lado del mar, muy bonitos vestidos, se arropó dentro de su gabardina blanca y raída. Al viejo le dio el histerismo, de pronto, y se puso a gritar. Tuve que taponarle la boca con la mano izquierda.

—¡Calla, imbécil!

En algún sitio se había abierto un balcón. Pasó un taxi barriendo la calle con sus faros. Olía a orín en aquella rinconada. Yo hubiera preferido abrazarme en un rincón de la sala con una de aquellas turistas, y buscar luego una cama, a tuestas por toda la casa, pero había caído en la trampa de Nieves, en sus amorosos brazos morenos y cuarentones que me envolvían como los brazos blancos y judíos de Jane, teniendo yo

en la boca el olor de aquel viejo, el olor de aquella meretriz de provincias, el sabor campesino de Olga, la sequedad y el miedo al miedo de otro hombre, anciano y tembloroso.

—¡No muerdas, cabrón!

Era asco, más que dolor, lo que me producían los dientes viejos del vigilante en mi mano izquierda. Forcejeamos. Cerré la navaja, que en realidad era innecesaria, por miedo a herirle, y me la eché al bolsillo. Podía dominarle fácilmente sin armas. De pronto, el silbido del jefe. ¿Había sonado ya anteriormente? Eché a correr perseguido por el viejo, que gritaba insultos y alarmas. Fernando estaba en la esquina convenida. Corrimos juntos por calles estrechas. La voz del viejo, lejana, era un triste lamento senil. Un sereno corría hacia el grupo de motos entre las cuales estaba la nuestra. Trataba de cerrarnos el paso, con el chuzo en alto.

—¡Zúmbale al Don Quijote!

Fernando abofeteó al sereno mientras yo ponía en marcha la máquina. Arrancamos de golpe. La moto botaba en los bordillos de las aceras. Nos lanzamos cuesta abajo, perseguidos por un taxi. Estábamos, de pronto, en la Puerta de Toledo. Jane y yo habíamos llegado al viejo caserón de Fuencarral, un lugar que reconocí por las referencias que de él tenía. La puerta de la calle estaba solamente entornada. Subimos, muy abrazados, por aquella gran escalera en sombra, cuyos amplios rellanos se iluminaban con un solitario y débil farol. Era una escalera demasiado importante, demasiado amplia para un amor tan apocado y casi clandestino como el nuestro. Nos abrió la puerta una mujer con sueño, de edad indefinida, que cobró su dinero y desapareció para siempre, advirtiendo: «Apaguen luego la luz del pasillo, por favor». Mi idea había sido salvadora. Consistía en esconder la moto debajo de uno de aquellos enormes camiones de pescado aparcados en la Puerta de Toledo. Luego, dimos una carrerita y tomamos tranquilamente un taxi que nos dejó en Princesa.

Jane parecía acostumbrada a todo aquello. Se le cerraban los ojos de sueño, pero me besaba con cierta pasión. Fueron llegando a casa todos los otros. La operación había sido perfecta, pero, según el jefe, «él esperaba más plata de aquel negocio».

—Siempre dice que esperaba más plata —me susurró Antoñito—. Así sólo reparte la mitad de lo prometido.

Fernando y yo nos quedamos jugando al poker de dados en el comedor cuando los otros se acostaron vestidos. Había que volver a la Puerta de Toledo antes de que amaneciera y, sin despertar sospechas, recuperar la moto. A la hora en que la gente sale de los cines de la Gran Vía, cuando los bares y las cafeterías tienen un último fulgor y despachan los últimos cafés dormidos, la última y pegajosa tortita de nata, que va a hacer ya empalagoso el sueño todo de quien se la toma, cuando la meretriz de la bolera automática ha lanzado su última bola con gesto cansado, en un juego estúpido y falso en que los bolos se recogen hacia arriba en lugar de caer hacia abajo, en ese sótano en que la electrónica lo ha hecho todo espectral; a la hora de ese autobús hueco que alborota el suburbio y ese Metro final tras el que se cierran las puertas plegables y metálicas de todos los accesos, para la dura lucha del serrín y las escobas y los calderos, un hombre y una mujer llegan a una habitación desforrada, rojiza, enorme, donde hay una alta cama y un amenazador biombo. «¿Podemos dormir aquí hasta que sea de día?» La americana pobre se ha quitado su leve y maltratada gabardina. La americana pobre se tiende vestida en el lecho y deja caer al suelo sus zapatos. «Oh, querido.»

—Creo que sí, que podremos dormir hasta mañana.

Estas extranjeras dicen muchas veces «oh», como en las películas. Fernando y yo nos echamos de nuevo a la calle, llenos de sueño, para recuperar la moto. A las ocho de la tarde, la Gran Vía huele a negro y a aeropuerto. De madrugada, unos hombres sumidos en sus grandes botas riegan los enormes espacios vacíos, derraman un mar

superficial que brilla sobre el asfalto y levanta de no sé sabe dónde, entre el hierro y el cemento, un momentáneo olor a huerto. Ese olor a huerto mojado que trae siempre la madrugada.

—Oh, qué linda cama española...

No era la palabra «linda» lo que mejor le iba al lecho alto y largo de aquella habitación que era como una estancia real tras el paso devastador de la revolución. Un vil palanganero con patas de hierro se alzaba pegado a la noble empapeladura de las paredes. Fernando y yo fuimos andando hasta la plaza de España y allí tomamos un taxi con dirección a la Puerta de Toledo. Pero en aquella casa que era como un breve y desmantelado palacio sobre la calle de Fuencarral, en aquella habitación a la que llegaban, amortiguadas, esas eternas palmas que suenan en la noche madrileña, un hombre y una mujer, desnudos, vivían su libertad como un vértigo.

—De pequeña, en casa, me ponían hierros para igualarme la dentadura. Oh, yo he sufrido, ¿sabes? ¿Te gusta a ti mi dentadura?

Hay en Vallecas una gran calle con escaparates y freudurías. Hay en la prolongación de la Castellana una antesala donde las mujeres jóvenes esperan horas y horas, llegando casi a establecer una lascivia entre su cuerpo y el cuero de los divanes, a que el hombre que contrata las mande pasar y se encapriche o no se encapriche. (Si se encapricha, la gran araña del cine empieza a tejer su tela de hilos de teléfono en torno del cuerpo desnudo de la bella.) Hay en las colonias residenciales un chaletito donde se venden joyas de oro y de plata y se besa la mano a las amantes de los compradores como a santificadas esposas. Madrid tiene cáncer de pulmón y ciertas mujeres se entregan sentadas en una silla, en algún merendero de la carretera de Barajas, y el alto dignatario se enamora del joven fotógrafo de Prensa que ha ido a fotografiarle entre planos y tapices, y un obrero masturbador y solitario se va a la última habitación aún sin techo ni paredes, cuando suena en la obra la sirena del almuerzo, mientras la mecanógrafa siente llegar sus trastornos a cada golpe de tecla y un alegre tranvía corre entre pinos, como un desgarramiento del paisaje, allá por la Ciudad Lineal. Madrid es una dura y luminosa y hermética ciudad, pero la libertad está en las calles.

O en este lecho desconocido adonde hemos venido con nuestro deseo y nuestra ternura, sin esperar demasiado —sí, Jane, sí— el uno del otro, mas absoluta e ignorantemente dueños de nuestros cuerpos y nuestro tiempo, de nuestros cuerpos en el tiempo... Amé a la americana pobre sin abandonar la resignada sensación de libertad y de tristeza que nos envolvía a los dos como una tela, como otra sábana de aquel lecho extraño, enorme y casi acogedor.

—Tú te metes debajo del camión mientras yo vigilo.

Habíamos dejado el taxi antes de llegar a la Puerta de Toledo.

Todo estaba en calma por allí. Empujé la máquina y Fernando tiró de ella. Se había raspado un poco la pintura de las aletas.

—¡De prisa, que los grises no pueden estar lejos!

Y dimos un largo paseo por las calles en la moto de Fernando.

—¿Desayunamos por aquí?

Era la glorieta de Embajadores. Pasaban camiones de verdura y la gente hacía cola para tomar los autobuses y los tranvías. Entraban y salían grupos apresurados por las bocas del Metro. Desayunamos café y orujo.

—Ha sido una noche de prueba, oye.

A Jane tuve que despertarla abriendo las maderas de los balcones. A la luz del día, la habitación era como un vacío ropero. Algo desolador, sin la rara grandeza que yo le había conferido durante la noche. Jane tenía unos pies mortificados, un poco deformes en su morbidez, con un dedo violáceo, y algunas marcas.

—¿No te gustan mis pies? Se me han estropeado de andar. Siempre he andado mucho, mucho...

Ni un céntimo en el pantalón. Busqué en la gabardina de Jane. «No tenemos dinero ni para desayunar.» Fernando bebía, riendo, su orujo; Nieves, a media mañana, tiró de la puerta corredera que daba al salón para que yo, al ir al baño, no viese al andaluz acostado con no sé quién en el diván; Olga se lavaba en el bidé, bajo mi vigilancia, echando el agua a un lado, porque en su pueblo no se llevaba eso de la higiene. Jane y yo íbamos a empezar el día sin una peseta en los bolsillos. La sensación de hambre que me invadió el estómago fue, como suele ocurrir, más que terrible por sí misma, terrible por los recuerdos que me traía.

La cazadora de cuero, el pantalón vaquero, los *sweters* de cuello cerrado, los mocasines. Cuando subíamos por Princesa en la moto de Fernando nos cruzamos con un coche de la policía. Desde lejos observamos cierto revuelo en la puerta de nuestra casa.

—Para, macho.

Teníamos un pie en el suelo y otro en la moto. La policía había dado con la guarida.

—¿Tú crees?

—Cómo te lo diría.

Dimos media vuelta y salimos otra vez de huida. Yo creo que llegamos hasta Toledo.

—Para por aquí.

Era una cuneta con hierba. Nos detuvimos a tomar el sol y considerar nuestra situación. Pero había hambre. Fernando puso en marcha la moto y comimos en una tasca de la carretera, llena de hortelanos, moscas y humo. «Habrás que darte una vuelta por allí a media tarde.» Salimos a dormir la siesta al campo. Tendido sobre la hierba, yo tenía medio cuerpo helado y el otro medio me lo sentía rojo del sol. Llegaba a ras del suelo, traído por la brisa entre las flores, un son de lejanas esquilas.

—Qué paz, oye.

—Y qué sueño.

Yo creo que actuábamos ya como unos evadidos de la justicia. Me subí a un montículo desde donde se veía, a lo lejos, Madrid.

—¿Y si pasan los de las motos?

Metimos la nuestra entre los árboles. Nos hicimos invisibles para las miradas procedentes de la carretera. Fernando dormía abrazado a la tierra, como si todas las tardes de su vida hubiese dormido la siesta así. Como el niño que de pronto reencuentra a su madre y sólo se le ocurre dormir. Desde aquel montículo había visto yo Madrid. Y una difusa sensación de exilio empezaba a ganarme. Mi ciudad, de pronto, se me había hecho ajena, peligrosa. Aquella gran extensión de casas, de tejados, de torres, que se abría grisácea y soleada en la llanura, era una trampa, un cepo para cogerme. La anchura inofensiva de la ciudad era un engaño. Bajo ninguna de aquellas torres podría ya sentirme seguro.

—Baja de ahí, coño, que van a verte.

Fernando no estaba de acuerdo con que yo me exhibiera de aquel modo. Y tenía razón. Busqué un trozo de hierba donde dormir.

La cazadora de cuero, el pantalón vaquero, los mocasines, los jerséis... Todo había quedado en aquel piso de Argüelles. Mi maleta con ropa sucia, varios cinturones, un reloj de mesilla y una vieja revista con fotografías de mujeres desnudas. Junto a mí, entre la hierba, corría un agua clandestina, como un rumoroso lagarto. Jane me llevó a desayunar a un bar de Chamberí. Entramos en el local sin saber con qué dinero íbamos a pagar la consumición. La mañana se había puesto gris, inhóspita. Desayunamos de pie, al fondo del largo mostrador, café con churros y anís. Había cerca del bar una boca de Metro y de vez en cuando invadían el local grupos de hombres que traían aún el olor del ferrocarril subterráneo. Aprovechando el pequeño revuelo producido por una de aquellas masas de parroquianos empujé a Jane hacia la puerta. Luego salí yo, distraídamente, despacio, como buscando a alguien. Nos reunimos a la vuelta de la esquina.

—Me voy a casa a dormir —dijo Jane.

Y desapareció en el Metro, donde seguramente tampoco iba a pagar. Yo creía que Jane había dormido durante casi toda la noche, pero pronto convine conmigo mismo en que lo mejor que podía hacer la americana pobre era meterse otra vez en la cama de su pensión, hasta que el hambre le mordiese el sueño por dentro y se lo dejase hecho pedazos. Metí las manos en los bolsillos del pantalón y anduve por las calles de acá para allá, mirándolo todo y sin rumbo fijo. Al atardecer, ateridos y con cara de

criminales, Fernando y yo nos subimos a la moto, tomando nuevamente el camino de Madrid. Pensé que estaba deseando encontrarme otra vez dentro de la ciudad, arrojado por ella, aunque me fuesen a detener en la primera esquina. Era la hora en que las chicas de conjunto se ponen sus mallas en los camerinos colectivos y esas alegres y desnudas bombillas de los teatros les iluminan la carne de las piernas hasta hacérsela transparente. Nuestro único y asustado proyecto consistía en asomar por la cafetería de Princesa donde solía reunirse la gente del argentino. «A ver si han dejado alguna noticia.» Recuerdo aquellas muchachas sin otra riqueza que su piel joven y fina, que al desnudarse en el camerino, a las siete menos cuarto de la tarde, era como si se vistiesen de oro y seda. A la una de la mañana, cuando vuelven a ponerse la mala ropa de calle, toda la pobreza, toda la tristeza de sus vidas cae sobre ellas. Son otra vez hijas de modistas o prostitutas sin precio. Un teatro de revista es un hondo y enmohecido caserón que guarda en su fondo, como una vieja polvera, el perfume y la coquetería de un puñado de chicas alegres. Yo tenía un amigo tramoyista que me hacía pasar entre bastidores cuando llegaba al teatro un ballet alemán con sus altas y serias mujeres de brevísimos maillots. Era hermoso sentarse en una escalera a verlas ir y venir con un alto movimiento de ancas, con un apretado juego de esferas, como bellos animales a cuya atractiva sensación de irracionalidad contribuía el lacónico e ininteligible idioma que hablaban en cortos gruñidos sin sentido. La ciudad, para el que se siente repentinamente expatriado de ella, puede resumirse de pronto en un dulce limbo con muchos fosos iluminados que son cabarets o teatros frívolos y donde se mueven suaves mujeres semidesnudas. Fernando y yo entrábamos en Madrid llenos de miedo.

—A ver si han dejado algún aviso.

En días sucesivos, Jane optó porque subiera con ella a su pensión. «Pero tenemos que llevarle vino a mi compañera de habitación.» Su compañera de habitación era una mujer de unos cuarenta años, de rostro un poco hombruno. Montábamos la triste farsa de reunirnos los tres a beber en aquel cuarto de pensión húmedo e irregular. La botella de mal vino pasaba pronto a ser propiedad de la compañera de Jane, que entredormía su alcoholismo en el revuelto lecho del rincón. «Ésa ya duerme con su amante», era el diario chiste de Jane. Y la señal para empezar a desnudarnos. Fernando esperó fuera con la moto. Madrid no parecía reconocer en nosotros a dos delincuentes denunciados. Los guardias se mostraban incluso obsequiosos con aquella pareja de buenos muchachos que viajaban en moto. «Qué cosa es el miedo, oye», le había dicho yo a Fernando. Hablé con una camarera de la cafetería, que me entregó un papel doblado.

—Y váyase pronto. No queremos jaleos con los polis, que están aquí cada media hora. Las chicas de conjunto no tienen otra riqueza que su piel fina y bonita. Esto, cuando su piel es efectivamente fina y bonita. A la hora en que el teatro es un dulce foso de carne joven, iluminada y sonriente, a cuya entrada cambian tabaco un carpintero y un conserje, dos hombres buscan una calle, un número, una escalera.

—Me parece que es aquí donde dice el papel.

El hijo del jefe estaba en libertad, con la cubana gorda y blanca. Por encargo del argentino, nos habían dejado una hoja con una dirección adonde podíamos dirigirnos. *

—Buen detalle por parte del gaucho.

—Creerá que vamos a ocuparnos de él.

—Más vale que no hayan cantado.

—Yo creo que peligro, lo que se dice mucho peligro, no corremos por ahora.

Nos habíamos mudado, sin otra muda que la puesta, a un triste piso del interior de Argüelles, a casa de Alfonsito, un marica amigo de Jorgito y del hijo del argentino. Pasadas las doce de la noche, Jane empezaba a contar las monedas con que íbamos a comprarle a la alcohólica su botella de vino. Aquél era un juego en el que ya no se guardaban las apariencias. Nada más oírnos llegar, la borracha acudía a arrebatarnos

la botella de las manos. «Hala, ya podéis darle fuerte, que ahora sois jóvenes», creo que dijo una vez. Pero eso fue todo. Nuestros únicos proyectos consistían en seguir actuando por nuestra cuenta. Fernando ponía la moto y yo la navaja. Había que planear nuevos golpes. Empezaba a cansarme el cuerpo dócil de la americana pobre. Y aquella habitación con un fardo durmiente que olía a vino. Alfonsito vivía con su hermana en un piso sórdido donde todo el año estaba la caldera de la calefacción encendida, despidiendo un nauseabundo olor a pañales chamuscados. La hermana de Alfonsito, llevaba hombres a casa, por las noches, y el marica acechaba desde una falsa cerradura toda la operación. Gracias a esto, la hermana de Alfonsito —joven, de carnes un poco infladas, murciana y con bellos ojos hortelanos— disponía de una cama gratuita para hacer la carrera, cama cuyo alquiler, de todos modos, ella cobraba luego al cliente.

—Podíamos buscarnos otro sitio, Jane. Me tiene hartó esa tía. Parece un colector de vino.

La cazadora de cuero, el viejo pantalón rozado en la culera de mucho viajar en moto, los mocasines polvorientos. Todo lo fuimos colocando un poco amontonado en el armario de flojas tablas y eclipsado espejo que nos brindó Alfonsito. Alfonsito tenía gafas y muchos granos en la cara. Alfonsito tenía una naricilla respingona de pequeño fauno vicioso. Era hacendoso, repipi, decidor y miope. Se paseaba por la casa en bata. Al anochecer, venían a verle lánguidos muchachos de gafas negras y se encerraban todos en una habitación con olor a mierda. Mi vieja ropa iba tomando el olor de aquel armario desvencijado como antes había tomado el olor a guiso de los armarios de doña Agapita, el aroma un poco campestre de las alacenas que cuidaba la cubana y blanquecina, los múltiples perfumes menstrales de las casas viejas del Madrid barato. Fernando se afeitaba con su maquinilla eléctrica que yo tanto le envidiaba —«¿Me dejas hoy la máquina, Fernando?»—, tumbado en la cama, porque era más bien vago, y la vida se oscurecía para nosotros en aquella habitación, y estaban lejos Solé y su perfume de niña y las criadas de doña Agapita y las ancas poderosas de Maia y el pelo salvaje de Olga y... «¿Me dejas hoy la máquina de afeitar, Fernando?» Estirábamos nuestro dinero retardando el momento de ponernos otra vez en marcha, de salir a las calles con la moto para intentar algo.

—¿Y el cero noventa y uno?

—Más vale no mentarles.

—Parece que la gente ya está en la calle.

—Sí. Dice Alfonsito que han salido casi todos con libertad vigilada.

Pero la banda no se reorganizaba. Había que inventar algo. Una tarde, mientras yo me afeitaba con la máquina eléctrica de Fernando, aprovechando que él estaba en el cine de abajo, viendo un programa doble, Alfonsito se presentó de improvisto en nuestro cuarto, entreabriendo su bata.

—¿Sabes por qué tengo las piernas tan musculosas?

—No sabía que tuvieras las piernas musculosas, Alfonsito. Y lárgate, anda.

De haber sido más amable con aquel tipo, la pensión me habría resultado más barata. «Pero comprenderás que no estoy dispuesto a cruzar la barrera del sonido», le decía yo a Fernando. Y Fernando reía con su risa noble y un poco brutal. «Juraría que ya has vuelto a usar mi máquina de afeitar.» «De eso nada, macho.» Era una habitación sin luces a la calle. El cuerpo de la judía empezaba a asquearme. A la hora en que la gente de Serrano comienza a retirarse a cenar y el paseo languidece, a la hora en que las criadas de doña Agapita se desnudan en su habitación larga y estrecha como un pasillo, la hermana de Alfonsito se echaba a la calle para retornar con un hombre que iba a poseerla bajo la mirada enferma y escondida del dueño de la casa. Hay ese día sin mujer en que uno se vuelve a mirarlas a todas por la calle, ese día en que la fotografía en color de una «estrella» con traje de baño, en la portada de una revista,

puede llenar unos minutos de contemplación absorta. Brigitte Bardot y Jane Mansfield y la difunta Marilyn Monroe y Nathalie Wood y una chica nueva y desconocida le sonrían a uno desde todas las carteleras, desde todos los cartelones cinematográficos, desde todas las páginas en huecograbado. Es el día de desear a las maniqués de pasta de los grandes almacenes, sexuales y asépticas en sus escaparates, a la madre de familia que pasa por la calle, a la vecina que sube penosamente la escalera, con la cesta de la compra reventando de verdura; es el día de desear, incluso, a esa mujer que canta en algún receptor de radio o de televisión y cuya voz le llega a uno a través de los patios calientes de Madrid. Basta ya con esa voz para recomponer un cuerpo entero, una posible mujer desconocida que se modela en torno de la voz que canta como el alfarero modela su vasija en torno de un vacío. Y, con todos esos deseos múltiples y callejeros, el deseo que había nacido dentro de uno, íntimo, con el despertar, por la mañana, se torna algo artificioso, confuso, recompuesto desde fuera con retazos de película y carteles pegados y desgarrados en las paredes con sol. Entonces se mete uno en un cine —«¿Nos vamos al cine, Fernando?»— o en cualquier otro sitio donde pueden rodearle esos cuerpos manufacturados, mitad incitantes, mitad inexistentes, creyendo así saciar un deseo que también se cree a sí mismo nacido de toda esa excitación sexual de la calle. Hay ese día sin mujer en que uno añora agudamente el imposible seno de aquella criada a quien acechaba en sus cambios de ropa. Y ese hombre tendido en su lecho imagina, inventa mujeres que son y no son Olgas, Ketties, Maias, Afriqitas... Que son y no son una plurimembre y monstruosa Brigittesofiaelizabethnathalienadrey de desnudeces múltiples y confundidos senos y largas piernas bogantes en un lecho indefinido y sexual.

Fernando y yo salíamos algunas noches a pasear por Rosales. Fernando fumaba un cigarro tras otro. Las sillas metálicas del paseo de Rosales quedaban durante toda la noche diseminadas en grupos que recordaban aquellos otros grupos de adolescentes que efectivamente se habían formado allí unas horas antes, en torno de una guitarra o de una chica con desparpajo.

—¿Y qué te parece si ligásemos con unas criadas?

Había doncellas de casa bien que bajaban a Rosales con los perros de los señoritos. Al otro lado del río quedaba un Madrid incierto, indeciso de luces, viejo y muy reciente, que temblaba en la noche lleno de reflejos, como la crisálida de lo que efectivamente iba a ser en el futuro aquella parte de la ciudad.

Los coches caros aparcados en Rosales tenían algo del sueño seguro y macizo de sus dueños, que debían estar durmiendo en los apartamentos de allá arriba, con un alto aire de sierra en el rostro. A Nancy la había yo conocido en un «flamenco», una noche que nos contrataron a unos cuantos para hacer palmas en una fiesta de gitanos y turistas. Nancy era una vedette francesa que tenía un apartamento en la Torre de Madrid. El salón azul del Castellana Hilton se abre algunas noches para unas fiestas monumentales donde uno, si dispone de un traje nuevo, puede colarse para cenar en abundancia e incluso conocer gente. (Hay otros locos que prefieren subir y bajar incansablemente en todos los ascensores del hotel, procurando coincidir con una turista joven o vieja a la que abrazar o robar, según el caso, si consiguen quedarse a solas con ella.) «Parece que te gusta la ginebra», me dijo Nancy. «Vente por el apartamento; yo te regalaré un par de botellas.» La orquesta toca de un modo melifluido en el salón azul del Castellana Hilton, Alfonsito se reúne con sus maricas en la pensión sórdida donde arde siempre la caldera, porque Alfonsito es friolero, el Madrid del otro lado del Manzanares tiene en la noche un temblor de crisálida cuando Fernando y yo paseamos por Rosales y Jane duerme en su habitación junto al ronquido alcohólico de la otra mujer y los perros de la gente bien orinan sobre las patas de hierro de las abandonadas sillas del paseo.

—¿Qué te parece si ligamos con unas criadas?

Dijeron que estaban solas en la casa porque los señores habían salido de viaje. Berta era la cocinera, mujer madura del gusto de Fernando. Ambos subieron con los perros en el ascensor. Sofía era delgaducha, rubia, seca, pero frágil y femenina. Me trastornaba. La metí en el montacargas y, mientras trataba de besarla, se me llenaba el pecho de temblores como si fuera a enamorarme.

Las gentes salían mansamente de la iglesia, en la mañana soleada del domingo. Las familias establecían entre sí un blando sistema madreporico de presentaciones y saludos, y luego se iban en sus pequeños coches utilitarios, o en el gran coche acorazado con mecánico de visera. Las gentes paseaban bajo las acacias ordenadas y bienolientes.

—Qué día tan hermoso, ¿no les parece?

—Por estas fechas, ya se sabe, llega el buen tiempo.

—Nosotros vamos a pasar la mañana en el Club de Campo.

—¿Está agradable ahora el Club de Campo?

—Bueno, es un sitio muy hermoso.

—Tenemos que pasar un día entero en el Club de Campo, mamá.

—En el Club de Campo o en Puerta de Hierro.

—A papá no hay quien le aparte de sus amigos.

—Los hombres, ya se sabe.

Subí al apartamento de Nancy, la de las largas piernas francesas. «Venía por lo de la ginebra.» Todo era echarle desparpajo al asunto. Pero aquella visita no dejaba de quedar un tanto forzada. Un hombre vestido de verde había pilotado nuestro ascensor hasta el piso diecinueve. Yo me sentía un poco mareado, un poco perdido en aquella sucesión de superficies giratorias, de espacios lisos y brillantes. Uno tiene aquí la sensación de que todo puede deslizarse sobre invisibles roderas, desplazarse confortablemente unos metros más allá o unos metros más acá. La Torre misma parecía propicia a rodar sobre sus cimientos para pasearnos en panorámica por la línea del Guadarrama, que estaba lejos, distanciándose para hacerle sitio a la expansión de la ciudad. Miré Madrid desde los altos ventanales, como aquella otra vez desde lejos, en el montículo de la carretera de Toledo. Las calles, allá abajo, se abrían paso, ciegas, entre el macizo inacabable de los edificios. Las calles, en realidad, daban la sensación de ser lo único consciente, intencionado, dirigido, en aquella acumulación irrazonada de casas y casas y casas y masas grises de piedra y manzanas de color ladrillo y tejados y tejados y tejados pardos y viejos, como si todas las aldeas del mundo hubieran sido reunidas, apretadas en un sólo haz que se llamaba Madrid. Gran ciudad con tejados de pueblo. Pero Nancy estuvo comprensiva. Sus largas piernas iban y venían por el apartamento o se cruzaban sobre los divanes. Era como estar en una película, dentro de la pantalla, conviviendo con esos seres planos y exentos del cine.

—Por fin, hemos cambiado de Mercedes.

—¿Qué fue del otro modelo?

—Nos lo han comprado a buen precio. Éste es demasiado coche para venir a la iglesia, pero, en fin...

—¿Demasiado coche? No comprendo...

—Sí, quiero decir que resulta difícil de aparcar y, mientras se busca un hueco, uno puede perderse el comienzo de la misa.

—Claro. Pasa como en el cine.

—Desde luego. Para ir al cine, no recomiendo llevar el coche propio.

—Nada como un taxi.

—O el Metro.

—Eso. El Metro.

—Este Javi, qué ocurrente...

—Es un zángano.

—Bueno, tío Daniel quiere decir que si uno pierde su tiempo aparcando se expone a llegar con la película comenzada.

—A no ser que prefiera llegar tarde.

—Sí. Hay a quien le divierte eso.

—Así se tarda más en ir entrando en el secreto de quién es el culpable.

- Bueno. Hay gustos para todo.
- Pero con la misa no pasa eso. Como es siempre igual.
- Por favor, qué irreverentes os encuentro esta mañana.
- Lo decíamos sin intención.
- Y eso que también las películas van siendo todas iguales.
- Si es que ya no sabe una cómo pasar el rato.
- ¿Habéis probado a subir en globo?
- Me parece que ya va a soltar éste alguna grosería.
- Cuco no cambia. Siempre el mismo.
- Sí. Yo siempre igual. Como las películas y como la misa.
- ¡Por favor, Cuco!
- Es un poco bestia, pero tiene gracia.

Las gentes ponían en marcha los dóciles y ronroneantes motores de sus automóviles y se alejaban hacia un paraíso de aperitivos y nuevas presentaciones. El marido de Nancy era un armenio calvo, muy delgado, todavía joven, millonario, que no se apartaba de los ventanales.

«Este maldito tiempo. No sé si vamos a poder despegar.» El marido de Nancy tenía su avión particular en la pista de despegue, con la que comunicaba de vez en cuando por teléfono. Había en el cielo unas nubes revueltas que yo no había advertido antes, allá abajo, desde la calle. «Teníamos que estar en Niza para cenar.» Pero las nubes aparecían cada vez más bajas. El esposo de Nancy tenía que cenar en Niza con determinada persona, y de ello dependía algo, no sé exactamente qué. Nancy me sonrió como suplicando comprensión para Óscar, su esposo, para aquellas nubes bajas, para el comensal o comensales de Niza y para sí misma. Yo estaba dispuesto a comprenderlo todo y sus hermosas rodillas afloraban de pronto, si ella doblaba las piernas, las dos a la vez o primero una y luego otra, como compactos frutos femeninos. Anduvimos con la broma de las botellas de ginebra. «Al señor le trae de cabeza la ginebra, ¿sabes, Óscar?» Ni yo era un señor ni me traía de cabeza la ginebra, pero Óscar dijo que se felicitaba de conocer a un buen bebedor de algo, que él también lo era y que aquellas malditas nubes no acababan de irse, de modo que Fernando y yo nos posesionamos en seguida del hermoso apartamento de Rosales, que estaba lleno de objetos antiguos y cosas que parecían de oro, pero no eran de oro, y otras cosas de metal oscuro y pesado que resultaban, por el contrario, ser de oro. «¿Sabéis que Sofía está virgen?»

Fue un poco brutal por parte de Berta. Pero, luego, la cocinera nos explicó su plan. Tenía la ilusión de vestir a Sofía con el mejor camión de la señorita, ponerle los mejores perfumes y entregársela a un hombre, en una noche como aquélla, por ejemplo. «Que tenga un buen recuerdo, la pobrecilla, de esa primera vez. No le vaya a ocurrir como a mí, que debuté detrás del molino, con uno del pueblo que le olía el aliento, y, desde entonces, todavía no se me ha quitado el asco a los hombres.» Claro que en esto del asco a los hombres no entraba Fernando. Salí a la terraza para refrescarme las ideas con el aire nocturno, y las nubes debían haberse ido y el avión o la avioneta, o lo que fuese, de Óscar, volaba hacia Niza apaciblemente mientras Nancy y yo hacíamos el amor mirándonos en todos los espejos del apartamento, que por lo visto no se llamaba apartamento, sino *suite*, y por eso era tan grande.

- ¿Usted cree que Del Sol sigue siendo el mismo?
- Siempre creemos que un jugador jugaba mejor la temporada pasada. Eso son tonterías.
- Pero aún queda mucha Liga por delante.
- Eso no es nada para una delantera como la que hemos conjuntado.
- Le advierto que un equipo no es sólo delantera, amigo.
- Ustedes, los entendidos, siempre están dispuestos a dar lecciones.

—Gracias por lo de entendido, aunque vaya con coña, pero sepa usted que un equipo, y más si se trata del Real Madrid, no descuida ninguna de sus líneas y...

Y la muchedumbre de muchedumbres, las muchedumbres superpuestas, enfrentadas, distribuidas, del Bernabéu, tenían un rumor profundo y poderoso, todavía humano, que parecía ahogar el verde respiro de la hierba, encajonada allá abajo, y desde los ventanales de Nancy se veía el huerto de unas monjas, sembrado de lechugas al costado mismo de la plaza de España, y los espejos de la francesa reflejaban a una mujer de cuerpo dorado y firme y a un hombre de cuerpo pálido, con el color de la pobreza en su piel, y entre Fernando y la cocinera habían empezado a desnudar a Sofía, que estaba temblorosa, asustada. Pero la orquesta suele tocar de un modo tranquilizador en el salón azul del Castellana Hilton, las estrechas calles de los grandes almacenes se llenan de gente a determinadas horas de la mañana y de la tarde, cuando todas las mujeres de Madrid quieren comprarse un salto de cama y, al atardecer, una hilera de muchachos con el pelo apaisado espera, leyendo periódicos deportivos, la salida de las dependientas que trabajan en las galerías comerciales.

—Cómo estaba hoy el jefe, oye.

—Se le nota que es recién ascendido.

—¿Cuándo te han entregado la moto?

—Un día tengo que mandarle a paseo.

—Más vale que pidas el cambio de sección.

—Me pasé esta tarde por el taller y resulta que ya estaba lista.

—A ver si nos damos otro golpe.

—¿Llegaremos aún al cine?

—Sí, al segundo pase.

—Está una harta de aguantar, oye.

—A ver si nos sale algo y nos casamos.

—Con lo que me gustaba a mí esto del mostrador y qué rabia le estoy cogiendo.

—Ahora no arranca como antes. Está más dura.

—Más vale que esté un poco dura. Eso da seguridad.

—Y me han revisado los chiclés.

—Nos casamos y le mandas a la mierda.

—Cómo te lo diría.

—Porque yo creo que a ése le gustas un rato. La tiene tomada contigo.

—A ése qué le van a gustar, si debe ser medio medio...

—No hay quien salga de este lío. Si es que ya no caben los coches en Madrid.

Y se llevaban a las dependientas en sus motos ruidosas. El flamenco y el jazz suelen nacer a la misma hora de la noche en los sótanos caros de la ciudad. Sofía, con un camisón y una bata de noche elegantísimos, de seda azulina, iba mirándose en todos los grandes espejos de la casa. «Una infanta, pareces; una infanta», le decía Berta, llevándola del brazo. Llamaron al timbre de la puerta. Era el conserje. «Tome usted su copa y hasta mañana, Pepe, que hoy tenemos parroquia», Berta se deshizo del tipo, que al parecer subía otras noches a beberse con las sirvientas el coñac de los señoritos. «A ése habrá que darle mañana ración doble para que no vaya con el cuento.» Sofía estaba temblorosa.

—Sofía, dame un beso.

Una vez, los amigos de Alfonsito habían entrado en su habitación, estando él en la calle, y, tomando del armario ropas del muchacho, compusieron con ellas un Alfonsito relleno de papeles que luego ahorcaron del techo. Cuando Alfonsito descubrió aquello, de improviso, estuvo a punto de quedarse en un ataque de histerismo. Sofía vino a la terraza, empujada por Fernando y Berta.

—Estás asustada, Sofía... ¿Es por esta ropa?

No. No era por la ropa. Me la entregaron dispuesta para el sacrificio. Al parecer, me

había elegido. «Berta se empeña en que no puedo seguir sin saber lo que es un hombre.» «¿Y tú qué dices?» Ella no decía nada. Pero advertí que su cuerpo anémico respondía a mis abrazos. Allí había una mujer a punto de entregarse.

—¿No hay camas en esta casa?

Me molestaba aquella farsa de las ropas de la señorita, de no sé qué desconocida señorita, pero era agradable y me llenaba de ternura arropar el cuerpecillo de Sofía con unas telas suaves y caras. Nancy estuvo agotadora y a última hora se nos olvidaron a ambos las botellas de ginebra y me fui de aquella lujosa *suite* como el peón de electricista que baja de arreglar los plomos de la luz. El jazz falso y el flamenco comercial habían nacido entre tapicerías escocesas y mesas de madera espesa, popular, y un saxo con ojos de ciego arrancaba notas al pasado de la música negra con su instrumento, llenándolo de aire y de esfuerzo, y un hombre de caderas femeninas cantaba y bailaba hablando de la Giralda y había velas encendidas y penumbra y blancos escotes de mujer y un hombre bajito, en un rincón, completamente borracho. El jazz falso y el flamenco comercial despuntan a la hora en que Jane y su borracha duermen y un avión sobrevuela las nubes camino de Niza y Alfonsito y sus amigos se desnudan en una habitación donde una vez fue ahorcado un pelele. Fernando y Berta pretendían asistir al suceso, como creo que la aristocracia del Renacimiento, en Italia, asistía a una primera noche de bodas o esperaba a que se le mostrase una sábana ensangrentada. Pero cerré la puerta con cerrojo y les invité, hablando a través de la madera, a que se acostasen ellos a su vez y nos dejaran en paz.

—¿Tienes miedo, Sofía?

Es inútil imaginar anatomías difíciles, mujeres superdotadas, cuerpos excepcionales. Uno acaba enloqueciéndose con una niña sin formas que tiene en su piel las suaves asperezas de las últimas cicatrices infantiles. Sofía y yo nos olvidamos pronto de las arrebuajadas ropas de su señorita. Nunca me pareció tan animal la carcajada de Fernando al otro lado de la puerta. Me sentía Nancy y sentía lo que Nancy debía haber sentido poseyéndome a mí, Sofía era yo y yo era Nancy en un secreto juego mental y me andaba por la cabeza mientras besaba aquella piel de color paleta, aquel cuerpo cuyos quiebros estaban muy inmediatamente determinados por el cercano hueso.

—¿Tienes lumbre, oye?

—Toma, viciosa.

—A insinuar a otro sitio, oye.

—Sabes que es con cariño.

—Pues el cariño se paga, macho.

—Venga cincuenta duros.

—Chulito nos ha salido el cliente. Suelta la tela o te vas a querer a otra.

—¿Qué te pasa esta noche, serrana?

—De serrana, nada. Soy de puerto de mar.

—Olé tu salero.

—No seas cobista y pide algo, que estoy muerta de sed.

—¿Agua con bicarbonato?

—Otro whisky doble. Como está mandado.

—Mandado por quién. ¿Por el dueño?

—Aquí no hay más dueño que tú. Tú eres mi dueño esta noche.

Y el jazz y el flamenco eran dos flores alcohólicas, dos hogueras tristes de todas las noches allá por la carretera de La Coruña, por la autopista del Barajas, por el viejo Madrid de la plaza de Santa Ana y de la calle de Infantas. Al abrir la puerta del piso, nos extrañó el silencio y el encontrar todas las luces encendidas. «Aquí ha pasado algo», dijo Fernando. En nuestra habitación, todo estaba en orden. Llamamos a Alfonsito en voz alta.

—¿Nos tomamos otro whisky?

—¿Y. cuándo nos vamos a la cama?

—Hijo, no piensas más que en la cama.

Abrimos la puerta de la habitación de Alfonsito bu cuerpo colgaba de la barra que había en el techo ahorcado No era un pelele. No era un Alfonsito relleno de periódicos^ Lo habían ahorcado de verdad. Estaba muerto y tenía el pantalón un poco caído, como Cantinflas.

Es la hora alegre y laboriosa de los teléfonos, es el canto metódico de las calculadoras, es la suave marea de los papeles que crean su propia tormenta y se distribuyen en el aire elaborado de las oficinas. Corre el calambre de la actividad por las mesas de los Bancos y los Ministerios, se enriquece de números la cadena dócil de las sumas, se persiguen las conferencias a las conferencias y las transferencias a las transferencias. Los gerentes han ocupado sus despachos de cuero hinchado y los oficinistas se sientan en una silla inverosímil, como la silla metálica del oftalmólogo, para hacer cuentas y pensar en sus cosas mientras las hacen.

El conductor del tranvía 61 ha desempaquetado su bocadillo aprovechando el semáforo. La frutera del mercado de Barceló ha almorzado la manzana más hermosa de la frutería. La manicura de la peluquería elegante ha dibujado con la punta de su estilete unas claras medias lunas en las uñas del viejo caballero. El hombre del kiosco de la Castellana desempaqueta las revistas de la semana, que traen de la imprenta un olor a cuatro colores, una flor impresa a cuatro tintas. Y Sofía amanece, asustada, en el lecho de su señorita, y retorna del amor, de su primera noche de amor, como del fondo del mar, como de un largo naufragio. Anduve desnudo por entre los gruesos espejos de la casa.

—Perdona, Sofía. Ya me visto para que no me veas.

—No. Si me gusta verte...

Cándida niña de piel áspera y fina, de ojos asustados y manos fregadoras. Los de las oficinas tienen el diálogo de todas las mañanas.

—Buena semana de balances nos espera.

—Y que no cuadra ni uno.

—Y eso que las máquinas son mucho más seguras que uno.

—Por lo menos, no cobran puntos.

—Que es de lo que se trata.

—De dejarle a uno en la calle.

—Y te aguantas y te jodes.

—Al final de año, los que se reparten dividendos son ellos.

A ver cuándo te haces accionista, macho.

—Sí, es verdad. No había caído.

—Mete los duros de la parienta en cuenta de créditos, verás qué pronto asciendes.

—Oye, sin faltar a la parienta.

—Vamos, que tú te casaste bien.

—A nadie le importa cómo me casé yo.

—Éste se cabrea porque le dicen que tiene el riñón bien cubierto.

¿Y qué te importa a ti cómo tiene ése el riñón?

—Ni el riñón ni otras cosas.

Si tanto te preocupa, te las enseño.

—Que esas no son maneras, Quintana.

Lo que faltaba; venirme a mí con maneras.

—Que no sabéis de qué va, chaval.

—Chaval lo será tu padre.

—Éstos se han picado, oye.

A cuadrar el balance y dejarnos de coñas.

—Es lo que yo digo.

—Si es que éste balance no hay Dios que lo cuadre.

Es la hora holgazana en que la ciudad quiere tomarse el bocadillo y las amas de casa regresan del mercado con la bolsa cargada y Jane vagabundea por las calles buscando la forma de inventarse un desayuno y Berta le prepara un tercer almuerzo a Fernando, en la cocina, y Sofía se decide a abandonar ese lecho extenso y solemne como una iglesia, donde ha conocido el amor por primera vez.

—Me gustas, criadita.

Una está en esto porque no la han enseñado a una para otra cosa.

—Es igual. Me gustas.

La mujer sin senos, la mujer a quien las primeras formas le quedan como postizas, tiene también su encanto. Es la mujer de quien uno se enamora porque a la hora de poseerla la encuentra desvalida, asténica, anémica, endeble, y a la hora de protegerla le descubre formas escondidas, momentáneas acumulaciones femeninas que pueden desaparecer en seguida, en cuanto ella cambie de postura, que pueden desvanecerse como una pompa de agua y aire. Me enloquecía la chiquilla y no veíamos la hora de abandonar aquella habitación con cuadros y espejos, de la que se había posesionado ya el sol del mediodía. Pero en cuanto Fernando reaccionó y pudo darse una vuelta alrededor del cadáver colgante de Alfonsito, decidimos que lo mejor era salir de arrea.

—Aquí, lo mejor es salir de arrea.

Conque cargamos nuestras maletas en las motos, como pudimos y allá arriba quedó una casa con todas las puertas abiertas y un homosexual colgado del techo, con el pantalón un poco caído, como Cantinflas.

—Me parece que de ésta no salimos.

La moto corría hacia Ventas. La noche era decididamente veraniega y el motor de la máquina hacía un sonido que ya me era familiar y yo hubiera podido distinguir entre los sonidos de otros mil motores de la misma marca.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con esos maricas?

Huíamos definitivamente de aquel barrio de Argüelles, donde por dos veces habíamos estado a punto de caer en manos del cero noventa y uno. Sofía, una vez iniciada en el amor, decidió que aquello podía repetirse en cualquier momento, y tuve que explicarle que no todos los momentos eran buenos, pero insistía en que yo esperase a que ella sacudiese las alfombras con Berta para volver a las andadas.

—De todos modos, ya es un poco tarde para sacudir las alfombras —se contradijo a sí misma. Y me miraba con amor.

Uno puede recordar y contar aventuras como la de Nancy, pero ha de reconocer que en casos así no ha llevado la iniciativa, precisamente, ni mucho menos. De donde se deduce que, de verdad, de verdad, nadie ha seducido nunca a una mujer, aunque otra cosa se crea, y que son las mujeres quienes le seducen a uno. ¿Y en el caso de Sofía? Más valía no hablar del caso de Sofía, a quien me habían servido en bandeja, como suele decirse.

—¿Es que ya no vamos a volver a acostarnos hasta la noche?

—Pues claro, Sofía.

Y estuvimos los cuatro en la cocina tomando grandes bocadillos. Berta y Fernando le gastaban bromas a Sofía, pero la niña parecía haber perdido todos sus pudores en una noche y les contestaba por las bravas, lo cual no acababa de gustarme, aunque no lo decía, pues yo me había enamorado de aquel cuerpo ingenuo y pudoroso, no de una viciosa descarada. Sonó el teléfono. Era una conferencia de los señoritos. Berta habló con ellos y dijo que todo iba bien y repitió muchas veces «como guste, señorito», «como guste, señorita», y luego nos tranquilizó asegurando que los dueños de la casa no pensaban regresar en algún tiempo. «Pero os habéis reído de tal modo que han tenido que oíros», se incomodó. El parque del Oeste y el Manzanares y las casas de ladrillo y los puentes y las piscinas con bañistas y la sierra del Guadarrama viven en un mismo rayo de sol que llega hasta este apartamento de Rosales y se condensa en una copa vacía que parece que va a estallar de tanta luz como tiene en sí. «¿Os parece que comamos en la terraza?»

Olga apareció inesperadamente, una noche, en la plaza de Cibeles, que estaba solitaria, y nos fuimos a cenar juntos, aunque era la madrugada, y yo estaba feliz de haber vuelto a encontrarla, de recuperar aquel amor. Olga tenía mal aspecto. Estuvo

cariñosa y me contó cosas de su vida. La vieja rezadora se había muerto. Nos cogíamos las manos con un romanticismo un poco postizo.

—¿Y dónde dices que es esa Mari?

—Al principio de la Concepción.

La moto de Fernando rodaba hacia el barrio de la Concepción y yo iba diciéndome que Mari no iba a acordarse de mí. Lejanos tiempos de Mari, cuando había que esperarla en una esquina de la Gran vía, al final de la noche, después del último diente, para tener con ella unas horas «de amor verdadero», que es como Mari le llamaba a lo nuestro. Y el recuerdo del cuerpo de Alfonsito, ahorcado, me penduleaba en la cabeza. Después de comer, nos echamos la siesta los cuatro —«en cama redonda», proponía Berta— en el apartamento de Rosales. Conseguí evitar lo de la cama redonda, porque lo que a mí me apetecía era volver a quedarme a solas con Sofía para seguir enseñándole cosas perversas. Olga me dijo, cuando rodábamos dentro de un taxi a oscuras: «Pero antes de acostarnos tienes que darme quinientas pesetas». Me sobrepuse a mí mismo para no aflojar el abrazo con que la tenía sujeta. Pobre Olga, convertida en una profesional, vendiendo, no ya su cuerpo de moza para todo, sino su amor de otro tiempo, vendiéndomelo a mí, vendiéndome nuestros recuerdos, nuestras tardes en el parque del Oeste y en la Casa de Campo, nuestra felicidad barata y aquellas horas de cama en su habitación de criada, cerca de la vieja rezadora de las lamparillas que ya había muerto —ay—, la pobre, y a quien yo, de buena gana, hubiera querido resucitar y poner por testigo de aquella dicha y esta infamia. Hacía calor de verano en el apartamento de Rosales, pero Sofía, al mismo tiempo que el amor, había descubierto la higiene y cada poco tiempo corría desnuda a la ducha contigua, donde saltaba y reía como una niña pobre a quien por primera vez llevan al mar, para luego retornar a mí como efectivamente mojada de mar, como si saliese de la orilla con espumas del agua. «Buena le estás poniendo la cama a tus señoritos.» Y abrazaba yo su humedad desnuda y aflojé imperceptiblemente el abrazo con que tenía sujeta a Olga, en el interior del taxi, porque se me había acabado el deseo repentinamente y aquella Olga era una extraña con quien yo no tenía nada que ver y de la que hubiese querido alejarme dando un portazo a la portezuela del taxi. Llegamos, finalmente, al número donde vivía Mari y Fernando se quedó abajo con la moto y las maletas y yo subí a preguntar por mi vieja amiga.

—Si es que no hay derecho a que nos traten como nos tratan.

—Que nadie se ha hecho rico trabajando, Quintana.

—Pues para ladrones servimos todos.

—Di conmigo que no.

—A ver si le dais menos a la lengua y más a la calculadora.

—Cada uno le da adonde puede.

—Hay que saber robar de una manera honrada.

—Pues dale por donde yo te diga al director gerente.

—Estévez, que siempre hay chivatos.

—Pues que vayan a contárselo.

—Se os acumula el trabajo esta mañana.

—Y que a lo mejor le gusta.

—Ese tío no hace más que piarla con el trabajo.

—Será que quiere ascender.

—Pues como no ascienda en globo...

—Muy bueno, Quintana.

No girar el disco hasta oír la señal para marcar. Va consumándose la gran jornada de los teléfonos y de los semáforos y de los tranvías y de los tranviarios. Beba kas y nada más ha salido pueblo lea madrid diario de la noche ahora es el momento de fumar un camel viaje a usa por twa cocacola refresca mejor lucha española contra el cáncer una

superproducción en cinemascope y technicolor ahorre comprando aquí grandes rebajas de julio dirección ventas únicamente localidades con cinco días de anticipación. Sofía me contaba cosas de su pueblo y hacía strip-tease con la ropa de su señorita y cuando el taxi llegó frente a la casa de Olga, le dije que subiera sola, que yo me volvía y que por qué no lo dejábamos para otra vez. Ya no era la Olga blanca y buena de otro tiempo, ni siquiera la Olga infiel a sí misma, traidora y servil que había sido, por unos momentos, al pedirme quinientas pesetas, sino una desconocida, sólo una desconocida a quien uno recoge en el último bar de madrugada y se la lleva a acostarse sin haber deseado ni un instante saber quién es ni cómo se llama ni siquiera cómo tiene la cara ni cómo tiene el cuerpo. Hay mujeres cuyo contacto ha sido tan real, concreto y sucinto que nunca llegan a tener verdadera realidad en la memoria de uno. Olga se fue un poco decepcionada, supongo, y apenas si reconocía en aquella mujer que se tragaron las sombras de la fachada a mi antiguo amor campesino del barrio de Argüelles.

—¿Vive aquí Mari?

—¿Qué Mari?

—Una chica de la Gran Vía.

—¿Viene a estas horas a ocuparse?

—Pues a qué horas voy a venir. Pero no vengo a ocuparme. Es un asunto particular.

—La Mari está ya durmiendo.

Era una mujer alta, de hombros anchos, con un ojo no sé si tuerto o cerrado por el sueño. En la casa olía de una manera rara. Por detrás de aquella mujer apareció Mari poniéndose una bata. Tardé medio segundo en reconocerla. Estaba más gorda que antes y era más baja de como yo la recordaba. Durante aquel medio segundo fue otra mujer, no sé qué otra mujer que se interponía ya entre nosotros, estorbándonos, distanciándonos mientras hablábamos.

—Anda, pasa, calamidad. Me daba aquí que aparecerías alguna vez.

Y se puso una mano en el pecho.

—La maleta la tengo abajo, ¿sabes?

A la hora de los anuncios luminosos y los periódicos de la tarde hubo otra conferencia de los señoritos de Berta y Sofía y tuvimos que abandonar aquella casa y aquella vida y a aquellas mujeres, porque los señoritos anunciaban su regreso, pero Mari me dijo que de amigos nada, con que tuve que despedirme de Fernando allí abajo, sin tomar un mal trago, y él se fue con su maleta y haciendo ruido con la moto y yo me quedé a vivir en Ventas.

Lava la señora lava el caballero conserven sus billetes a disposición del empleado de la compañía que lo solicite prohibido fijar carteles responsable la empresa anunciadora abierto a todas horas se reserva el derecho de admisión la empresa no responde de los objetos perdidos o deteriorados chamartín red de san Luis por la castellana prohibido subir y bajar en marcha. Suelo recordar de vez en cuando el hermoso apartamento de Rosales, el olor a tomillo del cuerpo de Sofía, suelo recordar a Olga y a la cubana y a la niña de las manitas de manteca y a la hermana de Alfonsito, el ahorcado, que salía por las mañanas a los servicios, que estaban en el pasillo, con una bata rosa que se abría sobre los altos senos de la muchacha.

—¿Se largó tu amigo?

Fernando se había largado y yo me acordaba de él y ahora creo que hice mal dejándole partir así, solo en medio de la noche, con su moto ruidosa y su maleta. Pero Mari había dicho que de amigos nada y cuando Mari dice una cosa más vale no llevarle la contraria, aunque ahora esté más gorda y más maternal que en los buenos tiempos, pues ya es sabido que la gordura quita autoridad, pero eso no debe ir con ella. Nos metimos en la cama y traté de cumplir, pero me dijo que lo dejase para otro día, de modo que busqué una postura cómoda para dormir y entre sueños le pregunté a Mari:

—¿Quién es ésa que me ha abierto la puerta?

—La «Sólojo».

La «Sólojo» debía ser tuerta. Definitivamente tuerta, así que no era sueño lo que le cerraba un ojo cuando me preguntó que para qué quería ver a la Mari y que qué horas eran ésas de ir a ocuparse. La «Sólojo» lloraba a la noche siguiente con su ojo único, cuando llegué a casa, sentada en la cocina. Sus hombros masculinos se convulsionaban con el llanto.

—¿Se ha ocupado la Mari?

A la Mari la habían cogido los del cero noventa y uno en la Gran Vía, a primera hora de la noche, nada más empezar el trabajo, y la «Sólojo» y yo nos quedábamos sin pan que comer en aquella cocina con olor a cena de hacía muchos días.

Había por el barrio un marica que cuidaba palomas mensajeras, las aleccionaba y luego las vendía. Vivía con una vieja que llevaba y traía las palomas. La azotea de la casa del marica estaba siempre llena de palomas y de palomina. Las aves zureaban entre las alambradas que el tipo había puesto para que no se le volase la mercancía. Yo salía por las noches a hacer equilibrios por las azoteas y robarle palomas al marica colombófilo y mensajero. Era la única manera de ir comiendo algo. La «Sólojo» había atado su maleta con una cuerda y se había largado.

—¿Es que ni siquiera va a ir usted a la cárcel a visitar a la Mari? —me dijo antes de partir.

Pero yo seguía a lo de mis palomas, que asesinaba por la noche en la cocina y guisaba como Dios y el diablo me daban a entender.

—¿No será usted el asesino de palomas?

Así me lo soltó el marica. La tuvimos buena. Mantuve el tipo y hasta amenacé con saltar la azotea y partirle su carita linda de delicado giocondo amigo mío, como creo que le decían al otro en un libro. Pero me abstuve de seguir cazando palomas y fue cuando se me ocurrió lo de ofrecer la llave del piso a algunas amistades de Argüelles. Las parejitas soltaban un dinero por ir a acostarse a mi piso, que no era mi piso, sino el de Mari o la Mari, como decía la «Sólojo», y yo me pasaba las tardes dando vueltas por Madrid con las manos en los bolsillos, porque no se podía ir a casa a molestar. Esperaba impaciente el regreso de Mari y me acordaba de ella. Algún día salía de casa decidido a ir a visitarla a la cárcel, pero luego me metía en un cine hasta las once de la noche. Uno de los inquilinos de mi piso me salió exhibicionista. Su compañera y él se quedaron un día en cueros vivos en la terraza, ante la indignación del marica, pues ya se sabe lo mirados que son esta clase de tipos para las cosas del cuerpo. Por lo visto, al colombófilo le alarmaba la idea de que sus palomas pudieran perder la inocencia viendo a aquellos dos gamberros que tomaban el sol desnuditos. El marica dijo que iba a denunciar el asunto y que aquella casa era una casa decente y no estaba dispuesto a tolerar ciertas cosas. Cuando llegué a dormir, por la noche, me encontré con todo el jaleo. Los dos tipos se habían peleado y hasta las dos de la mañana no me vi libre de todos ellos. Era verano, hacía bochorno, olía la ciudad a neumático recalentado y salí a la azotea para dormir al aire libre. Había una paloma muerta sobre la balaustrada de la azotea, con las alas enredadas en los alambres que ponía el marica. Me recordó la pobre paloma a esos tipos que retratan en los periódicos y que han sido capturados en el momento de cruzar el muro de Berlín para pasarse al otro lado. Las obras del arroyo Abroñigal iban muy avanzadas. Se adivinaba ya una autopista cruzando el arroyo, que no era tal arroyo y en el que vivían gitanos campamentales con sus chabolas y sus hogueras y sus churumbeles y sus pulgas pobres pero honradas.

Pisos pisos venta de pisos cómodos plazos facilidades compre ahora su piso barrio de la concepción barrio del pilar en el centro de Madrid en el aristocrático barrio de salamanca en el señorial argüelles en la prolongación de la castellana lujosos apartamentos tres terrazas todo confort propio extranjeros quinientas mil contra la entrega de la llave exento utilidades viva en moratalaz gran san blas pisos nueva planta apartamentos a estrenar trescientas mil entrada resto contra la entrega del piso y renta mensual de dos mil pesetas durante quince años exentos impuestos de lujo ático soleado ascensores subida y bajada etcétera. Mari va a salir cualquier día de la cárcel y me va a hacer una escena, Mari no está ya para trabajar como trabajaba y, por otra parte, habrá cogido miedo con los del cero noventa y uno.

En Madrid hay cerca de diez mil taxistas. En Madrid hay un taxista que tiene su automóvil decorado con flores de plástico y estampas devotas. En Madrid hay otro taxista que pone letreritos en todos los rincones del coche. «No den portazo al cerrar. Gracias». «Se hacen viajes por carretera.» «Tarifas normales hasta el límite del casco urbano.» También hay el que tiene un resorte mecánico para dar las vueltas y el taxista

que entiende de política y el que lleva una brazada de tomillo en la parte de atrás del coche y el que fuma en pipa y el que tiene al servicio un automóvil inverosímil con agujeros por debajo que permiten ver el pavimento deslizándose raudo debajo de los pies del viajero. Los gitanos del arroyo Abroñigal prenden las hogueras al anochecer y viven entre escombros y se acuestan junto a sus perros. Ahora hay obras en el arroyo Abroñigal y se lo están llevando todo eso por delante. Yo esperaba y temía melancólicamente el regreso de Mari y me paseaba por el centro para ligar con alguna extranjera, aprovechando que era verano.

Con Luz tuve un despiste y la invité a cerveza creyendo que era extranjera. Efectivamente, Luz hablaba español con un delicioso acento de nacionalidad indefinida. Su piel tenía un color cálido y sus ojos miraban con fijeza. Eché la mañana a charlar con aquella rara mujer que se dejaba abordar e invitar en la cervecería. Luz tenía los labios deliciosamente vueltos hacia afuera y unas manos cuidadas y un perfume del que todavía me enamoro cuando lo recuerdo.

—Te he engañado. Soy española.

Luz había viajado por el mundo aprendiendo y enseñando idiomas. Sabía fumar, sabía sonreír. Sabía mirar a los ojos. Tenía algo de mujer cara que me trastornaba. «Si eres un pobrecillo; te vuelves loco por una mujer bien presentada», me decía. Luego llegó su novio, o lo que fuera, y hubo que dejarlo para otro día.

Pero Luz me había dado su teléfono. Luz había estrechado mi mano con un gesto elegante y cómplice.

Me sentía en su poder. Cuando llegué a casa, transfigurado por dentro, la vieja Mari había salido de la cárcel y me hizo la escena triste y llorona que yo esperaba. Mari ya no era la misma. Debía estar al borde de la menopausia. Pero había que aguantar a su lado mientras le durase la emoción del reencuentro y el dinero de la cartilla de ahorros. Los gitanos del arroyo Abroñigal se duermen a la sombra de sus hogueras nocturnas y la orquesta toca de un modo melifluido en el salón azul del Castellana Hilton. Madrid tiene cerca de diez mil taxis y algunos tranvías. La gente toma bebidas en las terrazas de los cafés y de las cafeterías y la carne se ilumina con un color de salud artificial en las salas de espectáculos y Mari y yo nos amamos sin amor mientras el marica cuida sus palomas y les da de beber en cacharritos inverosímiles y la población entra dominicalmente en las iglesias, sale dominicalmente de las iglesias, ve películas, toma autobuses, pide cerveza más fresca, pregunta a qué hora exactamente se cierran las tiendas de marquetaría, consigue turno en la peluquería y lee el periódico de la tarde mientras un tren subterráneo se aleja del andén y otro tren llega al andén describiendo una hermosa curva ferroviaria, amplia, bien trazada, que nadie ve dentro del túnel. Había quedado citado con Luz en una cafetería de General Perón y me contó que había perdido la virginidad con un español en uno de sus viajes. De ese español, precisamente, es de quien teníamos que escondernos. Porque, al parecer, teníamos que escondernos. Madrid, desde lo alto de la carretera de Extremadura, emerge como una ciudad dentro de un bosque, alza sus edificios de la plaza de España y su palacio de Oriente y algunas torres de iglesias. Parece un burgo amurallado de árboles y verdor. Pobre Luz, pobre niña con una infancia triste, allá en la montaña, y un corazón exaltado y sentimental bajo su apariencia de mujer que ha viajado. Madrid es esta ciudad que amo y donde la gente no parece esperar la muerte. Cualquier reducto alegre, cualquier rinconcito con sol es bueno para amurallarse contra la idea de la muerte, para salvarse eternamente por unas horas mientras dura la caña de cerveza, que al final está caliente y dulzorra y hay que dejarla en el vaso. Luz me llevó a algunos bailes de media tarde, donde nos besamos entre parejas primerizas y perdimos hermosamente nuestro tiempo haciendo proyectos que no pensábamos cumplir y bailando algunas músicas lentas, como «Perdóname», que era ya nuestra música.

Madrid tiene varios cementerios. Yo prefiero los que están al otro lado del río. Hay uno,

alto y grande; enterrar allí a la gente es como subir los muertos a una montaña. Me gusta esa idea de que Madrid reúna sus muertos en una colina que está en la parte del crepúsculo. A veces salgo a la terraza de Mari a la hora del atardecer, cuando el cielo está rojizo por aquel lado, y me quedo mirando adonde mi vista no alcanza a ver la colina de los muertos, al otro lado de la ciudad y del río. Me imagino que esta alegre manera de enterrar a la gente tiene algo de pagano, de civilización antigua que no sé cuál pudiera ser, aunque podría mirarlo en algún libro, si supiera en qué libro y dónde encontrarle. Me gusta que seamos una ciudad así y pienso y digo «Madrid, Madrid, ciudad loca, ¿qué fiebre te consume, ciudad mía blanca y verde, de piedra blanca de Colmenar y árboles verdes de todas las calles?» Y sale la Mari a afeitarse las piernas al último sol de la tarde. En esta manera de buscar el solecito advierto que la Mari está envejeciendo. Hay barrios, de Progreso para abajo, donde el humo de las freidurías se enreda con el humo de los motocarros y la sombra se recalienta en calles estrechas por donde pasa una mujer de grandes senos con la que tratan de rozarse todos los hombres, aprovechando la estrechez de la calle, que huele a eyaculación y a niño muerto. Luz vive con unas extranjeras en un viejo piso de la calle Factor, desde donde vemos las copas de los árboles de la plaza de Oriente. Luz me cuenta siempre historias de su infancia y de sus viajes y me dice cosas en francés y en inglés que no entiendo y me ponen de mal humor.

—Te quiero, te quiero, pero va a venir mi novio.

Su novio es más joven que ella y estudia no sé qué cosa. Una vez estuvo enferma, sola en la casa, y yo subía a visitarla y le llevaba bocadillos envueltos en papel fino, bocadillos que había comprado en la tienda de abajo y que ella me agradecía como si yo hubiese ido a por ellos al otro lado de Madrid.

—Dicen que hay mujeres que gozan muchísimo.

—Pues claro, ¿cómo no ha de haber?

—¿Y por qué yo no conozco eso?

Luz tenía baja la tensión y le costaba grandes fatigas llegar al séptimo cielo. Un día me tiró de la cama y se subió el camisón, inesperadamente, para hacerme ver que la enfermedad no le había desmejorado mucho.

—¿Verdad que no estoy muy desmejorada?

—Pues claro que no.

—Oh...

De sus estancias en el extranjero le había quedado la costumbre de decir «oh...» de vez en cuando. Luz sufría constantemente, sufría por todo, se sentía desgraciada y creo que eso le gustaba mucho, pero su insatisfacción sexual la mantenía en un estado de continua ansiedad.

—Puede llegar mi novio, ¿sabes?

Veo a Luz con sus elegantes vestidos extranjeros, y la veo en el lecho, enferma, dejándome con cada una de sus caricias una huella de sudor en mi piel. Veo a Mari afeitándose las piernas en la terraza, a la luz del sol poniente, mostrándole al marica que daba de comer a sus palomas al otro lado de la alambrada todas las interioridades de su ropa y de su cuerpo, en una exhibición doblemente estéril por su propia condición de mujer pública y por la divertida condición del colombófilo. Madrid está llegando al medio millón de automóviles y en las academias de idiomas se habla en todas las lenguas del mundo al atardecer y en Barajas sopla un viento impaciente por llevarse los aviones a otro hemisferio y Luz coge mis manos en una cafetería y se le llenan los ojos de sueños matrimoniales. Se está bien en el piso de la calle Factor, de tertulia con las europeas o a solas con Luz, amándola contra reloj, porque puede llegar su novio y porque ella es lenta en el trance. Por la mañana, ella y sus compañeras de piso salen a la azotea en bikini para darse baños de sol, y los soldados de un cuartel cercano braman en todas las ventanas, hasta que la sed sexual les va agotando y se quedan

estáticos, fijos, obsesos, mirando a las bañistas en seco de las alturas. El perro de la casa y yo salimos a la azotea a comer patatas fritas y los soldados deben envidiarme mucho e incluso odiarme un poco, si es que esta clase de odio que nada tiene que ver con los enemigos de la patria está permitida dentro de la disciplina castrense. El verano canta en la ciudad y uno vive en la piscina una borrachera de bikinis.

—¿Has visto esa exagerada?

—Está negra desde el mes de mayo.

—Las hay que toman el sol todo el año.

—¿Y a mí que me gustan las mujeres paliduchas?

—Ya soltó éste su gamberrada.

—¿Cómo está hoy el agua?

—No sé cómo puede una mujer ponerse un bikini teniendo ese cuerpo.

—¿Qué tiene el cuerpo de esa mujer?

—Bastante la has mirado como para necesitar que te lo explique yo.

—Yo miro, pero no entiendo.

—Pásame la crema, Dorita.

—Qué pesado está hoy el sol.

—No sé lo que hacen algunas para no pelarse.

—Otra vez la renegrada.

—Lo que pasa es que le tenéis envidia.

—Esto del «tostaero» está al alcance de cualquiera.

—De cualquiera con ese cuerpo.

—Si es que ahora os da por las gordas.

—A éste le da por todas.

—¿Cuándo acabas con el *Marca*?

—¿Es necesario darse crema debajo de las axilas?

—Mira, no lo había pensado.

—Es que no he encontrado la manera de que me dé el sol en las axilas.

—Y que hace feo llevarlas blancas.

—Como los monos.

—¿Los monos tienen las axilas blancas?

—Digo yo.

—Pásate la crema y deja ya de hacer el mono.

—Cada uno hace lo que sabe.

—Que a la piscina no se viene a leer.

—Yo traigo el periódico para que no me dé el sol en la cara.

—Ten cuidado, no vayas a tostarte con letritas en la piel.

—Ya salió el gracioso.

—¿Tiramos al agua a Dori?

Y la tiraron. Mari lleva un bañador de los de siempre, porque estas meretrices son muy tradicionales cuando están en sociedad. La carne, trabajada y sin brillo, se le escapa por entre la tela. Luz tiene un bañador azul que armoniza con su piel tostada, con su andar descalzo y gracioso. Hacía tiempo que no veníamos a la piscina. Las adolescentes saltan y corren en bikini y disfruto con la elasticidad de sus ombligos jóvenes de criaturas del bosque. La miserable carne de los adultos se infla al sol como en un magno congreso de tortugas sin caparazón. La alegría está en el agua, azul y verde y dorada de sol. Junto a mí, tendida en la arpillera que hacía las veces de arena, había una mujer madura, esbelta, rubia, con los ojos claros y dramáticos. Mientras Mari se cambiaba de ropa en los vestuarios pude ofrecerle fuego a mi vecina de arpillera, que era argentina y se llamaba Elena y tenía en sus gastadas manos con anillos toda la clase que yo apetecía después de las semanas de envilecimiento a que me había sometido Mari con su lamentable decadencia. Pero la argentina se puso en pie para

saltar al agua y cuando Mari y yo nos íbamos de la piscina, caminando contra los cuerpos desnudos de hombres y mujeres que venían deslumbrados por el sol que les abrasaba de frente, eché una última mirada al agua con la inmotivada seguridad de que allí dentro estaba mi salvación, mi liberación. Una mujer cuya mirada verde no podía engañarme. Habría que empezar al día siguiente, sin pérdida de tiempo, la búsqueda de Elena por Madrid.

Quizá, volviendo a la piscina a la misma hora. Pensé todo el día en aquellos ojos con la infantil y necesaria seguridad de que iba a volver a verlos.

Luz tiene grandes deseos de que yo la posea dentro de su camión azul de primeriza. A Luz le gusta que yo la lleve a cenar a sitios caros y nos luzcamos juntos como una pareja elegante. Todo esto me divierte al principio, pero me acarrea problemas con Mari y sale decididamente caro, a pesar de que Luz lo paga casi todo.

El guardia mueve sus guantes de un modo espectacular para dirigir el tráfico. Ha venido el calor intenso y Madrid es una ciudad-cáscara en la que todo está hueco y recalentado. Bajo el asfalto corre el Metro dejando tras de sí enormes huecos negros. Detrás de las nuevas y leves fachadas de ladrillo se abre el gran hueco de calor y frescor, el gran vacío que apenas si llegan a poblar unos tabiques delgados, unos muebles ligeros. A todas las casas viejas les suena dentro el vacío del patio, su gran oscuridad vertical. La sala de fiestas, a la orilla del río, conserva hasta la madrugada un sofoco de sol y de gente que enrarece la respiración de las plantas. Luz es feliz a mi lado, bebiendo champán y siguiendo todos los ritos de una diversión convencional según las normas que dictan las más sonrientes películas americanas. Cuando han pasado por el micrófono el humorista y las chicas ligeras de ropa y el cantor melódico y la cantante rítmica, Luz me saca a bailar entre las parejas que llenan la pista. Hay muchos matrimonios, y algunas parejas raras, y chicas de la vida, y unos turistas que se divierten mucho y bailan mal. La música caliente y veraniega ha creado una vez más esa hermandad momentánea e inútil entre toda esta gente que olvida su muerte casi por completo. Hay en todo Madrid, a esta hora de la noche de verano, muchas pistas de baile como ésta, muchos puñaditos de gentes sofocadas y un poco felices que creen estar viviendo la gran aventura de la vida dentro de esa comunión suprema que es la música fácil.

Aquel baile dominguero de la Ciudad Lineal, entre enredaderas y alambradas, casi como un baile familiar en un patio de pueblo, con la voz ronca del micrófono pasando por encima de las pequeñas tapias que daban a huertecitos inmediatos, tranquilos y frescos. Chicas de Prosperidad y del Gran San Blas, gente joven de moto y cazadora, un pacífico matonismo acunado por el rock y el twist y el madison y la yenka y otras cosas que se bailaban entonces. Al anoecer, la orquesta toca más suavemente y parece menos mala; las parejas han conseguido intimidad y se baila bajo las estrellas del suburbio mientras otras parejas toman refrescos y se besan en la sombra, entre las mesas. Las dos holandesas, rubias, una atlética y otra esbelta, que conocimos Josué y yo —Josué, el viejo sátiro de manos húmedas— en un cine de la Gran Vía, en la sesión de noche. Luz baila en mis brazos, enamorada, los lejanos ritmos de la Ciudad Lineal, que suenan aquí, a orillas del Manzanares, bajo ese terraplén con flores por cuya orilla pasa el suburbano. Ona, la holandesa esbelta, tiene gafas de miope que le quedan graciosas y baila en mis brazos, en esta misma pista, a la orilla del río, cerca del terraplén, cerca de la vía del suburbano, los lejanos ritmos que suenan al otro lado de Madrid, allá por los bailes domingueros de Arturo Soria, en los huertos de la Ciudad Lineal. He llevado a Luz por el camino que sube al cementerio, a la lejana colina de los muertos que suelo contemplar sin verla desde la azotea de Mari. He besado a Ona dentro del taxi que cruza los puentes del Manzanares, primero en una dirección y luego en la otra, cuando ya va a ser de día sobre el río y alguien me ha puesto un clavel viejo en la boca y Ona besa el clavel y Josué —el viejo Josué, el sátiro de las manos húmedas— habla en francés con la otra holandesa.

No soy nada no soy nada tanta vida yo te di que en la boca llevarás sabor a mí la canción del verano el hogar nos recuerda volverán hojas verdes a cubrir nuestro amor por qué no me enseñaste cómo se vive sin ti cuando calienta el sol allá en la playa siento mi cuerpo vibrar cerca de ti y dame dame dame dame felicidad que sólo tú me puedes dar... Luz quiere que nos amemos aquí mismo, en una cuneta. Y Ona parte mañana en un avión para Palma de Mallorca. El taxi corre hacia el apartamento de las holandesas. A Luz le ha descendido la tensión de un modo alarmante. O quizá es que

tiene sueño. En todo caso, Luz se me desvanece momentáneamente en los brazos y el sereno que abre el portal de las holandesas nos mira con rencor a Josué y a mí. Cuando dejo a Luz en su portal, quiere que suba con ella al piso, pero la meto en el ascensor y salgo corriendo en el taxi.

Después del amor, a Luz le gusta que salgamos por las calles a sentarnos en un banco, hasta la madrugada, cerca de cualquier árbol. Mari ha despedido al último cliente y puedo regresar a casa. Uno amaría a cualquiera de estas mujeres y quizá las amas a todas de una vez, pero hay que encontrar los ojos verdes de la argentina, hay que encontrar a Elena y sus manos con anillos y su seguridad de mujer que sabe lo que quiere y tiene lo que necesita. La holandesa atlética ha emborrachado a Josué con coñac y abajo hay un sereno rencoroso que de buena gana subiría al piso a partirnos las costillas con su chuzo. La holandesa atlética espera a que llegue su turno. Trato de convencerla de que Ona necesita más cariño puesto que se va a ir muy temprano en un avión a Palma de Mallorca, en tanto que ella se va a quedar en Madrid y podemos seguir viéndonos. Pero uno no sabe qué es más difícil, si tener contentas a dos holandesas que van de paso en una misma noche o conseguir que Luz alcance el séptimo cielo elevándose desde su baja tensión. Y lo que uno más desea es salir a la calle y charlar con un sereno que no sea rencoroso, como el que aguarda abajo, o beber agua en una de esas fuentes pequeñas, con grifo, que aún quedan en algunas esquinas de Madrid.

Salí a la calle, efectivamente, y caminé despacio hasta encontrar la fuente que buscaba, y bebí en ella agachándome y poniendo la cabeza del revés. El agua estaba sosa, pero en aquella posición se veía el cielo que empezaba a clarear como si estuviera abajo en lugar de arriba, y se veían los tejados de las casas, y las casas también patas arriba. Luego seguí caminando hasta llegar a un triángulo de hierba que hay en la subida de María de Molina, esquina a Serrano. Es un suave declive verde y fresco donde me eché a dormir sin que nadie me molestase, a mitad de camino entre la casa de Mari y la sala de fiestas donde habíamos bailado. Mari está en la cama con los trastornos de matriz que tiene últimamente (yo creo que va a ser cáncer) y la piscina es un fragor de cuerpos quemados entre los que busco el cuerpo de Elena, la argentina, esa obsesión a la que quizá me aferró de una manera ir razonada y empujado sólo por mi necesidad de encontrar algo.

—¿Desde cuándo hacéis bronce?

—Desde que amanece.

—Oléis a hoguera.

—Peor es oler a loción.

—Esto es un piscina comanche.

—De acuerdo, pero luego me lo explicas.

—A ésta parece que no le gusta la piscina.

—Pues vete a Marbella.

—Sólo he pedido que me explique alguien lo del comanche.

—Primero para la ducha.

—El primero era yo.

—Lolo quiere para él el monopolio de las duchas.

—Le llaman el hombre-ducha.

—Como que se pasa el día debajo del chorruto.

—Menos cachondeo.

—Higiénico que es el tipo.

—¿Qué decíais de Marbella?

—Calla, capitalista...

Elena estaba allí, sola, quitándose y poniéndose sus gafas de sol. Le recordé quién era yo. Nadie, en realidad. Pero no hacía falta recordárselo. Almorzamos juntos en la

piscina. Qué seguridad para pagar, para llamar un taxi, para cruzar las piernas. Apenas se le advierte el acento argentino. Mirándola muy de cerca, asustan un poco las arrugas de sus ojos. En torno de ellos, la incipiente vejez parece una máscara un poco siniestra que se ha puesto la mujer hermosa. Creo que he entrado en su mundo confortable, seguro, rodante. Pero sólo he entrado, de momento, en un taxi que ya se ha llenado de su perfume. La «Sólojo» ha venido a casa para hacerle a Mari los lavajes, Luz toma píldoras para elevarse la tensión y subir —no sé si conmigo o con su novio o con quién demonios— al séptimo cielo, la holandesa gorda trata de continuar el idilio que dejé incompleto con su amiga Ona, que se ha ido en un avión a Palma de Mallorca, según lo previsto cuando planeó sus vacaciones en España, porque estos europeos lo escriben todo en un papel y luego no hay quien les aparte ni un milímetro de lo que dice el papel.

Elena estaba un poco nerviosa cuando le cogí la mano en el restaurante obrero donde almorzamos. Escondía las arrugas y la inseguridad tras sus gafas de sol. La gente que almorzaba en torno nos observaba con curiosidad. Las manos de Elena tenían el contacto suave de una crema. Aquella mujer sentía llegar el momento de nuestro amor y esto, indudablemente, la turbaba un poco. Empecé a sentirme seguro de mi mismo. El día que abandoné la casa de Mari, ésta se iba en sangre en su cama y la «Sólojo» lloraba otra vez en la cocina, como cuando detuvieron a la Mari en la Gran Vía los del cero noventa y uno, a primera hora de la noche, nada más empezar la carrera. En la escalera me crucé con el practicante, que subía a hacerle curas a la Mari. Algunos días, Luz y yo almorzábamos en los comedores de la Universitaria, como dos estudiantes extranjeros y enamorados. Pero Luz estaba siempre sobresaltada por temor a que nos descubriesen los estudiantes amigos de su novio, que por entonces estaba fuera. Lo característico de Luz era pedirme de pronto, a media tarde o a media mañana, cuando callejeábamos por Madrid, que la llevase urgentemente a casa en un taxi para acostarnos.

—Pero, ¿a estas horas, Luz?

O entrábamos en un cine y nos besábamos intensamente. Cuando se iba de viaje al extranjero o a su lejano pueblo de la montaña, Luz me escribía unas largas cartas que me aburrían un poco. En la piscina, uno llega a acostumbrarse al desnudo de la mujer, a una humanidad de mujeres desnudas, y se teme que vaya a esfumarse este casi único incentivo de la vida, y entonces, ¿qué? Por eso, el encuentro repentino de cualquier muchacha especialmente graciosa o con el bikini decididamente insuficiente le alegra a uno hasta el enamoramiento, porque despierta el deseo que dormía en el letargo de su saciedad y le pone a uno nuevamente en posesión, no ya solamente de esa muchacha del diminuto bikini de cuadritos, sino de toda la hermosa sexualidad de la vida, que es una patria dulce y cálida a la que prometo volver siempre. Las sillas de hierro de Recoletos duermen reunidas en grupos en torno de los árboles del paseo o se pasan la noche alineadas como esperando aliviar el cansancio de los paseantes. Las sillas de hierro de Rosales quedan en desorden, según las dejaron sus últimos ocupantes, en semicírculo o en círculo perfecto. Y este desorden es en realidad un orden que parece largamente pensado para reproducir la vida que todavía está reciente en esas sillas, el recuerdo de chicos y chicas que ríen juntos y se desean y nada más. Luz toma baños de sol en la terraza o pasea con su novio haciendo la farsa de la castidad, Mari agoniza en su piso pequeñito del barrio de la Concepción, la holandesa sale al cine por las noches y quizá ha accedido ya a los deseos del sereno rencoroso y le ha subido a su apartamento.

Esperanza viene a mis brazos en el baile-bolera y desde el primer momento advierto que es mujer entregada. Tiene una alta y hermosa figura, pero en sus senos hay toda la rigidez de lo artificial. Esperanza no es de Madrid. Habla con una voz baja y profunda, de mujer apasionada. Me cuenta la historia del novio de provincias que le

arrebató la virginidad. Esperanza se enamora de una manera vulgar que hace pensar en seguida en los futuros hijos y en una fidelidad de bestia doméstica, para toda la vida. Yo duermo en una cama alquilada y como donde se terciaba. Esperanza está llena de miedos y de ignorancias. Pero me lleva al piso de la familia con quien vive en Madrid, una familia que ha salido de veraneo. Esperanza ha tenido el mal gusto de ponerse una ropa interior roja que va bien, sin embargo, con su blanca piel, con su cuerpo entregado y un poco soso. Tiene los senos todo lo claudicantes que hacía suponer el envaramiento del sweater. Es mujer de ojos hermosos y nada inteligentes; tiene la nariz breve y vuelta hacia arriba ligeramente, de modo que se le ven de frente los dos agujeros, que son un poquito más grandes de lo normal. Esperanza es como una africana blanca. Me opone confusas resistencias. Sé que está un poco asustada, pero no puedo discernir hasta qué punto lo está realmente y en qué medida se recrea en su temor y lo aumenta. Esto me irrita conmigo mismo, que a veces me digo que sé mucho de mujeres, alimentando interiormente esa vanidad elemental que uno no se atrevería a exhibir ni aun ante quien se prestaría a satisfacerla, como esta Esperanza enamorada y un poco tonta que me dice y me repite que yo soy mucho más que ella.

En invierno, Madrid es una ciudad dura y fría. Pero basta con que asome un rayo de sol para que todo se haga más fácil. La primavera y el otoño de la ciudad tienen algo de fiesta de todos los días. Ahora, en verano, hace en Madrid un calor de pueblo polvoriento y se diría que toda la ciudad no es sino un gran villorrio veraniego donde la colonia estival se ha hinchado fabulosamente levantando palacios y rascacielos, estatuas, y hoteles. En verano se le olvida a uno la obligación de encontrar algo, la necesidad de vivir de algo, y parece que basta con tumbarse al sol o a la sombra y salir después de las doce de la noche en busca de cualquier amigo a quien pedirle prestados veinte duros para ir tirando. Hay verbenas en todos los barrios y regreso de la verbena con Luz medio desfallecida en los brazos o con Esperanza siempre triste y asustada por el recuerdo de aquel «mal hombre» que le arrebató la virginidad. En los restaurantes de moda se sirven aparatosas paellas bajo el toldo con farolillos y hay gentes cenando en la alta terraza del edificio España y los viejos terciopelos y los viejos cobres del Rastro se recalientan de domingo a domingo y dice el periódico que varias personas han sufrido insolaciones; se ha encontrado a un estudiante muerto en el lecho de una pensión, intoxicado de barbitúricos, y el barrio de las Vistillas tienen nuevas *miss* y Xavier Cugat debuta en Pavillón y se hunde parte de una casa en construcción y se producen embotellamientos en todas las carreteras cuando la gente regresa a Madrid tras haber pasado el fin de semana en el campo o en la playa.

Elena y yo abandonamos el restaurante obrero no sin cierta espectacularidad en nuestra salida. Elena llevaba un traje de cuero que se le ceñía al cuerpo. Tenía algo de las mujeres-astronautas de las novelas y las películas de ciencia-ficción. Tomamos un taxi y me llevó a su pequeño apartamento. Estaba nerviosa, sin duda, y temía el momento de quedarse desnuda ante mí, sin la doble personalidad de su elegante ropa y su buen gusto.

—¿Él quiere tomar café?

Empezaba a acostumbrarme a la artificiosa sintaxis argentina, a su continuo y un poco irónico modo de aludirme siempre en tercera persona. Acaricié sobre su cuerpo el cuero del vestido, que era ya un primer contacto confortable y falso. Pensé que me sentía muy dispuesto a amar a aquella mujer así, aceptando todas las apariencias con que ella prolongaba su juventud, sin exigir nunca la verdad. Estaba dispuesto a amarla en todo lo que no era ella: sus perfumes, sus vestidos, los tintes de su pelo, el maquillaje de su piel, el bronceado de su cuerpo, el barniz de sus uñas... y de toda aquella exterioridad había que pasar a su alma, al encanto de la voz y los ojos, al claro juego de la inteligencia, salvando en un peligroso salto aquel cuerpo en incipiente decadencia. Pero Elena me comunicaba seguridad, y me sentía decidido a dar ese

salto. Las pequeñas prendas interiores de Elena eran de encaje malva. Cuando la tomé en mis brazos, todas las Embajadas de Madrid habían cerrado por vacaciones, y también algunas zapaterías y Elena temblaba como la niña que era y la mujer que estaba empezando a destruirse.

El Metro llega al andén con un aliento contenido. En el andén hay gentes silenciosas que leen el periódico o tratan de obtener una chocolatina de la máquina tragaperras. Los hombres miran a las mujeres, a cualquier mujer, sólo por distraer la espera con un leve deseo pasajero y olvidadizo. El Metro está pintado de rojo. Es un rojo sucio, el de los vagones. Un color maltratado, renegrido de pasar siempre entre las tinieblas de los túneles. Sol-José Antonio-Tribunal-Bilbao. Ven-tas-Manuel Becerra-Goya-General Mola-Retiro-Banco-Sevilla-Sol. Hay un olor mezclado de estación y de bodega. La gente entra en los vagones apretando un poco la resistencia de los que venían dentro, que miran aquello impasibles, como si ellos fuesen ya una mole ciega, una petrificada pared de caras; forman parte del tren compacto que se aprieta en los túneles y no favorecen ni niegan la entrada de nuevos viajeros. Simplemente, resisten. Un asiento cambia de viajero. El tren vuelve a arrancar, con un pitido corto y grueso. El andén se va vertiginosamente hacia atrás con sus gentes que andan y no avanzan. En el túnel, la falta de perspectiva acrece doblemente la acrecida velocidad. El empleado que cierra y abre las puertas del Metro echa la visera sobre sus ojos y se pasa una mano por la cara sin afeitarse. Va de pie junto a la puerta del primer vagón y mira sin ver a los viajeros de ahora mismo y a los viajeros de hace un rato, a los que vienen con él desde el comienzo de la línea. Hay un número de hojalata dorada en su uniforme azul, de paño gastado y arrugado. Nadie mira a nadie en el Metro, aunque todas las caras se dan la cara. Una mirada de hombre fija en un rostro de mujer es el único fluido vivo, la única electricidad humana que destella en este acoplamiento de anuladas individualidades. Huele a ropa de muchos días y a filtración de alcantarillas. Los vagones tienen un violento traqueteo. La gente envejece siglos en el breve viaje entre estación y estación. La llegada a un andén iluminado es algo así como la resurrección de la carne. Esperanza se sabe las canciones de este verano y me las canta a media voz. El Metro ha vuelto a arrancar.

—Y le dije que estoy harto y que a mí no me han retenido nunca los pluses. La gente abusa del obrero pero yo puedo encontrar trabajo donde me dé la gana porque es lo que tiene este oficio que hoy aquí y mañana allá y rico no te haces pero tampoco pasas hambre así que se va a meter los pluses por donde le quepan que conmigo no se juega voy a hacer trasbordo en Sol ¿tú sigues hasta Antón Martín?

—Lo que hace falta es que pasemos este parcial y luego apretar un poco en septiembre que no se va a estar uno jodido todo el verano dándole a la farma como un enano mañana me voy a la piscina desde por la mañana está uno seco de tanto sudar y luego lo mal que huele este Metro si me cabrea pasar el verano en Madrid es por lo del calor que planes salen más que en el pueblo sobre todo en las verbenas llevo tres noches macho durmiendo vestido...

—... las vacaciones de la tienda me las dan todos los años en agosto pero este año hemos tenido lo de las rebajas y aquí me tienes toda blanca y hecha un asco que todavía no he podido ir a la playa ni siquiera un fin de semana para quitarme lo blanco que es color de invierno como yo digo pero te aseguro que me voy a desquitar porque me parece que este año me decido a lo del bikini si es que a mí el sol me da la vida pero las piscinas no me gustan porque he probado ya en casi todas las de Madrid y lo que pasa es que va mucho mirón y mucho aprovechado y señoras de esas y yo creo que hasta mariquitas porque hay algunos con una pinta que válgame Dios aunque ahora ya sabes que no sabe una a qué atenerse pues todos los hombres están un poco raros.

—Le he dejado la caja sin cuadrar y él verá lo que hace que llevo todo el verano trabajando como un negro no te fastidia el tío y ni horas extraordinarias ni nada que dice que hay que hacerlo por la empresa pero a mí la empresa me hace reír y si no fuera porque uno tiene la mujer y los chicos y que piensa uno con la cabeza pero cualquier día me lanzo que ya está bien coño con el tipo y vamos a ver qué pasa aquí

que no me conocen a mí cuando me pongo a malas lo que pasa es que uno es prudente y...

La línea de Argüelles llega ahora hasta la Moncloa, desde Legazpi, y pronto llegará hasta el final de la Universitaria. La línea de Ventas se prolonga hasta mucho más allá de Ventas, por la carretera de Aragón. Esperanza parece dispuesta a quererme durante toda la vida y esto me produce un cierto cansancio, una rara fatiga que no sé definir. Esperanza y yo tomamos bocadillos de calamares en las alegres freidurías de la avenida del Mediterráneo, más allá de la boca del Metro de Pacífico.

—Yo te voy a querer siempre, ¿sabes?

—Bueno mujer.

El mal lo llevaba dentro la Mari. Lo que la ha matado es la temporada de cárcel. En la cárcel es donde salen las enfermedades que uno llevaba dentro sin enterarse. O quizá sea que las enfermedades están presas en la cárcel y se meten dentro del primero que llega para conseguir la libertad cuando se la den al enfermo.

—Pero para toda la vida.

—Sí, claro.

Emma tiene los ojos dramáticos y el cuerpo delgado y una boca grande, un poco asustada, y el pelo muy negro y muy largo y muy desordenado. Emma trabaja en el ballet de una sala de fiestas. He bailado con ella una noche, cuando alternaba con los clientes, y luego me ha dicho: «Llévame por ahí a emborracharme».

Así que la he esperado en la salida trasera del cabaret y hemos recorrido los últimos sitios que quedaban abiertos en Madrid. Emma ha sido víctima durante algún tiempo de una lesbiana que ha abusado mucho de ella. De la lesbiana le quedan ademanes y quiebros hombrunos que me asustan un poco, pero Emma tiene algo muy femenino que me enerva. Por hablar de algo, mientras bebíamos, le he preguntado si siente verdaderamente su arte, y me parece que he hecho el ridículo.

—Bueno, antes sí me gustaba. Cuando no sabía.

—Ahora sí sabes. Bailas muy bien.

—¿Te has fijado?

—Sí. Me he fijado.

—Pero yo no estoy contenta y ya no aguanto más tipos cretinos. Lo que quiero es irme a vivir al campo.

—¿Al campo?

—Sí. No me mires con esa cara. Esto de levantar la patita no es para mí. Y el alterne, menos. Claro que eso lo decimos todas y...

—No. Yo sé que tú lo dices de verdad.

—Te estás riendo de mí, pero es igual. Me has gustado, yo también me he fijado en ti.

—Sí, claro. Es lo que decís siempre.

—¿Ves? Ahora ya soy como todas. Ya no te parezco diferente.

No había manera de enderezar aquella tediosa conversación.

—¿Adónde vamos ahora?

Emma es una mujer imposible. Pero la deseo. Sé que no me va a hacer feliz ni por un momento. Vive ahogada en sí misma. Se cree especialmente desgraciada. Esto les ocurre a muchas mujeres, pero Emma es inteligente y ha exasperado su sentimiento de vejación. Nunca encontrará la paz, porque la paz no es problema de inteligencia, sino de metabolismo, me parece a mí. Anduvimos tomando y dejando taxis, paseando por calles solitarias. No sabía dónde llevar a aquella mujer para intentar amarla contra ella misma.

Emma y yo nos abrazamos dentro de un taxi y ella se ríe y trato de seguir su risa, aunque profundamente fastidiado por dentro, pues lo único que deseo, seguramente, es acostarme con ella, aunque estoy representándome a mí mismo la farsa de la comprensión y la amistad, que puede ser un eficaz afrodisíaco si no se abusa de él,

como no debe abusarse de ninguno de los afrodisíacos conocidos. Elena se ha dejado desnudar casi humildemente. Recuerdo a la mujer de la piscina, segura de sí, autoritaria. Pero sé que es solamente la edad lo que me da ventaja sobre ella. Es más que yo. Por eso la deseo. Recuerdo a Elena desnuda y humilde, cuando se le llenaba la voz de mimos ininteligibles y besaba mi cuello y toda mi juventud era un insulto para ella, un insulto que ella aceptaba y besaba, recorriéndome con sus manos expertas y distinguidas. Elena, entre asustada y juguetona, tenía el cuerpo bello y curtido, todavía joven. Elena iba a ser la seguridad para mucho tiempo. Me quedé a vivir con ella. Pronto perdió su inseguridad, que sólo renacía un instante en el momento del amor. Me gusta esa inseguridad de Elena por la que sé que todavía está viva en ella la magia del acto sexual, que no se ha mecanizado en el placer. Sin embargo, Elena me sorprendió un día con caprichos inesperados. Fue una tarde en que ella había bebido demasiado whisky y me buscaba y me rechazaba bruscamente: «La luz, la luz, ¡no quiero tanta luz! ¿Por qué has de verme a la luz del día?». No es nueva esta preocupación de las maduras por la luz del sol, que no consiente trucos ni mentiras. La conozco bien. Cenábamos un día en un restaurante íntimo y el camarero, oficioso, encendió sobre nosotros un fluorescente. No le favorecía aquella luz muerta a su rostro arrugado, y ella lo sabía. Aflojó con sus dedos ágiles la barra del fluorescente y, cuando el camarero volvía, le mintió deliciosamente, deteniéndole con un gesto: «Se ha fundido, ¿sabe?». Aquella tarde me pidió que llevase a casa a un amigo dispuesto a mirarnos mientras hacíamos el amor. Pero yo me negué y hubo que sustituir el amigo por un espejo. Me molestan estas cosas porque le producen a uno la sensación de estar con una persona enfermiza, caprichosa. Esto del amor es para no pensarlo demasiado. En cuanto empiezas a darle vueltas, espanta un poco, y ya ni te diviertes ni nada. Tuve que poner en ejercicio mis propios trucos, que quizás eran tan enfermizos como los de Elena, pero por ser míos no me lo parecían, para devolver la normalidad a aquellas relaciones. A Elena le divertía robar cosas —ceniceros, botellas— de los restaurantes, y Emma prefiere dejar caer la copa limpiamente al suelo para que se haga pedazos. Cuando acude el camarero se limita a mirarle brevemente con una mirada que dice: «Se me ha caído, claro. No lo iba a hacer a propósito». El Metro viene por su túnel largo y curvado, por su vía brillante, bruñida, que es como un arañazo que nadie ve en la oscuridad del túnel, y trae a Ángela, que es valenciana y trabaja en una sala de fiestas y tiene la boca grande y las piernas muy hermosas.

Ángela me presenta a Lorenzo. Lorenzo es un tipo muy delgado, que se peina con todo el pelo para un lado y lleva un pasador en el cuello de la camisa, por debajo del nudo de la corbata. Lorenzo tiene unos apellidos que suenan a gente bien de esa de antes. Quedamos en recoger a Ángela y a una amiga suya a la salida del cabaret. He conocido a Ángela en la piscina y creo que es buena chica. Lorenzo fuma mucho y me invita continuamente a beber cosas. Esperanza se resiste a quitarse el sujetador para ocultar la decadencia de sus senos, Luz toma cosas excitantes para elevarse la tensión arterial, Emma se intoxica todas las noches con aspirinas, pero no llega a suicidarse, Elena bebe whisky y me abraza frente al espejo y Lorenzo mira su reloj y dice que ha llegado la hora de ir a recoger a las chicas, de modo que pagamos la cuenta —bueno, la paga él— y salimos de arrea.

—¿Tú crees que son cosa hecha?

—Yo creo que sí.

Pero la vieja que vende cerillas y tabaco en la esquina de la Gran Vía tiene una cuenta pendiente con la que vende periódicos: «Un parroquiano es un parroquiano y cada una nos ganamos la vida como podemos y no voy a estar esperando a que vengas tú con la mercancía, que no está la vida para eso y hay que atender a la gente cuando llega que la gente viene con prisa y el personal es el personal tengo rubio tabaco rubio señorito celtas rubio así que yo despacho lo mío y tú lo tuyo y si el que viene a por chester se

lleva el periódico mejor para ti y si el que viene a por el papel se lleva también una cajetilla mejor para mí y así nos ayudamos las dos rubio tengo rubio oiga celtas chester eleeme tengo qué te parece digo yo, ¿no?». Cogimos un taxi y llegamos a la sala de fiestas cinco minutos antes de lo convenido.

—Me parece que faltan cinco minutos.

—Es igual. Las esperamos un poco.

Un cuarto de hora más tarde sale Ángela.

—Ya está. Pero Mali no ha venido esta noche.

—Qué faena.

—¿Queréis que llame a su casa?

—No, deja.

—Claro que si no ha venido será porque no ha podido, me parece a mí.

—Sí, claro.

—Y qué hacemos ahora.

—Podemos irnos a mi piso los tres y tomar unas copas.

Lorenzo propone que vayamos a su piso a tomar unas copas.

—Anda, sube.

Ángela sube al taxi y Lorenzo da una dirección que debe estar por Chamberí. Ángela se ha sentado entre nosotros dos.

—Lo siento, chicos.

—No te preocupes.

Las mujeres que uno ama duermen solas esta noche o duermen en brazos de otro hombre y Ángela fuma dentro del taxi con mucha soltura y coquetea con los dos o no coquetea con ninguno. Lorenzo dice que lo vamos a pasar muy bien, pero yo pienso que lo mejor era dejar esta juerga para otro día. El taxi nos lleva, efectivamente, a Chamberí. La casa donde vive Lorenzo es una casa antigua y eso que la gente llama señorial. Subimos la escalera de mármol y tomo a Ángela de un brazo, como para ir haciendo que las cosas empiecen a estar claras entre nosotros tres.

—Ay qué casa más antigua. Parece el Museo del Prado.

—Al bar del museo voy mucho a pescar turistas —dice Lorenzo.

Y se me ocurre dudar si se refería a turistas femeninos o masculinos, puesto que la palabra en sí no lo especifica.

—¿Tienes todo este piso para ti solo?

—La familia anda por Benicasim.

Es uno de esos pisos con relojes dorados y muchas puertas abiertas que dan a salas donde hay otros relojes dorados, y muebles antiguos y retratos. Han cerrado todos los cafés de Madrid y las mujeres que friegan el Metro han terminado su tarea y el sereno de la calle donde vive Lorenzo charla con otro sereno de una calle contigua. Ángela se sienta en una alta butaca forrada de rojo. Está descubriendo la casa. «Esto sí que es lujo.» Ángela es una pobrecilla y, por un momento, no sé si debo sumarme a ella y descubrir mi asombro de que la gente viva en casas así, o forzándome un poco, pasar decididamente del lado de Lorenzo, del lado de la gente bien, y ponerme displicente.

Creo que realmente estoy entre ambos, pero me he acostumbrado a jugar siempre un papel que no es el mío, sólo por el gusto y la precaución de no descubrir el juego.

—¿Qué os parece si hacemos un numerito de a tres?

Lorenzo lo ha dicho inesperadamente, mientras nos servía un refresco con ron. A estas horas de la noche, Emma puede haberse suicidado; a estas horas de la noche, Luz duerme y sueña en varios idiomas, mientras Elena se sirve a solas más whisky repitiéndose eso de «será el consuelo de mi vejez», y el sereno charla con otro sereno y la vieja vendedora de tabaco charla con la vieja vendedora de periódicos y la pregunta divertida y suasoria de Lorenzo está en el aire: «¿Qué os parece si hacemos un numerito de a tres?».

Elena, Elena, ¿por qué esa máscara de vejez en tu rostro, en torno de tus ojos que todavía son jóvenes? Con Elena aprendí a burlar a la muerte, a amar a una mujer que está a punto de perder su juventud y su encanto. Y esto era como robarle, no sé si a la muerte o a la vida, metiéndose en su propio terreno, horas de goce, suspiros del cuerpo, tiempo donde apenas ya si quedaba tiempo.

Elena, ¿por qué esa sombra de tanto pasado sobre tan breve futuro como nos queda? Besaba a Elena en sus orejas, allí donde todavía no había llegado la marea menuda de las arrugas. Besaba a Elena en sus hombros bronceados, afilados, donde el hueso delgado tenía aún un recuerdo de las líneas adolescentes, del primer dibujo de lo que iba a ser una mujer que ha sido y está a punto de quedárseme entre las manos, definitivamente ida. Tomaba de Elena, en nuestras largas tardes, en nuestras noches, el amor angustiado que se sabe ya fuera de las leyes naturales del cuerpo, o casi. Si en torno de los ojos de Elena el tiempo había dejado una careta de arcilla, la juventud de su cuerpo, por el contrario, era un hermoso fraude, una plenitud que uno sabía caediza, un insospechado y, para mí, triste alarde de aquella femineidad que se agotaba como un perfume. Amar a Elena era contradecir a la naturaleza, recoger los últimos y clandestinos ramos de una juventud ida. Y en aquella vigencia final de unos hermosos miembros largos y gráciles, asomaba la niña primera, rebrotaba el primer encanto que ella tuvo. Recogí, así, de Elena, mimos infantiles, impaciencias adolescentes que estoy seguro no había conocido en ella ningún otro hombre después del primero. Yo, su último amante, era también, de este modo, su primer amor. Elena, Elena, vivir es una mala jugada que nos hacen y tú y yo hemos reído en un último equilibrio al borde de la muerte que te quería vestir ya con su traje arrugado. Besar tus manos, besar sus manos, besar los rincones jóvenes y los rincones gastados de su cuerpo, de tu cuerpo, Elena, es, era insultar al tiempo, escarnecer a la muerte que neciamente se deja ver, con odiosa impaciencia, sobre la carne aún alegre de la juventud.

—¿Él me quiere un poco?

Su pregunta ligera, frívola, escondía una súplica. No una súplica a mí, sino a la vida, a ese movimiento del fuego que anda por el espacio y de la sangre que anda por nuestras venas, a ese movimiento temporal que llamamos tiempo. Y así, la tercera persona caprichosamente usada en su modismo argentino para hablar conmigo directamente, se justificaba de un modo secreto. Ella, con una misma pregunta, me preguntaba a mí y le preguntaba por mí al universo todo.

—Sí.

Y la tarde seguía y en los hospitales daba el último sol en las manos de los enfermos y Emma y Ángela y tantas otras desnudaban sus piernas y vestían de plumas sus cabezas para salir a escena.

—¿Qué os parece si hacemos un numerito de a tres?

Los hospitales. Hay en los largos corredores en sombra una única puerta abierta, una sola y cernida luz en la habitación donde un hombre agoniza. Y esa luz vaga y nocturna parece venir de él, de su cuerpo ya difunto, como si los muertos alumbrasen. En todos los hospitales de Madrid, viejos hospitales con patios húmedos y monjas ancianas, y modernos hospitales o clínicas de blancas esquinas, hay respiraciones dificultosas, bombas de oxígeno, lentos termómetros para la fiebre nocturna, toses, silencio, y la pregunta de Lorenzo está en el aire. Hospital General, con la muerte en sus galerías; clínica de la Concepción, iluminada de enfermedades verdes; clínica del Trabajo, donde se opera a un obrero a corazón abierto, Hospital Clínico, Sanatorio de Loreto, angustiado por el insomnio de una anciana cancerosa, maternidades donde mujeres jóvenes se desgarran en el parto y quirófanos calientes de sangre. La noche de la ciudad es un hospital doliente y Lorenzo espera nuestra respuesta mientras se sirve

otra cosa. Ángela ha roto la tensión.

—De eso, nada.

Tomo a Ángela por una muñeca y nos vamos.

—¿Dónde está la puerta?

—¿Tan pronto?

—Otro día, ¿quieres?

La conservación se enreda nerviosamente en interrogaciones, Lorenzo nos despidió desde la puerta de su piso con una frase ligera.

—Ahora hay que llamar al sereno.

Salimos, por fin, a las amplitudes de la calle. Olfán como nunca las farmacias de guardia, al pasar frente a ellas, con todas sus medicinas reunidas en un solo olor denso y mareante.

—¿Qué te parece el tipo, con lo que nos sale?

Llevé a Ángela a su pensión y luego anduve vagando por las calles con las manos en los bolsillos. De madrugada, la gente se muere en los hospitales. Uno o dos cada día. En la Concepción sacan a los muertos por la puerta de los camiones, por donde entran las coca-colas y los refrescos. Por la mañana hay operaciones y horas de consulta en todos los hospitales. La ingenua carne de las niñas operadas de apendicitis, la carne rechinante de los campesinos accidentados, el cuerpo blando de las viejas y el gran vientre de las parturientas llenan las mañanas de Madrid. Por la tarde se reciben visitas en los hospitales, en las clínicas, y al dulce sol de las cinco el cáncer deja de morder; pica solamente como una enfermedad benigna.

—Pero le han dicho que esto se pasa y que si no la operamos porque no es el primer caso que se da al principio estábamos un poco asustados ya sabe usted lo que son estas cosas y más en el pueblo donde no se sabe a quién acudir y ya parece que estamos más tranquilos que sea lo que Dios quiera pero yo creo que curarse se cura porque ahora con tantos adelantos ya se sabe...

Y transcurre la hora mansa de las visitas y, al anochecer, la luz de los hospitales es casi alegre, como la de los cines y los escaparates. Bárbara tiene un aspecto extraño con sus coletas y su gato y su gran carpeta. Bárbara ha llegado a la cafetería a la hora en que me tomo mi café frío y llamo por teléfono a Elena para decirle algo, o espero la llamada de Luz o la de Emma o la de Ángela.

—¿Cómo te llamas?

—Bárbara.

Elena toma su whisky al lado del teléfono, porque cree que voy a llamar de un momento a otro, y Emma hace cola en el teléfono de contaduría, donde hay vicetiples esperando su turno para llamar a alguien y Ángela pide permiso al gerente para hablar desde su teléfono y Bárbara compra una ficha para usar el aparato.

—¿Eres extranjera?

Bárbara es norteamericana, india piel-roja, cherokee, y cuenta que su abuela manejaba el hacha y ella va por el mundo trabajando como decoradora. Se ha comprado un rosario en el Rastro y le ha quitado la cruz. Lo lleva colgado del cuello. También tiene un dije con perfume. El gato se llama «Timoteo», como un hermano de Bárbara que es paracaidista en Alaska.

—Sí, claro, «Timoteo».

Bárbara tiene unos hermosos ojos claros y ovales, de india buena, y los labios gruesos y unas medias de colores. Todas las tardes tomo café en esta cafetería y hago mis llamadas telefónicas. Todas las tardes pienso innecesariamente en la gente que está quejándose en los hospitales. No conozco a ninguno ni me importan demasiado. Pero creo que pienso en ellos. Bárbara me enseña los dibujos de su carpeta y su gato busca algo en mi taza de café frío y la gente lee los periódicos de la tarde y Elena consume su tercer whisky y Mari debe estar desangrándose en su piso del barrio de la Concepción,

mientras el tipo de las palomas mensajeras da de beber a los bichitos y el sol se pone por la alta colina de los muertos, donde hay un cementerio con muchos cipreses.

—¿Te gustan mis dibujos?

Tiene un acento dulce, fuma tabaco negro, se muerde las uñas, acaricia sus coletas indias, cruza las piernas con esa maravillosa facilidad de las muy delgadas. Su nariz es difícilmente recta, con las aletas un poco levantadas, no demasiado. Madrid se ha llevado a Esperanza y a Olga y a África y a Teresa y a tantas otras que deben estar haciendo algo, en algún sitio, a esta misma hora, y me trae de pronto a esta india cherokee, a esta Bárbara de ojos claros, dorados, y manos viejas como su raza, que dice que los yanquis no les dejan salir de las reservas y se niegan a despacharles en las tiendas. Ponemos una ficha en el teléfono y llamamos a un hotel preguntando si admiten huéspedes con gato.

Y luego a otro y a otro. Bárbara se divierte y yo me divierto y el gato nos mira bastante serio, como convencido de que nuestra obligación es buscarle un hotel. «Timoteo» es un pequeño tirano. Elena. Puedo no llamar esta tarde a Elena, ni aparecer por allí en toda la noche. Puedo acompañar indefinidamente a esta piel-roja de ojos dulces y asustados.

Pero está la calle, la inseguridad. ¿Otra vez en medio de la calle? ¿Otra vez la busca anhelante en torno de los museos, de los hoteles? Madrid es una ciudad amable, casi recoleta, al alcance de la mano, para quien tiene dinero y un coche. Madrid puede ser una ciudad inmensa, agobiante, un desierto de asfalto, una fortaleza hostil, para quien no tiene coche ni dinero. Las viejas turistas que se apean de los autocares. Puach. Puedo no llamar a Elena. Desaparecer. Elena, Elena, perdóname, pero es tan triste ser el último amor de una mujer. Es casi como ser su sepulturero. Puedo seguir indefinidamente con la india y su gato. Pero Bárbara no tiene una perra. Se le nota en seguida. Madrid, la calle, el hambre, el hospital de Atocha, la colina de los muertos.

Pensando así, no parece tan alegre eso de que Madrid suba sus muertos a una montaña. Y Bárbara, la niña india, me sonrío con gratitud.

—Dos a la plancha cobrando tres meriendas batido al caballero estás imposible hija quince a las ciento a ver esos sandwiches uno corto de café el día que libras se te suben los humos luego no hay quien te aguante paso la mermelada está el de la barba sírvele tú que sean tres batidos ése viene a por ti cobrando el emparedado batido de frutas batido de café una ginebra...

Las luces. Los espejos. Los metales brillantes de la cafetería. Esta hora revuelta y bulliciosa en que la gente es modestamente libre y modestamente feliz y toma sus sabores preferidos. Pero me voy, decididamente, detrás de Bárbara, a buscar un sitio para ella y para su gato. Es bueno venir aquí todas las tardes. Es bueno tener una hora fija, un sitio fijo, un rincón donde le conocen a uno. Adoro esta pequeña hermandad que crea el pequeño dinero del café diario, de la copa diaria. Elena. La seguridad para no sé cuánto tiempo.

Y su aliento a whisky, a veces.

—Vamos, Bárbara. Coge a «Timoteo».

Anduvimos por las calles, entre la gente. Los transeúntes se volvían para mirar al gato, que iba en el hombro de Elena. Viejas cervecerías, pequeños cafés de la plaza de Santa Ana. Cafés que jamás han cerrado y se llenan de insomnio cuando la antigüedad descende a sus espejos. Bárbara toma el vaso de vino con dos dedos. «Timoteo» anda entre las mesas. Colocamos contra la pared la gran carpeta de los diseños. Somos ya una pequeña e improvisada familia. Debo haber empezado a parecerme a Bárbara y a su gato, porque advierto que la mirada de la gente me envuelve con ellos, no me diferencia. Y estoy en mi ciudad como un recién llegado, como un extranjero.

—A mí han hablado de buhardilla.

Le habían hablado de una buhardilla. Fuimos allá inmediatamente. Magnífica solución.

Todo me pareció estupendo, aunque los muebles eran pocos, estaban muy viejos y la habitación tenía en sí un vaho de sitio muy habitado. No había bombilla y era tarde para comprar una. Nos dejaron una vela. La verdad es que yo no tenía muchas ganas de seguir buscándole un hotel a Bárbara y a su gato. Subimos unos bocadillos y cenamos allí, cuando la portera hubo tomado complicada nota del nombre de Bárbara. Bárbara tuvo que dar un dinero y dejar su pasaporte a la portera para que lo viera el marido, que debía ser a su vez el portero.

—«Timoteo» comía mortadela.

—Y se sube a los árboles para hablar con los pájaros.

Bárbara empezaba a estar un poco asustada. No sabía como decirme que yo no debía dormir allí. Yo tenía al gato en mi regazo y mientras le acariciaba y escuchaba su ronroneo —«su motorcito», decía Bárbara—, maquinaba algo para acostarme con la piel-roja. Tuve, de pronto, la sensación de que también «Timoteo» estaba maquinando algo. Nos asomamos a la claraboya de la buhardilla. Se veían tejados y un cielo que transparentaba la noche como si la noche fuese un oscuro presente adornado con estrellas, tras un gran escaparate. Hacia no sé dónde se veía la silueta de la Telefónica, con sus ventanitas encendidas. «Tú has sido muy bueno con nosotros», dijo Bárbara.

Y este plural que incluía siempre al gato me dejaba desarmado, porque no había manera de pensar en acostarse con ella y con su gato.

—Oh, no.

Bárbara acaricia pensativa sus trenzas mientras le da vueltas en la boca a un último pedacito de pan y Emma regresa maldiciendo a su camerino, y Angela regresa sonriendo al suyo y Elena se mira en todos los espejos de la casa y pienso que hubo otra Elena, una vez, un verano, que quizá también era argentina. Pienso en aquella otra Elena madura, en el hotel de Suecia, en una verbena en las Vistillas y los primeros abrazos bajo el Viaducto y también, sí, sus pequeños senos y cómo corrimos, cogidos de la mano, por las calles desiertas y recién regadas, hasta recibir el alba en las sillas de un café cerrado, en plena glorieta de Bilbao. No tiene sentido este desdoblamiento, esta abundancia de Elenas en mi vida, pero ella me dijo, de pronto: «Llévame al hotel, sí; ven conmigo al hotel». Fue la Elena de una noche, de unas noches, sabia y cariñosa, pero ahora se trata de otra Elena, de ésta, porque no puede haber más que una y es ella y me está esperando. No quiero irme. La otra se fue enseguida. Alguien la recogería en Roma. Ah, sus vacaciones europeas. No vale jugar con los recuerdos. Habías resuelto tu vida. Hay que volver. Los últimos bañistas abandonan la piscina. Un agua cálida y sola sobre la que cae la noche. Regresan los trenes de cercanías con excursionistas borrachos de la fragancia del tomillo. En la estación del Príncipe Pío hay obreros con una maleta vieja y otra nueva, la maleta de la ida y la de la vuelta, que se van de nuevo a Alemania.

En la estación de Atocha hay grupos de turistas que hacen palmas en corro como si estuvieran ya, antes de salir el tren, en Andalucía. En la estación de Delicias queda un salobre olor a mercancías que ha sido, durante muchas noches, el olor en que uno ha dormido envuelto. Otra vez la verbena de las Vistillas y la inmensa soledad del Viaducto, como la nave y la arquería de una catedral que es la noche toda. Él mercado de frutas de Legazpi, que se puebla por la mañana de cestas de fruta, camiones de naranjas, banastas de verdura, en un trajín perfumado y alegre que deja como rastro unas pisadas hojas de lechuga. La ciudad toda te da vueltas en torno en cuanto piensas en echarte nuevamente a las calles. Pero Bárbara es hermosa a la luz de la vela y «Timoteo» parece definitivamente seducido por la cercanía del tejado. Uno puede hacer muchas cosas en la calle. No, uno no puede hacer absolutamente nada. Elena no perdona. Y si perdona, es peor. Ah, la lacrimosa condescendencia de los que ya no son jóvenes. Me acerqué a Bárbara, acaricié sus coletas.

—Yo tengo que escribir unas cartas —me dijo.

—¿Ahora? ¿Con esta luz?

—Sí, ahora.

—Vas a estropearle tus bonitos ojos.

Y traté de abrazarla. La gente había salido de la sesión de tarde de los cines o se disponía a entrar en la sesión de noche, las cervecerías de Delicias estaban llenas de bullicio y los enamorados bailaban una última y languideciente pieza en la pista de baile. Bárbara estaba llorando.

- ¿Apagamos las luces?
—Pero no todas.
—Entonces no tiene gracia.
—La gracia no está en lo que se ve, sino en lo que se toca.
—A ésta le asusta que la besen a oscuras.
—Las hay muy raras.
—¿Queréis más cuba-libre?
—Lo que queremos es que cambies de disco.
—¿Otro de los «Beatles»?
—¡Quieto, pesado!
—Vale.
—La niña no se deja.
—Pues aquí no hemos venido a hacer las flores.
—Sobre todo, que ya se ha pasado la época.
—Muy bueno, macho.
—Que no encuentro el disco de los «Beatles».
—¿Me quieres, Petri, me quieres?
—Era uno grande.

Buenos chicos que andaban por los veinte años y organizaban sus primeros guateques. «Tienes que venir para ayudarnos a encamar a las niñas.» Les había conocido en el comedor de la Universitaria.

- Que siga la yenka.
—¿Vale bailar echados en la alfombra?
—Faltan dos parejas.
—Qué afán de contar a la gente.
—Habrán encontrado cama.
—¿Otra vez las luces?
—Basta con la del pasillo.
—Que así no se baila.
—Fani, vete a por hielo.
—¿Pero de quién es esta casa?
—Ni se sabe.
—¿Nos besamos ya?
—Espera que vuelva la luz.
—¿Tienes algo con la Unión Eléctrica Madrileña?
—Me muero de sed.
—En la cocina hay una cosita que se le da vueltas y sale agua.
—Cómo estás, Petri.
—Que esas cosas no se le dicen a una novia.
—¿Hablamos de pisos?

Me había tocado la más niña de la reunión. Una chica de cara larga, pero graciosa. Le besé uno de sus pálidos hombros.

- ¿No vas a la piscina?
—Sí. Ya sé que estoy blancucha.
—Blancucha mía...

Javier, Paco, Martín, Pedro, Alfonso. Casi unos niños. Pero eran divertidos. Tenían pequeños automóviles para sus aventuras. El viejo cuarto de estar, burgués y en penumbra, se llenó con la música eléctrica de los «Beatles». Qué lejos Elena, su amor sabio y sosegado.

- ¿Exploramos la casa?
—Martín no quiere.
—¿Martín es el dueño?

—Lo mejor es no salir de esta habitación.

—¿Hay camas para todos, Martín?

Hablan mucho de camas y de acostarse, pero van a salir de aquí como entraron. Ellas, nerviosas y despeinadas. Ellos, sofocados, ruidosos e insatisfechos. Me resigno casi senilmente a ceñir a mi adolescente mientras bailamos.

—A ésos les da por lo lento.

En el Metro, al atardecer, hay un pederasta que cambia continuamente de vagón y trata de fijar con su mirada la mirada de algún muchachito. A la puerta del Museo del Prado hay un medio hombre en su silla de inválido. Tiene la cara enorme y los brazos cortos, con unas manos que se le abren en dedos engarabitados. Lleva mostacho y perilla como los bufones que pintaba Velázquez y que pueden verse dentro del Museo. Al pasar frente a la terraza de un café, recorro con la vista todas esas caras jóvenes, bonitas, que florecen entre otras caras sin ningún interés. Mi vida se va maquinalmente hacia ellas. Cada una de esas muchachas que se sientan con las piernas cruzadas, en grupo o acompañadas de sus novios, podría ser algo en tu vida. Escotes bronceados, hombros de una delicada materia dulce y maciza, piernas al sol. No puedo evitar esa certidumbre un poco mareante de que mi vida podría multiplicarse por todas esas vidas. Estas mujeres que veo al pasar son otras tantas y posibles ramificaciones de mi existencia, otros tantos rumbos que no voy a seguir. Siempre tiene uno la sensación de vivir atenido a una precaria línea recta, por muy zigzagueante que sea la propia existencia.

—Pero voy a empezar a ir a la piscina —me decía la adolescente.

—Te prefiero paliducha.

—Tonto...

—¿Usas bikini?

—No puedo.

—¿No?

—Se me quema la tripa en seguida.

Y reímos juntos, estrechados. Bárbara se ha quedado en la alta buhardilla, con «Timoteo», escribiendo cartas en inglés a la luz de la vela. He respetado su primera noche madrileña.

—¡Que aquí no llega la música!

—Para la falta que os hace...

—¿Y vosotros no vais a casaros nunca?

—Pues claro que sí.

—Qué chica más tonta.

—¿Es que no se puede preguntar eso?

—Rosa vive obsesionada con el matrimonio.

—La casaremos con mi primo, que es impotente.

—¿Qué es ser impotente?

—Explícaselo, Javier.

—Ahora, Johnny Halliday.

—Me muero por él.

—Ésta es una cursi.

—Petri se muere por todos.

—Sobre todo si están en disco.

—Prefiere los hombres en microsurco.

—Son más inofensivos.

—Lo último de Jota Hache.

Jota Hache era Johnny Halliday. Bailamos todos con cierto sentimiento. Hubo un momento de armonía. Bárbara tiene una piel ofidia, de gitana o de zíngara. Una piel india heredada de las más viejas mujeres de su tribu. La espero al atardecer en la

cafetería donde nos conocimos. Bárbara fuma su gastado tabaco. La miro en silencio y pienso si me estaré enamorando. La voz sexual de Jota Hache se ha extinguido en el microsurco. Las parejas se desciñen, un poco fatigadas por la tensión a que han sometido su deseo. Elena acude cada tarde a los cócteles que se dan en las embajadas. Ha nacido para vivir en sociedad. Sus ojos verdes vuelven a ser jóvenes a la luz de los salones. Las arrugas de su rostro tienen algo de nobiliario que la dignifica.

—Pues yo tomo el sol desnudo.

—¿Del todo?

—Del todo.

—Ay.

Y la niña de los hombros pálidos se arrepiente de haber preguntado tanto. «Timoteo» asoma su cabecita redonda e inteligente a mi taza de café. La ele, cincuenta. La ce, ciento. La de, quinientos. Los números romanos. Bárbara no conoce los números romanos y me ha pedido que le explique en qué consiste ese lío de letras.

—¿Qué ponemos ahora?

—Lo mejor era no poner nada.

—¿Es que ya nos marchamos?

—De eso, nada. Ahora empieza lo bueno.

—¿A qué le llamas tú lo bueno?

—Petri, no preguntes ordinariéces.

Una música de ahora mismo. Una niña en mis brazos. Cierta embajador exótico ha besado la mano de Elena. La ce, cien. La de, quinientos. La eme, mil. En la cafetería, la gente pide sus sabores preferidos. El sabor a tabaco en los labios de Bárbara. El sabor a whisky en la boca de Elena. Le pregunté a la niña si quería darme un beso. Recuerdo una bodega con música y luces rojas, en Zarauz. Recuerdo a las jóvenes parejas que prolongaban allí el ardor de la playa y el sol, bien entrada la noche, con alcohol y abrazos. Un cabaret de Barcelona, con falsos flamencos, turistas y una chica pegadiza con la que bailé. Recuerdo una noche en Palma de Mallorca, y otra noche en la Costa del Sol. El pelo de la niña huele a jabón de baño. Bailamos. Marijuana tiene la melena larga, lacia, los ojos bonitos y cierta sonrisa de niña de pueblo. Es novia de uno de estos muchachos. Me ha venido a los brazos, de pronto, en un rincón.

—¿Mañana?

—Mañana.

Cenaba algunas noches con Bárbara y «Timoteo», en la buhardilla, a la luz de una vela. Al atardecer, llegan llamadas de Elena a la cafetería.

—Es ella.

Marijuana tiene un pequeño automóvil utilitario. Lleva medias de complicado dibujo. Es dócil y sonriente.

—Que no estoy.

—¿Te divertiste ayer en el guateque?

—Vaya.

—Son unos críos.

—Pero tienen gracia.

Entramos en el cochecito, que Marijuana conduce con seguridad.

—¿Has roto con él?

—No. ¿Por qué?

Comprendo, Marijuana se propone continuar las relaciones con su novio.

—Esto nuestro es aparte.

—Sí. Claro.

Paseos al anochecer, en el automóvil de Marijuana, por las carreteras que le dan la vuelta a Madrid. Marijuana se deja querer. Se me muere en los brazos, cuando la acaricio. Paramos el coche entre los árboles y la beso largamente. No dice nada.

Cuando damos aquello por acabado, se peina su largo pelo con las manos y pone el coche en marcha. Regresamos al centro de la ciudad hablando de cualquier cosa, como dos buenos amigos. Incluso me cuenta detalles de su noviazgo, los suspensos que ha tenido el muchacho, y no hay malicia ni reticencia en nuestra conversación.

—¿No sospecha él...?

—No. Qué tontería —me corta en seguida.

Efectivamente, esto nuestro es aparte. Llegamos a Argüelles cuando ya es absolutamente de noche. La gente ha leído los periódicos de la tarde y los lleva bajo el brazo. Después de la cena, aún echarán un último vistazo a las grandes páginas antes de olvidarlas definitivamente. El Kremlin y la Casa Blanca siguen discutiendo. Empieza a escasear el agua en Madrid. Noticias de última hora dicen que este año va a haber sorpresas en la vuelta a Francia. Unos turistas han sido expulsados de un hotel por escandalosos. Alguien pide, en carta abierta al director de un periódico, que se respeten los árboles de la calle de Serrano. Hace calor.

—¿A la misma hora, mañana?

—Claro.

Beso a Marijuana. Salto del coche. Estoy junto a la boca del Metro. Lo tomo y voy hacia la cafetería. Marijuana vive en una residencia universitaria. Hay unos negros en la barra de la cafetería. Me llaman al teléfono.

—Si es ella, que...

—No. No es ella.

Los del guateque del otro día. Han organizado un pijama-party para mañana por la noche. Estoy invitado. Se pone el novio de Marijuana.

—¿Sabes tú algo de Marijuana? —me pregunta.

—¿Yo?

—No. Claro. Se me ha ocurrido preguntarte.

—¿Por qué? —contraataco.

—Es que tenía que haber vuelto hoy a Madrid. —Ah.

Se han ido los negros. Cuelgo el teléfono. Pienso en Marijuana, casi tendida sobre el asiento del coche. Sus muslos de una materia uniforme. Sus grávidos senos, dorados e inocentes. Ya me han servido el café frío.

—¿Un disco?

Bueno. Un disco. Gigliola Cinquetti. «Non ho l'età». Esto es del año pasado. Pero da igual. Cenar solo. Cenar cualquier cosa.

—¿Hoy cena solo?

—Sí, claro.

Saco del bolsillo del pantalón el dinero necesario para pagar. Vuelvo a guardar el resto en seguida, sin contarlo. Tengo miedo de saber cuánto queda. Esto no puede durar. Habrá que volver a Elena. ¿Por qué, entonces, complicar las cosas? Tenías que haberla llamado ya. Tenías que haberte puesto al teléfono cuando llama ella. No. Eso no. Hay que entrar con ventaja. «Se me ha ocurrido llamarte, ¿sabes? Como no llamabas tú.» Y ella dirá que sí ha llamado y sabe que no he querido contestar. Pero es igual. Habrás entrado con ventaja. Está dispuesta a creerlo todo.

—¿Otro disco?

—El mismo.

—Esta noche está enamorado de la Cinquetti.

Pero esto es la libertad. Hay que prolongarlo. Hay que estirarlo. ¿La libertad? Cenar solo. No soportas estar solo. No te soportas a solas. No hay en qué pensar. Sí. Siempre en lo mismo. En que uno se muere y ha perdido su vida. ¿Cómo se aprovecha la vida? Otra mujer. Una nueva mujer. Por lo menos, eso cansa un poco. Y cuanto está uno cansado desaparece esa sensación de estar perdiendo la vida. Por el contrario, se tiene la certeza de estar viviendo a más voltaje del permitido. Se tiene en el cuerpo el

orgullo de haber forzado la velocidad. Quizá sea un espejismo, pero sabe a saciedad. Ah, vivir saciado, matar la ansiedad por unos minutos. Por unas horas, incluso. ¿Estás saciado ahora, por ejemplo? Sí. Pero te ocurre otra cosa. Que no te puedes aguantar a palo seco. Ahora está libre el teléfono. Dos o tres llamadas y, al fin, noche resuelta.

—¿Piensa usted en la Cinquetti?

—Pienso en tu madre, rica.

El pequeño club de jazz tenía unas escaleras que bajaban al sótano. Viejas voces negras en el altavoz. Lámparas a media luz. Tapicería escocesa. Empieza a escasear el agua en Madrid, como todos los veranos. Bárbara debe despacio su refresco. Hoy ha debido iniciarse la vuelta ciclista a Francia. Marijuana bebe y fuma, fuma y bebe. La beso de vez en cuando y eso basta para que se le vuelen las palabras y empiece a hablar de otra cosa. La vieja voz de Armstrong en el altavoz. No es seguro que se firme el anunciado tratado de paz antiatómica.

—¿Cómo se te ha ocurrido llamarme esta noche?

Luz toma su whisky y bebe. Beso a Marijuana. Bárbara me dice que no debo besarla en público. Quizás actúan aún en ella los miedos de la raza, las limitaciones que sufre en su país. Johnson ordena esta noche en todos los periódicos del mundo que sigan los bombardeos. Han caído los primeros árboles de Serrano bajo eso que la Prensa llama «el hacha municipal», y el aire de esa calle huele en la noche a raíz fresca, a tierra removida, a copa frondosa abatida en el aire. Estoy terminando de cenar.

—Es para usted.

Dudo antes de coger el teléfono.

—No hay cuidado, no es ella.

Lo tomo. Es Fernando. La olvidada e inmediatamente recordada voz de Fernando. Se ha portado como un amigo, y eso que le dejé en mitad de la calle, aquel día, aquella noche, cuando la Mari me mandó subir la maleta. «Siguen las investigaciones. Alguien ha dado tu nombre.»

—¿Es lo del Alfonsito?

—No. Lo otro. Pero quizá salga también eso. Lo mejor que puedes hacer es largarte unos días. No, no conviene que nos veamos.

Pijama-party. Me presentaron a Miguel Ángel. La cosa era al otro lado del río, en uno de esos bloques nuevos. Un décimo piso. Al Pozo del Tío Raimundo se llega en el Metro de Vallecas. Hay grandes descampados, hierba quemada, un cielo dramático que no parece el cielo de Madrid. Miguel Ángel tiene una chaqueta universitaria, con anclas grabadas en los botones de metal. Unas cuantas chicas. Casi no conocía a ninguna.

—¿Y los pijamas?

—¡Pregunta por los pijamas!

—Anda, sírvete algo.

Luego están las casas. Las modestas viviendas de ladrillo que han construido unos sacerdotes, unos estudiantes, unos obreros.

—A media noche apagamos la luz y todo el mundo se cambia.

—Pero hay que darse prisa. Si al encender te sorprenden en pelotas, así te quedas para toda la noche.

—Ya.

Y, más abajo, las chabolas, las construcciones de latas y cal.

—No te quiero decir cuando la sorprendida es una niña.

—¿Ves aquella rubita?

—Sí, claro.

—El otro día le tocó a ella. Sólo se había puesto la chaqueta del pijama cuando dimos la luz.

—Fue un cachondeo.

—Pero toma algo, anda.

Se desciende por unos terraplenes sobre los que el agua de no sé qué filtraciones o derrames ha dibujado sus surcos irregulares, sus geológicas ramificaciones. Los domingos son especialmente hediondos en el Pozo. Hay muchachas sucias, con algo de africanas, a la puerta de las chabolas. Una de ellas se ata una cinta amarilla —¿amarilla?— en el pelo. Huele a palangana orinada, a enfermedad del vientre, a niños hacinados y viciosos.

—De momento, bailamos como gente seria.

—Pásame la ginebra.

—Ponte hielo. Si es que queda algo.

—Supongo que habrás cenado.

—Sí. Pero habría preferido venir sin cenar.

—Dice que habría preferido venir sin cenar.

—¿Temas a los cortes de digestión?

—En casa me dicen que no me quite los pantalones cuando estoy recién comido.

De nuevo reímos todos. Un chico de ocho o diez años, en calzoncillos y con una pierna seca, pedalea trabajosamente en la bicicleta de su padre, que debe estar dentro de la chabola, tendido en la cama o en el suelo, descansando. Hay una pequeña iglesia de reciente construcción. Las muchachas pasean en torno. Llevan las chaquetas de punto, las faldas arrugadas de los domingos, que les quedan demasiado largas o demasiado cortas. Un grupo de niños de negros cuellos juega a los naipes teniendo por mesa el suelo, la arcilla que hay en torno de la iglesia.

—¡Yenka! ¿Quién baila conmigo esta yenka?

Miguel Ángel se mueve continuamente, ríe, se acaricia su barbita rubia. Es el jefe. Ha organizado una yenka colectiva. Todos bailamos. «Ahora es cuando suben los de abajo a decir que nos callemos.» La casa está amueblada de una manera ligera, alegre, reciente.

—¡Queremos más tintorro!

No sé de quién es el piso. Han abierto puertas y ventanas. Hay un ritmo general de yenka por todas la casa. Las chicas chillan y mueven sus caderas. Entra la noche con

ráfagas. Marijuana y sus muslos de una materia invariable. Olga, blanca y montaraz. Solé, tan niña la piel morena de Afriquita; las manos acariciadoras de Luz; Ketty, Ona; la americana pobre, que no tenía monte de Venus; Esperanza, llena de un amor doméstico; Elena, la Mari, la pobre Mari... Aquel chalet cerca del río, una noche de invierno, las dos hermanas gemelas que se dejaban besar, cerca del fuego de la chimenea, el gran jardín en sombras, los faros de los coches en el estrecho camino nocturno, el mareo.

—¡Ya no bailo más!

—Sal un poco a la terraza para despejarte.

Miguel Ángel y yo salimos a fumar unos cigarrillos a la terraza.

—Tú consérvate sereno. Yo también estoy sereno. Cuando les veamos a todos completamente bebidos, es el momento de apagar la luz. Entonces están todos torpes y no dan una. Tienes que localizar en seguida a la chica que te interesa y llevártela a una cama.

—¿Y caen?

—Ya lo creo que caen.

Fumamos en la oscuridad. Los trenes que salen de Madrid y van hacia el Sur pasan por el Pozo del Tío Raimundo. Hay niños en cuclillas y madres que dan el pecho a sus hijos. Están allí, quietos, en lo alto de las vertientes, viendo pasar a los lentos trenes.

—Me gusta esa que se ríe tanto.

—Pues a por ella.

A veces, el tren se detiene allí mismo, nada más salir de la estación. Es el atardecer. En el vagón-restaurante se mueven las blancas chaquetillas de los camareros. Están sirviendo las cenas.

—¿Nunca os han echado mano?

—A veces baja un padre de familia dando voces.

—Pueden llamar al cero noventa y uno.

—En ese caso, lo mejor es la escalera. En el piso quinto hay una ventana que da a un tejado. Y luego, el río.

—Sí, claro.

Una fogata a ras del suelo llena con su humo y su olor todo el Pozo. Huele a tierra quemada. Un cura reúne en la iglesia a unos cuantos niños y unas cuantas mujeres. Hay una vieja lavando a la puerta de una chabola. Sentados en pequeñas banquetas, media docena de hombres se pasan una botella de vino. Uno de ellos tiene la pernera derecha del pantalón remangada y por ella asoma un muñón al que va ajustado un calcetín. Pero aquello no es un pie, precisamente.

—Al final del pasillo, a la derecha, hay un dormitorio. Toma la llave. Te cierras por dentro con la chavala.

—Bien.

—Yo tengo mi sitio preparado. Cuando éstos quieran darse cuenta ya nos las hemos beneficiado.

—Pero así, tan de prisa...

—¿Te gusta trabajar despacio?

—Sí, por supuesto.

—A éstas hay que cogerlas por sorpresa.

—Se hará lo que se pueda.

Estoy impaciente. Estoy nervioso. No acaba de gustarme todo esto. Aunque realmente es una fiesta deliciosa. Claro que debiera haber pensado más seriamente en la llamada de Fernando. Claro que éste es el último sitio donde podrían encontrarme. Siempre que un vecino no denuncie el jaleo. ¿Por qué hacer tanto ruido para acostarse con unas chicas? Decididamente, estos no son tus procedimientos.

—¿Te ocurre algo?

—Nada. Vamos ahí dentro.

Busqué a la muchacha de la risa constante. De cerca, no era tan maravillosa como yo la había imaginado a través de las cortinas del ventanal. Pero bailamos suavemente. El agua del Manzanares corría lejos de la ciudad o se remansaba en compartimientos estancos, verdosa y espesa, profunda y maloliente, como el agua de un foso. Por la estación del Príncipe Pío había llegado a Madrid Mercedes con su maleta de pueblo y sus ojos lloriqueantes. Alguien cantaba una copla extremeña en el Pozo del Tío Raimundo. Mercedes se había metido en un taxi con su maleta y fue a parar a una pensión del paseo del Prado. A Mercedes la conocí en la cafetería, una noche, y me habló de su pueblo y de su maleta. Era muy joven, tenía las manos chinchadas y acababa de hacerse las uñas en una manicura. La invité a cenar. Luego, fuimos al cine.

—¿Sabes tú cuándo van a apagar la luz?

—Sí. No tengas miedo y confía en mí. Yo conozco bien el juego.

—¿De verdad hay que desnudarse?

—Sí. Pero no aquí.

Cuando Elena llega a casa, después de haber cenado en una embajada, enciende todas las luces, porque no soporta pasar del resplandor de las arañas a la penumbra de su apartamento: «Es deprimente», dice. Luego, empieza a asustarse de sus arrugas en los espejos y vuelve a buscar contraluces favorecedores. Mercedes ha reñido con el novio, que era demasiado celoso, y se ha venido a Madrid.

—Pero todavía le quiero, ¿sabes?

Miguel Ángel es huérfano de padre. Tiene olivares en Extremadura. O encinares, no sé: Su madre sale todas las tardes a la novena.

—Está muy sola, aquí en Madrid.

El padre de Mercedes fue boxeador, campeón de algo. Mercedes me enseña una fotografía de su padre cerrando la guardia. Es una desvaída imagen. Mercedes me muestra luego una tarjeta donde dice que su padre es representante. «Agente comercial», dice la tarjeta.

—Sí. Ahora se dedica a eso.

Mercedes se acuerda mucho de su gente y Miguel Ángel saca la cartera y me enseña los billetes verdes que hay en ella. Su madre y él tienen un taller de reparaciones de automóviles en Madrid.

—¿De eso vivís?

—De eso y de las fincas. Nos estamos comiendo las fincas.

Y Miguel Ángel ríe entre su barba y Mercedes sigue sacando cosas de su maleta: un reloj de arena, un reloj de cuco, un bolso de vestir, unas botas blancas, muy sucias, de las llamadas «katiuskas»... Elena vuelve a no soportar la luz y prefiere quedarse en penumbra y tener solamente dentro de sus ojos todo el resplandor de las arañas de la embajada. Mercedes se ha quitado su abrigo.

—¿Cómo andas con abrigo en este tiempo?

—Ya ves.

Tiene unos brazos blancos y duros. Es una chica sólida. Está triste.

—¿Por qué estás triste?

—Ya ves.

Miguel Ángel hace girar la cadena de las llaves del coche en torno de su dedo índice, que tiene extendido. La cadena le da vuelta y se le enrosca al dedo. Luego, con un ligero movimiento, y por el propio peso de las llaves, provoca el movimiento contrario y la cadena se le desenrosca y se le enrosca en sentido inverso. Elena se desnuda lentamente, recreándose en el descubrimiento a solas de su cuerpo todavía hermoso. Luego se pondrá cualquier cosa y se tenderá en el suelo a escribir cartas para América o a escuchar música. Mercedes dice que tiene que ir a la peluquería y que se le está estropeando el pelo en Madrid. Elena piensa que eso de tenderse en el suelo a escribir

cartas o a escuchar música, por el mero hecho de ser un hábito juvenil, la rejuvenece un poco.

—¿Por qué vas tanto a la peluquería, Mercedes?

—No voy a andar despeinada.

—Eso sí.

—¿Me prestas veinte duros?

Y otros veinte de ayer y otros veinte de pasado mañana, que son sesenta duros. Miguel Ángel está impaciente. Nos reunimos a tomar un cuba-libre y me hace innecesarios guiños de complicidad.

—Me parece que no voy a poder dejarte mucho más dinero, Mercedes.

—Bueno.

Y rodeo sus hombros con mi brazo. La verdad es que no me apetece mucho esta criadita montañesa que se ha escapado de casa.

—Mi hermana se escapó hace diez años y no hemos vuelto a saber de ella.

A Elena le sienta mal, de todos modos, permanecer mucho tiempo tendida en el suelo. Acabará padeciendo de reuma. Miguel Ángel ríe y se le escurre la risa por la barba, con la bebida.

—Ahora llaman a la puerta. Qué lata.

—¿Quién puede ser?

—Ni idea.

—¿Esperas a más gente?

—No. Estamos todos.

—Entonces, es el padre de familia. Ya le hemos cabreado.

—No creo. Voy a abrir.

Los hombres del Pozo salen por las mañanas hacia Madrid, a buscar trabajo. Otros lo han encontrado ya. Van y vienen en sus bicicletas, de la chabola a la obra, de la obra a la chabola.

—Mercedes, ¿quieres pasar esta noche conmigo?

Pero la mayoría de estos hombres no tienen trabajo ni lo buscan. Salen por la mañana de sus viviendas y se quedan cerca de la puerta, pegados a la pared, tomando el sol. Los más viejos caminan despacio por los desmontes, inclinados buscando algo entre la tierra, entre los escombros y los desperdicios.

—¿Sabes tú de algún sitio donde me puedan dar trabajo?

Yo no sabía de ningún sitio donde le pudieran dar trabajo a Mercedes. Pero ella encontró un club por la calle de Barquillo donde podía beber y tomar tapas y charlar con los clientes.

—Cuando se cierra el club, nos vamos a una habitación que es del jefe y allí la armamos. Ni bailar se puede, de pequeño que es aquello. Pero nos juntamos ocho o diez parejas.

Madrid la había hecho suya, Mercedes se me iba de las manos, pero tampoco lo lamenté demasiado. En mi cuarto alquilado quedaban, como un recuerdo de la niña, la vieja maleta de pueblo, ya vacía y olvidada, con un rebujón de periódicos viejos en su interior, el reloj de cuco, que era muy barato y cojeaba, y el bolso de vestir, absolutamente desvencijado.

—¿Cuándo te veo, Mercedes?

—Vete por el club.

Desde el Pozo se ven, como en una bruma, las altas edificaciones de Madrid, los barrios nuevos que van forzando el horizonte día a día, en un crecimiento que se diría silencioso y sin esfuerzo. Los trenes que van hacia el Sur pasan en la mañana brillando y resonando. El aire del Pozo apenas se inquieta con su paso.

—¿Adónde está Miguel Ángel?

—Ha ido a abrir la puerta.

Había un bullicio general. Las parejas se besaban en los divanes. Una chica fuerte y morena, con los dientes delanteros demasiado grandes, cambiaba continuamente de muchacho durante el baile. La música sonaba de un modo estridente. Elena bajó un poco el volumen de su tocadiscos. Elena estaba casi desnuda sobre el entarimado.

—¡Es el cero noventa y uno!

Se apagaron las luces. Corrimos de un lado para otro. Yo busqué la puerta de servicio. Se oían golpes y gritos femeninos. Naturalmente, algún vecino había llamado a la policía. Pero yo tenía la sensación de que el cero noventa y uno venía a por mí. Exclusivamente a por mí. La llamada de Fernando, su voz al otro lado de la línea, era lo que yo tenía en la cabeza mientras corría escaleras abajo por la salida del servicio. «Un tejado y, luego, al río», había dicho Miguel Ángel.

—De mi hermana no hemos vuelto a saber desde hace diez años.

Ni de ella iban a volver a saber nunca más sus padres, el buen boxeador metido a agente comercial y una madre aldeana de la que nada me había dicho Mercedes. Su reloj de cuco estaba allí olvidado, en el fondo de mi habitación, mientras yo corría por una azotea hasta encontrar una puerta que me llevó a otras escaleras. Bajé vertiginosamente hasta el portal. Salió a recibirme, en la calle, el mal olor del río. Pero opté por pasear tranquilamente la acera. Junto a una farmacia de guardia, un taxi con luz verde. Había que desaparecer por algún tiempo.

—Al Pozo del Tío Raimundo —le dije al conductor.

Los coches se persiguen por Madrid, se acosan con furia, se buscan en los cruces, se embisten. En Madrid hay casi medio millón de automóviles. Medio millón de hombres y mujeres dispuestos a adelantarse unos a otros, a sorprenderse, a jugarse la vida en un semáforo. Esto no es la ruleta romana, pero casi.

—¿Qué tal lo pasas aquí, Mercedes?

—Voy tirando.

—¿Y de dinero?

—Algo se saca.

—¿Muchos clientes?

—No creas que me dedico a eso.

—A mí, como comprenderás, igual me da. Yo no soy tu novio.

—Ni falta que hace.

—Te estás haciendo una descarada.

—A los hombres hay que tratarlos así.

—Eras de otra forma cuando viniste a Madrid con tu maleta vieja y tu reloj de cuco.

—Qué risa, el reloj de cuco.

Alguna vez veo a Mercedes en su club de la calle de Barquillo.

—Lo que más me mareaba, al principio, eran los coches.

A Mercedes, recién llegada a Madrid, le mareaban los coches.

—¿Y ya no, Mercedes?

—Ahora, hasta sé leer las matrículas. ¿Cuántos autos dirás que hay en Madrid?

—Cualquiera sabe.

—Casi medio millón.

—Ya ves.

—¿Tú no tienes coche?

—Pues no.

—Qué tonto.

—¿Ya te has aficionado a que te lleven en coche?

—Mejor que a pie, digo yo que sí que se va, ¿no?

Bella estaba sentada en una terraza de Serrano, a las tres de la tarde, soportando todo el sol del mes de julio en su piel blanca, enrojecida. Me senté a su lado. Se diría que estábamos solos en todo el barrio de Salamanca. Ella mantenía los ojos cerrados. Sin duda, veía el sol a través de sus párpados. El sol de España, que tantas veces habría visto, también con los ojos cerrados, en su imaginación. Yo la miraba fijamente, esperando el momento, en que abriese los ojos, siquiera fuese en un parpadeo, para sonreírle.

—¿Nunca vas a ir a recoger tu maleta, Mercedes?

Mercedes se encogió de hombros. Yo había pasado una semana en el Pozo del Tío Raimundo. Una semana jugando a las cartas y comiendo tomates. Volví a Madrid no sin cierto miedo, por la línea del Metro de Vallecas, y cuando salí a la luz de la Puerta del Sol toda mi preocupación era no mirar hacia la Dirección General de Seguridad, como si los guardias de la puerta hubieran podido reconocerme inmediatamente entre la multitud. Estaba de nuevo en el corazón de Madrid y no pasaba nada. La policía había encontrado a una extranjera ahogada en el Manzanares. La extranjera estaba embarazada de tres meses. ¿Suicidio?

—¿Y tú dónde has andado que no se te ha visto hace tiempo?

—Ya ves.

Mercedes preguntaba sin demasiado interés. A Verónica la había conocido en el famoso guateque de Miguel Ángel, el día del pijama-party. Una noche la encontré en un flamenco.

—¿Qué fue de aquello?

—A mí no me pillaron, chico. Salí de arrea.

Verónica tenía un descapotable rojo que no era suyo.

—Me lo ha dejado Antonio. Cualquiera día se lo juega al poker. Pero, mientras tanto, lo disfruto yo.

Antonio se jugaba el descapotable rojo todas las noches, al poker de dados, y, afortunadamente, lo iba conservando. Verónica decía que había sido modelo en Londres. Vivía en un pequeño apartamento de la prolongación de la Castellana. Una noche subió a la piscina que había en la terraza del edificio para aclararse la borrachera, y se tiró vestida y con los ojos cerrados.

—Pero no había agua en la piscina.

Se partió la pelvis. Una semana más tarde toreaba el Cordobés y la llevamos escayolada a la plaza. Nazareth era modelo de verdad. Había tenido un niño siendo muy joven, y se le murió.

—En cuanto le hablas a Nazareth de lo de su niño, se echa a llorar y nos da la noche.

Nazareth salía veces en las portadas de las revistas. Era alta y muy delgada. Tenía una boca grande y unos hermosos ojos de dulce bestia esbelta. Paloma era niña bien que jugaba a la bohemia. Tenía un gran coche blanco y estaba enamorada de un actor.

—¿Por qué no olvidas al actor y te enamoras de mí?

—Lo que tú eres es un chulo.

Bella hablaba inglés. Atrapó mi sonrisa estúpida entre uno de sus parpadeos y optó, al fin, por desprenderse de las doradas ligaduras del sol y prestarme atención. Me dijo que se llamaba Bella. Apenas si nos entendíamos. Bella era azafata australiana. Estaba por primera vez en Madrid.

—Y mañana, en Munich.

Y hacía con sus manos un movimiento de volar. Bella tenía un delicado perfil y un largo cuello. No era una gran mujer, pero parecía delicada y femenina. Su novio, naturalmente, era piloto.

—Oh, sí, un piloto inglés. Hoy está en Manila.

Como el novio se encontraba en el lejano archipiélago oriental de Filipinas, Bella aceptó unos cuantos cafés solos que le ofrecí. Consumía mucho café solo. Luego tomamos un taxi y fuimos a la orilla del río a besarnos. Sin duda, yo era para ella la aventura española que más o menos esperaba. Pero me hizo entender que reservaba su cuerpo para el piloto. Y así pasamos la tarde. Al anochecer, las extranjeras quieren conocer el otro Madrid. Bella también quería conocerlo.

—Te aseguro que no tiene nada de particular.

Cuesta trabajo convencerlas de que no hay otro Madrid.

—Pero tú y yo podríamos querernos mucho esta noche.

¿Cómo puede una azafata australiana que habla inglés serle fiel a un novio piloto que está en otro hemisferio, paseando por Manila mientras le ponen carburante a su avión? Bella le era fiel, le fue fiel al piloto. Una nueva noche del estío madrileño caía sobre nosotros, sobre los que no fuimos de veraneo. Sobre el descapotable rojo de Verónica, que no era de Verónica, sobre el automóvil blanco de Paloma y el avión inmenso de Bella y el cuerpo desnudo de Mercedes, que por fin se entregaba a un hombre que no era su novio, y sobre los ojos llorosos de Nazareth y los ojos verdes y fatigados e insomnes de Elena.

—¿Cómo van las cosas, Mercedes?

—Me parece que a mí no vuelven a verme por el pueblo.

Bella voló al día siguiente en su avión. Verónica, con el descapotable lleno de gente, me recogió después de cenar en la cafetería.

—¡Antonio ha perdido el descapotable y mañana tiene que entregarlo!

Se trataba de correrse la gran juerga con aquel coche que al día siguiente iba a cambiar de dueño, en tanto que Antonio escribía una larga y apesadumbrada carta a la familia prometiéndose interiormente abandonar el póker de dados.

—¡Y si nos cargamos el auto esta noche, mucho mejor! —me gritó Verónica. Así no habría que entregarlo al día siguiente.

—¿Habéis oído hablar de la ruleta romana?

Nos fuimos a García Morato a hacer la ruleta romana. En el coche iban dos franceses rubios y una chica con pantalones. Yo iba sentado entre Verónica y una amiga suya, gordezuela, que se pegaba como una lapa. Seis locos en un coche de tres plazas.

—Me parece que por aquí no nos la damos.

Conducía Verónica. Yo había cambiado mi último billete de veinte duros para pagar la cena. Pensé que la suerte estaba echada entre la ruleta romana o volver con Elena. Nuestro coche le sacaba un viento vertiginoso a la tranquila noche de verano. Verónica conducía por la izquierda. Al llegar a Cuatro Caminos, dio tres vueltas endiabladas a la glorieta y volvimos a enfilarse, hacia abajo, la calle de García Morato. La ruleta madrileña empezaba a ser casi tan emocionante como la ruleta romana.

—¡Ahora, por Bravo Murillo!

Subíamos por una calle y bajábamos por la otra. Adelantábamos a los escasos coches que circulaban a aquella hora. Tuvimos varios cruces peligrosos, pero los conductores eran excesivamente precavidos como para no cedernos el paso. La amiga de Verónica se abrazaba a mí con entusiasmo.

—¡Adelante, Veronique...!

Esta ciudad es de uno. Madrid, ciudad abierta. Uno haría diariamente la alegre travesía de sus calles y sus plazas, de sus parques y sus barrios, y le contaría a los de Embajadores lo que pasa en Prosperidad y a los de Carabanchel Alto les contaría lo que pasa en el barrio del Pilar. Cómo mantiene Madrid la farsa de que todo el mundo conoce a todo el mundo, cuando la verdad es que en Madrid ya no se conoce nadie. Dice el periódico de esta tarde: «Gran redada de *quinquis* en los contornos de Madrid. Especialmente intensa ha sido la gran redada de *quinquis* realizada esta noche en los contornos de Madrid por grupos de la Brigada de Investigación Criminal. Los registros de chabolas, casas y tiendas de campaña, han sido particularmente minuciosos en La China, La Celsa y los barrios del Este, sobre todo en los lugares situados al norte del cementerio». Nuestro automóvil silbaba en el aire. Iban quedando atrás los intermitentes. Pasada la glorieta de Cuatro Caminos, Verónica enfiló hacia Tetuán de las Victorias.

«En las operaciones de batida ha tomado también parte la Guardia Civil. La fuerza del puesto de Vallecas ha conseguido atrapar a "Ojirris", José Barrio de nombre, reclamado desde hace años por varios juzgados de la capital.»

—¡Cuidado!

—¡A ése me lo salto!

Era un taxi que venía embalado y hubo de parar en seco. El taxista nos gritaba cosas por la ventanilla. «También han sido detenidos los Suárez Crespo, nietos de Ludivina Crespo y parientes del Ángel Suárez, que fue herido el invierno pasado en un tiroteo sostenido por los delincuentes contra la Benemérita.»

—¡Cabrones!

—¡Taxista, feo!

«Con estas importantes capturas hay otras de interés; pero los Reyes, el David y el Medrano no han podido ser capturados todavía.»

Volvimos a la Glorieta de Cuatro Caminos y Verónica ensayó nuevamente sus vueltas vertiginosas con el coche ladeado, en torno de la gran farola. Todo Madrid giraba con nosotros alrededor del poste de hierro. Fue una amplísima vuelta que daban las nuevas barriadas de Campamento y Carabanchel, el Gran San Blas, Manoteras, Orcasitas, Fuencarral, la Ciudad Jardín, Puerta de Hierro, el parque Florida, girando sobre el eje de la farola. En la segunda vuelta del automóvil, Chamberí y sus churrerías, la Red de San Luis, Atocha, el Retiro, lleno de pájaros dormidos, la Plaza de Castilla y la Moncloa

giraron con nosotros. Yo empezaba a marearme. Verónica dio aún una tercera vuelta a la glorieta. Los viejos y los recientes edificios de la plaza, con sus balcones cerrados y sus balcones abiertos y sus durmientes y sus escaparates de tejidos, dieron un giro loco. Después, el automóvil tomó una recta.

—¡Cuidado con esos faros!

Verónica había vuelto a echarse hacia la derecha. Un automóvil que venía de frente encendió y apagó sus faros varias veces.

—¡Ahora!

Verónica pisó el acelerador. Yo tenía a mi lado una muñeca enloquecida que se mordía los labios dispuesta a todo. El otro automóvil dio un quiebro de catástrofe y se incrustó suavemente contra un árbol. Pasamos de largo. Atrás quedaban gritos e insultos. Un claxon sonó largamente.

—Emocionante, ¿no?

Los franceses reían detrás de nosotros. Uno de ellos besaba a la muchacha de los pantalones.

—¡Bien, Veronique! —y apreté uno de sus hombros con mi mano.

A Carlos lo ha desheredado su suegro por vago. Él dice que la mujer le resultó lesbiana. Anselmo tiene una gran barba y una gran melena de hombre prehistórico. Es medio indio. Cuentan las mujeres que se han acostado con él que cuando se desnuda coloca toda la ropa en un montoncito, sobre los zapatos, muy cuidadosamente. Carlos tiene una cicatriz en el rostro y ha estado en la cárcel. Habla de política y de mujeres. A media tarde suele devolver. Expulsa los jugos gástricos o algo así, porque siempre anda en ayunas. Encama se acuesta con hombres para reunir dinero y alquilar un local donde montar una peluquería de señoras.

—¿Probamos por San Bernardo?

Y Verónica metió el coche por dirección prohibida, hacia San Bernardo. Carlos, Anselmo, Encarna y todos ellos y tantos otros son los reyes de la noche, a esta hora en que duermen los banqueros que han levantado todos los Bancos de la ciudad y los almacenistas de los grandes almacenes y los que tienen gente a sus órdenes y los que disfrutaban licencia de armas. Ellos son, cada madrugada, los reyes de la ciudad, pero no lo saben, y abdican y se emborrachan, y cuando se les ha pasado la borrachera ya han vuelto a levantarse los banqueros y los almacenistas y los que tienen licencia de armas, y ellos vuelven a no ser nadie. Siempre es así.

Pero, llegados a San Bernardo, Verónica prefirió correr por los bulevares, desde Colón a Rosales y vuelta.

—¡Adelanta a ese camión!

—¡Corta el paso en Princesa!

El silbato de un policía. En una esquina, la pareja de la Armada nos daba el alto con los brazos.

—A estas horas, ya debe estar avisado el cero noventa y uno.

—¡Que vengan todos los coches del cero noventa y uno!

—¡Eso, haremos un rally!

Los viejos maricas se reúnen al atardecer en la cafetería. Hay uno que me saluda de lejos y a veces se levanta de su mesa para venir a saludarme, y debo estrechar su mano muerta y deslizante.

—¡Acelera, Verónica!

Los viejos maricas son untuosos y dóciles. Tienen el hablar melifluo y entrecortado. Todos están enamorados de algún muchacho a quien admiran a distancia. Quizá, el tipo alto y encorvado, el de los gruesos lentes y las manos muertas y deslizantes, me ha elegido a mí. Verónica había llegado a los doscientos. Antonio escribía una carta, entre trago y trago de whisky, explicándole lo del descapotable a su familia y prometiéndose interiormente abandonar el poker de dados para siempre.

—¡A por ese enano!

Era un seiscientos de color blanquecino. El conductor se hizo a un lado lleno de espanto. Verónica viró tras él y el pequeño automóvil salió disparado hacia la izquierda, metiéndose en el seto central. Los franceses reían y se retorcían. La amiga de Verónica ponía su cabeza en mi pecho. «Darling...», musitó. Era inglesa o norteamericana. Verónica estaba hermosa, aferrada al volante, con la melena al viento; tenía algo de amazona.

«Dicen que es una mujer fría», recordé. «Quizá esto de la velocidad la pone en forma.»

—¡Vienen a por nosotros! —anunciaron los franceses.

La policía y algún automovilista que colaboraba espontáneamente. Respiré hondamente el aire veloz de la persecución.

—¡Cuidado, Veronique!

Un camión se nos cruzaba a la altura de San Bernardo. Era un Pegaso completamente cargado. Hubiera sido la muerte instantánea. Verónica frenó en seco, a tres metros del camión.

—¡Fuera! ¡Saltad fuera!

Una gran llamarada nos envolvió. El motor del automóvil se había incendiado. Salté del coche y corrí cuesta abajo por San Bernardo. Antes de doblar por la larga y estrecha calle de la Palma, me volví un momento para contemplar, allá en lo alto de la glorieta de San Bernardo, que yo no veía, el resplandor de las llamas, que por un momento fue magnífico y luego desapareció del cielo.

El vigilante de «Las Américas» del Rastro se llama Bienvenido y tiene un perro peliverde que es filósofo. Por allí andaban Bienvenido y su perro y el tranviario ventrílocuo y el pintor carnicero y Merceditas, la mujer barbero, cuando retorné a mi viejo barrio de «Las Américas», a las calles de mi niñez, huyendo de lo del descapotable incendiado y de lo del mercado de Santa Isabel y lo de Alfonsito y de las llamadas de Elena y de tantas otras cosas. A Gumersindo le llamaban «el rey de oros» porque una vez se puso su traje de macero municipal y se vino así al barrio para que le viera el pequeño, que lo tiene encamado. El tranviario ventrílocuo monta su tingladillo sobre la caja de los tiques, en horas del servicio, durante el trayecto del tranvía, y con los muñecos parlanchines entretiene a los viajeros. A veces saca unas pesetas.

Amenaza lluvia desde hace días y el cielo de Madrid no parece el cielo de Madrid. La tormenta va a descargar cualquier tarde o cualquier noche de éstas. Antón, el pintor carnicero, se pasa el día mirando al cielo y diciendo que a ver si va a llover para el domingo y se le van a escoñar los óleos y no va a poder seguir con el paisaje que está pintando. Va todos los domingos a la Casa de Campo y Madrid le sale precioso visto desde allí. Antón rifa luego sus cuadros entre las parroquianas de la carnicería. El tranviario ventrílocuo suspira todas las noches por su niña de nueve años, que se le murió, cuando nos reunimos en la taberna de Andrés para tomar unas pintas y leer el periódico. «Era bonita, ¿sabes?» Y recoge sus muñecos en una caja, hasta el día siguiente. Antón se ha casado y vive realquilado y sólo disponen de una pequeña habitación para los dos, de modo que tiene los cuadros amontonados en un rincón, entre la cama y la máquina de coser. Ese rincón hace las veces de estudio. Debe andar lloviendo por los barrios lejanos y cada día nos viene, con el viento de lluvia, el olor del barrio donde ha llovido, su aroma de tierra mojada y pinos que hasta hace poco tiempo eran todavía campo y hoy son ya ciudad.

—Era bonita la niña, ¿sabes?

Gumersindo cuenta la que armó en el barrio el día que él se presentó con la dalmática. Lo que no cuenta es que andaba bastante bebido, como de costumbre. Bienvenido, el guardián de «Las Américas», que es de la provincia de Toledo, conversa con su perro en un rincón. Merceditas, la chica barbero, sale ahora con uno de los clientes que van a su peluquería a que ella les corte el pelo y les sobe la cara con sus manos suaves.

—Me parece que va a llover para el domingo y se me va a escoñar el paisaje.

Merceditas empezó como peluquera de señoras, pero los ácidos le quemaban las manos y ahora se ha pasado a los caballeros, que sólo se dan agua del grifo. Merceditas es bien plantada y tiene los ojos claros y guasones. El Teruel anda con sus tiovivos por las verbenas de los barrios. El Teruel tiene un tiovivo fijo en un barrio elegante, pero dice que los niños bien no dan dinero porque se marean en seguida. El Teruel tiene dos hijos novilleros que van todas las mañanas a entrenarse a la Casa de Campo, entre los altos árboles. Pero ellos son de los que van de verdad, no a esperar a la turista o al marica que se los lleve de calle con gastos pagados y dietas.

—Y en el otoño empezamos con los panderos.

Desde el otoño hasta Navidad, el Teruel y su familia fabrican en el comedor de su casa, en la calle de Mira el Sol, panderos y zambombas que venden por navidades. Hacen las zambombas con botes de conservas vacíos. El Teruel se viene a la taberna a leer lo que dice el periódico de la marcha de la temporada. Los domingos va a las Ventas o a Vista Alegre y el lunes cuenta que son todos unos mandangas y que su chico, cuando se ponga, va a hacer la revolución. El flautista ensaya todas las mañanas en camiseta, a la puerta de su casa, y el bombero se para a veces a charlar con él. Remigio, el zapatero viudo, ha casado a su hija, la Silvi, con un deshollinador que parece buen chico, y los tres hermanitos pequeños, feos y desamparados, han vuelto a quedarse huérfanos, porque en la Silvi, su hermana, tenían una segunda madre. El Teruel se lo pasa también mirando al cielo: «A ver si se va a estropear el tiempo para el domingo,

que a lo mejor me sacan al chico en la novillada de San Sebastián de los Reyes». Herminio es farolero de gas y todas las noches se lleva detrás una cola de turistas a ver cómo enciende los viejos faroles de los buenos tiempos.

—Pero no sueltan un dólar, los jodíos.

Baltasar, el peluquero, se ha traído un candelabro de oro de casa de un ricacho al que afeitaba todos los viernes. «El otro día me lo encontré de cuerpo presente y he aquí la herencia que me ha dejado.» Pero no se sabe si, efectivamente, el muerto le ha dejado como herencia el hermoso candelabro de oro, o es que él lo cogió al descuido. «Se lo sacaría con malas mañas al ama de llaves», dice Gumersindo, que es mal pensado.

Paco anda de Don Tancredo por los pueblos. Paco es cuñado de Andrés, el dueño de la taberna. Una vez, siendo yo muy pequeño, Paco entró lívido y ensangrentado en la tasca. Era un domingo, al anochecer. Lo traían de la plaza entre cuatro hombres. «Nada, que la vaquilla le ha dado un tantarantán.» Pero Paco anda como un poco raro desde entonces, hace ya tantos años. Siempre que le miro me acuerdo de aquella tarde de domingo y lo que no sé es cómo Paco, que estuvo a la muerte, ha seguido de Don Tancredo por todas las plazas de todos los pueblos de España. Genaro hace mudanzas y el otro día ayudó al propietario de un piano a trasladar el enorme mueble musical de punta a punta de Madrid. «Era un señorito venido a menos.» Genaro es servil y habla siempre con mucho respeto de la gente que le suelta un duro. La tormenta no acaba de descargar y uno anda a gusto entre todas estas buenas gentes, pero con la impaciencia por dentro, porque esto no es porvenir y vuelve a plantearse el problema de encontrar algo. «Si tú distraes a Bienvenido, de Las Américas nos llevamos un dinero.» Miré para el rincón donde estaba el viejo Bienvenido hablando con su perro filósofo y pensé que no lo haría. Pero los domingos se hacen largos en el barrio y uno se siente sin fuerzas para coger el Metro y largarse a otro sitio, porque Madrid come mucho dinero, y fuera de aquí, que vive uno de la amistad, como quien dice, no hay nada que hacer. «La cosa sería para el sábado por la noche.» El Alguacil vocea periódicos por el centro y tiene una camisa con un letrero que dice: «New York Times». Se la ha regalado el corresponsal del «New York Times» en Madrid. El Alguacil está dispuesto a dar el golpe el próximo sábado, por la noche.

—Me parece que se le va a estropear al chico lo de San Sebastián de los Reyes.

Y el Teruel miraba al cielo todas las tardes y todas las mañanas. Y en la tarde del sábado, el Teruel parecía más tranquilo porque el viento había cambiado. «Cambie o no cambie, con este viento no hay quien toree.» Y Antón miraba también para el cielo, poniendo y quitando del caballete el paisaje que tenía a medio terminar. Y Baltasar miraba para el cielo diciéndose que si no había buen sol bajarían pocos turistas al Rastro y habría que dejar para otro domingo la venta del candelabro de oro que le había dejado el muerto a quien en vida había afeitado todos los viernes. El Alguacil tenía a su gente preparada. Él y yo nos habíamos citado por el centro.

—Toma tu dinero.

Hacía más de una semana que yo no pisaba la calle de Alcalá.

—Vale.

Un billete de mil y tres de quinientas. El Alguacil llevaba al hombro un paquete de periódicos viejos atados con una cuerda. En su camisa azul se leía: «New York Times.»

—A la noche, en casa Andrés, como siempre. No hay que dar qué hablar.

Caminamos juntos hacia Sol, por la acera de los grandes Bancos.

—Lo siento por el Bienve.

El Alguacil me miraba de arriba a abajo.

—Y qué te importa a ti nuestra gente.

—Sí que me importa, Alguacil.

—Pues tú y yo somos de un tiempo, más o menos, y yo no me he movido del barrio.

—Peor para ti, Alguacil.

—Tú le echaste pelotas a la vida. El señorito, te llaman algunos por allí.
—Hay que vivir.
—Y bien que has vivido. A veces te he visto con buena ropa.
Y me levantaba una punta de la camisa, como considerando la calidad de la tela.
—De todo ha habido, Alguacil.
—De qué has vivido, ¿de las jais?
—Alguna hubo. Pero preguntas mucho.
—Te acuerdas de nuestra gente cuando te hacemos falta.
—Cada uno se hace su vida, Alguacil. Y no me vengas con coñas.
—No, si yo te admiro, más que nada —se amilanó el Alguacil—. A veces, en casa de Andrés, ha salido la conversación y te hemos puesto de ejemplo para los que vienen detrás.
—Pues vaya un ejemplo.
—Que sí, que tú has sabido hacerlo, y no uno, que anda a los periódicos y ya estoy hartito. Pero con este golpe, a la mierda.
Y se tomó a sí mismo de la pechera de la camisa, por donde ponía «New York Times», con cierta violencia.
—Vamos a ver cómo sale.
—De ti depende. Y no me digas que eres nuevo. En algunas cosas has estado metido, que uno se entera de todo. Este puñetero oficio de los periódicos, es lo que tiene. Por ejemplo, aquella pandilla de amariconados que pillaron en Princesa. Lo del mercado de Santa Isabel fue un buen golpe.
—No estuvo mal.
El Alguacil me palmeó la espalda con entusiasmo.
—¡Si ya sabía yo que andabas tú en aquello! Sólo que me dije: «Anda, que a ver si se ha vuelto éste maricón». Pero de eso nada, ¿eh?, de eso nada.
—Nada, Alguacil.
—Tú siempre a las jais. ¿Y no ha habido chinorris?
Al Alguacil le gustaba utilizar el lenguaje de los quinquis. El Alguacil no era un quinqui, pero le gustaba. No sé si lo había aprendido de tratar con ellos o leyendo las informaciones de sucesos en los periódicos que vendía.
—Si ha habido alguno, estará en el hospicio —dije.
Y habíamos llegado a Sol, y la admiración del Alguacil empezaba a hacérseme pegajosa y molesta. De modo que nos separamos antes de entrar en el Metro. Hay por Cascorro un bar donde se puede ir a preguntar por las cosas robadas o desaparecidas en los tranvías y en el Metro. Vas y se lo cuentas a un conocido. Y él te dice: «¿Metro o tranvía?». Y uno le dice: «Tranvía». Y él te pregunta: «¿Hora?». Y uno le responde: «La una y media del mediodía». Y él sigue preguntando: «¿Disco?». «El catorce». Y él se vuelve parsimoniosamente hacia un rincón del bar y grita: «¡Genaro!». Y viene Genaro, o el que sea, y saca del bolsillo el reloj que uno busca, la cartera que le han robado a un amigo.
Recordaba yo todas estas cosas de mi barrio y pensaba en el viejo Bienvenido, a quien iba a jugarle aquella noche la mala pasada. «Sólo te acuerdas de nuestra gente cuando te hacemos falta», había dicho el Alguacil. Pero anduve toda la tarde por Callao y por la plaza de España, rozándome con la gente que salía de los hoteles y tomaba taxis, con la gente que iba a los cines y a las salas de fiestas y a las cafeterías. Olían bien las mujeres y los hombres. Estaban las señoras más guapas que nunca y era la hora en que las secretarías de los gerentes se quedaban a solas en los despachos con sus jefes, en la penumbra del cuero y el linoleum y el estucado de las oficinas de lujo, y los hombres de manos anilladas acariciaban la piel de mujeres muy jóvenes mientras el Antón, allá, de Cascorro para abajo, miraba al cielo por si venía la tormenta, y el Teruel también miraba al cielo pensando en la novillada de San Sebastián de los Reyes, y el

peluquero miraba al cielo preocupado por lo de la venta del candelabro en el Rastro.

—Era guapa, ¿sabes?

El tranviario ventrílocuo va a enfermar de melancolía pensando en la niña que se le murió. Pero uno ya no es de esta gente. Hay que volver al centro, adonde huele bien, buscando, con la nariz estragada, el origen de ese perfume que tiene la gente que vive bien, el sitio exacto donde nace esta fragancia cara que nos envuelve a todos y que es un paraíso del que ya no vas a saber salir en toda tu vida. De modo que después de cenar entré en casa de Andrés y me fui en seguida para el viejo Bienvenido, que hablaba en un rincón con su perro peliverde y filósofo.

«Mucho hacía que no te veíamos por aquí pero tú eres del barrio condenado fijate si sabía yo que ibas a volver alguna vez todos vuelven porque los señoritos son los señoritos y uno cree que eso le va pero resulta que no le va eh “Toledano” verdad que tengo razón da un salto y saluda a este muchacho que es del barrio y ha vuelto da un salto “Toledano” que es el hijo pródigo aquí estamos chaval que parece que el ayuntamiento va a cerrar “Las Américas” y ahora vamos a quedarnos todos sin trabajo a la vejez ya ves qué cosas qué dices tú “Toledano” porque “Toledano” es filósofo y sabe de la vida y el día que cierran “Las Américas” yo me echo tras él y adonde él vaya allá voy yo que ya me ha seguido durante toda la vida y es hora de que le siga yo a él que más sabe un perro eh “Toledano” adonde huele a guiso que un hombre y más si es chato como yo como el viejo Bienve que ya no está para nada eh “Toledano”...»

Hay por Antón Martín un estudio de ballet, en unos grandes sótanos, donde los bailarines se pasan horas y horas, días y días, haciendo ritmo con las palmas de las manos y ensayando pasos de baile delante del gran espejo, que está carcomido y ha perdido el azogue en grandes zonas en forma de mapas. Es un sitio con olor a sudor y a madera vieja donde la gente aprende a bailar sevillanas y «El lago de los cisnes» y «La cumparsita», para luego bailarlo en los teatros y las salas de fiestas de la ciudad.

«Qué se le va a hacer muchacho nunca se sabe tú has vuelto pero otros no vuelven este barrio tira mucho y lo que hace falta es que encuentres aquí acomodo y un oficio con lo de la compraventa o con lo de las zambombas, que de comer no te van a dar los señoritos como te van a dar los tuyos eh “Toledano” de eso sabe un rato “Toledano” que es filósofo y nunca ha querido dueño de postín y además te van a tener esclavizado que lo que hace falta es que estés con los tuyos y aquí nadie te manda pero ahora me cierran “Las Américas” y ya voy para viejo bueno para lo que voy es para muerto como yo digo hijo...»

Las chicas, en el estudio de Antón Martín, sudan dentro de sus mallas negras y huelen a hembras, y si son jovencitas y no están muy tiradas uno siente deseos de arrinconarlas en los lavabos, así, con malla y todo, como si la malla fuese una piel negra y verdadera. El viejo Bienvenido había abusado de la pinta, como todos los sábados, y la gente iba abandonando la taberna y yo me decía que después de que me había visto todo el barrio con el viejo, no les iba a ser difícil adivinar al día siguiente, cuando se enterasen del golpe en «Las Américas», que yo anduve enredando al vigilante y a su perro mientras los quinquis o quienes fueran se llevaban el material: unos motores viejos y unos kilos de cobre.

—Cómo descargue la nube, se me estropea mañana lo del chico en San Sebastián de los Reyes.

Pero llovió y tronó aquella misma noche, cuando yo me llevaba al viejo Bienve cuesta arriba —«¿otra pinta, abuelo?»—, lejos de «Las Américas», a la busca del buen vino de Tirso de Molina.

—Si se mete en tormentas, se me escofia el paisaje de la Casa de Campo.

Hacia las tres de la mañana, el Alguacil y los suyos debían haber terminado la operación. Bienvenido y su perro bajaban lentamente hacia Cascorro, completamente empapados, y yo tomé un taxi que me alejó otra vez, y quizá para siempre, de mi

barrio.

—¿Y para ir a las Ventas un día de toros?

—Tienes autobuses desde Sol.

—¿Y el Metro?

—También puedes ir en Metro.

—¿Van los toreros en el Metro?

—Llamarían la atención...

—¿En el autobús?

—Suelen ir en coche.

Lili pregunta y pregunta. Lili ha nacido aquí, en el Puente de Toledo, y Madrid, para ella, es esta margen del río, toda escombros y desmontes.

—¿Y Madrid llega hasta el mar?

—Hasta el mar, no, pero casi.

—¿Y es muy grande Madrid?

Llevaba una semana viviendo en el Puente de Toledo, con el Gallego, su mujer y su hija Lili. Había ido a parar allí después del asunto de «Las Américas». Con mis dos mil quinientas pesetas en el bolsillo —un billete de mil y tres de quinientas—, esperaba a que pasase el susto y se fuese olvidando el caso para volver a los barrios del centro, donde siempre salen más oportunidades.

—Estoy harto de escombros, Gallego.

Y el Gallego sonreía con la socarrona resignación de los de su tierra. El Gallego llevaba allí seis u ocho años —todos los que tenía Lili, más o menos— viviendo en una chabola con María, su mujer. Se llevaba material de una obra y lo vendía en otra. Siempre así. Yo le había ayudado en alguna de aquellas operaciones.

—¿Qué tiempo hiciera de aquello?

—Ni me acuerdo, Gallego.

El día que me marchase de allí, pondría en la mano de María uno de mis tres billetes de quinientas. Lili era esbelta y rubia, con mucho de niña pobre y algo de niña rica. Yo la había conocido desde muy pequeña.

—Lili.

—¿Vamos?

Y dábamos largos paseos, cogidos de la mano, por entre los escombros.

—¿Y por qué no pasan por aquí los tranvías?

—No puede ser, Lili.

—Los tranvías o los trolebuses.

Madrid, visto allá abajo, desde los escombros, a la sombra del Puente de Toledo, era una masa viviente y lejana que se alzaba al norte y otra masa que se alzaba al sur. En el gran vacío azul y maloliente estaba el puente. Los tranvías cosían las dos mitades de Madrid. Eran como una larga y repetida puntada con que la ciudad iba zurciéndose y completándose.

—¿Tú me traerás billetes del autobús?

—Claro, Lili.

—¿Y tiques del Metro?

—Y tiques del Metro.

—Quiero hacer colección de tiques del Metro.

Madrid pasaba, retumbante, sobre el Puente de Toledo. Las cordilleras de edificaciones estaban grises y azules. Un humo lentamente rojo, ese humo ciudadano que se levanta de no sé dónde al atardecer, iba pasando como una veladura por delante de las casas y de las nubes. Lili y yo caminábamos cogidos de la mano y los tranvías cruzaban hacia General Ricardos y todas las calles se habían encendido, allá arriba, con luces falsas, y las oficinas se quedaban vacías hasta el día siguiente y los escasos relojes de torre daban su hora como en silencio, desprendían unas lentas campanadas que quedaban flotando en el aire y no llegaban a posarse nunca en el fragor de los coches

y los transeúntes. Los barrios más alejados, la sosegada colonia del Viso o la bulliciosa Corredera Baja tenían un perfume de jardín cerrado, una luz desfalleciente de escaparates de ultramarinos, que de algún modo nos llegaba sobre kilómetros y kilómetros de tejados.

—¿Has oído una campanada, Lili?

—No he oído nada.

Lili lleva una falda muy corta y unas coletas como escobillas y unos tirantes de tela escocesa que dejan al aire sus hombros infantiles y puntiagudos. Se enciende el primer neón de los bares americanos y los clubs nocturnos y los music-halls y las salas de fiestas. En Madrid hay varios cientos de negros y varios cientos de cubanos y varios cientos de franceses y un chino que da cenas en un restaurante oriental y puede proporcionar una muchachita al hombre de negocios recién llegado a la capital o un caballero a la señora ilustre que se encuentra de paso en España. Lili se me va de la mano y salta y corre.

—Hacia allá está la colina de los muertos, Lili. Mira a ver si la ves.

—¿Qué es la colina de los muertos?

—Un cementerio.

—¿Se llama así?

—No. Así la llamo yo.

—¿Y qué es un cementerio?

Lili se ponía una mano sobre la frente, a modo de visera, y escrutaba con sus ojos de cierva niña el rojo resol del crepúsculo. Yo le contaba a Lili que Madrid tiene la hermosa costumbre de subir los muertos a una montaña, y no le hablaba de los otros cementerios, que me parecen más tristes.

—¿Es verdad eso?

Y nos daba a los dos en la cara esa luz rara y líquida del atardecer; la misma luz que daba en la azotea de la Mari, que ya debe haber palmado, la pobre, cuando ella salía allí a afeitarse las piernas y las palomas de nuestro vecino se quedaban como hipnotizadas mirando para el poniente, que hacía de fuego los dos puntitos negros de sus ojos.

—Sí, Lili.

Los estudiantes chinos se reúnen en los bares de las facultades de la Universitaria. Los cubanos de Batista se reúnen en Floridita y en otras cafeterías de Alberto Aguilera y de Argüelles. Los franceses de la OAS. se reúnen en Callao a comprar y vender aparatos de radio y televisores portátiles. Los negros coinciden al anochecer en los clubs de jazz y los norteamericanos toman whisky y juegan a los dados en los bares de la prolongación de la Castellana y en la calle de la Ballesta. A Lili le gusta que paseemos cogidos de la mano. También a mí me gusta. Los viejos turistas hacen corro ante los escaparates de las boutiques y las tiendas de souvenirs de la Gran Vía.

—¿Has subido tú a la colina de los muertos?

—Sí, claro.

—¿Me subirás a mí cuando sea una niña muerta?

—No digas eso, Lili.

Los padres de Lili hablan entre ellos en gallego y nos sonríen a la niña y a mí. El tranvía pasa retumbando sobre el Puente de Toledo, hacia General Ricardos, hacia Carabanchel, o regresa de Carabanchel, por General Ricardos, hacia la glorieta de Embajadores, quizá. Madrid pasa retumbando sobre el Puente de Toledo y alguien enciende una hoguera a lo lejos, entre los escombros. María prepara la cena a la puerta de la chabola y el Gallego anda descalzo y en calzoncillos de acá para allá, afanándose con sus sacos y sus serones de trasladar a una obra el material de otra obra. Luego, se sienta en un cajón y pone sus enormes pies desnudos sobre otro. Lili se acerca, de pronto, a hacerle cosquillas en las plantas de los pies con una pajita, y el

Gallego da un respingo.

—¡Lili, meiga!

La broma se repite todas las noches. Huele a ropa orinada y quemada bajo el Puente de Toledo y huele a agua podrida en las charcas que formaron las tormentas de días pasados. Todo es paz.

—¿Y Madrid llega hasta el mar?

—Hasta el mar, no. Pero casi.

En la colonia del Viso hay un hotelito aristocrático, como un palacete, donde un viejo maniático cuenta todas las noches las monedas de oro que salvó en la guerra civil de 1936. Dentro del palacete hay pianos y escaleras de caracol, y yo sé de alguien que proyecta entrar una noche y matar al viejo —que sigue escondiendo sus monedas como si la guerra no hubiese terminado hace tantos años— para robarle el tesoro. Los cubanos de Batista se reúnen en la cafetería Floridita y los franceses de la OAS se reúnen en Callao a comprar y vender contrabando.

—¿Y cómo son las casas del Viso?

—Son blancas y pequeñas, con jardín alrededor.

Lili no había estado nunca en el Viso. Soñaba con aquel barrio-jardín donde vivían niñas rubias y felices como hadas. También quería conocer al viejo avariento del palacete, que contaba todos los días las monedas de oro que había escondido cuando la guerra.

—¿Prometes que me llevarás?

—Sí, Lili.

Hay en cierta plaza, cerca del Rastro, unos sótanos donde se aprende a bailar flamenco, unas academias húmedas y ruidosas adonde acuden las chicas de la Cava que quieren aprender a tocar los palillos para luego cobrar más caros sus servicios —los servicios de una artista— a los clientes. También acuden señoritas caprichosas que aprenden a taconear un poquito para luego lucirse en las fiestas de madrugada, cuando ya todo el mundo está bebido y ha hecho sus gracias y el éxito de la niña flamenca puede ser seguro. Una muchacha hombruna, cetrina, se quita y se pone las medias negras en un retrete, bajo los faraloes de falsa flamenca, en los corredores subterráneos por donde suenan palmas y guitarras. Hay carteles de toros y fotografías de Carmen Amaya y una Giralda pintada en la pared.

—¿De dónde viene este río, oye?

—De ningún sitio, Lili. Este río no viene de ningún sitio.

—¿Y adónde va?

—Qué sé yo. Seguramente acaba ahí mismo, a la salida de Madrid.

—¿Iremos al Viso andando?

—No. Tardaríamos mucho.

—¿Me vas a llevar en un tranvía?

—Te llevaré en un taxi.

—¿En un taxi?

Los gitanos del arroyo Abroñigal encienden hogueras campamentales y los cubanos de Batista toman ron en Floridita y las putas de la calle de la Ballesta fuman tabaco rubio americano de verdad, «americano fetén, chica, no de eso que hacen en Barcelona», y una niña rubia y preguntadora vive a la sombra del Puente de Toledo buscando chismecillos brilladores, pequeños tesoros de hojalata, entre los escombros. Bárbara cena a solas con su gato «Timoteo», en la alta buhardilla, y Nazareth posa con los modelos de esta temporada para los fotógrafos de modas, y Verónica estrena una gafas de sol, grandes y redondas, y Elena abrasa su piel al sol de la piscina, para tener, cuando menos, en su cuerpo, el color de la gente joven, y el Gallego pone en alto sus pies desnudos mientras María va preparando la cena a la puerta de la chabola y Lili se me rinde de sueño en el regazo.

- ¿Y es muy guapa esa Nazareth?
—Guapísima.
—¿Y estrena un vestido cada diez minutos?
—Pues claro. Es su oficio.
—¿Y luego los tira?
—Luego los guarda para volver a estrenarlos al día siguiente.
—¿Los mismos?
—Los mismos u otros.
—¿Eso es ser modelo?
—Sí, Lili.
—¿Ser modelo es como ser hada?

Los ojos de Lili sueñan con unas mujeres maravillosas, como las de un cuento que le contaron una vez, que estrenan cada diez minutos relucientes vestidos de oro y de plata. El Gallego ha traído para cenar unos menudos de pollo que le han dado al cerrar el mercado —el Gallego siempre pedigueña por los mercados a la hora del cierre, que dice que es la mejor para sacar algo—, y todos aspiramos en torno de la llama el olor de la carne que se va asando. El Gallego canta a veces cosas de su tierra, mientras tiene los pies en alto, para dormir a la niña. María habla consigo misma en voz alta y en gallego. Entre las inmundicias que el Gallego se saca todas las tardes de los bolsillos, al regresar al Puente, hay un periódico atrasado. Han abandonado la ciudad trescientos mil madrileños. El éxodo hacia los puntos de veraneo crecerá en el mes de agosto. Ha pasado por Madrid un preparador de fútbol italiano que realiza gestiones en España para reforzar su equipo en la próxima temporada. Hay velada de boxeo en el Palacio de los Deportes o en las Ventas. Se encuentran en la capital la «estrella» de Hollywood Audrey Hepburn y su marido, el actor Mel Ferrer.

- ¿Cuánta gente cabe en un cine, oye?
—Nunca los he contado, Lili.
—¿Salen historias muy bonitas?
—A veces.
—¿Y la gente se muere de verdad?
—No creas.
—Pues dime cómo hacen.

No era la primera vez que el Gallego planeaba un golpe en casa de un millonario o de un artista de cine. Me lo explicó después de cenar, cuando Lili dormía en el interior de la chabola y María se había ido a la orilla del agua a lavar algunas cosas.

—Han alquilado un chalet en la ciudad Puerta de Hierro. Están haciendo algunas reformas. Todo es cosa de ligar con algún rapaciño del oficio y asunto resuelto. Estos del cine son gente rara que siempre traen joyas y las dejan tiradas por toda la casa.

Languidecía la llama donde habían ardido los menudos de pollo. Al día siguiente, el Gallego y yo hacíamos la travesía de Madrid en su bicicleta. Al final de la Ciudad Puerta de Hierro estaba el chalet de los del cine, amurallado de setos y vegetación. El Gallego se había puesto de acuerdo con un albañil para sustituirle en el trabajo dentro de la casa. Mi misión consistía en esperar fuera, en los bosquecillos inmediatos, el paquete de joyas que podía caerme encima en cualquier momento, y desaparecer con él. «Yo me hago con las joyas y las hecho por encima del seto. Luego sigo trabajando como si nada y a mí que me registren. Tú tienes que hacer ronda todo el día para encontrar el paquete en cuanto yo lo tire. Y te largas con ello.»

- ¿Y tú no trabajas en nada?
—A veces sí que trabajo, Lili.
—Pero tú no tienes manos de albañil, como papá.
—Papá es otra cosa.
—A mí me gustan las manos de papá.

—¿Y los pies?

Lili soltó su risa fresca. Le divertía acordarse de los grandes pies descalzos de su padre, puestos en alto a recibir el fresquito del anochecer hasta que llegaba ella y hurgaba en las plantas con una pajita. Caía el sol del mediodía, como un ronroneo de la luz, sobre los bosquecillos de la Ciudad Puerta de Hierro. Caía el sol del mediodía sobre el Puente de Toledo y los escombros y los desmontes. Me puse en pie y eché una ojeada en torno. Me había convertido en una especie de merodeador de aquellos lugares y empezaba a ser reconocido, sin duda, por las escasas gentes que cruzaban por allí. «Como el Gallego no se dé prisa a hacer el paquete, nos van a fichar a todos.» Zumbaban las moscas y los mosquitos. La colonia residencial estaba en silencio, envuelta en el aroma de la resina de los pinos, y Lili hacía su recorrido de todas las mañanas, descalza y cantando, a lo largo del río. Del chalet de los artistas llegaban a veces palabras extranjeras dichas en voz alta.

—Te traes aquí el envuelto y ya veremos lo que se hace.

El plan del Gallego era que yo volviese con las joyas al Puente de Toledo. Él no aparecería nunca más por el chalet de Puerta de Hierro. Se enredaban los negros moscones en el aroma de la resina de los pinos y pensé que me gustaría ver pasar, entre la fronda, la silueta delgada de aquella artista que había visto alguna vez en el cine; que me gustaría abrir ante los ojos asombrados de Lili un paquete de perlas y brillantes.

En los Seis Días de Madrid, las bicicletas corren y corren por la gran rampa del Palacio de los Deportes. Estuve una noche con Lili en los Seis Días de Madrid. La inmensa nave se llena de gente y parece que no tienen nada que ver los de un lado con los de otro.

—¿Cuándo empieza la carrera?

—Esta carrera no empieza ni termina, Lili. Dura siempre.

—¿Siempre?

Cuando suena un golpe de gong y alguien dice unas palabras que no se entienden por un altavoz, los corredores pedalean mucho más de prisa y la gente se llena de entusiasmo y entonces se comprende que sí, que estamos todos reunidos, atentos a un mismo punto de la pista, asistiendo a un mismo espectáculo y pendientes de ese hilo de velocidad que la rueda del que va en cabeza enrrolla y desenrolla constantemente. Cercada por el rodar de los ciclistas, hay una isla de gente y de objetos: tiendas de frigoríficos, cafeterías, rifas, oficinas... Se ve alguna mujer rubia a quien le hacen fotografías constantemente. Miles de personas beben refrescos, comen patatas fritas, deletrean los inmensos anuncios, viven esta fiesta tranquila y emocionante sentados en las gradas.

—¿Y no se marea nunca Bahamontes?

—Pues ya ves que no.

La techumbre del edificio está lejana como la techumbre de una catedral. Los corredores son una especie de pequeños autómatas de colores. Tanto esfuerzo humano no consigue apenas comunicar otra impresión que la de un juego mecánico y frío. Sólo cuando un ciclista está relativamente cerca y uno adivina el crispamiento de su rostro o la manera peculiar que tiene de ladear un pie dentro del pedal, se gana la sensación de estar asistiendo a una aventura humana, a una emocionante y silenciosa olimpiada de músculos que no tiene nada que ver con el bullicio ferial del graderío.

Yo acechaba entre la fronda la silueta delgaducha y gentil de la actriz, que había salido a la piscina con sus hijos. La memoria de uno es como una mujercita que guarda ciertas cosas, ciertos recuerdos, como reliquias reservadas para siempre. Esa mujer famosa entrevista como una sombra en el interior de la casa, con pantalón y la melena suelta, lisa, es una miniatura borrosa que no me abandonará nunca. Audrey Hepburn.

Una docena de corredores pedalea en el plano inclinado de la pista. Quizá cantaba A. H. cuando yo la entrevisté detrás de la fronda, cuando ella cruzó por el fondo de la casa, entre cortinas. Quizá cantaba o llamaba a alguien en voz alta. La gente mezcla en la boca la destrucción de las patatas fritas con los nombres alemanes y holandeses de los corredores que participan en los Seis Días de Madrid. El espectáculo tiene algo de circo y algo de película y es siempre irreal y alegre, pero con una alegría tan repartida y extensa que nunca llega a producir su mejor fruto: la hermandad. Al Gallego le sorprendieron haciendo el paquete. El sol del mediodía estaba lleno de abejorros y de moscardones y en los bosquecillos soplaban una brisa fantasmal que en realidad no soplaban. Al Gallego lo echaron de la casa a patadas, entre gritos e imprecaciones, y cuando acudí en su auxilio —nunca lo hubiera hecho—, salió de una casucha fronterera al chalet un tipo con un pico, dispuesto a aniquilarnos. Las criadas del matrimonio de actores chillaban en italiano y el tipo del pico tomó una motocicleta y salió detrás de nosotros. Bahamontes hace a veces hermosos esfuerzos sobre la bicicleta; pedalea levantando el trasero del sillín y pegando la barbilla al manillar. La gente de las gradas le llama «el águila de Toledo» y se producen momentos de emoción cuando el tipo consigue ponerse en cabeza y parece como si todos los demás pedaleasen hacia atrás.

—Y luego dicen que está acabado.

—De eso, nada.

—La forma no hay quien se la quite.

- Éste es su momento.
- Pues al año que viene vuelve a la vuelta a Francia.
- Un poco pasado está para eso.
- Quién dice que está pasado.
- Si no tuviera esos caprichos...
- Pues los Seis Días los tiene chupados.
- Y eso que llevaba tiempo sin entrenarse.
- Bahamontes se entrena todos los días del año.
- ¿Y también cuando viaja?
- Mire usted qué manera de tomar el relevo.
- Es lo que se dice un profesional.
- Si vamos a eso, profesionales son todos.
- Pues algunos no lo parecen.
- Bahamontes es Bahamontes.
- Y usted que lo diga.
- El belga se lo lleva de calle.
- En montaña es donde hay que verle.

Abandonamos la carretera y corrimos entre los bosquecillos de la Ciudad Puerta de Hierro. El tipo del velomotor o la motocicleta, o lo que fuese aquello, siguió por la carretera para dar la vuelta y atajarnos a la salida del pinar. El Gallego jadeaba y parecía desconcertado. «¡Vuelve atrás! ¡Por allí no nos buscará!» Regresamos a las inmediaciones del chalet del matrimonio Audrey-Mel Ferrer. Salimos a la carretera y cruzamos hacia otro bosquecillo.

Hay un inmenso reloj que hace visible los segundos, el paso de la aguja, lento y minucioso, de un número a otro. La gente se compra bocadillos, sale y entra de las gradas. Hay palabras y música en los altavoces. El gong inicia y corta pequeñas pruebas parciales. Un corredor rubio, de apellido norteeuropeo, ha ganado cinco mil pesetas y un lote de camisas. En una curva de la pista, varios corredores comen fruta mientras otros hombres manipulan en sus bicicletas. El Gallego y yo caminamos largamente entre los árboles y luego nos tumbamos, rendidos, a maldecir a toda aquella gente. Puedo recordar el olor colegial de Solé, el denso perfume de Luz, la fragancia aristocrática de Elena, el aroma de los cabellos de Bárbara o la colonia paleta de Esperanza. Pero las copas de los árboles descienden su ambrosía sobre la nariz un poquito peluda del Gallego y sobre mi propia nariz. Los álamos y los pinos perfuman al atardecer y la multitud tiene un olor circense y gastronómico en el graderío del Palacio de los Deportes.

- Buena la has hecho, Gallego.
- Pues estaban llamando ya a la policía.
- Ese bestia de la piqueta venía dispuesto a todo.
- Me cogieron haciendo el paquete.
- Ya lo suponía.
- La primera vez que me falla una operación como ésta.
- Lo siento por Lili.

Me hubiera gustado abrir ante Lili un envoltorio de perlas y diamantes brillando en el fondo de unos arrugados periódicos manchados de cal o de grasa. Pero Lili apretaba su mano dentro de la mía, excitada con la excitación general que sentía en torno, en el graderío del Palacio de los Deportes. Lili no entendía nada, y este no entender es lo que la impacientaba y le hacía ponerse de pie y vivir la misma emoción de los demás, los que sí entendían y aullaban al águila de Toledo para que hiciese un último esfuerzo y se llevase las diez mil pesetas y el lote de objetos electrodomésticos.

- Que ya está uno viejo para este trabajo.
- No te desanimas, Gallego.

Puedo recordar el olor obstinado de la melena de Olga y la higiénica y refrescante fragancia de la melenita de Bella, y el olor a jabón de baño que acompañaba siempre a Marijuana e incluso el olor niño y tostado de los cabellos rubios de Lili. No abandona uno sin cierta melancolía a estos buenos gallegos del Puente de Toledo, a esa niña adorable que recorre todas las mañanas y todos los atardeceres la orilla sucia del agua como si buscara conchas a la orilla del mar. Dejé un billete de quinientas, como había pensado, en la mano grasienta de María. A veces vuelvo por allí, y si vuelvo es solamente, en realidad, por la pequeña niña, que cada día está más crecida, aunque me digo que estoy lleno de gratitud hacia ellos y que siempre se han portado muy bien conmigo. Llevar a Lili al cine o al circo o al Palacio de los Deportes es tanta fiesta para mí como para ella misma. El Gallego se está haciendo viejo y resollaba el día de la huida, cuando le pillaron con las manos en la masa en el chalet de Audrey Hepburn y Mel Ferrer. Digo y pienso que me gustaría haber llevado siquiera una de las hermosas y delicadas joyas de Audrey Hepburn hasta las manos de Lili, pequeñas y llenas de rasguños secos. Audrey Hepburn canta por las estancias en penumbra de su villa y Lili canta a la orilla del agua sucia, de los turbios regueros que van entre escombros, «... y ahora están ustedes ante una de las más importantes pinturas de don Francisco de Goya y Lucientes, el gran pintor español que nace...» La explicación del guía se repite todos los días, varias veces al día, en el Museo del Prado. La melopea erudita de los guías canta en varios idiomas mientras el turismo de verano mira para los techos y las paredes con cierta expresión de aquilatamiento, como si cada cual estuviera calculando la importancia de lo que ve en relación con el precio del *tour*, para saber exactamente si sale perdiendo o sale ganando en la visita. Las bicicletas se enardecen nuevamente y zumban dentro de la velocidad y aúlla el público en el Palacio de los Deportes. Los Seis Días de Madrid son una larga y hermosa exhibición de invierno. El agua de las fuentes de Madrid canta de otro modo en el verano.

Alquilé una habitación bastante céntrica e independiente y volví a la vieja historia de las turistas y las visitantes maduras de los museos y otras bellezas de la ciudad. Nunca llevé a las pequeñas manos de Lili una de las hermosas joyas de la esbelta y delicada Audrey Hepburn, pero Lili palmoteaba feliz entre el público, en el Palacio de los Deportes. La fuente de la grorietta de Atocha se ilumina al anochecer y es toda ella como una hoguera de agua, como una fiesta aldeana y excesiva que se celebra en el corazón mismo de la gran ciudad. La fuente de Neptuno crea en torno, con su rumor y su agua, unos vacíos espacios palatinos, una atmósfera muy europea, un punto aristocrático y como de otro siglo. Me gusta mirar la fuente de Neptuno desde lo alto de la calle de Cervantes, por detrás del Hotel Palace. La calle de Cervantes se adelgaza en este trecho y deja ver la gran plaza de Neptuno como a través de una rendija. El dios de piedra desnuda preside las amplitudes del asfalto y la fronda en una actitud que debió ser espectacular hace muchos años, cuando inauguraron la estatua, pero que hoy resulta entonada, discreta, cortés, en perfecta armonía con el tono internacional y correcto de los turistas que entran y salen en las oficinas de las compañías aéreas que hay en la plaza, con el tono encantador y un poco pasado de los huéspedes del Palace y del Ritz. Hay en esta vida malas épocas en las que uno se sienta en el bordillo de la acera, en la plaza de Neptuno, a mirar a Neptuno y a mirar la plaza. Y nadie le dice a uno nada, porque le toman por un viajero de las líneas aéreas que tiene a la espalda. Basta, en días así, con mirar lo bien hecha que está la plaza, con mirar los veloces automóviles y el paso dificultoso del tranvía, que parece que se lo van a llevar por delante. Pasan cerca de uno los ingleses y las inglesas, los suecos y las suecas, los negros y las negras, las gentes que andan siempre en avión y viven en estos hoteles. En el mundo entero debe haber hoteles y oficinas aéreas como éstos, por lo que se ve en las películas, de modo que a la gente que sólo viene a estos sitios le deben parecer iguales todas las ciudades del mundo. Pero a uno se le pasa el mal día sólo con mirar

hacia allá arriba, más allá del Museo del Prado y de los Jerónimos, a las copas verdes de los árboles del Retiro, que tienen encima un cielo azul siempre igual.

Y, de pronto, el impulso de ponerse en pie y palmearse el polvo de la culera del pantalón. Hay que volver a empezar.

—¿lulaikespein?

Uno no sabe a qué suena eso, dicho así, todo junto y mal pronunciado, pero lo suelta, y a veces resulta. En la plaza de Neptuno se cruzan los turistas que vienen del Prado con los huéspedes del Palace que van al Prado y los viajeros que entran en Iberia y salen de Iberia. Es lo que se dice un buen sitio para ligar.

La fuente de Cibeles es ya otra cosa. Ha salido en tantas postales y en tantas películas que ya no le dice a uno nada, y sólo cuando el tranvía, dándole media vuelta a la plaza, del paseo del Prado a Recoletos, pasa muy cerca de la piedra y del agua, se puede notar que todas aquellas figuras y aquellos chorritos son de agua y piedra verdaderas, no una especie de falla madrileña puesta allí para que la saquen los fotógrafos. Al final de la Castellana, ante los Nuevos Ministerios, hay otra fuente como la de Atocha, y otra en la plaza de la República Argentina, entre Serrano y el Viso. Por la mañana, todas estas fuentes tienen hermosas luces naturales que uno se para a mirar en los días en que no hay cosa mejor que hacer. En los atardeceres, las fuentes se iluminan y permanecen ya encendidas hasta muy entrada la noche, con su artificio un poco tonto y su derroche de agua que nadie mira. De tanto merodear en torno de las turistas, uno llega a ver Madrid con ojos de turista, y por la noche, cuando se mete en la cama, tiene dentro de la cabeza la voz vacía de los explicadores del Museo y el recuerdo mareante del agua que sube y baja. Me costó más trabajo que otras veces abandonar el bordillo de la acera, en la plaza de Neptuno, y abordar a aquella turista con aspecto de pastelera cuarentona de algún pueblecito alemán.

—¿lulaikespein?

La fórmula no puede ser más estúpida, y por eso mismo da resultado. Hay un Madrid turístico con fuentes que corren y guías de museo que hablan y hablan y autocares que van a la Plaza de las Ventas, a los toros, y otros autocares, o quizá los mismos, que van al Madrid de los Austrias y a los tablaos flamencos que llenan la noche de tacones y jipíos caros a la orilla del Viaducto y las Vistillas, que están a esa hora en silencio, majestuosos, y son lo que la Mari, la pobre, que ya debe haber palmado, llamaba «el verdadero Madrid». Pero era mucha carne madura y una noche, en un café a punto de cerrar, empecé a hacerle señas a Adeli por detrás del viejo con quien estaba. Adeli era una menor con aspecto de putita descarada. Me dijo que sí con la cabeza y esperé allí mismo a que la niña fuese a acostar al viejo y volviera. Habían apagado las luces del café y estaban todas las sillas patas arriba cuando Adeli apareció de nuevo.

—Anda, que tampoco has tardado tú.

—Y no veas lo pesado que estaba el viejales.

—Pues haberle mandado a la mierda.

—Bueno, que me llamo Adeli. ¿Y tú?

Efectivamente, era una niña. Salimos del café cogidos de la mano.

—¿Y dices que eres de Madrid, Adeli?

—Del mismo Vallecas.

—¿Mucho tiempo en el oficio?

—Desde pequeña, macho.

—Ya se te nota.

—Pero estoy harta de tíos pelmas.

—Como yo, Adeli.

La Adeli soltó el trapo.

—¿Pero también tú te dedicas a los viejos?

—A las viejas, que todavía hay clases.

Y nos fuimos riendo por la Gran Vía. Aquella noche era nuestra, sin viejos ni viejas.
—Y que me has caído fenómeno, macho.

El viejo caserón me había resuelto muchas cosas. Madrid se estaba poniendo imposible para ciertas profesiones y aquella habitación en la vieja casa de Chamarán era una solución rentable. Había llegado allí buscando a una lejana compañera de la Mari, la pobre, y me quedé durante varios meses. Uno podía subir a aquel cuarto una inglesa de edad indefinida sin que nadie le preguntase si era tía suya. Después de la pastelera teutona que conocí —«¿lulalikespein?»— en la plaza de Neptuno, otras muchas europeas pasaron por allí. Miraban las estrechas calles, las huertas, el patio, la escalera, con una curiosidad de marcianas. Al marcharse volvían a mirarlo todo con la misma curiosidad, pero dejando ya una mano como abandonada a lo largo de la barandilla de la escalera. Era el sentimiento. Habían vivido una aventura maravillosa. Una sola europea, si no viaja demasiado opresa por el Banco de Londres, puede resolverte el alquiler de un mes. La comida y los caprichos van resolviéndose sobre la marcha. Para eso está la imaginación y todo lo que tanto admiran en uno pobres diablos como el Alguacil.

—Que tengo cosquillas, macho.

Adeli era una bestezuela callejera de carita redonda y carne estupendamente dura. A la Adeli le podía la edad y la naturaleza. Antes que sacarle los cuartos a un viejo vicioso, prefería venirse conmigo —o con otro— a echar los pies por alto y pasar una alegre noche.

—Qué dura y qué buena estás, oye.

Anduvimos dándonos trompicones por las calles que hay entre Arenal y Mayor. Adeli se moría de risa.

—Estuve en un colegio de monjas, ¿sabes? Pero me escapaba los domingos y me iba a bailar. Luego me metía en un retrete y empezaba a llorar hasta que me oían. Decía que me había dado un ataque.

—Vaya ocurrencia.

—Luego empecé a hacerme cosas yo sola, hasta que un día me fui con un chico.

Las mujeres de cierta edad olvidan en seguida el acto sexual. Empiezan a hablar de otras cosas. Se encariñan con todo lo que es de uno, con la habitación y toda la casa. No sé si a las jóvenes les ocurre lo mismo. Hay temporadas en que uno se olvida de qué es lo que les ocurre a las jóvenes.

—Pero en casa me pusieron a servir.

—¿Sois muchos hermanos, Adeli?

—Qué va. Mi padre dice que tenemos que ayudarle con un jornal. Que para eso nos ha traído al mundo. Yo le digo que no nos hubiera tenido.

—¿Y por eso armáis bronca?

—Si sólo fuera por eso... Otras veces me da por ponerle cachondo a mi cuñado. La que se lía...

Quizá las jóvenes también. Quizá las mujeres en general se avergüenzan un poco del espectáculo de gemidos y retorcimientos, después que lo han dado, y se ponen instintivamente a hablar de cosas que no tienen nada que ver con lo que acaba de pasar.

—¿Se ha acostado contigo tu cuñado?

—Y a ti qué te importa.

Claro que también a uno le ocurre algo de eso. Una vez que se ha terminado la cuestión, la cabeza se va volando a otras cosas. Me parece que en eso somos todos iguales, aunque, con la dificultad de los idiomas, yo no me enteraba de si aquellas europeas se iban satisfechas o se iban decepcionadas.

—¿Y siempre te has dedicado a las europeas?

—Siempre, no. Adeli.

Las hay que vienen a cosa hecha y dejan los billetes sobre la cama, preguntando con la mirada si es suficiente. Otras, prefieren hacer la farsa de la aventura, o se lo creen

de verdad, y ofrecen el dinero con el temor de que uno vaya a ofenderse. Pero está, sobre todo, la que no quiere soltar ni un céntimo. Ni un centavo, como dicen ellos. Hay que inventarse entonces la historia del coche que está en el garaje por falta de dinero para pagar la reparación, o cualquier otra historia. Tardan en enterarse y el idioma les ayuda, actúa siempre a su favor, pues para eso es el suyo.

—Me lié con el señorito, que tenía diecisiete años, los que tengo yo ahora, y no quería que le llamase de usted. Le dije a su madre que también él me llamaría de usted a mí, y «señorita» y todo eso. Nos reíamos mucho. Los domingos nos dejaban solos en casa y entonces sí que se armaba. Cuando daba guateques, yo alternaba con sus amigos y sus amigas como una más, no vayas a creerte.

—Milagro que no te hizo un hijo...

—Javier, se llamaba. Yo le hacía fregar los platos del guateque. Le traía loco. Ya le digo yo a mi padre que no es bueno estar sirviendo, que a todas las que están sirviendo se las tira el señorito.

—Será porque ellas quieren.

—Tú no sabes nada de la vida. Si el señorito te dice que te metas en la cama, pues tienes que meterte.

—Eso, sí.

Adeli tenía diecisiete años y me decía que yo no sabía nada de la vida.

—Pero mi padre se pone pelma con que tengo que volver a servir. Pues eso sí que no. Y más ahora, que he estado en cabarets y en bares americanos.

—Eres muy pequeña para alternar.

—Lo que me fastidia es tomar tantas copas y que te soben tanto.

El invierno será más difícil. Pero en verano se vive sin demasiado esfuerzo de estas buenas mujeres que buscan una aventura, que buscan un amor, porque yo creo que lo que media humanidad espera de la otra media es sólo eso: un amor maravilloso, un amor para toda la vida, una pasión loca de esas que nadie encuentra en su casa ni en su ciudad ni en su país, y cree que va a encontrarla al otro lado del mundo. De ese sueño vivimos nosotros.

—Pero ahora quiero trabajar en una revista o algo de enseñar las piernas, porque estoy harta de viejos y en casa no hay quien pare si no llevas un jornal.

—Tú no tienes por qué trabajar para nadie, Adeli.

—Eso, cuando sea mayor de edad. Ahora no hay nada que hacer.

Cogimos un taxi y di la dirección del viejo caserón de Charmartín. Adeli, bestezuela de las calles, colegiala masturbadora, criada cachonda, cabaretera y menor de edad, iba dentro del taxi como una reina, colocándose los bucles sobre las orejas, mirándose los rabillos de los ojos en el espejo de la polvera, alisándose el vestido con sus manos inquietas y toscas.

—Tú me has gustado, macho.

Una panadera de la Selva Negra, una inglesa de ojos acuosos, una putita española de diecisiete años van en el fondo del taxi y llevan ese temblor secreto de la mujer que necesita entregarse, de la mujer que ha decidido anticipadamente ser de uno y, sin embargo, se comporta como si fuera presa de todas las indecisiones. Y esto, ya sea dama noble en su país o carne de prostíbulo en el nuestro. En el fondo del taxi, de madrugada, va una mujer hipnotizada, una criatura que se acicala discretamente en esos momentos finales de la coquetería femenina, con esos toques ligeros ante el espejito de bolsillo que son la continuación de otros de unas horas antes. Pero hay entre la coquetería mañanera, segura de sí, lejana a su desenlace, y esta coquetería de última hora, la diferencia de un cierto nerviosismo, una invisible actitud de víctima que se dispone a llegar dignamente hasta el final. Como si todavía hubiera algo que rectificar, que mejorar, en una ceja, en una pestaña, cuando lo que está en juego es la totalidad de los cuerpos.

En esta minuciosidad ya inútil descubro la puerilidad femenina, que no llega a irritarme, sin embargo, sino que me divierte y, en caso de que la mujer de esa ocasión determinada me atraiga verdaderamente, puede resultarme adorable.

—¿Aquí vives tú?

—Ya ves que sí.

—¡Atiza! Transistor y todo.

Adeli había descubierto en seguida el transistor que colgaba de una esquina de la cama. La Adeli, dentro de sus zapatos de altos tacones, tenía todavía algo de la niña que se pone los zapatos de mamá para caminar a trompicones por el pasillo.

—¿Y qué tocarán a esta hora?

La Adeli se sentó al borde de la cama a darle vueltas a la ruedecita del transistor. Músicas y ruidos de madrugada, palabras extranjeras, voces de otros países iban pasando bajo la yema chata de su dedo índice, de uña corta y comida.

—¡«Flamenco», macho!

Y la Adeli saltaba de alegría. Todas las tardes hay en Madrid un gran cóctel que se celebra a la vez en muchos sitios en varias salas, en casi todos los hoteles. Todas las tardes, a partir de las siete, o a partir de las ocho, se encienden las luces de un salón, de todos los salones, y van llegando las damas hispanoamericanas, los hombres de negocios del Oriente Medio, el actor de cine, la vieja señora de los millones, el caballero influyente, el marica elegante y sociable, la dorada gente que sabe elegir a voleo en la bandeja que pasa el camarero, el gran Madrid que se intercambia tarjetas de visita y hace planes para el fin de semana y deja concertada una operación de varios millones mientras se produce, entre los apretones de manos, un apretón especialmente cálido, entre hombre y mujer, entre hombre y hombre, entre mujer y mujer, o un beso distinto de los ligeros besos de sociedad, un beso dejado en la mejilla maquillada, en el mentón rasurado, con otra secreta intención, con otro desconocido mensaje.

—¿Te sabes «Flamenco»?

Es como el abrirse de los lotos en el estanque ese abrirse de los cócteles de cada tarde en la superficie de la ciudad, con velas rojas encendidas y un candelabro que ha perdido su pareja y unas menudencias de embutido y tortilla que van en las bandejas como si todas aquellas personas hubiesen pedido, de pronto, que les sirviesen las sobras de la despensa, las rebañaduras del *frigidaire*, la comida de los criados, y sólo el whisky y el caviar, con su perfume, con su prestigio, traicionan esa falsa apariencia de provisionalidad y pobretería, de cosa montada con cuatro perras para salir del paso; el juego es así más excitante y esta toma de contacto del paladar con los sencillos manjares del pueblo ayuda a sentirse conocedor y vencedor de todas las clases sociales, gustador de todas las formas de vida, de modo que si uno ha elegido el confort y el lujo es sólo por eso, por capricho de la elección, ya que las otras vidas siguen vigentes y barajadas dentro de la vida fastuosa que uno lleva. Es de buen tono esa vuelta continua a los gustos del pueblo que se ensaya cada tarde sirviendo el vino tinto junto al champán y el Vega-Sicilia, haciendo que naveguen todos juntos en una misma bandeja, que es como una balsa dorada en el oleaje del humo y las conversaciones; es de buen tono servir vino tinto y tortilla de patata a los cónsules y las «estrellas», como sería una broma siniestra invitar con ese y esa tortilla a unos albañiles, a quienes sólo se puede invitar decentemente a pasteles, porque con esa patata y ese tinto elegantes se está dando por supuesto que ninguno de los presentes tiene el vino y la tortilla como fórmula vital y que aquello puede representar una pequeña aventura gastronómica, y se está dando por supuesto, asimismo, que nadie, entre los asistentes al cóctel, ha tenido nunca nada que ver, ni en su infancia ni a lo largo de su vida, con la tortilla de patata, pues lo contrario sería enfrentarle con sus humildes orígenes, con sus vergozosos principios, y esto no puede hacerse entre gente

bien educada. El atardecer trae consigo, en Madrid, esta deliciosa fiesta de los cócteles, esta rumorosa manera de entrar en la diaria y renovada costumbre del placer, después de todo un día de trabajo o de indolencia, y lo que se inicia en un cóctel puede acabar de madrugada, en una cama o en el interior de un coche, lejos, a la salida de Madrid, cuando ya cantan los gallos y la frigidez del nuevo día nos va dejando a todos, hombres y mujeres, sin deseo, incluso a la cálida y enloquecida Adeli, que ha cobrado su último o su primer dinero, o anda desnuda por la habitación agitando el transistor junto a su oído para ver si todavía suena en él alguna música perdida, como la niña que agita la hucha de barro calculando por el sonido las monedas que le quedan dentro.

—¿Quieres que te cante algo?

—No, Adeli, no me cantes nada.

Se ha pasado la noche desnuda y con los zapatos puestos, porque dice que se le hinchan los pies y luego no ve manera de volver a calzarse. Con el alba, cuando el cuerpo se queda liso como un lirio. Adeli se ha decidido a quitarse los zapatos, porque parece que los pies se le van deshinchando.

—¿No hemos pasado mala noche, eh, macho?

—Sobre todo tú, con el transistor colgado del cuello.

Adeli cuelga su vestido muy cuidadosamente en una silla cada vez que se desnuda. Lleva debajo del vestido una enagua con la puntilla descosida, con una onda de encaje que se desprende del resto y cuelga tristemente. Adeli tiene la ropa interior llena de nudos y pequeños agujeritos por donde está empezando a despedazarse su gastada lencería.

—Pues yo no tengo sueño, ya ves.

Adeli no tenía sueño. Adeli esperaba pacientemente a que empezase a funcionar Radio Madrid para escuchar los primeros discos del día y los concursos de aficionados. Adeli tiene un cuello corto y gracioso de escultura de barro, unos hombros prietos y redondeados. Adeli tiene los pechos descaradamente altos, ni redondos ni puntiagudos, blanquísimos y firmes, de contacto suave y duro. Va a marcharse dentro de una hora, dentro de media hora. Y deseo que se vaya. Empieza a aburrirme su cerrilismo, su fanatismo radiofónico, su manera pobretona de ver la vida, que temo vaya a contagiarme.

—¿Necesitas dinero, Adeli?

—Siempre voy a casa en el Metro.

—Hoy podías tomar un taxi.

—Mírale qué señorito.

Hay otra gente que termina sus juergas con una ducha y un cuba-libre bien cargado. Uno teme haber sido desterrado para siempre de todo eso, haber perdido para siempre el cuarto de baño con muchos grifos y la terraza con brisa mañanera y toda esa manera confortable de resucitar que tienen los que saben vivir. Es perder una noche pasarla con esta pequeña bestia que no tiene una peseta y se ceba miserablemente en la breve felicidad que puede darle su cuerpo.

Deseaba que Adeli se fuese de una vez, como si estuviera retardando mi conquista de algo mejor, pero el transistor había despertado con una musiquilla juguetona. Adeli movía brevemente sus hombros, puesta de rodillas en la cama, y de pronto tomé vivamente su pequeño cuerpo brutal que me acogía con una áspera risa de Vallecas.

En el viejo caserón de Chamartín vivía Eva, una profesional que había estado en América de amante de un indio jefe de tribu.

Al atardecer, sonaba en toda la casa un piano, el piano vertical de Picó, un músico solterón que vivía de vender cada mes parte de su guardarropa, de empeñar el reloj de pulsera y el piano. El mueble musical iba y venía por las escaleras cada poco tiempo, salía y entraba del portal, y el día que se llevaban el piano los hombres de la mudanza o del embargo o de lo que fuesen, era como si hubiese entierro en la casa, como si sacaran al muerto en aquel ataúd en forma de piano, y Eva echaba una lagrimita y decía que no hay derecho y que «nadie nos comprende a nosotros, los artistas», y yo me preguntaba por qué era artista Eva, tan artista como Picó, que sabía tocar el piano y componer cosas, y si no lo era, si la Eva no era artista, ¿por qué le dejaban decir aquello y nadie le llevaba la contraria? El portero del caserón era cojo y se acostaba una noche con su mujer y otra noche con su cuñada, que era la que fregaba la escalera una vez al año.

—Que tengo ligue con unas japonesas.

—Siempre con tus rarezas, Dimas.

Dimas había estudiado para seminarista, llevaba gafas y, efectivamente, tenía sus rarezas. A Dimas lo conocí una noche en la cafetería, cuando el viejo marica empezó a preguntarle cosas para trabar conversación y yo tuve que advertirle por señas, a espaldas del viejo, de que más valía que cortase. Claro que también pude haberme colado, porque nadie me aseguraba a mí que Dimas no fuese marica, pero la verdad es que eso se nota y uno ya tiene cierta práctica y yo le había notado a Dimas en cuanto entró en la cafetería que lo que el chico venía buscando —y qué falta debía hacerle— era una mujer.

—No puedo evitarlo. Hay noches que necesito mujer. —Y hablaba por él el seminarista que había sido.

—Eso es salud, hombre.

En el viejo caserón de Chamartín vive una alemana que da guateques por las noches. La alemana es cincuentona y tiene el pelo ceniciento, pero no ha renunciado a los muchachitos y por otra parte, hay quien dice que pone en contacto a los chicos españoles con las jóvenes estudiantes que llegan de su país, y eso, al parecer, le produce un dinero, lo cual a mí no me parece mal, que cada uno se arregla como puede, aunque lo cierto es que no entiendo ni he entendido nunca para qué necesitan, un chico y una chica jóvenes que se gustan, a una vieja que ande por medio. La alemana tiene puestas sus viejas habitaciones que son un primor, con papeles de dibujos pegados en las paredes, macetitas pequeñas por todas partes y muchos calendarios con vistas de su país en colores.

Eva tiene un amante que es gitano. Eva quiere que el gitano la deje embarazada, pero parece que la cosa no resulta. Lo que más le gusta a Eva, en verano, es abrir todas las ventanas y puertas y andar completamente desnuda de acá para allá. A mí no me cae bien esta mujer, que tiene cara de padecer de algo por dentro y habla con un acento raro, sólo porque estuvo en América y fue —cualquiera sabe lo que fue— amante de un indio que era jefe de tribu. Pero Eva canta a gritos o riñe en voz alta con el gitano, que está liado con un marqués al que roba de vez en cuando una joya para luego venderla, y Picó toca melancólicamente su piano, en el que compone canciones que nadie va a cantar nunca, aunque todos escuchamos llenos de sentimiento, más que por la canción, por saber que Picó ha podido desempeñar su piano y que el fúnebre mueble está de nuevo entre nosotros, hasta otro día de entierro.

—Son unas japonesitas que he conocido en la Universitaria.

—¿Y tú te has trabajado alguna vez ese género?

—No. Pero por probar.

—Sí, claro, por probar.

Los viejos maricas están en la cafetería sentados en fila; se hablan sin mirarse y riñen entre ellos como viejas quisquillosas. Los guateques de la alemana suelen prolongarse hasta la madrugada. La gente, allí, toma sangría. A la sangría le llaman «chocolate», y se sirven chocolate en grandes cantidades. Una vez me invitaron a pasar a su guateque y me aburrí muchísimo, porque yo no veía la manera de que nadie allí se acostase con nadie. Pero los jóvenes alemanes y las jóvenes españolas y los jóvenes españoles y las jóvenes alemanas cantan cosas en andaluz y en mejicano y luego escuchan discos un poco pasados de moda y ríen muy fuerte. Entre todo este jaleo suelo distinguir, mientras me desnudo para dormir, la voz menopáusica de la anfitriona, que da grititos en un idioma raro, mezcla de su mal español y su mal alemán.

—Son dos hermanitas gemelas. Como dos muñecas, macho. Y tienen un apartamento para ellas solas.

—¿Cuánta gente va a ir a eso?

—De gente, nada. Tú y yo solos.

—Que se den por besadas las japonesitas.

En el viejo caserón de Charmartín vive una casada a la que visita su amante y a veces su marido. De vez en cuando riñen y se dan golpes, y nunca sabe uno si la cosa es con el marido o con el amante. También hay una dama rubia con la piel oscura, delgada, elegante, ya entrada en años, que hay quien dice que es abuela y todo, pero que sube y baja sola por la escalera, se para en las esquinas de la calle y hace cosas raras como si buscase o esperase un hombre. A uno no le gusta trabajar dentro de casa, pero todo esto no está nada claro. La abuela elegante es amiga de un chicarrón alcoholizado que vive solo y tiene accidentes con su pequeño coche todos los meses.

Cuando el tipo se da el trastazo con su automóvil y lo llevan a casa vendado, esta buena mujer entra a cuidarle y a darle a la boca cucharadas de cosas de esas que se dan a los enfermos; del mismo modo, cuando el pianista se queda en la cama con anginas, la mujer solitaria se entera en seguida sin que nadie avise a nadie y hace de enfermera y de dama de la caridad, y el pianista me ha contado que si puede le coge una mano a la señora, porque a él le gustan mucho las maduras, pero ella se pone la otra mano en la boca, con la palma vuelta hacia afuera, para que no la besen, y empieza a hablar de los ricos que son sus nietos, de modo que al pianista se le pasa el deseo de acostarse con una señora que tiene unos nietos tan ricos. Eva se pasa el día en cueros esperando a que llegue el gitano y, cuando el gitano llega, le esconde la ropa para que no pueda volver a marcharse, y el gitano se cabrea y se escapa en pelotas por los huertos inmediatos, y Eva corre tras él, también desnuda, y entonces sí que parece Eva de verdad, aunque tiene las nalgas un poco picudas, y no como la Eva de la Historia Sagrada, que salía en los grabados tan redondita y tan rubia. Picó prepara una canción al piano, para presentarse a un festival, y la alemana riega las diminutas macetas de su ventana y Eva llora a gritos y dice que quiere un hijo y en casa de la mujer casada hay una bronca como si hubieran coincidido el marido y el amante en una misma tarde.

—¿Y por dónde tienen el apartamento esas locas?

Las japonesitas tenían su apartamento en las estribaciones de Delicias. Llegamos allí al atardecer con una botella de vino y un poco de escabeche envuelto en ese papel duro y oloroso de las tiendas de comestibles. El portero del viejo caserón de Chamartín se acuesta con su cuñada mientras su mujer pasa al sanatorio que hay al otro lado de la carretera para ver la televisión de los enfermos, y la elegante señora rubia se muere de melancolía en su piso porque no hay ningún hombre enfermo en la casa y no puede entrar a darle cucharadas dulces y cucharadas amargas mientras él aprovecha para cogerle una mano y decir: «Violeta...» El apartamento de las japonesitas está en un décimo piso, y desde la terraza se ve la estación de Delicias, y un último tren que se aleja en la noche con sus lucecitas y su ruido como de no querer hacer ruido.

—¿Y no os da miedo vivir las dos solitas?

Hay una cocina llena de aparatos modernos. Hay una habitación espaciosa con grandes divanes. Hay dos dormitorios. El apartamento de las japonesitas me produce una cierta sensación de fragilidad y casi no me atrevo a moverme, a tomar una silla, a pisar fuerte. Uno ha visto en las películas esas casitas del Japón que parecen hechas de bambú y se vienen abajo en cuanto pasa por la calle un caballo al trote. No sé si eso del cine será truco, pero lo cierto es que todo en este piso se me antoja de una fragilidad un poco tonta. La japonesita de Dimas se llama Gloria y la mía se llama Mila.

—¿Pero esos nombres son japoneses?

—Nosotras tener nombres europeos.

Eran como dos muñequitas parlantes. Mila se había puesto un pantaloncito negro muy estrecho y una blusa blanca que le transparentaba el sujetador negro sobre su cuerpecito torneado y menudo.

—Te ayudaré a hacer la cena —dije.

A Mila se le abría por detrás la blusa, que había dejado a medio abrochar, y yo veía por aquella abertura el nacimiento de una espalda breve y esos pelitos inverosímiles que tienen las mujeres entre la espalda y la cintura. Mila estaba nerviosa y se movía en la pequeña cocina con los movimientos entrecortados y un poco volátiles de su raza. Entre los dos rompimos, con nuestros juegos, alguna taza de mala porcelana española que resultaba aún más grosera en las manos liliales de Mila.

—Muy malo estar tú, muy malo.

Y me encontraba enorme junto a ella, como uno de esos gigantes barbudos que salen en los cuentos chinos y se comen a la princesita amarilla. Abracé a Mila en la cocina mientras el gas butano alcanzaba su apoteosis. Dimas y Gloria estaban en la terraza preparando la vajilla para cenar. Dimas había encontrado en el dormitorio de Gloria una botella de coñac y bebía constantemente. El coñac le había puesto mareante y besucón. En mis breves escapadas a la terraza, yo veía a una Gloria entre aturdida e hipnotizada y a un Dimas que hacía visajes con los ojos dentro de sus gafas y besaba los hombros oscuros de la japonesita. Mila tenía las uñas largas y picudas como los mandarines chinos. A veces me arañaba.

«Violeta...» Picó, el pianista, es un romántico que sabe decir «Violeta...», y cualquier día conseguirá que Violeta, la elegante y solitaria dama, se le entregue definitivamente, olvidando por una noche a sus angelicales nietos, que quizá le revolotearán en el subconsciente, mientras gime, como esos querubines de los cuadros religiosos y las estampas.

Los viejos maricas se reúnen en la cafetería al atardecer y se sientan en fila, muy pegados unos a otros, sin mirarse, pero sintiendo el pobre calor de sus cuerpos, dándose una tibieza que ya les va faltando. En Madrid se puede vivir de engatusar a uno de estos viejos, como se puede vivir de las turistas, aunque, naturalmente, son mucho más convenientes las de los automóviles que las de los autocares. En Madrid se puede ganar diez duros a primera hora de la mañana en el mercado de Legazpi, cargando y descargando. En Islas Filipinas hay un abrecoches epiléptico que cojea detrás de los taxis y reúne treinta o cuarenta duros todos los días. En una obra de Diego de León se admiten cuadrillas para poner ladrillos. A la salida de la estación de Delicias puede practicarse todavía el timo de la estampita y el del «tocó mocho» con la seguridad de encontrar paletos avarientos que piquen el cebo y suelten los verdes de la faja. A los billetes verdes, en los barrios de La China y La Celsa, se les llama «lagartos». Los limpiabotas de Chamberí les dicen «lechugas». Los viejos maricas han llegado a pagar una lechuga o lagarto o verderón a un actorcito barbilampiño, que ni era actorcito ni era nada, porque se fuese con uno de ellos al cine. Del viejo caserón de Chamartín nos echaron a todos en una semana porque iban a construir un rascacielos. La Eva se fue en busca de su gitano y el pianista se consiguió unas representaciones y

las alemanas se volvieron a Alemania y creo que el portero cojo tiene a sus dos mujeres fregando escaleras en los edificios oficiales mientras él pasea su cojera por el barrio de Salamanca y toma cañas de cerveza con los criados y los mecánicos de casa grande que bajan, uniformados y elegantones, a esas tabernitas de suburbio, casi clandestinas, que uno puede encontrarse a la vuelta de la esquina, inesperadamente, entre Lista y Juan Bravo, y que uno no se explicaría que clase de público pueden tener en un barrio tan poco tabernario, si no fuera por todos estos lacayos y jardineros que vienen a tomarse unos champiñones y, mientras se los toman, cuentan y no acaban de las grandezas de sus señoritos, aristócratas casi todos, condes y marqueses que hicieron la guerra española de jóvenes y salvaron este barrio, donde entonces hubo barricadas, y que antes había sido su patria como después ha seguido siéndolo.

—Tú estar malo, muy malísimo.

Besé a Mila debajo de su blusita japonesa y luego cenamos los cuatro en la terraza, casi a oscuras. Dimas y Gloria se abrazaban sentados en una misma butaca de mimbre. Después de cenar, Mila se tendió en una hamaca de paja, invadida por un cierto sopor que debía ser cosa oriental y que yo no había conocido en otras mujeres. Pasé una mano por debajo de su nuca y con la otra acariciaba sus piernas, muy torneadas dentro del estrecho pantalón. Gloria y Dimas se fueron hacia el interior de las habitaciones en sombra. Allá abajo había un débil rumor de vecindario. Unos niños jugaban entre las vías del tren. Mirando a lo lejos podían verse las luces lejanas y recientes de Carabanchel, en las nuevas edificaciones.

Hay verbenas en algunos barrios de Madrid. El verano en la ciudad es como una gran pausa de la que sólo disfrutamos quienes nos quedamos aquí. Medio Madrid sale huyendo de las aglomeraciones, de la prisa, del ruido y el humo, y no sabe toda esa gente que con su huida está creando el ansiado vacío, esa buscada paz que tampoco encontrarán en otro sitio, porque en ese otro sitio van a encontrarse otra vez los mismos. Claro que el turismo y todo eso que los periódicos llaman «población flotante», sigue entorpeciendo la buena marcha de la ciudad, pero, de todos modos, se crean en los cines, en las piscinas, en algunas calles, unos gratos e inesperados espacios vacíos adonde a uno le gusta quedarse largo rato, toda una mañana o toda una tarde, rascándose las imaginarias pulgas que siempre andan por el cuerpo subiendo y bajando, entrando y saliendo, y que no deben ser otra cosa que esta maldita impaciencia por todo y por nada, esta manera de ser ansiosa y rara que uno tiene, por la cual no le es posible estarse quieto demasiado rato ni echarle demasiada paciencia a una mujer, por muy japonesa que sea. Sin embargo, así me estuve, sintiendo en mi mano la cabecita de Mila, que al principio era liviana y luego fue cobrando peso. ¿Por qué será que las cosas —y no sé muy bien si una cabeza es exactamente una cosa— pesan más a medida que uno las soporta? Pero no llegaba a resultar desagradable, de todos modos, el peso de la cabeza de aquella chinita o japonesita o lo que rayos fuese, y mi otra mano, la derecha, andaba sobre los breves y alabeados muslos de la chica, que se comprimían dentro del pantalón, y la noche, de la barandilla para fuera, se iba quedando sin luces y sin voces, y la otra pareja había puesto la radio, cuya música sonaba en algún sitio, y el bullicio de las verbenas llegaba sin llegar hasta nosotros, a través de las zonas desiertas de la ciudad y las zonas desiertas y negrizules del cielo, que un amigo mío, radioelectricista, llama «campos magnéticos», y besé a Mila en su boca de Buda antes de llevarla, casi en brazos, a su alcoba.

A media noche, Mila se levantó e hizo café para los dos. Dimas, sentado en el suelo del living, completamente borracho, cantaba algo. Gloria, arrodillada a sus pies dentro de una bata, era ya como una de esas geishas de las películas. La ciudad sudaba su noche de agosto. Pensé en las estrechas calles que bajan a la plaza del 2 de Mayo, abrumadas de calor, rezumantes, con un botijo colgado de cada balcón; un botijo que gotea su agua y se muere de sed. Hay cerca de la honda y recogida placita del 2 de Mayo, donde Madrid es todavía pueblo de acacias y geranios, una calle donde la vegetación de las fachadas ha pasado de acera a acera y forma ya un fresco y verde túnel a la altura de los segundos pisos.

—¿Nos damos una ducha, chinita?

—Yo chinita no chinita no.

Las empleadas del Metro están dentro de su casilla despachando billetes o picando billetes. Tienen unas batas azules con botones dorados. Pasan horas y horas dentro de la casetita de madera y cristales rotos, oyendo el golpeteo de las portezuelas metálicas de acceso al Metro, ruido que seguramente ya no es un ruido para ellas; oyendo, cercano, el rumor de los trenes que llegan y de los trenes que se van, viendo pasar a gentes sin rostro que entran de uno en uno y salen en tropel. Las empleadas del Metro leen revistas ilustradas y, mientras la gente toma trenes y los deja, sube las grises escaleras, hace trasbordos, ellas reciben, en su pequeña casita, la visita de Soraya en huecograbado, de la reina de Inglaterra en cuatro colores, la visita de esas otras mujeres rutilantes que viajan en yate y no sabrían coger entre sus manos bellas e inútiles la pequeña maquinita de picar tiques del Metro. Las empleadas de la Compañía Metropolitana son en su mayoría maduras; algunas se pintan mucho y se atirantan el pelo, y hacen un pequeño reino de su casetita, donde huele a colonia dominical y a novela de amor: son a un mismo tiempo las hogareñas y las mundanas del Metro, las que quieren hacer de los rotos cristales por donde entra el frío en invierno escaparate de su pelo teñido y sus labios rojos y hogar infranqueable a cuya ventanita se asoma el viajero a pedir el billete como a pedir una limosna. Otras de estas empleadas son decididamente viejas y tienen el pelo gris y el uniforme sucio. Muy de mañana, en invierno, casi todas están tomando un café que calientan en un hornillo que hay debajo de sus piernas. Hay también algunas mujeres jóvenes, algunas muchachas a quienes se les adivina la ropa alegre y cinematográfica bajo la bata de empleadas. Suelen ser las más rápidas en picar los billetes, que sólo retienen una décima de segundo en su mano blanca y cuidada. No es frecuente verlas en la otra ventanilla, en la ventanilla del despacho de billetes, que debe ser de más responsabilidad y donde están las mujeres maduras que toman café y leen revistas o hacen cuentas con un lapicero mientras aprietan las grandes teclas que hacen surgir el billete por un tobogancito breve y empinado, adonde con frecuencia se atranca y hay que sacarlo con el dedo. En el interior de los vagones del Metro, al nivel de los cimientos de las edificaciones y las alcantarillas, van los gimnastas de cada mañana, chicos de pantalón vaquero que se sujetan a la barra central del coche y se elevan a pulso, bamboleantes por los vaivenes del tren.

—Dame un beso, chinita.

—Yo chinita no chinita no.

Casi tres millones de seres agitados por la prisa de los coches y los tranvías. Tres millones de rostros, seis millones de piernas, seis millones de manos que se sujetan a la barra del Metro, del autobús, al volante del coche, que toman recipientes del mostrador del bar, seis millones de manos que cambian monedas y las cuentan, que escriben a máquina y pulsan botones y cargan mercancías y mezclan la arena con el cemento y ordeñan vacas ciudadanas y cortan el pan y abren la puerta del ascensor y hacen girar en la cerradura la llave del piso... Dimas y Gloria se abrazaban sobre el parquet del living. Mila entrecerraba los ojos y había en ellos esa veladura de misterio

que es como una telita visual repartida entre todas las razas de Oriente, una cortinilla secreta, una manera de mirar que hace que la mirada de un chino, de un japonés, de un indio, nos llegue siempre de reojo a los occidentales. Mila tenía un reguero de sudor en la suave hendidura de su espalda. Yo besaba su cuerpo y su boca de Buda y sentía en torno tres millones de seres llevados y traídos por las escaleras mecánicas y los ascensores automáticos.

—¿Nos damos una ducha, chinita?

Yo me colocaba bajo el triángulo de agua y Mila esperaba con una toalla extendida en sus manos, como si efectivamente los orientales fuesen unos pueblos serviles y nosotros, los blancos, una raza superior. En los laboratorios de París se fabrica ahora pintura de labios con sabor a naranja, a piña, a menta, a caramelo, con el rico sabor de la naranja en sazón, de la piña natural, del caramelo, de la menta refrescante. En el tocador de Mila hay todos esos sabores, lapiceros de labios que saben y huelen deliciosamente. Empieza a resultar deconcertantemente perfecta la aventura de las japonesitas. Me tiendo en el lecho y duermo o entreduerto, pero tengo consciencia de que Mila está en algún sitio, dentro de la habitación, vigilante como un idolillo raro, mirándome.

—Que han detenido al tercer quinqui.

—Y a los encubridores.

—¿La Guardia Civil?

—Quién iba a ser.

—Si no podía acabar bien lo de Bravo Murillo...

—Pero no fue mal golpe el de la joyería.

—Andaba por Mirasierra, según parece.

—¿Y hay penas de muerte?

—Para algunos sí que las hay.

El diálogo está en la calle. Pero la pesadilla viene a los sueños alguna noche. En este breve dormir sobre la cama ligera de la japonesita hay una visión de penas de muerte y un recuerdo de aquellos feriantes de la verbena de Tetuán de las Victorias y el viejo vigilante del mercado de Santa Isabel y Bienve, el de Las Américas, con su perro peliverde, que me mira y me muerde, y Alfonsito, colgado del techo, sin que se sepa si es él, efectivamente ahorcado, o es sólo su ropa lo que cuelga, y otra vez el perro peliverde con su verde mirada, desde un rincón.

—¿Por qué me miras así, chinita?

Pero chinita dormía en la cama de al lado. Todos los días hay capturas de quinquis y batidas contra eso que los periódicos llaman «delincuencia juvenil». Cualquier día pueden echarle a uno el guante. De madrugada nos entró el sueño a los cuatro. Dormimos todos hasta bien entrada la mañana.

—¿Y cuándo volvemos por casa de las japonesitas?

—He tenido un sueño, Dimas.

—¿Un sueño?

—Sí. Como los tipos de la Historia Sagrada. Tú sabrás de eso, que eres seminarista.

—Ya no lo soy. ¿Pero cómo se te ocurre soñar con la Biblia?

—No es eso. Digo que por si acaso. Un sueño puede ser un aviso. ¿Un sueño puede ser un aviso, Dimas?

—La verdad, no sé.

—¿Y tú te ibas a hacer cura? Pues vaya un cura...

—¿Y qué pasaba en ese sueño?

—Que la japonesita me miraba.

—No tiene nada de particular que te mirase. Esperaría algo...

—No pienses cochinas, Dimas. En realidad, quien me miraba era el perro. El perro del señor Bienvenido.

—Esa oriental te ha hiptonizado, macho.

El 11 de junio de 1963, en la barriada de La Piovera, dos tipos fueron sorprendidos por fuerzas de la Guardia Civil cuando merodeaban por los chalets ocupados por los americanos con el fin de apoderarse de algunos objetos. Uno de los tipos se dio a la fuga. En la casa de Socorro de Vallecas han sido asistidos un metalúrgico de treinta y cinco años y su hija, de ocho, y otras varias personas que sufrían intoxicaciones de pronóstico reservado. De un coche estacionado en Mesonero Romanos ha sido sustraída una maleta negra, de cuero, con efectos que se valoran en 12.000 pesetas. María Schuster, de nacionalidad austríaca, domiciliada en Rafael Calvo, 36, denuncia la sustracción de 12.500 pesetas, que llevaba en un bolso de mano, en el mercado de la calle de López de Hoyos. Han sido detenidos por la Policía trece indocumentados o sospechosos de delincuencia común, dos delincuentes habituales, tres reclamados por la autoridad judicial y dos menores fugados del domicilio paterno. Íbamos junto a la vía del tren, dando patadas a los trozos de carbón quemado que había entre la hierba, caminábamos contra la luz lechosa de la mañana, dentro de la cual vivían, confundidos, transfigurados, convertidos en hermosas visiones, los humos sucios de la estación.

—Que no sé si seguir en esto o volver a tomar el arma.

—¿Te vas a convertir en un quinqui?

—De eso, nada, Dimas.

—Más vale que vayas buscándote una vieja con dinero.

—Llevo buscándola desde que nací.

—¿Y ya no hay de eso?

—Claro que hay. Cuando tú estabas en el seminario, rezando en latín, yo había hecho ya varios ligues importantes. Y eso que estaba empezando.

—¿Se me nota mucho lo del seminario?

—Se te nota un rato, macho. Cada uno tenemos nuestro seminario. A mí me hicieron hombre en el Rastro, los domingos, levantando carteras a los extranjeros.

—¿Carteras?

—Y eso que no había tanto turismo como ahora. Lo del seminario te lo noté en cuanto caíste por la cafetería.

—A las japonesitas no les habrás dicho ni palabra...

—Y ellas qué saben lo que es eso. Tengo miedo, Dimas. El cero noventa y uno está intratable.

—¿Algo pendiente?

—Casi todo. Pero no es eso lo peor.

—¿Cuál es lo peor?

Nos llegaba el bufido de una locomotora en maniobras, casi como un jadeo animal. Un tren Taf o Talgo o una cosa así se anunciaba en la lejanía. Estuvimos orinando junto a un árbol mientras pasaba aquella flecha niquelada, camino de Madrid.

—Lo peor es que no me atrevo a volver a las andadas.

—Te estarás pasando, como el Real Madrid.

—Y una mierda.

La vieja había llegado a la cafetería un anochecer, sola, y en seguida encendió un cigarrillo. Sin duda, venía dispuesta a no perder el tiempo. Estaba gorda, se le despegaba la pintura de la cara y, aunque vestía con cierta enlutada elegancia, casi me indignó que un fante así se atreviera todavía a buscar amor. Porque yo creía que buscaba amor.

—Yo sigo engañando a la familia. Es fácil.

—Ya. Pero yo no tengo familia a quien engañar.

—¿No?

—Bueno. Tengo todo un barrio por familia. Pero acabo de darles el timo. No hay nada

que hacer.

—¿Te buscan?

—Puede ser.

—Una vieja, macho. Tú has nacido para eso.

—A ver si no faltas.

Y la vieja me miraba desde su mesa y yo no tenía malditas las ganas de abandonar mi rincón de la barra, porque es éste un oficio que cansa y cada vez se está poniendo más difícil y hay que aguantarlas más viejas, que las otras, aunque sean cuarentonas, lo encuentran por la cara.

—Si es que hay mucho chulo metido a esto.

—Gente sin oficio.

—Aficionados.

El Taf o el Talgo o lo que fuese debía estar ya en Madrid, bajo la gran marquesina de la estación, vomitando por todas sus branquias gentes con maletas, viajeros en camisola, mujeres sudadas con una sombrera en la mano. La camarera me trajo una nota de la vieja. «Prefiero a Elena», pensé. Y me vino una ola de gratitud hacia mi elegante Elena, hacia aquella mujer de cócteles y embajadas. «La has hecho sufrir.» Sí, a Elena la he hecho sufrir, sin duda, y no me conmueve pensarlo. Bueno, claro que me conmueve, pero al contrario de como debiera ser. Quiero decir que no me arrepiento, sino que me siento por dentro rojo de satisfacción, endiabladamente rojo y satisfecho de haber hecho sufrir a alguien. A alguien tan importante como Elena. «Eso debe ser que tengo mala sangre», pensé. Y me enorgullecía tener mala sangre. Aunque lo que de verdad me enorgullecía era sentirme fuerte, capaz de destrozarse psicológicamente a alguien sólo con gestos y palabras; dueño de otro ser. Dominante.

—Decían en el seminario que eso es tener el demonio en el cuerpo. Desear el mal.

—Tampoco va uno a acabar como las de la calle Echegaray, Dimas. Hay que retirarse a tiempo.

—No lo harás. Vas por algo más que por dinero.

—¿Sí?

—Vas porque te gusta eso.

—¿Las viejas? ¿Gustarme a mí las viejas? ¿Habiendo esos guayabos...?

—Sí. Te gustan las viejas porque las dominas, las haces sufrir.

—¿Soy un sádico, Dimas, soy un sádico?

Y reí locamente sin dejar de andar. Llegué junto a la mesa de la vieja y me senté con indolencia, procurando no sacar las manos de los bolsillos. Pude leer en su rostro qué es lo que ella estaba leyendo en el mío: que yo era un profesional.

—¿Pues por quién me habías tomado?

—No es eso —dijo Dimas, arrojando un trozo de carbón quemado contra el tronco de un árbol, donde el choque sonó sordamente sin que el carbón se despedazase.

—Dimas, tienes cosas de seminarista.

—Sin cachondeo. Lo que quiero decirte es que esas viejas tienen dinero, han tenido, seguramente, una infancia mucho mejor que la tuya. No tenían que esperar a que llegase el domingo para robar una cartera en el Rastro...

—Pues hay chicas que sí roban. Y qué manitas.

—Tú sabes todo eso y te vengas. Te están vengando. Por eso las haces sufrir.

—Hablas como en las películas.

La vieja me ofreció uno de sus cigarrillos egipcios y yo fumé en silencio pensando que aquel tabaco sabía a paja, y ella hablaba y decía que un chico como yo estaba perdiendo el tiempo en aquella cafetería y con aquella forma de vida, de modo que Dimas caminaba un poco apartado de mí, fumando, echando al aire el humo azul de su cigarro, y la ciudad estaba cada vez más cerca, y todo olía a tren en torno nuestro. Cambié de postura.

—Las viejas me asquean y lo otro me da miedo. Sí, miedo.

Me estaba confesando con Dimas, el seminarista miope, mientras nuestras suelas destrozaban la carbonilla de la vía, que rebrillaba por un lado y se oscurecía, cenicienta, por otro, luciendo sus mil facetas negras y azuladas y plateadas, diminutas, entre el polvo.

—Pues sí que llevas tú una carrera.

—Ya ves. Creí que servía para esto.

Era la eterna disyuntiva de una vida entre la cama y la navaja. La vieja tenía algo para mí, y así lo dijo, pero no era precisamente acostarse conmigo lo que deseaba, ni mucho menos, y esto ya me alivió un poco y, sobre todo, empezó a despertar mi curiosidad. Pero el tabaco egipcio de aquella mujer sabía asquerosamente a paja.

«*Teddy-Boys* en Madrid. Cinco bandas que provocan desórdenes públicos en nuestra ciudad: Los Cascabeles, Los Látigos, Los Campanos, Los Dean y Los Ojos Negros. Dos de los cinco grupos de jóvenes que visten estrafalariamente y se presentan con nombres rebuscados, como bandas a estilo *teddy-boys*, se han enfrentado, en una verdadera batalla, en la sala de fiestas Las Marismas, situada junto al puente de Segovia. Irrumpieron en el salón de baile cuando los clientes, decenas de jóvenes de parecida edad, pero de otro estilo, con los que convivían personas de edad más madura, se divertían en un orden perfecto. Los gamberros, al enfrentarse, alteraron ese buen orden y forzaron a intervenir a la Guardia Civil del cercano cuesto. Se efectuaron varias detenciones entre Los Cascabeles y dos entre Los Látigos.»

—Tengo miedo, Dimas.

La libertad. Era la pérdida de la libertad. Madrid ya no es una alegre travesía que puede hacerse de cualquier forma y a cualquier hora. Madrid tiene ahora mil ojos que te vigilan. La vieja se explicó. Su tabaco sabía a paja, pero ella, sin duda, podía devolverme a una vida un poco más confortable. Nunca había pensado en trabajar por cuenta ajena. Sin embargo, me interesó la idea. «Las primeras demostraciones tumultuarias de juvenuelos fueron la salida en estampida de una sesión de baile en el Price y otra salida del mismo tipo acaecida en la plaza de toros, donde actuaron los Beatles americanos. En la primera ocasión se causaron daños en varios automóviles; en la segunda quedó seriamente deteriorado un vagón del Metro. En ambas intervino la fuerza pública y sé practicaron detenciones.»

—¿Y cómo has hecho hasta ahora?

—Yo qué sé. Trabajaba por mi cuenta.

—Eso se va a acabar. Tú tienes condiciones.

—Toma. Es que si no las tuviese ya me habría muerto de hambre.

—Puedes decir que no has empezado.

—¿Quieres que te cuente...?

—No me cuentes nada. Te digo que no has empezado.

—¿Y cómo has dicho que te llamas?

—Tienes, cómo diría yo, experiencia física. Pero nada más. Cinta. Me llamo Cinta.

—¿Te parece poco? Pero no creas que me entrego. He aprendido a reservarme.

—El negocio está mejor que nunca.

—Quizá. Yo creo que si no fuera por el turismo...

—Tú qué sabes.

—Cinta, me cabrea un poco que me tomes por tonto.

—Un genio tampoco eres. Habrá que empezar en seguida.

—Entonces, ¿te dedicas a niños subnormales?

—Tengo varios compromisos.

—¿Y los vas a cubrir conmigo?

Lo mejor es estar en forma. Tanto para lo uno como para lo otro. Así que mucha piscina. Mucha piscina. Pero ahí están ellas, con sus bikinis pequeñitos, con su manera de pararse y doblar una pierna, sacando la cadera contraria. Huele bien toda esa carne mojada y joven, todo este paraíso de mujeres que, al descubrir casi todo su cuerpo, su anatomía adulta, resultan más niñas, paradójicamente. Es un aroma leve y fresco. La carne, con el agua y el aire libre, pierde su hediondez de cosa escondida y exudante. Se convierte en una materia común y nada hipócrita. Uno cree que está tranquilo contemplando toda esa armonía de piel y cabellos femeninos al sol, pero en cuanto te pones la ropa y sales a la calle y empieza a actuar la memoria, la imaginación, que ha estado agazapada, inhibida por la presencia de lo inmediato, ya no hay quien pare. O abrazas a una mujer o te vuelves loco.

—Hay quien se interesa por ti expresamente.

—No entiendo.

—He estado aquí otras veces, vigilándote.

—¿A mí?

—He traído a una clienta que fue quien me hizo fijarme en ti. Quiere conocerte.

—Cincuenta años y reumática, supongo.

—Supon, mejor, un Alfa y una suite como no la has visto en tu vida.

—Dinero es lo que me hace falta. Dinero para gastármelo yo como me dé la gana. No una cárcel de almohadones. Dile a la del Alfa...

—Espera.

—Tienes razón. Y a lo mejor un día me arrepiento. Pero dile, de momento, que no soy un caniche.

—Soy una mujer paciente.

—De todos modos, esto no va a estropear el negocio. Dile que no soy un caniche, ¿quieres? Nunca se lo he dicho a ninguna mujer, y me apetece...

—Díselo tú mismo.

Me gustó la salida. Me dejó cortado. En realidad, yo estaba encareciendo la mercancía y nada más, con todas aquellas bravatas, pero me resultaba horrible confesarme esto a mí mismo e insistía en la actitud rebelde y digna, hasta llevarlo demasiado lejos. Sin embargo, cuando mayor fuese mi resistencia, la resistencia de mi rara y divertida virtud, más caro me estaba vendiendo a mí mismo, de modo que no destripaba un negocio, sino que lo redondeaba más y más... Es lo que le ocurre a la guapa virtuosa en su primera salida, que la virtud se le convierte continuamente en sexy, hasta que ya no hay tal virtud, sino un hermoso encarecimiento de la mercancía que acabará deslumbrándola a ella misma. Sólo que las chicas piensan menos y no se dan cuenta de esto ni se explican, luego, cómo han caído cuando más firme era su voluntad de resistir. Claro que tampoco tengo ningún derecho a compararme con una de esasavecillas cándidas, pero creo que era en cierto modo sincero cuando le decía que no a Cinta, si bien mi clarividencia de la inmediata capitalización de ese «no» y de cada uno de mis «noes» me impedía por momentos el seguir siéndolo.

—Te aseguro, Cinta, que no estoy encareciendo el género...

—Mira dónde tenemos al tipo.

Estaban allí, frente a mí, con sus bañadores grandes y arrugados como unos feos calzoncillos de rayas. El sol, delante, o detrás, me impedía abrir los ojos del todo y verles bien, reconocerles, pero su frase me despertó por completo. «Mira dónde tenemos al tipo.» El tranviario-ventrílocuo y otro del barrio. Me habían encontrado. ¿Me buscaban? Quizá todo fuera casualidad.

—Déjate de cumplidos, señorito.

Se pusieron uno a cada lado de mí y anduvimos por el borde de la piscina. Querían sacarme fuera sin escándalo. De pronto, recordé algo. El tranviario no sabía nadar. Solía ir a las piscinas a ducharse. Lo empujé bruscamente y salí corriendo. El otro tipo me perseguía, pero el tranviario había caído al agua con gran revuelo y pedía socorro. Creo que mi perseguidor dudó un momento y luego se echó dentro de la piscina. Otros bañistas acudían ya a socorrer al tranviario. No sé cómo tuve tiempo de saltar la tapia de la piscina. Corrí en bañador sobre los escombros que marginaban el río. Sentí varios cortes en mis pies desnudos. Un guarda me salió al paso bajo el puente de los franceses y luchamos directamente. Recibí un brutal puñetazo en la nariz.

—¿Cuáles son las condiciones?

—No hay condiciones. Tú vives, tienes un empleo seguro, te ocupes o no.

—¿A qué le llamas vivir, Cinta?

La vieja parecía mi tía materna dándome consejos familiares.

—A llevar dinero en el bolsillo y poder gastarlo.

—Ya.

—Pero no me has dicho que sí.

—¿Tengo que decírtelo?

—Puedo darte el primer billete para una camisa.

—Están más baratas.

—No seas ingenioso y cógelo.

El guarda quedó en el suelo, gritando. Me escondí en la arboleda y luego trepé a la copa de un árbol. Estuve allí subido hasta que fue de noche. Las ramillas del árbol me pinchaban en el cuerpo. Era delicioso sentir el aire de la noche en la piel desnuda. «Hoy sí que he tomado el sol», me dije. Y caminé entre los arbustos hasta encontrar una hondonada donde dormí unas horas. Los del barrio me buscaban, sin duda, para vengarse de la traición. No había estado bien lo que le hice al viejo Bienve. «Acabarás entre los colmillos de su perro peliverde.» Fui el primer bañista de la piscina, al día siguiente. Nadie me buscaría en aquel sitio. En efecto, pude caminar entre las chicas tostadas y los tipos peludos, hasta llegar al vestuario económico.

—Si no aguanto a la reumática, te devolveré el dinero.

—Nada de reumática. Te va a dar trabajo.

Tomé, al azar unas copas que quizá eran, más o menos, de mi medida. Y salí de la piscina distraídamente. Pero la gente se volvía a mirarme. Y esto me sobresaltó.

—Está el negocio imposible.

—Porque no sabéis administraros.

—Si es que hay mucho aficionado.

—En esto, todos sois aficionados.

Cinta había vuelto a dejarme cortado.

—Pues puede que tengas razón.

—Lo que hace falta es trabajar y que vivamos todos.

—Sobre todo, tú.

—Qué poca clase tienes, condenado:

Había conseguido irritarla y esto me divirtió. No traté de ocultarlo. Me llevé una mano a la nariz. Sangre. El puñetazo del guarda. Entré en un bar y busqué el lavabo. El espejo me devolvió una imagen lamentable de mí mismo. En principio no me reconocí. Aquella ropa marrón, hortera, y aquel rostro de nariz tumefacta eran los de un quinqui de esos que salen retratados en los periódicos. Me lavé la cara como pude. En la chaqueta robada había un peine poblado de caspa. Tuve que usarlo. Seguía sin ser yo.

—¿No te echaron mano, entonces?

—Escapé por pelos.

—Pero seguirán al acecho.

—Sí. Deben estar en la pista.

Necesitaba un cambio brusco de vida, de ambiente, para desaparecer de la vista de mis queridos convecinos del barrio de Las Américas.

—Mira que si llega a ahogarse el tranviario...

—Todo hubiera podido ser.

—Cinta era la salvación, Cinta supuso ese cambio de vida.

—Pero hay que arreglarle un poco esa nariz.

Y me arreglaron. La clínica olía a enfermedad, como todas las clínicas. Había niños que esperaban para ser operados de amigdalitis. Jugaban a sus cosas en el vestíbulo, ajenos al peligro. Luego se los iban llevando de uno en uno y se les oía aullar como corderos, al fondo de la clínica. Aquello era como la degollación de los inocentes. A mí me sentaron en una silla metálica y me pusieron muchas luces en la cara. La monja quería cortarme el pelo. El médico era un tipo de ojos claros que parecía muy divertido de urgarme en la nariz con una aguja. Yo me sentía la cara como una bota de cuero recosida por un talabartero. Me hicieron beber algo que, cuando yo lo escupía, salía verde. Me fui de la clínica completamente mareado, pero con la inefable sensación de ser todo yo de cuero insensible al que se puede recoser una y otra vez.

—Esta noche te presentaré a la dama del Alfa.

—Tanto gusto.

Las cosas no fueron ni más fáciles ni más difíciles que otras veces. Después de la señora del Alfa, que, afortunadamente, no estaba reumática, vinieron otras señoras. Cinta tenía bien montado su negocio. Recuerdo a un sueco rubio, de gafas, y a un mozallón moreno, alto, que Cinta se reservaba para sí, salvo en los casos de emergencia.

—La del sueco quiere conocerte.

Había, por lo visto, cierto parecido físico entre el sueco y yo, de modo que todas mis señoras pasaban luego por él, y viceversa.

—¿Pero es que nos confunden?

—No. Pero os encuentran parecidos y no se conforman con uno solo.

Supongo que era como si una mujer muy hermosa tuviese dos cuerpos idénticos. Aun siendo idénticos, uno querría acostarse con los dos. Así marchaban las cosas. Uno podía tomarse dos semanas de vacaciones de vez en cuando.

—Procura que no te eche mano el tranviario. Eres mi mejor negocio.

—Dame dinero para taxis y así no tendré que tomar tranvías.

Pero el miedo de saber que entre casi tres millones de madrileños hay dos que le buscan a uno para meterle una navaja de afeitar en el cuerpo —la gente de mi barrio ha manejado siempre con cierta gracia la navaja de afeitar—, no es nada tranquilizador. Yo pensaba en los días del puente de Toledo, junto a Lili y sus padres, cuando tanto desconfiaba de volver a estas tardes indolentes en el vestíbulo de un hotel de lujo, a estas noches con baile hasta la madrugada y una mujer a la que uno puede hacer el amor sin haber llegado siquiera a la confianza imprescindible para pasar al tuteo. La señora del Alfa tenía una sobrina llamada Bruna, a quien me presentaron un día en Puerta de Hierro.

—De modo que eres amigo de tía Victoria. Sí, ella ha viajado mucho...

—El que no ha viajado nada soy yo —dije, en un golpe de sinceridad.

Pero a Bruna le hizo gracia mi salida.

—Sí, tiene amistades muy raras.

—¿Entonces, te parezco raro?

—Chico, no se puede hablar contigo.

El césped y la orquesta. Ese whisky olvidado que queda en el fondo del vaso. Los claros vestidos de las mujeres.

—Lo que pasa es que quieres saberlo todo.

Bruna no se explicaba qué clase de amistad podía unirnos a su tía y a mí, pero tampoco ponía especial denuedo en averiguarlo, y esto es lo que me irritaba, pues hubiese querido arrojarle al rostro la verdad, de pronto, aun teniendo muy presente toda la mediocridad melodramática de este gesto. «La verdad es que, como me dice Cinta, no tengo ninguna clase.» Bruna era delgada, sin apenas formas. Vestía con buen gusto, con sentido y gracia para la elección personal. Tenía los ojos un poco achinados y no muy grandes. Adivinaba en ella una excitante facilidad. Creo que no habría ocurrido nada si yo la hubiese abrazado de improviso, en el jardín. Esta certidumbre me hacía retrasar el abrazo y, con el voluntario retraso, crecía mi deseo por la muchacha.

Las chimeneas y las fábricas están hacia el Sur. Por la carreteras que escapan de Madrid en esa dirección, y por las que abrazan la ciudad en su costado Este, obreros y bicicletas transitan cada mañana, cada atardecer, bajo el cielo sonoro de las sirenas que marcan el comienzo y el final de la jornada. Es un caminar sin sol, con los pies gastados, un pedalear de cientos de piernas, de miles de piernas, una pacífica manifestación del mahón y la pana, del cáñamo, del lienzo. Madrid tenía artesanos, obreros manuales de quehacer tranquilo. Estos obreros industriales han llegado de todas las puntas de España, y son todavía medios seres, hombres vestidos de un color azul grasiento e industrial sobre su piel agrícola, campesina. Los maricas se reúnen al anochecer en las terrazas de los cafés de Recoletos, en grupos amplios, y de vez en cuando reciben la visita de un homosexual alto, con rostro de mujer, que llega de una manera espectacular. Se observan unos a otros mientras conversan, como en una reunión de señoras o de muchachitas. Llevan camisas de alto cuello y puños muy visibles. Llevan el pelo recogido en una gran vertiente, a un lado de la cabeza. Son correctos y huelen bien. Madrid ha sufrido una inmigración obrera que mezcla los acentos regionales y los olores de las comarcas, el sudor fuerte de Extremadura y la dulce gañanía asturiana, la saliva y la sangre de muchas tierras. Hay un salón en rojo, de clima velado y espejos negros. Es un bar o club de dos plantas, con barra y dorados tresillos decadentes por los rincones, en tertulia del terciopelo y el estucado, de la purpurina y el peluche. Gentes a media voz van y vienen por este local sin resonancias, toman bebidas alcohólicas, se miran unos a otros a través de la niebla roja y perfumada de los salones, como dentro de un infierno decimonónico y suntuario. Los obreros andaluces siguen haciendo su gazpacho al regreso de la fábrica, de la obra, del tajo de cada día, y los castellanos guisan su sopa de ajo y los gallegos abren sus oscuros fardeles perfumados de cebolla. Hay un taxista que lleva al lado del volante tres retratos familiares, las fotografías de sus tres hijos; tres niños sonrientes, borrosos, uno de ellos con sombrero de paja. Un confuso fondo veraniego es común a las tres fotografías, debajo de las cuales se lee: «No corras. Te esperamos».

—¿Y dónde dices que has estudiado?

No era fácil explicarle a Bruna dónde había estudiado uno. Bruna tenía un pequeño automóvil en cuyos asientos había siempre libros.

—Tenía ganas de entrar en tu coche. Es casi como entrar en tu habitación, Bruna.

—Aparta esos libros y ponte cómodo.

Corrimos con el coche por las carreteras que limitan la ciudad en su parte Este, por las carreteras que escapan de Madrid hacia el Sur. Los obreros venían en sus bicicletas, o a pie, entre las cunetas y los árboles, o en camiones abiertos desde los cuales gritaban, y el sol estaba rojo y besé a Bruna con los ojos cerrados, en el cuello, mientras ella conducía, escuchando las voces fuertes de los obreros, que protestaban alegremente de aquello, y sintiéndome ebrio una vez más, como en otras ocasiones de mi vida, dentro de aquel juego que me situaba enfrente de los míos y confundido con esta otra gente de los automóviles y los libros. Yo era un señorito que besaba a una señorita dentro de un automóvil, por las carreteras flanqueadas de fábricas y factorías.

—Se lo diré a mi tía.

—¿No me pedirá ella un beso?

Y Bruna rió de la broma, sin sospechar hasta qué punto era una broma con la verdad. Estuvimos «haciendo kilómetros», como decía ella, hasta bien entrada la noche.

Yo no conocía «El trallazo». Era un bar rústico y carísimo que había en un recodo de la carretera. Bruna dejó el coche entre los árboles y salimos al exterior. El vientecillo nocturno nos limpió a uno del otro, refrescó en mi piel el calor de la piel de Bruna, a quien había tenido contra mí. En el interior de aquella cabaña estaban las gentes características de Serrano, las mismas parejas, más o menos, que podía uno encontrarse en el barrio de Salamanca a la hora de los habituales. Pero todo era como

un poco clandestino en «El trallazo». El público y los camareros parecían comunicarse mediante valores entendidos. El sitio estaba entre cabaña de caza, refugio de invierno, albergue de montaña, casa de citas y bar americano, sin llegar a ser decididamente ninguna de estas cosas. Bruna y yo nos sentamos cerca de la apagada chimenea. Había rostros con el sello inconfundible, con el rictus entre cruel y complaciente de los seres privilegiados. En alguna cara femenina, en cambio, descubría yo a la audaz, a la osada, a la prostituta que ha conseguido una apariencia elegante, una personalidad confusa entre modelo y actriz de cine.

—¿Te diviertes?

—Me he divertido.

—¿Ya no?

—Puedo soportar todavía unos minutos más sin matarme de aburrimiento.

Había conseguido imitar el lenguaje de esta gente. Creo que este mimetismo de las palabras puede ayudarle a uno mucho.

—No creo que seas hombre para una sola noche...

Pero hay por Madrid dos hombres que te buscan. Hay un tranviario-ventrílocuo y otro tipo de «Las Américas» que están decididos a vengar al barrio. Duermen los obreros de las factorías de Doctor Esquerdo y de la carretera de Andalucía, mientras otros obreros hacen su turno, laminan chapas, accionan grúas, enfrían aceros, y se llenan de sugestión las luces del salón rojo y prolongan su tertulia hasta la madrugada los homosexuales que se han quedado sin deseo, y corre por Madrid un taxi con tres retratos de tres niños, que son los hijos del taxista. Bruna y yo nos besamos decididamente.

—¿Hay camas en esta cueva? —pregunté de un modo un poco brutal. El pintor pederasta tiene un novio francés, un muchachito redondeado y silencioso con abundante y aplastado cabello negro. El pintor pederasta pinta durante toda la noche, con luz artificial, antes o después de haber amado al francés silencioso. Debajo de las tres fotografías infantiles: «No corras. Te esperamos». Un rumor de motores nos sobresaltó levemente a todos, dentro de la cabaña. Los albañiles almuerzan debajo del andamio, a la sombra. Un camarero se acercó a la ventana para saber quién llegaba.

—El Daniel se ha traído un abrelatas a la obra.

—Para que veas.

—Te voy a regalar yo un descorchador de botellas.

—Gracias. No bebo champán.

—Tengo yo abrelatas de esos que cortan solos.

—Aquí me traigo otra trucha.

—Es un pez que no me va.

—Para qué quiero yo abrelatas si no me gustan las conservas.

—En todos los tajos hay un tipo raro que no le gustan las truchas.

—Es un pez que no me va.

—Pásate la coca-cola.

—En el pueblo las hay, a cientos.

—Hace años, yo las cogía con la mano.

—Las han echado al pantano. Están recriando de miedo.

—Es un pez que no me va.

—¿Que hay truchas en aquel pueblo?

—Lo que hay allí es mucha mierda.

—Pero van a veranear los adinerados.

—Y algún pobre irá pidiendo.

—Ya salió éste con sus coñas.

—Toma una trucha y achanta, macho.

—Es un pez que no me va.

Pero seguía el suave murmullo de las conversaciones dentro de «El trallazo». Los albañiles se reparten una trucha debajo del andamio, o en la taberna, al anochecer. Las sirenas de las fábricas son como una voz intrusa en el cielo de Madrid, cielo azul de jardines adonde ahora se pinta un humo de chimeneas. Los camareros dieron la alarma. Nos pusimos en pie.

—Tienen pinta de gamberros.

—Traen media docena de motos.

—Pero deben ser peligrosos.

Imaginé, más o menos, de lo que se trataba.

—¡Vamos arriba!

Tomé a Bruna de un brazo y corrimos por la escalera de troncos que llevaba a la parte superior de la cabaña; quizás, a las alcobas.

—¡Cuidado! ¡Vienen armados!

La prensa ha hablado de ellos últimamente. «Están más organizados que en mis tiempos», pensé.

—¿Qué ocurre, por favor?

Bruna estaba despavorida.

—Nada. Son unos gamberros que seguramente se aburrían esta noche.

Cruzamos un corredor y salimos al tejado por una tronera. Se abrió otra tronera al lado de la nuestra. Un hombre calvo me miraba con asombro. Su pareja debía estar aún en el lecho.

—¿Qué ocurre, oiga? Éste es un sitio...

—Chistsss.

Miré hacia abajo. Conté las motos, que estaban estacionadas en batería, por las luces y los pilotos. Había bronca, sin duda, en el interior del establecimiento. Se oían gritos femeninos. Siete motos. Catorce buenos chicos, seguramente. La luz de los faros iluminaba a tres de ellos, que permanecían en el exterior con los brazos un poco extendidos, como para detener el paso a quien tratase de huir. Bruna vino a mi lado.

—¿Van a asesinarnos?

—No es probable. Sólo querrán divertirse un poquito.

Eran tres chicos muy jóvenes, con pantalones acampanados, melenas y unas cadenas pendientes de sus manos. Uno de ellos se separó de los otros y fue hacia los coches que los clientes de «El trallazo» habían estacionado entre los árboles.

—¿Y ahora?

—Ahora, ese cerdo va a embellecer tu automóvil.

Los otros dos tipos forcejeaban con una chica rubia y un camarero. Su compañero golpeaba con la cadena faros, el interior de los vehículos... Actuaba con lentitud, con sadismo.

—¡Ahora va a por el nuestro!

Bruna había dicho «el nuestro», y no «el mío». Salté del tejado y caí sobre la blanda tierra que rodeaba la construcción.

—¡Cuidado! —gritó Bruna desde arriba.

Corrí hacia el tipo de la cadena y peleamos un momento. Tenía una piel resbaladiza que me impedía hacerme con él. De pronto, sin saber cómo, tuve su cadena en mis manos. Le azoté las piernas y cayó de rodillas. De una patada en el rostro conseguí tumbarle.

—¡Arrójate sin miedo!

Bruna cayó a mi lado y la arrastré hasta el coche. Entre un puñado de objetos menudos que obtuve del interior de su bolso estaban las llaves del vehículo. Me puse al volante. Cuando acelerábamos por la carretera, la banda en pleno saltaba sobre las motos.

—¡Va a ser horrible! —dijo Bruna.

Pero sólo hubo unos minutos de persecución. Detrás venían los policías motorizados

de la carretera. Por el espejo retrovisor vi una hoguera de luces que se alejaba más y más.

—Ha sido para morirse... —musitó Bruna. Pero entramos suavemente en Madrid.

—Mañana lo leerás todo en el periódico.

—Me va a parecer mentira.

—No puedo dejarte toda la noche con este susto...

Bruna apoyó su frente en mi mano, sobre el volante. Cuando llegamos al apartamento de Cinta tuve que explicarle algunas cosas.

—Aquí vive alguien que conoces. Una amiga de tu tía, precisamente. Está de viaje y me lo ha prestado.

—No entiendo tu amistad con todas esas viejas locas.

—Es de mal gusto que una niña hable así de su tía más querida.

Bruna lo miraba todo en torno. Era un apartamento completamente impersonal, amueblado en serie. Sin duda, el detalle revelador estaría en cualquier parte, pero yo confiaba en que Bruna no acertase a encontrarlo. No era una chica demasiado sagaz. De todos modos, la tomé por los hombros y la besé.

—¿Ha terminado tu inspección?

Bruna no puede saber que en este mismo lecho ha estado su tía, la venerada y venerable hermana de su madre, «la única sustitua posible de mamá», no hace mucho tiempo, conmigo. Bruna tiene los brazos delgados, las piernas delgadas, la nariz un poquito grande y los ojos achinados. He amado a Bruna en una noche de verano.

—Eres raro. Quiero saber cómo eres.

Las fábricas de Madrid son de nueva planta y están al sudeste. Los obreros industriales han llegado de todos los puntos de España. Son labriegos emigrados. Pueblan las carreteras de madrugada y al atardecer. Los homosexuales del paseo de Recoletos reciben de vez en cuando en su velador la visita de un muchacho con cara de muchacha, al que observan de arriba a abajo mientras le saludan. Hay un salón rojo con espejos negros y pienso en Elena, en Luz, en Olga, en Sofía, en Marijuana, en Bárbara... Pienso en una Elenaluzolgasofíamarijuanabárbara múltiple e igual a sí misma. En una sola mujer de muchas caras y muchos nombres de la que tendría que hablarle ahora a Bruna para que supiera qué soy, quién soy, cómo soy.

—¿Quieres que hagamos café?

—Eres un vicioso del café.

Es el café frío que he tomado tantas veces después de esto, después de una mujer que aún se despereza en el lecho y tarda en recuperar su escultura psicológica, la traza de inviolable que ha de adoptar en cuanto esté de pie, las defensas naturales de su alma femenina. Bruna cree que estamos solos en el piso. Bruna no sabe que Cinta está en algún sitio y quizá nos observa y, de todos modos, va a enfadarse por esto y a reñirme en cuanto nos quedemos a solas.

Se abrió la puerta de la habitación. «Cinta», me dije. Era la tía de Bruna.

La casa de doña Agapita, con su olor a guiso, las aventuras nocturnas con la banda del argentino, la muerte de Alfonsito, Olga y su vieja rezadora, los gitanos del arroyo Aroñigal, el caserón de Chamartín de la Rosa, Luz, Bárbara y sus ojos de piel-roja, la Mari, la pobre, a quien nadie echa de menos en las noches de la Gran Vía, las japonesitas, el pintor-carnicero de Las Américas, mi buena gente traicionada, la libertad, qué sé yo. Esto de la libertad es una angustia, un vértigo, una necesidad de irse siempre a otra parte. ¿Y siempre así? Uno se enamora de su existencia, de esta vida peligrosa, y teme que los demás —una mujer, un jefe, un enemigo— vayan a disponer de ella a decirle a uno que si así o asá, que si por aquí o por allá. Pero los días pasan y una gente nueva —los de las cadenas y los pantalones acampanados— empieza a adueñarse de las calles. Por otra parte, cada vez hay más guardias. Pensando un rato en estas cosas uno llega a la conclusión de que nada se resuelve con pensar, de que no hay otra salida posible que tirar para adelante. Y, una vez llegado a esta conclusión, el tirar para adelante deja ya de ser la solución desesperada, el encajonamiento, y se puebla otra vez de posibilidades. Lo que uno creía un callejón sin salida, resulta que es otra vez la libertad, la amplitud, el no saber nada de hoy para mañana. La indiferencia es un cristal que nos aleja el sentido de las cosas, y a través de esta repentina indiferencia que me sube a veces y se me pone delante de los ojos, como cuando uno, girando la manivela del taxi, hace subir el cristal de la ventanilla, veo ahora a dos mujeres, una vieja y otra joven, que hacen gestos lentos o rápidos, que inician ademanes, que quizá hablan y discuten o quizá lloran y se llaman de nombre Bruna y no recuerdo qué otra cosa.

—¿Y nunca has probado en el cine?

En las fiestas de Cinta solía estar María, una actriz italiana de grandes ojos, largos labios y rostro un poco triangular. María tiene una hija muy pequeña, rebelde, que se niega a ser amiga mía. No. Nunca he probado a trabajar en el cine y me parece una tontería esa pregunta, o me lo parecería si creyera que María me lo pregunta realmente. Pero es sólo una forma de halago o de cortesía. He estado en su alto piso del pequeño Manhattan madrileño. Amo sus conversaciones de pájaro parlanchín, su mezcla constante del italiano y el español, sus juegos con la niña y este equívoco que hay entre nosotros. Aunque puede ser que no haya ningún equívoco.

—No. No lo hay. Tú vives de esos pobres loros.

Me lo dijo así. Estábamos en la terraza de su piso. Ella se había puesto un pantalón y una camisa de teddy-boy. Recuerdo a la niña jugando a planchadora con una alta y aparatosa plancha antigua que decora el vestíbulo del apartamento.

—Bueno, sí. Nadie me había propuesto lo del cine, antes de conocerte.

—¿Pero de verdad te gusta el *cap* de frutas?

Y me sirvió más *cap* de frutas. Podía ser un giro piadoso a la conversación. Podía ser que no le daba mayor importancia a todo aquello y de pronto habíamos dejado de interesarle yo y mis loros enriquecidos.

—Aquí no llega el humo de Madrid.

—Ni el ruido.

—Lo he tomado por la niña.

—Era más fácil llevarla al Retiro.

—No creas. Va mucho sádico.

Llamaba sádicos a los viciosos solitarios, a los corruptores de niños que se mueven por los parques.

—Es una tontería, pero vivo obsesionada con eso. Temo por la niña constantemente. En Inglaterra hay muchos malvados que pervierten a un niño o abusan de él y luego lo asesinan.

Veo a dos mujeres, una vieja y la otra joven. Veo a Bruna con un largo camisón que debe ser de Cinta.

Veo a la mujer vieja con un vestido de noche, también largo, y esas telas colgantes y esos gestos tienen algo de tragedia antigua de esas que ahora están otra vez de moda. La muchacha se ha incorporado en el lecho y luego vuelve a caer en él.

—Los parques londinenses están llenos de esos maniáticos que buscan niños o niñas para sus experiencias.

La indiferencia es un cristal que nos distancia el sentido de las cosas. Ha vuelto a incorporarse la muchacha, vivamente, como si el lecho quemase. Huye de él, huye del lugar de su pecado, como si éste no fuese evidente, como si el permanecer allí tendida supusiera una aceptación de lo hecho y una nueva caída. La vieja está lamentable, llorosa con las manos crispadas sobre el ajado escote. De pronto reacciona y cobra grandeza y cobra grandeza de personaje de teatro. Me mira.

—No estamos en Londres. Allí, con eso de la niebla...

María se echó a reír. Mi estúpido argumento de la niebla, ni siquiera formulado, lo había tomado como una ironía.

—Eso. Será la niebla.

Me avergonzó pensar que yo lo había dicho en serio. Vimos allá abajo una larga autopista flanqueada de estructuras metálicas que en seguida iban a ser nuevos edificios levantados sobre los desmontes de lo que ya casi era la provincia de Madrid.

—La verdad es que eres raro.

—Sí. Me lo han dicho varias veces en poco tiempo.

—¿No has tenido buena infancia, verdad?

—En las películas siempre habláis de la infancia. Todo lo explicáis con eso.

—Qué tontería. Una no sabe de qué habla en las películas. Los guiones suele escribirlos un señor de gafas. Lo que más te preocupa es que dé bien el maquillaje.

—Sí. El cine siempre me ha parecido un truco.

—Además, suele ser otra quien me doble. Si te dijese que ni me entero, a veces, de lo que he dicho...

—Te pagan sólo por guapa. Y me parece bien.

Pero era un elogio burdo. Tomé su mano un poco huesuda.

—¿No serás tú un destripador de niñas que quiere deshacerse primero de la madre?

Reímos juntos levantando en alto las copas. Veo el rostro demudado de Bruna, su rara palidez, el brazo majestuoso de la vieja, que no sé si amenaza o suplica, el vencimiento de todo ese cuerpo caduco que parece haber comunicado su decrepitud a la ropa lujosa que lo envuelve. La vieja se ha sentado. No me repugna en absoluto contemplarla porque no recuerdo cómo era cuando la vi desnuda. Bruna se acerca a ella y parecen haberse cambiado los papeles. Bruna lleva ahora la iniciativa, posa una mano en el cuello de la otra mujer, apaga una luz excesiva que la intrusa encendió al llegar.

—Sabes que me gustas mucho.

—No lo vas a conseguir.

—¿El qué?

Tenía el desagradable presentimiento de que María no iba a entregármeme nunca. Sin duda era una mujer muy fría, pero su experiencia de actriz le permitía ensayar continuamente la farsa de la coquetería. Las semanas bajo el puente de Toledo, la gente de Las Américas y de la calle Mira el Sol, al anochecer, aquel descapotable que ardió entero en la glorieta de san Bernardo. Y ahora, este cristal de indiferencia, tras el cual dos mujeres —una de edad madura y otra casi adolescente— se mueven con la desolada lentitud de las almas en pena, dentro de sus ropas largas, un poco flotantes. Me repito mentalmente que todo es por mí y trato de despertarme dentro de la crueldad, como cuando pienso en el sufrimiento de Elena o de la Mari, pero uno no es cruel a voluntad —ése sería el verdadero monstruo—, sino cuando ni siquiera piensa en serlo o cuando tiene verdadera necesidad de venganza. La verdadera crueldad

debe ser un acto completamente desinteresado y un tipo como yo, tan lleno por dentro de cosas que vengar, no puede permitirse una crueldad generosa y desinteresada.

—Matan por matar. No tienen nada, naturalmente, contra esos pobres niños.

Está adorable. Le viene del cielo una luz rara que toma vida en sus ojos de gata enorme. Besé su mano, en cuyos dedos había suaves prominencias huesudas, como sortijas interiores, como si llevase ensortijado el esqueleto.

—No. Hubo una loca, en Escocia, me parece, que mataba a las niñas porque ella era estéril.

—Qué horror.

—Un sentimiento de maternidad degenerado.

—Siempre me ha hecho pensar mucho la degollación de los inocentes.

—Lo recuerdo en el libro del colegio. Era una hermosa lámina por donde volaban los niños, pero no como vuelan los angelitos en las estampas religiosas.

—Toda esa carnecita sacrificada... ¡Niña!

Y reñía a la niña por cualquier cosa, como desahogando un culpable e inexistente sentimiento de maternidad irresponsable.

—Pero si no he sido mala... ¿Verdad que no he sido mala?

Entonces, María estaba más lejos de mí que nunca. Se le notaba que creía estar traicionando a la niña.

Y se dedicaba a quererla. Pero como su sentimiento era culpable, exasperado, la quería a bofetadas. Su rara manía persecutoria estaba polarizada en la niña, a quien creía acechada por los solitarios del Retiro e incluso por los amigos que subíamos a casa para charlar con ella, con la madre.

—Nunca llevaré a mi niña a Londres.

Veo a la vieja con el cuerpo derrumbado y la cabeza erguida, como emergiendo de sus propias ruinas fisiológicas. Bruna llora de espaldas a un gran espejo. Su imagen reflejada en la luna crea una duplicidad que hace falsa toda la escena. No puedo tomar en serio el sentimiento de esas mujeres. La indiferencia es un cristal... Etcétera.

—¿Ni tampoco al Retiro?

Era como si un ojo único, asomando tras el tronco de un árbol del Retiro, enviase su mirada a través de la ciudad, hasta la alta estancia donde nos encontrábamos, hasta el cuerpo redondeado de la niña, que muestra en sus juegos una punta de la braga. Juraría que la actriz desea cerrar el ventanal para que no penetre esa mirada. Una luz convaleciente ponía su alegría falsa, su precaria salud, en la carne de las dos mujeres. Bruna tiene los brazos desnudos. Su tía también. Deseo salir de aquí y tomar el fresco aire nocturno como si saliese del cine, olvidando toda esta tragedia como se olvidan, sin esfuerzo, las tragedias cinematográficas que minutos antes nos han conmovido.

—¿Tú quieres a la niña?

—No te diré que la quiero demasiado.

—¿Por qué?

—Eso me haría sospechoso.

Volvimos a reír. Está muy claro que yo mimo a la niña en un movimiento de aproximación a la madre.

Y esto lo sabe María. Pero su subconsciente atrapa esta evidencia y la esconde. Y se convierte él en evidencia, pasa a primer término. El planteamiento normal de la cuestión sería éste: María se siente culpable cada vez que se entrega a un flirt. Culpable de traición sentimental a su hija. Pero invierte todo esto y lo convierte en un planteamiento anormal donde el subconsciente viene a primer plano, como en los sueños, de modo que de su galán hace un perseguidor de la niña con quien ella está colaborando al dejarse galantear frívolamente.

—Lo que más les gusta es llevar los niños a lo profundo de la fronda y allí torturarles. No sé exactamente si se experimentan con ellos sexualmente antes o después de

haberles asesinado...

Amo su boca fresca, su alegría repentina. Me fastidia su ahondamiento en el tema tétrico de los infanticidas, pero sé que puede salir de él en un momento para volver a resultar ligera y divertida. Y esto me da paciencia para seguir escuchándola.

—Yo, antes, era de otra forma con las mujeres.

—¿De otra forma?

—Quiero decir que no hablaba tanto con ellas.

—¿Te estoy aburriendo?

—No. Me encanta oírte. Tú sabes muchas más cosas que yo.

—Pero tu procedimiento es ir al grano, como decís en España.

—Eso, al grano. Pero me temo que aquí no hay grano.

Le hizo gracia. Reconozco que estuve casi ingenioso, con ese ingenio difícil de esta gente, que es aún más complicado que las tonterías de Serrano, pues estos artistas han leído más libros o, cuando menos, han oído hablar de ellos.

—Sí. Eres un tipo raro.

Puedo bajar el cristal de la ventanilla del taxi y entrar en la cuestión. Puedo levantarme de la butaca y tomar parte en la película, sumarme al celuloide, confundirme con ese lienzo y esas sombras que se mueven ante mí. Puedo decir a estas dos mujeres que se larguen, en una palabra.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Cinta, en realidad, no necesita explicaciones. Ha llegado tarde, con su mozállón. Pasamos al living. «Lo has estropeado todo. Eres un imbécil. Lo vi desde el primer día. Claro que si no hubiera sido por esa vieja chiflada, que se fijó en ti, nunca te habría dado trabajo.

Un error lo tiene cualquiera.» Y su mozállón andaba por el cuarto quitándose ropa, sirviéndose bebidas, aflojando el nudo de su corbata un poquito más cada vez. ¿Por qué no se la quitaba de una vez? No me miraba, pero con todos aquellos gestos me estaba diciendo el muy mansurrón: «¿No me ves a mí? Se hace así. No se mete la pata. Se es buen chico. No sirves para esto. Lárgate». En la calle, sí, en la puñetera calle me había quedado para siempre. «Mañana vienes a por lo pendiente. Esta noche necesito la habitación», dijo Cinta.

—Pero no puedes irte así, sin dar un beso a la niña.

—Sí. María. Yo sé cuándo estoy perdiendo el tiempo.

Bajé del alto piso de la «estrella». Abandoné el apartamento de Cinta. Anduve vagabundeando entre las acacias. Habían sido unas vacaciones para el cerebro. Alguien —Cinta— había pensado por mí durante todo aquel tiempo. Otra vez la calle. Otra vez a inventar cosas. Siempre partiendo desde cero. Eso es agotador. Pero la calle cada vez me asusta más. Había luz en lo que había sido mi habitación. Bruna y la vieja seguían allí. Trepé al balcón de un entresuelo para mirar al otro lado de la calle, al interior de la estancia. Las dos mujeres se iban como dos sombras.

Una de ellas apagó la luz.

Dimas y yo entramos en Madrid por la estación de Atocha, después de nuestro paseo a lo largo de la vía férrea. Anduvimos a paso lento, hacia la avenida del Mediterráneo. Montse es amiga de María. Montse y María salen juntas algunas tardes. La gente del cine las critica. Se dice que son lesbianas. Todo el mundo sabe que no lo son, pero hay un regusto en las calumnias que, por inverosímiles o improbables, suponen un salto en el vacío, una manera gratuita de hablar en hipótesis, aun dejando sentado tácitamente que nadie va a admitir en serio las suposiciones. Circula así una seña de valor entendido que quiere decir: «No lo son, en efecto, pero sería tan divertido que lo fuesen...». ¿Por qué privarse del placer de la invención? Todo volverá a su sitio cuando haya acabado el juego. Nadie habrá sido ultrajado, pero, entre tanto, cómo nos divertimos.

—¿Y si dan conmigo en la cafetería?

—Estás muerto de miedo.

—No es miedo.

—Pues no te dejes ver por la cafetería.

En la cafetería había un recado para mí. Lo había enviado María por teléfono. «Que Montse ha tenido un accidente grave.» Cuando uno no le ve solución a sus problemas, o teme enfrentarse con ellos, busca la evasión en los problemas de los demás, que puede incluso llegar a resolver brillantemente.

—¿Te preocupa mucho esa Montse? —dijo Dimas.

—Apenas la he visto un par de veces. Pero quédate aquí.

El recado llevaba unos días en la cafetería, escrito en un papel con la letra torpe e ingenua de la camarera. El papel estaba en la caja registradora, debajo de los billetes.

—Como no ha venido usted por aquí...

Dimas se quedó poniendo discos en la máquina del fondo. Tomé un taxi que me llevó a la clínica donde se encontraba Montse.

—¿Cuándo ha sido? ¿Tiene algo roto?

María estaba llorosa, blanca, trastornada. Pensé si sería verdad lo del rumor.

—¿Dónde andabas metido?

—No sé. Con un amigo, en casa de unas japonesas. ¿Por qué me has llamado?

—Montse no tiene a nadie. Sólo yo. Pero no puedo dejar sola a la niña. Ni quiero traerla aquí...

María y sus temores. Una mujer que sufría hasta el fondo por otra mujer. Casi hubiera sido hermoso que se amasen, pensé. «No hay nada monstruoso cuando lo que quiera que sea puede llegar a ser tan de verdad.» María no puede dejar sola, a su niña. Recordé la imaginaria mirada del vicioso solitario del Retiro enviando su ojo a través de la ciudad, hasta el cuarto donde la hija de María juega con una gran plancha antigua.

—Montse iba sola en su coche. Por la carretera, sí. De noche. Con los faros apagados.

—¿Con los faros apagados?

María no es capaz de traer a su hija a este sitio. No es capaz de llevarla al puericultor. Teme inconscientemente que se la van a descuartizar. No soportaría ver a la niña contra estos fondos blancos y fríos de la clínica, respirando ese olor dulce que envuelve a la muerte. Montse ha intentado suicidarse.

—Te dejo con ella. Ya te conoce. Me voy a casa en el coche. Llamaré por teléfono en cuanto llegue.

Entré en el cuarto de Montse. Su quejido se extendía por la penumbra. Veo su gran melena, en la almohada, la boca grande, el rostro bello y anguloso. Tiene el cuello vendado. «Sí, sé quién eres», dice.

Estoy aquí, entre dos mujeres que sufren. Una se aleja de la otra, ahora, en su automóvil, por las calles ya indecisas, de madrugada. Pero yo estoy entre ambas. Soy el nudo masculino que anuda su amistad, su amor, su dolor, «Dame un papel».

Busqué no sé dónde un papel y un lapicero. Montse escribió trabajosamente. «Tengo

miedo.» Sonaba un reloj, o un contador de algo. No sé.

—Es mi testamento.

Y sonrió.

Su testamento era aquel papel cuadriculado donde había escrito, haciendo casi un semicírculo con la escritura: «Tengo miedo».

—Tú también lo intentaste, ¿no?

Por eso me habían llamado. Por eso había querido verme.

—María me lo contó una vez.

Me senté en el lecho. Tomé, no sé para qué, su mano febril, como si tomase la mano de María. Hay una puerta abierta, en la noche, en los pasillos de los hospitales, de las clínicas, de los sanatorios, una puerta por donde se escapa una luz azulada que pensé una vez si sería la luz de la muerte, como si los muertos iluminasen. La noche de la ciudad, la noche de Madrid, es un mundo farmacéutico y doliente donde los enfermos, los heridos, las parturientas, los moribundos, respiran dolor y cuajan sus heridas o traen hijos al mundo o se quejan con dulzura. Todo ese mundo se aferra a mí en la mano de Montse.

—Aquello fue diferente. Íbamos unos locos en un descapotable. Verónica se llamaba la chica que iba al volante.

—Verónica.

—Quizá la conozcas.

—Buscabais la muerte.

—Bueno, no hay que darse importancia. A mí me habían hablado de la ruleta romana.

—¿El choque intencionado?

—Algo así.

—Quiero que me lo cuentes.

—¿Para ponerlo en práctica?

—No sé lo que buscaba la otra noche. Creo que sí. Creo que deseaba morir.

—Hiciste lo posible —sonreí.

—Pero cómo fue aquello.

—Nada. Nos aburríamos. Había que devolver el descapotable a la mañana siguiente.

—Buscabais la muerte. Os reunisteis para morir en grupo. Es admirable.

—Creo que no fue tan importante. Solamente queríamos divertirnos y reventar el coche. Y cómo ardió en la glorieta de San Bernardo. Una hermosa hoguera.

—Yo iba a morir sola, como una cobarde.

—Qué tontería. No volverás a hacerlo.

—María me lo contó una vez. A ella también se lo habían contado. Me parece alegre, me parece bonito. La ruleta romana, sí. La conozco.

Iba a decirle: «Por qué no lo intentaste tú». Qué tontería. Yo no deseaba decir eso.

—Eres muy bonita, Montse. Antes no me había fijado en ti. No me importa hacer esta escena de película y decirte que me gustas cuando estás medio muerta.

—No. Estoy ya del otro lado, de este lado. Viva. Tengo miedo, sí, pero es un miedo nuevo. Tampoco sé de qué.

—Tu testamento no lo explica, al menos.

—Estoy cansada. He pensado mucho en vosotros, en ese grupo que no conozco, buscando la muerte a toda velocidad, una noche...

—Perdónanos por no haber contado contigo...

—No me tomas en serio. Pero te admiro desde que María me contó eso de ti. ¿Deseabas morir?

—Ni lo sé.

—Yo sí lo deseaba. Y creo que tú también. —¿Yo?

La ciudad se ponía en movimiento. Ese empuje con que Madrid entra en la vida, cada mañana. El rodar decidido de los automóviles. Las criadas sacuden una gran alfombra

en casa de doña Agapita y hay un primer sudor mañanero en sus axilas frescas, y Solé peina su largo cabello —«Solé, dame un beso». «Ay, un beso»— y Maia se apresura para tomar el ómnibus que ha de llevarla a Getafe y alguien me cuenta que desea poner una gasolinera a la salida de Madrid y los bolos ruedan en la bolera con su rodar sombrío, como oscuras cabezotas que ruedan decapitadas y todavía pensativas y Montse coge mi mano o yo cojo la suya.

—Hablaemos de esto cuando salga de aquí. Cuando me llevéis a casa. Quiero que me llevéis en seguida a casa.

—Que se divierta el señorito.

Pero el señorito no va a divertirse nada. Y mira por la ventana los tristes y vacíos espacios del domingo y el estudiante de ingeniero habla y habla por teléfono y pienso a veces que no he abandonado nunca aquella casa, que voy a despertarme una mañana entre aquella gente, con el deber y el temor de hacerle el amor a la vieja Agapita, o quizás en aquel pequeño apartamento de Duque de Sesto, rendido, reventado, como la putita delgada que yo veía algunas noches, al llegar o al marcharme, tendida boca abajo, abandonada sobre su lecho por la resaca de la ciudad y de la noche.

—¿Bailamos?

Y uno baila con una muchacha a quien apenas había mirado el rostro, sólo por tener cerca el calor y el contacto de un cuerpo absolutamente ajeno, desconocido, de un cuerpo nuevo para mi cuerpo. Veo a la Mari descender por la Gran Vía, hacia la plaza de España, contra el viento de las cinco de la mañana, pintada y repintada por quinta o sexta vez a lo largo de la noche. Madrid tiene cáncer de pulmón y las chicas de aquel apartamento juegan al poker interminablemente, como la noche en que subí por primera vez a visitarlas o aquella otra noche en que me despidieron para siempre. Veo al hortera del pantalón vaquero, amo a Olga en el parque del Oeste, recibo en el rostro la bofetada fresca del agua que gira en los surtidores, repartiéndose sobre la hierba. Hay días en que uno da vueltas y vueltas en torno de la ciudad, de sus casas, de sus calles, como en torno de un lugar amurallado adonde no es posible penetrar y cuya fijeza marea un poco. Otros días, en cambio, uno se queda quieto, parado en cualquier sitio, en un banco de la Castellana o asomado a un hondo patio de vecindad o acodado de noche en la barandilla del acueducto, y es la ciudad la que da vueltas en torno de uno, gira y gira, trae todo aquello que guardaba, suprime el tiempo, y entonces comprendo muy claramente que no hay tiempo, que nada ocurrió entonces ni ocurre ahora, sino que todo está ocurriendo siempre dentro de estas calles y estas casas, dentro de esta fijeza de asfalto y piedra blanca de Colmenar, de modo que no sirve dar las cosas por idas, por resueltas, porque todo es presente y todo nos mira siempre desde todas partes, no en un viaje que se aleja de algo hacia otro algo, sino en una correspondencia constante de las cosas con las cosas, de los seres con los seres, correspondencia que por supuesto no es voluntaria y en la que nadie repara, pero que se está produciendo absolutamente.

—¿Crees que tengo fiebre?

Puse mi mano en la frente de Montse.

—No. Me parece que no.

Es la idea de la muerte lo que puede tocarse en esa cabeza joven y de algún modo frágil. Presiento dentro de estos sitios, en esta clínica, máquinas que nos cuentan la vida, relojes que miden constantemente la sangre de los enfermos, minuterios que desmenuzan nuestro ser y lo diseminan en átomos de tiempo, de existencia. Estoy incómodo.

—¿Cuándo te sacamos de aquí?

Montse me sonrió.

—En seguida.

A veces, María llama o viene a vernos. No tengo nada que hacer en ningún sitio. Me he

quedado a la orilla de este lecho como a veces he pasado temporadas a la orilla de un banco de piedra, en el Retiro, seguro de que aquella piedra no podía variar, de que por lo menos aquel banco era algo fijo en mi vida.

—¿Le damos un susto a la vieja?

Y Olga me arrastraba de un brazo por el pasillo, lejos de la habitación donde aquella vieja rezadora permanecía de rodillas frente a un altarcito con lamparillas encendidas. Es una habitación con olor a pueblo. El cuerpo saludable de Olga, sus ojos de bestia doméstica. De regreso por Bravo Murillo o por la carretera de Aragón, alguna madrugada, esas palmas últimas que se escuchan, que vienen de una juerga flamenca donde la luz del día ha aguado ya el vino lívido de los trasnochadores. Mirar el sol del poniente, la colina de los muertos, ese monte donde Madrid reúne algunos de sus cadáveres, los más ilustres, quizás, entre cipreses que no llegan a mirarse en el agua del río. Un agua escasa e innoble, sin genealogía. Madrid se levanta a seiscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar.

—Tienes que ayudarme. Quizá cuando llegemos a querernos sea más fácil.

Montse vive obsesionada con la idea del suicidio. Al principio creí que deliraba. Se sabe cobarde y esto ha hundido más en ella la fijeza de que debe suicidarse, porque al fin ha encontrado en su vida un acto importante, un acto grave e incluso bello —yo creo que lo encuentra muy bello—, pero se descubre incapaz de realizarlo, y me ha elegido a mí como compañero de viaje, y advierto que trata de enamorarse, de quererme mucho, para ser capaz de morir conmigo, ella, que nunca ha sabido querer a un hombre ni vivir con él.

—Sí. Es un enamoramiento para la muerte.

—Habéis visto y habéis hecho demasiadas películas. El cine os ha estropeado.

Me atrae esta mujer con su temperatura convaleciente. Está fortaleciéndose para morir. Trata de recuperar su vida para ponerla a una muerte voluntaria y sorprendente. Deseo su cuerpo, tantas veces adivinado entre el revuelo de las sábanas, entre el calor de la quietud. Pienso que si de verdad llegamos a gustarnos, a desearnos, a vivir juntos, esto le quitará de la cabeza la idea de matarse, aun cuando si trata de quererme es precisamente para que eso la ayude a morir.

—Tú también deseas morir. Pero no quieres confesártelo. Eres como un niño que desea hundirse en el pasillo oscuro que le da tanto miedo. Ni siquiera puede confesarse que lo desea.

Supongo que todo pasará cuando este ambiente de pesadilla que llena la clínica —silencios, relojes, un clima de muerte donde hasta las flores huelen a sangre— haya quedado atrás.

—Tenemos que llevarte a tu apartamento.

—Sí. ¿Te quedarás conmigo?

Hay un teléfono rojo en el apartamento de Montse. Cuando llamo a ese teléfono veo su disco con números, como una flor de pétalos numerados. Cuando Montse me llama desde ese teléfono, sus palabras traen el color de la sangre, el tono rojizo que les comunica el micrófono. En otro sitio resultaría alegre y esnob ese teléfono. En el apartamento de Montse resulta un poco siniestro.

—Te he llamado por teléfono últimamente.

Elena podía reaparecer en cualquier momento con un vestido recién estrenado. Elena es incansable. Agota conmigo —no, no la agota— su paciencia de mujer madura que se sabe en su papel persiguiendo a un hombre más joven, mucho más joven, que ella, estrenando vestidos como si no los estrenase, como si lo natural en toda mujer fuera tomar cada mañana, cada tarde, cada noche, un vestido nuevo, recién llegado de la tienda, y ponérselo durante unas horas. Si Elena repite alguna vez sus vestidos es casi por sentimentalismo, por momentánea fidelidad a un día, a una tarde, a algo que ocurrió y que de algún modo vive dentro de ese vestido. Ella se lo pone como se pondría su propia piel de unos meses atrás; esa piel unos meses más joven.

Mirar hacia la colina de los muertos desde la azotea del piso de Mari, allá por Ventas, cuando el homosexual alimenta a sus palomas y el sol de la media tarde viene a dorar las piernas de la Mari, la pobre, que afeita sus pantorrillas con una maquinilla eléctrica. Mirar la colina de los muertos desde el puente de Toledo, llevando a Lili de la mano, cuando el humo lentamente rojo del atardecer levanta visiones antiguas que esta ciudad apresurada ya nunca mira, ya nunca ve. Seiscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. Una ciudad que navega por el tiempo a seiscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. Estoy aquí, pienso a veces, amando a Montse, conversando con Olga, tomando café frío, buscando un nuevo domicilio, cambiando de conversación, comprobando el cambio que me da el cobrador del autobús, luchando por la libertad para el día siguiente a seiscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar, que es una buena altura entre el cielo y la tierra, una distancia prudencial para vivir sin demasiado ahogo, sin soportar un cielo bajo de techo o un mar de naufragos y niebla.

—¿Quieres ir al baño y ver si se ha secado mi enagua?

La intimidad con Montse, en su apartamento, no tiene nada que la haga insoportable. Es como la intimidad con cualquier otra mujer. Uno acaba encontrándose rodeado de sus prendas íntimas, forzado a vivir su cuerpo, que es mucho más que su cuerpo y rebasa siempre sus formas, porque una mujer va dejando imágenes de sí misma, rastros, huellas, en todas las ropas, en todos los muebles, en la casa entera, y más si se trata de una casa tan reducida como el apartamento de Montse. La mujer reparte su cuerpo, el perfume y el recuerdo de su cuerpo, por todos los rincones del cubil que habita. Sólo siendo un vocacional de la mujer, pienso también a veces, puede uno soportar e incluso encontrar grata toda esa promiscuidad sexual a que obliga la convivencia con ellas. No sabría existir sin esa convivencia.

Pero estaba aquella obsesión del suicidio y el recuerdo constante de que me había elegido para eso. Nunca había empleado la muerte como arma de seducción para con una mujer. Ahora, sí. Aunque, quizás era ella la que me ofrecía esa arma. Veo la habitación de la americana pobre, veo esta habitación casi palatina, polvorienta, en que hemos hecho el amor una noche, cerca de la glorieta de Bilbao, quizá, para separarnos por la mañana, a la hora en que el Metro empieza a inquietar el intestino de la ciudad. Amar a la americana pobre en el cuarto de su pensión, con la vieja beoda durmiendo en el lecho de al lado, es como amar a Montse en su pulcro apartamento cinematográfico, con la muerte durmiendo, como otra borracha, en la cama vacía que hay a nuestro lado. Jorgito pasea con el pecho desnudo por el pasillo de la casa y las muñecas de la verbena de Tetuán de las Victorias cayeron con el rostro destrozado bajo las perdigonadas de nuestras escopetas de feria.

—¿Te gusta la forma de mis piernas?

Alfonsito estaba muy preocupado con la forma de sus piernas. Alfonsito, el marica, murió ahorcado en su habitación por los amigos equívocos que primero habían hecho el ensayo general, la broma siniestra de ahorcar las ropas del muchacho, un pelele llamado Alfonsito, de la viga del techo.

—¿Te gusta la forma de mis piernas?

Alfonsito se abre su albornoz para que le mire las piernas hombrunas y peludas. Montse entreabre distraídamente su bata ligera y veo asomar por la abertura unas rodillas finas y un poco alargadas, el suave comienzo de un muslo.

He convivido con Alfonsito en el piso oscuro y trágico que iba a ser tu tumba primera. He convivido con Montse, una muchacha que ha descubierto de pronto el erotismo de la muerte.

—Tu enagua no estaba seca.

—Esto se tiene que acabar.

—¿Qué?

—Que parecemos un matrimonio burgués. A poco que te descuides o me descuide yo, no sabremos ser otra cosa que un matrimonio burgués que mezcla su ropa interior y ahorra para la vejez.

—Pues a lo mejor tendría gracia.

—Es lo último que esperarías de ti.

—De mí debes esperar siempre lo último.

(Había aprendido a dar la réplica con frases del cine, como ella.)

—El asco. A veces me viene el asco y entonces me siento dispuesta. ¿No te viene a ti el asco?

Había que esperar a que el asco nos sorprendiese a los dos al mismo tiempo, como otras parejas esperan a que el deseo les sorprenda simultáneamente, para entonces intentarlo.

—Intentar qué.

Mi pregunta no era una pregunta.

—Lo de la ruleta romana.

—¿Estás segura de que quiero?

—Sí.

—Me has estropeado. Me habéis estropeado. Yo era libre cuando no pensaba que lo era. Antes. Ahora, con tanto saber que soy libre y que incluso puedo matarme, si me da la gana, me encuentro como atado no sé por dónde...

Montse venía y me besaba en la boca. Huir en una moto por las calles mal iluminadas. Eso es ser libre. Sentirse libre. Luz toma unas píldoras que elevan su tensión y le permitirán, quizá, conocer la satisfacción absoluta del deseo.

—Yo sé que otras mujeres...

—Sí. Otras mujeres sí, Luz. Y tú también.

Montse viene hacia mí y beso a Luz en la boca y pienso que Luz me ha elegido para conocer las últimas lejanías del placer sexual y Montse me ha elegido para conocer la voluptuosidad de la muerte, la excitación de la ruleta romana, que quizá tenga algo, también, de excitación sexual.

—Pero ahora. Necesito sentirlo ahora.

Cualquier día me hará salir con el coche por las calles. Cualquier noche pisaré el acelerador a fondo, sólo por romper este clima de obsesión, y daremos con nuestros huesos contra un camión de pescado o un Pegaso cargado hasta arriba.

—Yo era libre antes, cuando no hablaba tanto de estas cosas.

Me tiendo en el lecho con Montse y nuestro amor es obsceno como si estuviéramos realizándolo delante de alguien.

—¿Por qué?

—Porque tengo la sensación de que alguien duerme en esa cama vacía. Es un

recuerdo, ¿sabes?

—¿Un recuerdo?

—Sí. Una pensión muy barata. Había una chica amiga mía. Una judía norteamericana. Emborrachábamos a la vieja de al lado...

—¿Para qué?

—Para que nos dejase hacer el amor allí mismo, delante de ella. No teníamos otro sitio. Aquella vieja debe estar ya muerta... Montse.

—Qué.

—¿Por qué no pruebas con el vino?

—Qué tontería.

Alguna vez he pensado que necesita todo este juego con la muerte para conseguir su excitación, como Luz necesita tomar píldoras, pero me voy convenciendo de que, si bien puede haber algo de esto, lo que ella desea de verdad es morir.

—Y no tanto morir como matarte.

—¿Qué?

—Que lo que te apetece no es sólo morir. Necesitas matarte.

—O que me maten.

—No cuentes conmigo.

Me besó en la boca. A veces suena su teléfono rojo y podemos hablar con María, que está al otro lado del hilo.

—¿Y la niña?

Hablan entre ellas durante un largo rato. O hablamos María y yo. O nos pasamos el teléfono alternativamente.

—María se va a matar cualquier día. Con la niña, por supuesto.

—Estáis locas.

—No puede soportar la idea de que se la roben o se la pervientan.

—Eso no va a ocurrir.

—¿Y si ella muriera?

—Qué manía.

—Su única seguridad es matar a la niña y matarse ella. Quizá necesita nuestro ejemplo.

—No sirvo para dar ejemplos.

La conversación telefónica con María puede alcanzar estados muy normales, muy pacíficos. Ella cuenta cosas y pregunta cosas. Pero yo sé que llama al teléfono rojo con la secreta impaciencia de no obtener respuesta. Desea escuchar el timbre una y otra vez e imaginarnos muertos, tendidos, sobre el lecho, o en una cuneta de la carretera, o en el depósito de cadáveres, mientras el timbre suena y suena, con esa regularidad estúpida de las cosas mecánicas.

—Son cosas de película. El cine os ha enloquecido —le digo a Montse.

—Pero hay gente que se mata de verdad.

—Habrá sido cosa del cine, también.

—¿Tú ibas a matarte por culpa del cine?

Y no sé qué decirle.

Creo que Luz ha llegado a quererme profundamente en algún momento. Veo sus ojos cálidos, su expresión llena de ansiedad.

—Te aseguro que lo conseguiremos.

Y aprieto entre mis brazos su cuerpo escaso de estímulos.

Manoli, aquella camarerita con quien una noche busqué un lecho para los dos por la calle de Londres. Los Bancos son unos edificios catedralicios que crecen y crecen dentro de la ciudad. Las clínicas son unas construcciones de ladrillo y cristal donde se extirpa el cáncer que luego va a recriar en la sombra de los dormitorios, en la penumbra interna de los cuerpos, entre la envoltura de los tejidos. Los clubs de jazz

encienden a media tarde sus luces rojas que se quedan como astros fijos, como aldebaranes absortos, iluminando apenas la tiniebla. Madrid compra un chaquetón de piel en una boutique de Serrano y años más tarde lo vende por la puerta de servicio y vuelve a comprarlo en las ropavejerías del Rastro y sigue comerciando con él, con su vejez, años y años. Madrid no tira nada, no desaprovecha nada. Es ciudad de traperos y traperas, las traperas aciertan a ver y recoger lo que les ha pasado inadvertido a los traperos, las sobras de la última criba, los desperdicios de la última inmundicia. Los basureros se alejan luego en sus carritos, a las nueve, a las diez de la mañana, por Bravo Murillo, hacia no se sabe dónde.

Los obreros del hacha talan los viejos árboles de las calles antiguas y uno siente como si le hubieran arrasado el jardín de su casa, el jardín que nunca tuvo. En determinadas esquinas se enfría la tinta reciente de los periódicos de la tarde y a la puerta del Museo del Prado hay un enano en su carretón, un hombre de brazos cortos, con bigote y perilla, como los monstruos que pueden verse dentro del Museo, pintados por los pintores antiguos. En la colonia de El Viso un viejo cuenta sus monedas de oro, que tiene escondidas desde los tiempos de la guerra. Nadie ha podido convencerle de que la guerra terminó ya hace muchos años. Mis gentes de Las Américas miran al cielo toda la semana, para saber qué tiempo hará el domingo, y en el cóctel de cada tarde circula un beso más expresivo que los otros besos, un beso confidencial que va a abrir o a cerrar el adulterio, la prostitución, la entrega...

—Además, debemos darnos prisa. Hay el peligro de que me enamore de ti.

—El otro día decías que esto nuestro empezaba a parecer un matrimonio burgués.

—Sí. Temo convertirme en tu esposa burguesa.

—No eres mi esposa.

—Bueno, en tu amante burguesa. Da igual.

—Habéis inventado esa palabra de lo burgués y yo creo que ni siquiera sabéis lo que quiere decir.

—No me transfieras tu ignorancia, querido.

—¿Por qué dices «querido», como en las películas?

—¿Ves?, ya tenemos riñas matrimoniales.

Y Montse rompía a reír y nos besábamos. Era inteligente.

—Más inteligente que yo. Por eso no estoy del todo a gusto contigo, Montse.

—Pero te necesito por eso. Porque puedo guiarte y tomar de ti la decisión que yo no tengo.

—¿Crees que la tengo yo?

—El cine. Quería triunfar en eso. Ahora me asusta pensar que he estado a punto de conseguirlo.

—Pues es bonito.

(Exageraba yo, como una defensa, cierta simplicidad.)

—Todo es estúpido. Se envejece. Se espera la muerte con docilidad. No quiero.

Uno ha ido dejando atrás mujeres con las que podía haber sido feliz por algún tiempo; quizá, por mucho tiempo. Madrid las trae y las lleva. Te las muestra un momento y luego las esconde. Pero sé dónde volver a encontrarlas. Sin embargo, estoy aquí, ahogándome, junto a esta mujer y su obsesión de suicidio. A seiscientos metros sobre el nivel del mar.

Timoteo pertenece al ejército norteamericano. Timoteo es el hermano mayor —o el menor, quizá, no recuerdo— de la pequeña Bárbara, y presta servicio en Alaska o en el Polo Norte.

—Esos yanquis llegan a todas partes.

—Y que lo digas.

En recuerdo de su hermano, el que está en el Polo Norte, o en Alaska, o donde quiera que esté, Bárbara le ha puesto de nombre «Timoteo» al gato que la acompaña por el mundo.

—Por qué tú, misterioso señor, no subir ya nunca a cenar con mí.

Una vez le enseñé los números romanos. La ele cincuenta, la ce ciento, la de quinientos, etcétera. Bárbara ha perdido misterio para mí y es sólo su pobreza lo que veo en la pequeña buhardilla cuando nos reunimos a cenar a la luz de las velas, que brilla en los ojos del gato.

—No debiera ser así, Bárbara.

—¿El qué?

No debiera ser así, pero así es. Una persona nos sirve mientras conserva ese algo sagrado que es su santuario personal, la combinación perfecta de su cuerpo y sus ojos, de su alma y sus manos, que transmiten mensajes continuamente. Pero llega un día en que esos mensajes no nos dicen nada. Hemos profanado el santuario. Nuestra amiga, nuestro amigo, se ha quedado sin secreto.

—¿Y qué se puede hacer? —me pregunta Bárbara, poniendo en mí sus abiertos ojos claros mientras roe delicadamente un huesecillo de la cena.

—Nada. Cambiar siempre de compañía. Llegamos a otra persona con todo nuestro enigma particular, pero en seguida empezamos a despreciarnos.

Pensaba yo que ese prestigio de lo desconocido lo va desvaneciendo uno mismo, lo va derrochando en palabras y sonrisas. Cada gesto dedicado a la persona que acabamos de conocer es una nueva puerta que le abrimos, una concesión y una confesión. El prestigio personal, casi sagrado, que uno lleva consigo, empieza a menguar desde el primer momento de un encuentro. No hay nada que hacer contra eso. Es fatal.

—¿Y luego?

—Eres una niña, Bárbara. Hay que cambiar de amistades. Sólo eso.

«Timoteo» parecía desconfiar de mis afirmaciones. Me pareció demasiado complicado ponerle a Bárbara el ejemplo de su gato. Pero lo cierto es que un gato y cualquier otro animal no pierde nunca su prestigio para nosotros. Nos fascina mansamente durante toda una vida. Y esto es porque no habla, porque no se descubre, porque sólo nos muestra instintos y actos reflejos, mientras nosotros seguimos preguntándonos si piensa o no piensa, y cómo nos ve y qué piensa de nosotros. Me parece, no sé por qué, que los gatos aciertan a conservar ese prestigio cerca de nosotros mejor que cualquier otro bicho.

—Por eso me gusta tu gato, Bárbara.

Y le aproximé una sardina a «Timoteo».

Basta con cambiar de gentes, con iniciar una amistad o una conversación con alguien hasta ese momento desconocido, para que todo nuestro prestigio se recomponga y nos sintamos otra vez enteros y mágicos, pues mágicos y enteros nos están reflejando los ojos de ese desconocido, esos ojos de una mujer desconocida y nueva.

—Uno vuelve a cobrar todo su valor cuando está ante gentes que aún no tienen el secreto de uno. Esto te hace bien por dentro y, además, te permite ganar amistades y afectos.

—Por eso los millonarios de mi país hacen un viaje por el mundo de vez en cuando.

—Exactamente. Y los millonarios de todo el mundo. Necesitan recobrar su personalidad, que es ya de todos y la tienen repartida entre las amistades de todos los días.

—También el dinero ayuda a que uno se reencuentre a sí mismo.

—Sí, Bárbara. Con dinero puedes comprarte a ti mismo, cuando te has perdido, mediante un viaje o un cambio, de vida. Pero tú viajas constantemente, sin duda por la misma razón, y no tienes una perra.

Bárbara es una bella vagabunda. Necesita siempre conocer gente nueva. Conmigo ha perdido ya su misterio y ella lo sabe. La primera noche de nuestra amistad me fui con ella sin apenas dudarlo, o muy decidido por debajo de mis dudas. Y andábamos los dos sin un céntimo. Pero éramos todo un tesoro de cosas que averiguar el uno para el otro. Ahora filosofamos sobre todo aquello porque ya se ha acabado la magia.

—¿Y entendía la piel-roja tus filosofías?

—Yo creo que sí. Debe andar conociendo gente nueva. Dejándose descubrir. Le enseñé todo esto como le enseñé los números romanos: porque ella lo sabía ya, de algún modo, y sólo necesitaba que alguien se lo tradujese en palabras.

—¿Por eso has rodado tú tanto?

—Puede que sí. Sólo que antes no sabía razonarlo.

Montse encendió un cigarrillo y volvió a tenderse en el suelo, con la cabeza contra la pared.

—Sí. Algo has aprendido a mi lado.

—Te aseguro que eso no lo he aprendido contigo. Siempre he comprendido de alguna forma que no se puede pasar mucho tiempo quieto en un sitio y viviendo con las mismas personas. Uno se gasta en seguida. O cree que se gasta. Pero en cuanto cambias de gente te sientes empezar de nuevo. ¿No?

—Y siempre vuelta a empezar. No creo que valga la pena.

Sabía yo cuándo la conversación empezaba a cerrarse en círculos concéntricos sobre el tema de la muerte. Me siento junto a Montse como Adeli debía sentirse junto a mí: montaraz.

—Sólo quiero estar a tu lado cuando un día sientas la necesidad de acabar. Nos ayudaremos mutuamente.

Montse iba humanizando con palabras como éstas su obsesión enfermiza. Montse tiene una cultura de guiones de cine. «Y tú ni eso», suele decirme. Adeli tiene esa otra cultura atroz de las calles. Sabe cómo se le sacan las perras aun viejo y cómo se cena por menos dinero del que marca la carta del restaurante. Comprendo muy claramente que soy como ella, y esto me da la misma seguridad y uniformidad interior que me daba sentirme distinto de ella cuando la tenía a mi lado. Porque a lo que más miedo tengo, quizá, es a sentirme mitad y mitad, malgrado entre unos y otros.

Y sólo en algún momento raro, como éste, me atrevo a confesarme que así es, por más vueltas que quiera darle a la cosa.

—¿Este transistor no coge Radio Madrid?

Y se cruza de brazos, sentada en la cama, para escuchar Radio Madrid. Tiene el transistor apretado contra su pecho y la música surge como sofocada de entre sus senos.

—Eres una fanática de la radio, Adeli.

—Que me olvides ya, macho.

Muy de mañana pueden ganarse unos duros en el mercado de Legazpi, trasegando banastas de fruta. De madrugada se contratan payos para hacer palmas en las juergas con cuadro flamenco y gente del bronce. La orquesta toca de un modo melifluido en el salón azul del Castellana Hilton y los gitanos del arroyo Abroñigal encienden al anochecer sus hogueras campamentales. Sofía, escuálida y con el cuerpo maliciado, mira para el cielo de la sierra desde el alto apartamento de Rosales. Nancy mira para el cielo de la sierra desde el alto piso de la Torre de Madrid. «A las mujeres como Sofía, los franceses las llaman “una falsa delgada”», me explicó Fernando. Por ese cielo anochecido se va o vuelve la avioneta del marido de Nancy.

—¿De verdad te gusto?

Pero no respondo a su pregunta. Beso a Adeli en la boca de Sofía y esa es toda mi respuesta.

Recuerdo la piel morena de Afriquita, sus caprichos de niña rica, la triste perversión que le hacía reproducir de un modo obsesionado la peripecia sexual de su criada, de la mujer que le había iniciado en los ritos eróticos. O aquel viaje a la sierra, en invierno, con el automóvil cubierto de nieve.

—¿Llegaremos arriba?

Naturalmente que llegamos. La chimenea del parador, con su fuego de hoguera, era como el centro del mundo. Y todo lo demás, el exterior nevado, las montañas, los valles, los árboles, un alrededor de planeta despoblado. En el interior de estos paradores de montaña se juega al poker y a los dados, y siempre hay un perro chato inteligente que mira las jugadas con atención. Un perro que aprende a jugar al poker o a los dados, aunque eso no va a servirle para nada. Ellas están atractivas con sus pantalones oscuros, ceñidos, y sus graciosas botas de esquiar y sus prendas de punto, gruesas y alegres, que inquietan la soledad de la nieve con sus colores múltiples.

—¿Subiremos algún día a la sierra, Montse?

—En cuanto empiece la temporada.

Pensaba yo que el deporte es como una imitación inofensiva de la muerte —de la guerra, al menos— y podía distraer a Montse de su obsesión con algo que era eso mismo precisamente, pero convertido en juego. La ciudad nos baraja, nos mezcla; somos naipes humanos entre sus dedos de días y noches. De pronto puede aparecer ante mí la lejana Emma, con los ojos dramáticos y el cabello revuelto. Ha surgido nuevamente, cuando no la esperaba, como surge el rostro de una figura de la baraja y nos mira fijamente o está en nuestras manos, emparentado ya con nosotros sin motivo, recién regresado del bosque de las figuras y los números.

—¿Cómo tienes este teléfono?

Emma me había llamado al teléfono rojo. He ahí otra mujer que puede suicidarse cualquier día.

—Pero ella no me necesita a mí.

—¿No?

—Tiene la energía suficiente. Lo hará, si lo desea.

—Me gustaría conocerla.

—Ya te lo digo que tiene la energía suficiente. Es... cómo te lo diría... Es como tú y yo juntos.

Montse rió. Advertí en su risa que yo había acertado con la expresión.

—Sí, me estás educando —dije.

Y pensaba decir: «Me estás educando para la muerte». Madrid tiene a su espalda, o ante su vista, esos inviernos nevados de la sierra, esa fogata de chimenea, esos jugadores de poker entre los que hay un perro. El apartamento de Montse tiene algo de refugio de montaña.

—Nos pasamos la vida aquí metidos, como si afuera estuviese nevando.

A agosto se le traslucían ya colores de septiembre y la ciudad tomaba un tono de siempre, una intensidad de costumbres que se entrelazan y forman la vida diaria.

—Me gustaría que este verano fuese el último —dijo Montse.

—¿Nunca habías pasado un verano entero en Madrid?

—No. Y esto me trastorna. Debí haber viajado.

—Aún estás a tiempo.

—Sí. Aún estamos a tiempo.

—Sin duda pensabas salir al extranjero. ¿Verdad que lo pensabas antes del accidente?

—¿Por qué dices «el accidente»? Pareces mi enfermera.

—Un verano en Madrid te ha revuelto los sesos. Es mucho calor.

—No seas vulgar.

—Estoy deseando serlo.

Le puse coca-cola a su cerveza, como para aliviar la dureza de mi respuesta. La coca-cola crea un líquido mestizaje al mezclarse con la rubia cerveza, y el resultado es una espuma oscura y dulce que apetece beber. La cerveza sobrenada con sus doradas huestes por entre el océano ocre de la coca-cola, y manifiesta su triunfo efímero en esta profusión de espuma. Coca-cola y cerveza han mezclado sus espumas, lo más alegre y huidizo de sí, que rebosa ya del vaso. No hay nada lamentable ni peligroso en esa unión pueril, en esa mezcla veraniega.

—Pero nos empeñamos en querernos de la manera más difícil y nos pasamos el día dándole vueltas a la muerte.

—Gracias por ese plural con que te complicas en el juego —dijo Montse.

Seiscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. Empezaba a ser demasiada altura para Madrid. El calor tomaba cuerpo en el interior del apartamento. El sol estaba afuera, con todo su ejército acampado, como esperando nuestra asomada.

—¿Y Madrid llega hasta el mar?

—Hasta el mar, no, Lili.

Un verano en el puente de Toledo es una larga historia. Lili canta solitaria mientras recoge cosas, chismecillos brillantes, entre la inmundicia. Por la calle de la Luna y de la Madera hay pensiones sórdidas con lavabos colectivos, y restaurantes que se disparan de acera a acera el estallido de su fritanga y el olor de la rueda mártir de los pollos que se asan en fila, girando lentamente sobre la llama. Por las estrechas calles de Embajadores pasa una mujer de grandes senos a quien los hombres dicen cosas, dejándole en la acera un caminito muy estrecho, pegado a la pared. Los merenderos y las salas de fiestas levantan su música y su charanga a la orilla del río.

—Al otro lado del río está la colina de los muertos.

—¿Se llama así? —preguntaba Lili.

—No. Así la llamo yo.

—¿Me llevarás allí cuando yo sea una niña muerta?

«Tienes que ayudarme a hacerlo. Acabaremos juntos.» Montse me pide que la ayude a morir. Tiene miedo de volver a los estudios, al apartamento secreto del productor, al muchacho sabio y perverso que la va a dejar siempre llena de ansiedad y se va a llevar su dinero. He descubierto con cierto susto que prefiero este apartamento donde tanto se habla de la muerte a volver de nuevo a las calles, a la intemperie, a esa rueda de Metros y coches, de coches y tabernas, por donde andan el cero noventa y uno y un tranviario-ventrílocuo y algunas gentes del barrio buscándome para tomarse venganza.

—Pero volveré. Todo es cuestión de proponérselo.

—Mañana saldremos con el coche.

—¿De viaje?

No. Yo sabía que no íbamos de viaje. Montse me veía casi decidido a recobrar mi libertad. O temía que con el final del verano se nos llenase el apartamento de esas gentes que viven de reunión en reunión. El calor, la reclusión y nuestro raro amor habían creado un clima propicio a aquella locura. Montse veía desvanecerse este clima y quería tomar la decisión definitiva antes de que a ella misma, quizá, le creciese dentro un nuevo espejismo para seguir viviendo.

—Mañana saldremos con el coche —dijo.

Elena, Violeta, las dulces maduras que gimen como niñas en el amor. Salvar de entre ti, Elena, a la niña que no ha muerto, a la hija de ti misma que tú eres, con temores y travesuras infantiles. Toda esa ternura que puede dar una mujer en su último amor, y que uno toma como una fruta dulce que no se desea, porque los sentidos se han acostumbrado al sabor acre y rebelde de las muy jóvenes, a su amor sin miedo y sin futuro. Sin futuro, sí, porque la juventud no lo tiene, no cuenta con él, sino con un presente poderoso que anula todo lo demás. Son esas mujeres de vida ya escasa, de años inevitablemente contados, las que hablan de un amor para toda la vida, porque se han adueñado ya de su futuro, que está ahí, concreto y definido, seguro y caedizo, y no hay un gran presente que lo anule, sino sólo una mediocre sucesión de días. Paseábamos en coche por calles suntuosas. Almagro, Zurbano, Zurbarán... Un barrio de embajadas y palacetes. Un barrio amado por Elena. Los grandes árboles tenían ese verdor apaciguado que ahora tienen, cuando conduzco el coche de Montse, de madrugada, y ellos elevan en sus copas grandes masas de silencio. Tiene este barrio un dormir sosegado, una armoniosa respiración que no es el sueño apretado y hosco de las Ventas, el hacinamiento de Vallecas, el ronquido un poco salvaje de Tetuán de las Victorias, de cara ya a la libertad y a las extensiones del norte, o el sueño fantasmal y prolongado de Bravo Murillo, su larga perspectiva de edificios muertos con durmientes que son cadáveres, como me pareció adivinarlo aquella noche, de regreso hacia Argüelles, sino un sueño de señorial mayordomo que respira dormido la grata humedad del jardín.

—Vamos hacia la autopista de Barajas.

Llevé el coche hasta Cea Bermúdez y luego descendimos velozmente hacia la Castellana, para remontarnos camino de la autopista. Montse, a mi lado, estaba lívida e inmóvil. Creo que fumó unos momentos y en seguida tiró el cigarrillo. Un viento inesperado soplaba contra el parabrisas del descapotable. Montse había anudado a su cuello una gasa que ondeaba en el aire y le daba a su cabeza un aspecto de cabeza decapitada o ahorcada, con la soga flotante todavía al cuello.

—Tú vas a ser mi último amor.

Elena me ha elegido como su último amor, como el hombre con quien se despedirá de su propio cuerpo. Montse me ha elegido para morir.

—Llevo una mala temporada. Sólo encuentro mujeres difíciles. Vivís complicándoos la vida. ¿No sería más fácil vivir y nada más?

—Eres deliciosamente confuso.

—Sí. Lo sé. No me explico.

—No puedo evitarlo. Me he enamorado.

Debo agradecerle a Elena la sencillez con que lo dice. Esa su larga veteranía que le permite hablar de su corazón sin avergonzarse y, por otra parte, sin llevarlo todo a un tono de película que sería muy divertido.

—Estáis locas. Estáis todas locas.

Era cómodo decirle esto. Uno cree buscar y encontrar en ellas la libertad y resulta, luego, que cada mujer vive dentro de un sistema de ligaduras que la envuelve y nos envuelve.

—A principios de septiembre es cuando mejor huelen estos árboles.

La libertad sería saltar ahora del coche y tumbarse en un banco de madera —todavía quedan algunos en Almagro— hasta las ocho o las nueve de la mañana, recibiendo en el rostro entredormido esa llovizna fina de polvillo y hojitas que desprenden secretamente los árboles de esta calle. Si uno mantiene los ojos cerrados o mira siempre hacia arriba y nunca a su alrededor, puede creer que está en un bosque perfumado y ve pasar el cielo por entre las ramas y las hojas de los árboles.

—Sigues siendo un adorable salvaje.

Un día descubrí que esta forma que tienen en mi barrio de entender la libertad resulta

original y divertida para las gentes de otros barrios, y que no hay que avergonzarse de ser así, sino todo lo contrario. Desde entonces, creo que cultivo esto artificiosamente, pero hay momentos en que me sale de verdad, desde dentro, y entonces me lleno de una alegría salvaje, porque es como comprobar que no estoy muerto.

—Sí, me convengo de que sólo tú puedes hacerlo.

Montse había puesto una mano sobre la mía, en el volante. Luego apoyó su cabeza en mi brazo. Los árboles de Serrano huelen de otro modo, mojan la mañana con su lluvia de florecitas amarillas. En Chamberí hay inesperadas plazoletas con acacias de pueblo, como las de la plaza del 2 de Mayo. Los árboles de Princesa reciben un viento de la sierra que los refresca y los deja sin aroma.

—Comprendo que no es muy agradable ser el último.

Elena me había elegido para que fuese yo quien cerrase los párpados, un día, a su muerta lujuria. En Carabanchel hay unos arbolitos raquícos que se abrasan al sol. La profunda arboleda de la Dehesa de la Villa debe tener en estos días un reciente tono otoñal como un resol que se ha quedado allí, fijo en las hojas. Dormir bajo los árboles de la Dehesa de la Villa y venir luego hacia Madrid, por la mañana, para desayunar en cualquier sitio, en uno de esos kioscos de cristal en los que alguien ha escrito con tiza: «Desayuno completo 5 ptas.». Entrar en Madrid como entró Mercedes, con su maleta atada con una cuerda y las fotografías de su familia, de su padre el boxeador, hoy agente comercial, dentro del bolso de mano.

—Acelera. Aquí puedes hacer los doscientos.

Montse conocía su coche. Montse sabía que hacer los doscientos con aquella máquina era reventarla. Pienso que desearía no haber conocido nunca mujeres como Montse, como Elena, como María. Al principio, parece que le comprenden a uno mejor que las otras y se aprenden cosas junto a ellas. Pero luego te exasperan. Esperanza, Mercedes, Adeli, por el contrario, le admiran a uno sin entenderle. Son sencillas y brutales. Sólo quieren un amor fuerte y violento. Tienen pequeños caprichos de niñas pobres, consumen muchos refrescos e incluso helados, pero no le complican a uno la vida. Me dije que iba hacia una muerte estúpida o que, en todo caso, si salíamos con vida de aquello, me iba a encontrar más unido que nunca a Montse, más preso que nunca.

La dócil Esperanza; Mercedes, asustada y cerril; la alegre y violenta Adeli; todas aquellas mujeres elementales como cachorros iban en mi mente, me acompañaban como esos ángeles simples que acompañan la muerte de los niños con tifus o difteria. Yo apretaba mis manos sobre el volante y recordaba muchas cosas antiguas, todas de una vez, como los que efectivamente van a morir.

—¿Tienes miedo?

—Quisiera tenerlo.

Montse parecía decidida a todo. La autopista de Barajas se abría en dos penetrada por el cuchillo de la velocidad. Dejábamos a los lados oscuras masas de edificaciones o profundos vacíos, solares, extensiones que no eran campo ni ciudad.

—Este camino puede hacerse en menos tiempo.

Miré el reloj. Cambiábamos frases cortas, nerviosas. Era como si tuviésemos entre manos algo muy importante. Corríamos a campo abierto. El coche se levantaba ligeramente por delante. Aquello no era la ruleta romana, sino una loca carrera refrescante y saludable. Empecé a sentirme optimista.

—Es un trasto que no revienta fácilmente.

Ahora que estoy jugando peligrosamente a echar por la borda tantas cosas, ahora que me deslizo, con una mujer al lado, por un delgado hilo de existencia, dejando a la casualidad o a la oscura mecánica de las cosas —o a la simple y estúpida mecánica de la mecánica, y esto ya me fastidiaría más— el morir o no morir, el albur de la vida y la muerte, me vienen a la cabeza grandes aglomeraciones de vida, recuerdos, cosas

como de esta misma tarde, pero muy lejanas y hermosas, en realidad. Las verbenas a la orilla del río, la multitud coloreada de los botijos, un puestecillo de flores y plantas, con sus macetas toscas, sus geranios, y esas familias que comen y duermen entre la hierba sucia, a la orilla del agua, y tienen siempre al lado una muleta de cojo o de coja, con la que juegan los niños y se apalean unos a otros, o el largo suspiro de la noria, de los carrouseles, de las máquinas estridentes que suben y bajan, que alegran y envilecen el gran domingo del cielo, en el verano de Madrid, cuando los perros hambrientos parecen absolutamente felices y merodean satisfechos, caprichosos, con el apetito saciado y una mirada enferma en la que va una pérdida gratitud. Porterías de Madrid, payos renegridos como gitanos, familias envilecidas por los oscuros incestos del pueblo, chiquillos crueles que maltratan las ramas de los árboles, chiquillos con una gran corbata de hombre cuyas puntas sujeta dentro del pantalón, y el rumor general de las comadres, de las criadas en asueto, de las viejas excitadas y los feriantes que juegan a las cartas o vocean cosas por un altavoz haciendo resabiadas alusiones a Sevilla y a las mujeres que son como flores. ¿Por qué viene ahora todo esto, que Montse o María o Elena —pero con qué clase de mujeres anda uno últimamente— llamarían vulgar?

—Es como si hubieras llevado el coche toda la vida.

No sabía si era un elogio o un reproche.

Cuando llegamos al aeropuerto me sentía negro por dentro, lleno de un fúnebre pesimismo. Estuvimos al borde de las grandes pistas, mirando a lo lejos y mirando al cielo. Había una fiesta de reflectores que iban acompañando el despegue y la llegada de los aviones. Cada aeroplano era una inmensa sombra negra, una gran porción de noche que se desgajaba de las sombras y entraba en el reino de los reflectores o ascendía lentamente al cielo. Montse pasó un brazo por mi cintura y estuvimos allí, quietos, azotados por el viento y el ruido, sumidos en el poderoso espectáculo. Al principio del verano, todos los años, ese bullicio en las márgenes del río, esa astronomía de las norias que giran verticalmente y los tiovivos que giran horizontalmente. Y el largo quejido de la materia aleccionada por el hombre, como este suspiro hondo y ronco, de animal antiguo, que emiten los grandes aviones al despegar de la tierra, obligados una vez más a la aventura del vuelo, que el hombre ha inventado en complicidad con los vientos y las velocidades.

—La verdad es que no me apetece mucho vivir.

—¿Qué quieres decir? —y Montse se apretó contra mí.

—Que me habéis quitado las ganas de vivir.

Traté de decir algo más, pero el viento se llevaba mis palabras.

Había empezado a ver el mundo de otra forma. Se aferraba ahora mi pensamiento, ingenuamente, a la visión de los botijos y la verbena, de aquella gente que había sido mi gente.

Pero esto era un ardid sin valor. El espectáculo de Barajas me resultaba extrañamente cruel, revelador de la obstinación del hombre, que es implacable en su propósito de dominarlo todo, de someterlo todo. Me había creído libre alguna vez y no era sino un pobre diablo que se abría senderitos de libertad provisional y vigilada por entre el gran tinglado de un mundo de actividad férrea y dolorosa. Así se lo dije a Montse.

—Vamos al bar.

En el bar del aeropuerto nos llenamos de whisky.

—Sí, me habéis quitado las ganas de vivir.

—Lo que pasa es que ya no eres un crío. Has crecido del todo, y como no eres completamente tonto...

Ahora que Montse me tenía de su lado, dispuesto a conceder que lo mejor que puede a uno ocurrirle es la muerte, no parecía satisfecha, sino que en sus palabras había un acento que quería ser reconfortante.

—Vámonos.

Pagué el whisky y salimos del bar. Allí quedaban unos grupos de extranjeros adormilados, una mujer con turbante, una joven pareja que trataba de atisbar por los ventanales, taladrando la noche con la mirada, una primera rendija de España. Pero sólo debían ver una gran masa negra y sin luces. Al llegar al coche, temí por un momento que Montse tratase de tomar el volante. Pero no fue así. Arranqué de golpe.

—¿Otra vez a doscientos?

—Eso sería un aburrido paseo.

Acometí la autopista a una velocidad loca. El whisky debía estar haciendo sus efectos. Pasamos a varios coches que hicieron sonar sus claxons como advertencia.

—Dicen que vamos a matarnos.

Después de la comida, las gentes de la verbena se tumban a la orilla del agua maloliente y todas esas mujeres maduras y deformes muestran sus lívidas interioridades en el descuido de la siesta, y una gran paz hedionda lo toca todo. Se hace bien la digestión entre el sol y la sombra. Se está vivo, lleno de vida hasta arriba, satisfecho y sin pensamiento. Alguna vez me habían llevado a comer o a cenar a la orilla del río, siendo yo casi un niño. Montse no se cogía a mí.

—¿Estás bien?

No sé si me respondió. Iba rígida en su asiento, con los brazos a lo largo del cuerpo. La gasa ya no ondeaba en torno de sus mejillas. Vi de reojo sus mandíbulas angulares, sus ojos fijos y como vacíos, un rostro de mujer que era la mascarilla de un rostro de mujer.

—Sí. Ya sé que no estoy irresistible.

Me adivinaba los pensamientos. Esto puede ser el final, me dije. Cuando la gente se hace transparente y los pensamientos andan sueltos, desnudos, evidentes, comunicándose sin necesidad de palabras, es que ha llegado el final. Dócil bajo mi mando, el coche resollaba hacia un nuevo esfuerzo y ganábamos velocidad. Pero el volante me resbalaba en las manos.

—Valor —dijo ella.

Y esto me sobresaltó. ¿Estaríamos llegando al final sin que yo me diese cuenta de ello exactamente? Porque lo que había pensado un momento antes era sólo una divagación. Frené el coche en muy pocos metros. El camión nos acometió mansamente. O fue al revés. Un suave y penetrante topetazo. Estábamos rodeados de edificios. Aquello era ya la ciudad. Todo el sabor del whisky en la garganta. Gritos y bocinas. Montse a mi lado, se mordía los puños, no sé si de nerviosismo o desesperación. Pero estaba viva. Salté del coche y me abrí paso entre la gente. El camionero venía hacia mí con los brazos extendidos, gritando algo. Los faros de su camión le iluminaban por detrás, como a un actor en escena. Pero me vio pasar a su lado, indiferente. Caminé, caminé. A la vuelta de la esquina eché a correr. Todo me daba botes por dentro. Cuando llegué ante una de esas solitarias fuentes callejeras que todavía quedan en Madrid, con su grifo desportillado y goteante, comprendí que era eso lo que estaba buscando. Doblé ampliamente el espinazo y bebí cabeza abajo. El agua me corría por el rostro y entre el pelo. Veía el cielo y los edificios del revés, como otras veces. Pero me bastó con enderezar el cuerpo de nuevo para volver a entrar en pacífica posesión de mi ciudad.

Madrid, 14 de junio 1965.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.